



LUCAS CABALLERO

MEMORIAS
DE LA
GUERRA DE LOS MIL DIAS

Editorial AGUILA NEGRA - Bogotá

MEMORIAS DE LA GUERRA DE LOS MIL DIAS

LUCAS CABALLERO

MEMORIAS
DE LA
GUERRA DE LOS MIL DIAS

BOGOTÁ
1939

"Aguila Negra" Editorial

**Derechos reservados
por el autor.**

Introducción

*De EL TIEMPO de Bogotá
31 de enero de 1938.*

«Empezamos a publicar en este número la serie de artículos que escribe el Dr. Lucas Caballero acerca de la guerra de los mil días. No hay otro colombiano tan bien informado como él acerca de los días heroicos, porque intervino en el conflicto, desde las juntas preparatorias, en que los jefes liberales inconformes hacían planes de redención para vencer la suerte aciaga, hasta el día en que en nombre del general Benjamin Herrera negoció la paz, que desde entonces goza nuestra patria a bordo del «Wisconsin».

«Fue secretario general de la Dirección suprema de la guerra y acompañó al general Vargas Santos en las luchas del norte. Cumplió comisiones en el Exterior

para conseguir elementos. Al lado del general Herrera se hallaba cuando adquirieron en el Salvador el vapor que fue bautizado con el nombre del Almirante Padilla. Y durante toda la campaña de Panamá fue el jefe de Estado Mayor del mejor ejército que haya tenido en Colombia revolución alguna.

«Centenares de notas, de las que llevan las firmas de los directores supremos, fueron redactadas por él. Su espíritu de hombre civilizado y civil, militar de ocasión, que jamás ha hecho mérito de su título de general, influyó poderosamente en la orientación de las campañas, en la magnanimidad con los vencidos, en la exposición de las razones de la revolución ante el mundo. La guerra pasó sin dejarle ni la huella de un remordimiento. Sus actos de valor, de los cuales no hablará, los refería el general Herrera y los conocieron sus subalternos. El no les da importancia. Prefirió y prefiere lo que se relaciona con el avance de la cultura, la defensa del derecho, la concordia entre los colombianos. Sus artículos carecerán de encono. Menos que las impresiones de un combatiente, serán las reflexiones de un patriota.

«Casi desde la terminación de la guerra venían pidiéndole copartidarios y adversarios, amigos todos, la publicación de algo como sus memorias. Pero él, sin decirlo, pensaba acaso, como Clemenceau, que es

mejor hacer la historia que escribirla. Su nombre, en los trabajos de la paz siguió tan altamente colocado como en los de la guerra. Acaso más. Cosido está a los acontecimientos de importancia que se han desarrollado en el país en el presente siglo. Al margen, por ahora, de las actividades políticas, que sigue sin embargo con la emoción de los años juveniles, ha dispuesto de estas horas para exponer sus recuerdos. De ellos sale la extensa relación que hoy empezamos a publicar y hacia la cual llamamos la atención de los lectores».

CAPITULO I

La Vida Insufrible

Preparativos de la guerra . Reuniones en casa de don Eustacio de la Torre . Paulo Emilio Villar, director en Santander . La falta de armas . El doctor Aquileo Parra quiere detener la guerra . El general Sergio Camargo responde a las críticas de los impacientes . La venturosa altivez colombiana . Causas de la revolución .

ES MUY difícil discriminar y señalar sin objeciones las causas esenciales y profundas de los sucesos históricos.

Los fenómenos sociales de ordinario tienen a la vez muchos factores concomitantes, aunque arraigan principalmente en los sentimientos de los hombres,

Guerras, cambios de instituciones políticas, son determinadas por principios espirituales que conmueven la psicología de las multitudes.

Las causas inmediatas de una revolución a las veces pueden discernirse sin grandes dificultades; las mediatas, las que han preparado los sentimientos de los pueblos para una actitud definitiva y resuelta, esas obran en lapsos dilatados para formar en síntesis una conciencia colectiva y una voluntad uniforme.

Está aún por escribir la verdadera historia de nuestra guerra civil.

Un meritorio ensayo de análisis filosófico es el libro que acaba de publicar sobre ella el ya famoso publicista don Joaquín Tamayo. No lo presenta él, y así lo advierte, como una obra definitiva y es loable su empeño de indagar la verdad despojándose de todo espíritu partidista; pero así, sin quererlo, por demostrar imparcialidad incide en una que otra injusticia.

No es justa ni es exacta la aserción predominante en el libro en referencia de que a fines del siglo pasado el partido liberal colombiano no tuviera programa y hubiera perdido lo mejor de su doctrina.

Lo contrario es lo evidente. Por ese entonces los más altos pensadores y las virtudes más severas del liberalismo difundían en sus institutos intelectuales,

el Externado y la Universidad Republicana, conceptos inmarcesibles y sagrados de emancipación política y las doctrinas más avanzadas de equidad social.

Algunos de esos hombres, jefes espirituales de nuestra colectividad, eran figuras americanas como Santiago Pérez, Salvador Camacho Roldán, Antonio Vargas Vega, Teodoro Valenzuela, Aníbal Galindo, etc., y los más, descollantes valores intelectuales y morales del país que en escenario despejado hubieran difundido su prestigio fuera de las fronteras patrias, tales como Luis A. Robles, Nicolás Pinzón W., Manuel Antonio Rueda, Simón Araújo, Diego Mendoza, José Herrera Olarte, Juan Manuel Rudas, Alejo de la Torre, Juan Félix de León, Ignacio V. Espinosa, Ramón Gómez, Felipe Silva, Francisco Montaña y cien más de idéntico calibre.

Y actuaban como jefes del partido prestigios inmaculados y de largos y grandes servicios a la causa como Aquileo Parra, Camacho Roldán, Nicolás Esguerra, Gil Colunje, Luis A. Robles, Sergio Camargo.

En ese tiempo, en medio de prisiones para unos y destierros para otros, llevaban en la prensa la voz del partido Santiago Pérez, Felipe Pérez, César Conto, Fidel Cano, Rafael Uribe Uribe, Juan de Dios Uribe, Antonio José Restrepo, Diego Mendoza, Carlos Arturo Torres, Tomás O. Eastman, José Camacho Carri-

zosa, Santander A. Galofre, José y Francisco de P. Borda, José María Núñez U., José Domingo Sierra, Julio Añez etc., para no mencionar sino los muertos.

En campos profesionales y en devoción y buen consejo a su partido levantaban encumbradísimo prestigio Felipe Zapata, Januario Salgar, Eladio Gutiérrez, Juan E. Manrique, Rafael Rocha Castilla, Rafael Rocha Gutiérrez, Juan N. González Vásquez, Enrique y Alejo Morales, etc., todos ya fenecidos.

Y entre gloriosos y excelsos jefes militares, unos desde la guerra del 60, otros desde las de 1876, 1885, y 1895, contaba el liberalismo con los generales Sergio Camargo, Gabriel Vargas Santos, Foción Soto, Santos Acosta, Anibal Currea, Benjamín Herrera, Rafael Uribe Uribe, Rafael Camacho, Cenón Figueredo, Francisco J. Albornoz, Rafael Leal, Benito Hernández, Siervo y Eugenio Sarmiento, Ramón y Agustín Neira, Juan Mac'Allister, Marco A. Wilches, Tomás Ballesteros, José María Ruiz, Aristóbulo Ibáñez, Cesáreo Pulido, Pedro Soler Martínez, Pedro Rodríguez, etc.

Y contaba también con una juventud profesional o de posición financiera independiente, dispuesta a toda suerte de abnegaciones y heroicidades, entre cuyos miles de meritorios miembros figuraban Enrique Olaya Herrera, Carlos Adolfo Urueta, Juan Francisco Gómez Pinzón, Antonio Samper Uribe, Paulo Emilio

Bustamante, José Santos Maldonado, Cornelio Currea, José A. Ramírez Uribe, Emiliano Herrera, Julio Plaza, Arturo y Roberto Carreño, Miguel de la Roche, Antonio Suárez Lacroix, Emilio López, Tulio Varón, J. Joaquín Rocha C., Nicolás Buendía, Polidoro Ardila, los tres hijos de Daniel Hernández—Horacio, Francisco y Carlos—, Leandro Cuberos Niño, Néstor Ospina, Víctor Antonio Picón, Eliseo Suárez, Juan Ignacio Gálvez, Olimpo Gallo, Noé Cadena, etc., para no hablar sino de los que ya no existen.

Si, pues, la élite de un partido es el índice del valor de la colectividad, con los nombrados y las reliquias que restan hay para demostrar que en pocas etapas de la vida colombiana ha tenido partido alguno personal de mérito intrínseco más digno de orgullo y más consciente de sus deberes ciudadanos.

De otro lado no parece en accidentes del tiempo el espíritu cívico de un partido, causa e impulso de programas políticos, cuando ese espíritu es impulsado por nobles ideas que nunca mueren, y cuando es cristalización de sentimientos en incontables generaciones sucesivas, los cuales sentimientos determinan la conducta colectiva.

El sentimiento democrático colombiano de los actuales tiempos no ha sido producto de un *fiat lux* de último momento: si es tan firme en su estructura co-

mo las capas geológicas es porque ha venido acen-
drándose desde la Conquista y la Colonia, en que nos
cupó la suerte de ser conducidos por letrados y es-
tadistas, hasta la Independencia y la República en
que no se han tolerado dictaduras individuales sino
sufrido espasmódicamente tiranías de partido. Y el
liberalismo siempre ha levantado la bandera de re-
formas que respondan a los cambios de la vida y a
los soplos de los tiempos.

Es necesario tener en cuenta cuáles eran las cir-
cunstancias de nuestro partido en esa época para
apreciar y medir lo cruel e inmisericorde del régi-
men que lo agobiaba.

Muchos de nuestros más gloriosos hombres habían
ido al destierro.

Los periódicos nuestros eran suspendidos y multa-
dos y sus directores reducidos a prisión o lanzados
al destierro por cualquier crítica aunque fuera en-
vuelta en gentiles eufemismos.

En las elecciones, que eran ocasión de sacrificios
mortales para los vencidos, tan sólo dejaron llevar
un miembro a la cámara en dos legislaturas sucesi-
vas.

Sobre bienes, impuestos, libertades, el gobierno dis-
ponía sin que tuvieran representantes ni voceros los
miembros de la colectividad perseguida.

No había una sola voz liberal en senado, asam-
bleas, concejos municipales, poder judicial ni poder
electoral.

La policía secreta y los sátrapas parroquiales ha-
cían insufrible la vida.

Y así estuvo sojuzgado el partido liberal de 1885 a
1899. Era, pues, natural que el fermento constante de
la rebelión obrara por parejo en sus hombres civiles
y militares. El empeño de hacer la guerra era unáni-
me en los miembros de las distintas generaciones.
¿Con qué programa, con qué bandera? Ante todo y
por sobre todo, con *la bandera y el programa* de las
más elementales reivindicaciones democráticas.

La situación del gobierno en los años 1898 y 1899
era como la describe en su libro el señor Tamayo:
dentro del campo conservador, en manos de la oligar-
quía nacionalista, había lucha más o menos franca
con la fracción histórica.

La situación económica y de consiguiente la fiscal
distaban mucho de ser desahogadas.

Pero hubiera sido un iluso optimismo confiar en que
fuera inminente la caída del gobierno, a menos que
se cayera sobre nosotros, como decía don Januario
Salgar, ni que hubiera prospectos efectivos de dar al
liberalismo llevaderas condiciones de vida.

Regímenes de fuerza a las veces se sostienen por

décadas y generaciones, de que hay tristes ejemplos en la América.

—
Circunstancias fortuitas me colocaron en posición de ser testigo en sus intimidades de los preparativos para una guerra con fundamentos de éxito y de muchos sucesos históricos de la que se desarrolló en los trágicos mil días.

Del directorio liberal compuesto por los doctores Parra, Camacho Roldán, Esguerra, Robles, Colunje y del general Sergio Camargo, que se reunía en las oficinas judiciales de Nicolás Esguerra y Compañía, firma de la cual era yo socio, serví de amanuense en comunicaciones de carácter reservado; de la dirección general de la guerra, encomendada al general Gabriel Vargas Santos, fui primero ayudante y luego secretario general en la campaña del norte; del general Benjamín Herrera en su campaña de la Costa del Cauca y del departamento de Panamá, fui jefe de estado mayor.

Y no sólo tuve en el interior del país oportunidades y circunstancias para darme cuenta de las razones determinantes de muchos sucesos de la guerra, sino que en el curso de ella me tocó desempeñar comisiones en el Extranjero en preparación de nuevas ofensivas.

Con motivo de la publicación del señor Tamayo que ha despertado interés y recuerdos entre quienes tomaron parte en aquella épica contienda, muchos compañeros de armas me han instado para que dé a conocer los hechos de que fui testigo.

Defiero a esa cariñosa solicitud, no sin que me asalte el temor de que forzosamente habré de rememorar incidentes personales que, aunque baladíes, de cerca o de lejos dan idea del ambiente en que se movieron algunas campañas.

Inicio hoy, pues, una serie de artículos hasta que mi propia fatiga, o la de los directores de este diario o la de los lectores, impongan el silencio.

—
En los mismos días en que entraban a Bogotá bajo arcos de triunfo los ejércitos del general Rafael Reyes y del general Nepomuceno Matéus, que debelarón la revolución de 1895, se reunía en la casa de don Eustacio de la Torre Narváez, la plana mayor del liberalismo entre civiles y gloriosos jefes militares para organizar un movimiento revolucionario mejor preparado y más pujante.

En esas juntas se inició un poderoso levantamiento de fondos que respondiera a la magnitud del intento y se reafirmó la confianza absoluta en el directorio liberal para una formal preparación,

El directorio con todo fervor tomó a pechos su encargo y afrontó por todas sus faces la seriedad del problema.

Consideró que debía formar del partido un organismo de combate y allegar los medios para un plan de ofensiva, combinado con provisión de amplios materiales de guerra, que asegurara el éxito de la lucha.

Estableció cuerpos directivos seccionales para el acrecentamiento de fondos y el sostenimiento de la fe en los adeptos, en el insomne desvelo para procurar la redención política.

Envio al Exterior sucesivas misiones de la mayor prestancia para conseguir de los Estados vecinos facilidades de introducción de armamentos por las distintas fronteras y reconocimiento de beligerancia al estallar el movimiento.

Situó fondos en el Exterior para la compra de materiales de guerra y designó los agentes de esa comisión.

Acordó los jefes más expertos y prestigiosos que debían encabezar las campañas en las distintas secciones bajo un plan coordinado con una jefatura suprema que procurara unidad de acción.

Mantuvo los medios más sagaces para conocer en cada momento los efectivos en parques, en hombres y situación del ejército del gobierno diseminado en

toda la república y sus posibilidades de incremento.

En fin, trabajó sobre el concepto de que una guerra ofensiva no tiene perspectivas de éxito sino en cuanto se desarrolle sobre una perfecta unidad de plan y de acción, con elementos bélicos suficientes y con apreciación clarividente de las fuerzas y circunstancias del enemigo con quien se va a luchar.

Trabajos de esa naturaleza, bajo la vigilante persecución de un gobierno provisto de toda clase de medios de espionaje, forzosamente tenían que ser secretos y de ellos no podían expedirse boletines para los copartidarios por encumbrados que fueran.

Por otra parte, encomendada la suerte del liberalismo a los cinco beneméritos patricios que componían el directorio, personas conscientes de su enorme responsabilidad, e inspiradas en un excelso patriotismo, no podían excluir de sus empeños el aprovechamiento de toda oportunidad para conseguir por evolución los objetivos perseguido por la apelación a las armas.

Respecto de tal evolución hubo en fugaces momentos las veleidosas e inconsistentes ocasiones de que hace memoria en su libro el señor Tamayo, pero era natural que cada decepción en ese camino enardeciera el ánimo de luchadores que no estaban en el secreto de los preparativos bélicos y que indujera a

muchos jefes a apelar sin más espera a la suerte de los dados de bronce.

Sin embargo de tener como organizadores de la guerra un jefe militar tan experimentado y capaz como el general Sergio Camargo y al benemérito señor Parra que con su admirable buen sentido fue el victorioso director supremo de la campaña que debeló la revolución de 1876, entre copartidarios era notoria la crítica de muchos jefes por demoras en la orden de un levantamiento general.

Cuando el general Camargo, aquel Bayardo nuestro sin miedo y sin tacha, tuvo conocimiento de esas críticas de quienes habían sido valientísimos y eficaces subalternos suyos en cien campos de guerra, nos decía a oyentes de su confianza:

«No es creíble ligereza semejante en hombres que de las lides no deben tener un concepto fantástico porque han vivido la azarosa vida de las batallas.

«Con armas y municiones al arrojo puede no importar el número del contrario, porque obrando sorpresivamente como puede hacerse en la ofensiva, se concentra como un martillo la fuerza atacante para romper la línea enemiga por el sitio que se escoja y desbaratar luego las secciones así despedazadas, o porque a la defensiva, con el aprovechamiento de for-

talezas naturales o creadas por el arte, se multiplica la eficacia del combatiente.

«Pero en los tiempos actuales, con estas armas modernas, no se puede contar con que se le toman al enemigo en la contienda, como lo hacíamos en la guerra del 60, cuando en asaltos con lanceros, aprovechábamos las demoras del contrario en la carga y descarga de canillones.

«Hoy hay una enorme responsabilidad en malgastar estérilmente el valor y la sangre de los combatientes.

«Con que se terminen los preparativos que tenemos tan avanzados, ya verán mis antiguos compañeros de armas y los nuevos que los viejos nos sentimos con el alma joven, que no tenemos apego a la vida y que estamos dispuestos a jugarla pero con perspectivas de fruto para la causa de nuestra redención»

La impaciencia logró primero un cambio en el personal del directorio supremo y el nombramiento para Santander de un director seccional muy impulsivo, el Dr. Paulo Emilio Villar, quien debió tomar a lo serio la broma de un ingenio, el doctor Carlos Enciso, quien en junta de ardorosos revolucionarios manifestó que no había para qué esperar elementos bélicos del Exterior, porque en las revoluciones, con sorpresa de los actores, surgen rifles como títeres en las fiestas de los pueblos.

El 17 de octubre de 1899 llegó a Bogotá un comisionado de los generales Benjamín Herrera, Benito Hernández y Rafael Leal para dar cuenta de que habían recibido orden del director de Santander de que se pronunciaran el 20 de octubre; de que no tenían sino sesenta rifles porque los revolucionarios de Venezuela, habían recogido para su empresa los pocos elementos dispersos y escondidos en el Norte de Santander, pero que así y todo, si no se aplazaba el movimiento, ellos harían por su causa cuanto les fuera posible.

Esa alarmantísima noticia fue la que determinó la junta liberal en casa del señor Medardo Rivas, y el telegrama circular de que da razón y que publica en su libro el señor Tamayo.

Además de eso el señor Parra envió inmediatamente a su sobrino el general Juan Francisco Gómez P., gallardísimo y prestigioso jefe del Sur de Santander, un comisionado para ver de contener tan temerario movimiento, pero cuando ese comisionado, el coronel Jacinto Vargas, se avistó con Juan Francisco, ya éste, en armas, se aprestaba a combatir en San Gil un destacamento del gobierno.

La guerra fue, pues, incontenible, fue desastrosamente festinada y la revolución, prácticamente inerme, hubo de multiplicar el sacrificio de la juventud liberal,

por cuyo destrozo, y con mayor razón que el griego, pudo decirse que la república perdió su primavera.

Pero no porque esa lucha fuera desgraciada en la decisión de las armas, deba hoy cortarse en dos etapas inconexas y distintas en los móviles que la inspiraron, la historia de Colombia dentro del liberalismo, para juzgar que con los hombres que llevaron hasta el final esa aventura, terminó el deporte de las guerras y que hoy los rumbos civiles se deben a otro temperamento y a otros factores.

No, alguna parte han tenido en esa orientación después de 1902, Vargas Santos, Herrera, Uribe Uribe, Olaya Herrera, Urueta y los miles de ciudadanos liberales, de juicio y de cultura, náufragos sobrevivientes de esa empresa redentora, que han seguido rindiendo culto a los ideales democráticos.

Que no existiera hoy la amplitud institucional de que disfrutaban los nacionales; que se reprimiera la libérrima expansión de la prensa; que no sólo no tuvieran como tienen los partidos plena libertad en el ejercicio de sus derechos sino hasta el ruego para que los opositores hagan uso de ellos y cooperen en la solución de las necesidades comunes; que idealmente se repitiera una situación idéntica a la de 1885 a 1899, veríamos que la ebullición del espíritu cívico de cualquiera de nuestras fuerzas políticas, atropella-

ría las compuertas que lo reprimieran, si fuera imposible, como lo fue entonces, la conciliación de los contendores.

Hombres, partidos o pueblos que se resignan a la abdicación de derechos, más que políticos, humanos, se traicionan a ellos mismos.

Ese sentimiento alienta, y ojalá para siempre, la noble altivez de los colombianos.

CAPITULO II

El Incendio

Primeras escaramuzas . El desastroso ataque de Uribe Uribe a Bucaramanga . El Dr. Parra buscaba la paz . José Santos, ministro de guerra nacionalista, en connivencia con los liberales . ¿Se trataba de una emboscada ? Triunfa en Cúcuta Benjamín Herrera, organizador insuperable . Los comisionados de paz arrestados.

UNA VEZ que estalló la revolución en el Sur de Santander o en concomitancia con ella, rápidamente se propagó el incendio en el Norte, en Boyacá, en Cundinamarca, en el Tolima y en la Costa. En todas partes los liberales carecían de armas, y casi en absoluto de municiones, y sus cuerpos beligerantes, a donde acudía la juventud sin otro equipo que el del entusiasmo y el valor, literalmente estaban predestinados a ser víctimas de fusilamientos en masa.

En los comienzos de la guerra un golpe oportuno de audacia y de sorpresa, el de la captura de parte de la flotilla fluvial en Barranquilla, pudo haber determinado una orientación con promesas de éxito; pero esa ilusión quedó sepultada en el desastre del combate de los Obispos.

El inolvidable Figueredo, aquel jefe tan valiente, tan audaz y tan experto en lides bélicas, pronunciado en las inmediaciones de la capital, con un grupo de jóvenes, entre los cuales figuraba Enrique Olaya Herrera, dentro de un círculo de hierro que le formaron las fuerzas del gobierno, de tope en tope, sin otros útiles para romper ese anillo que su pecho y el de sus compañeros, vino a rendir la vida, pero no su entereza, en las inmediaciones de Nocaima.

Carrera, con su fuerza, fue destrozado en el Tolima, y no mejor suerte le cupo en Manta al impertérrito José Santos Maldonado, y a sus heroicos compañeros Infantino y los Jiménez.

En el final del mes de octubre y principios de noviembre los pronunciados en Boyacá se encaminaron al Sur de Santander para formar un solo cuerpo de ejército con las milicias comandadas por Juan Francisco Gómez P., y así emprender una misma campaña. En La Mesa de los Santos se concentró el cuartel general, en donde, a falta de armas, infundían

confianza y arrojo jefes de la magnífica intrepidez de Rafael Uribe Uribe, Ramón y Agustín Neira, Pedro Soler Martínez, Tomás Ballesteros, etc. etc., y donde los jóvenes y noveles combatientes tenían el estímulo y el ejemplo de las hazañas coronadas por su gallardísimo coetáneo Juan Francisco Gómez P.

En la Mesa de los Santos se dio unidad al ejército bajo el mando del general Uribe y allí resolvieron el ataque a la plaza de Bucaramanga, resguardada por un fuerte ejército del gobierno, protegido por toda clase de trincheras y con un arsenal al colmo del deseo.

Uribe Uribe aprestigiaba cualquier causa por sus múltiples y sobresalientes facultades de hombre público y por la austeridad de sus virtudes admirables. Consciente de su altísimo valer, no se acomodaba a ser segundo de nadie. En la guerra, con su elocuencia exaltaba hasta el delirio el entusiasmo de las masas y con su heroísmo el arrojo de sus secuaces. En los combates era demasiado impetuoso y jugaba con desdén su propia vida en hazañas siempre arriesgadas y en ocasiones sublimes.

No sé si sedujera a los atacantes de Bucaramanga la confianza en la propia incontrastable valentía para arrollar el esfuerzo que se les opusiera en su contra; lo que sí dejó en claro ese desgraciado intento, fue

que esa batalla, por la calidad de sus pérdidas, especialmente en jóvenes, de quienes Juan Francisco era ejemplar de singular valía, representó para el liberalismo uno de los sacrificios más lamentables de la guerra referida.

Mientras los anteriores sucesos se cumplían, el gobierno perseguía con prisión en Bogotá a todos los liberales, prisión de que algunos escapaban cambiando de escondites, y en los días de la formidable batalla santandereana, momento por momento publicaba boletines de la aniquiladora tragedia liberal.

Estando yo en relativa seguridad en una casa amiga, fui sorprendido por el urgente llamamiento que me hizo el doctor Aquileo Parra para que fuera en el acto a su alojamiento. Una vez en su presencia me dijo: «El cuerpo diplomático, por iniciativa del ministro del Ecuador, doctor Luis F. Carbo, con el concurso del arzobispo primado y del vicepresidente de la república ha promovido el envío de una comisión de paz para lograr de las fuerzas contendoras un fin patriótico a la matanza de fuerzas liberales.

«La guerra para el liberalismo ha sido una *debacle* sangrientísima y estéril en que han sido aplastados todos los núcleos revolucionarios de que se tenía noticia: el sacrificio de Figueredo y de Carrera; el desastre de la flotilla en los Obispos; el aniquilamiento

de las fuerzas de José Santos Maldonado y esta espantosa carnicería de Bucaramanga, no deja nada en pie para una lucha que contra nuestras admoniciones algunos jefes liberales iniciaron con una absurda inferioridad de elementos de combate.

«Nada se sabe de Benjamín Herrera, quien nos anunció su casi total carencia de armas y municiones y al respecto el gobierno apenas comunica que los restos de las fuerzas liberales destrozadas en Bucaramanga con Uribe Uribe a la cabeza, siguieron para el Norte, donde se unirán con las de Herrera, si éste se pronunció, para ser todas víctimas en una lucha de una desigualdad aterradora.

«Urge con el mayor apremio un esfuerzo, por improbable que sea su éxito, ante los jefes militares enemigos, para salvar la vida de tantos copartidarios, y he pensado que usted, con otros dos amigos, no pierdan minutos en el desempeño de comisión no sólo patriótica sino humanitaria».

Yo que estaba angustiadísimo porque mis hermanos eran compañeros de armas de Juan Francisco y porque los boletines bélicos del gobierno, además de pérdidas de vidas que eran un duelo para el partido daban cuenta de que Julio estaba herido gravemente, me puse a la orden del doctor Parra y él decidió que

fueran mis compañeros los generales Rafael Camacho y Celso Rodríguez O.

Sin pérdida de minutos los comisionados nos aprestamos para marchar. En la noche de ese día, con mis compañeros ocurrimos al ministerio de guerra para hacer visar los pasaportes. Allí encontramos al general José Santos, titular de ese ministerio, al doctor Carlos Calderón, ministro de hacienda, y a un considerable número de jefes militares que llenaban el salón del despacho.

Y esa noche, en ese ministerio, vine a tener conocimiento de algo que me dejó sorprendido y que me dio la impresión de que los jefes revolucionarios que iniciaron la contienda no asumieron la enorme responsabilidad de lanzarse a la lucha, con ímpetu desesperado y con las manos vacías, sino que debieron contar con un respaldo poderoso que era promesa, cuando menos, de equivalencia de poderes militares.

Es el caso que firmados los pasaportes, el ministro, general Santos, me acompañó hasta el corredor, por entre una multitud de militares que no desviaban los ojos de nuestras personas y que estaban tan próximos que se hacía muy difícil la comunicación de un mensaje verbal secreto; sin embargo, el general Santos se dio maña para encargarme de esta lacónica embajada:

— «Dígale al general Uribe que precipitaron el movimiento sin darme tiempo para preparar el concurso que les ofrecí y cuando ya tenía listo a Montoya con su división que es la de mi mayor confianza, aconteció la desastrosa acometida contra Bucaramanga, pero que no obstante esto, si se presentare ocasión de reparar entuertos, siempre estoy listo a cumplir mi palabra».

El nacionalismo estaba en el poder y era el general Santos uno de sus altos jefes. ¿Por qué como ministro de guerra entraba en componendas con *leaders* de una sublevación liberal para derrocar al gobierno de que formaba parte?

¿No parecía más natural que los revolucionarios hubieran buscado la ayuda del historicismo, ostensiblemente agraviado por el poder nacionalista y cuyas convenciones y manifiestos eran de rebelión encubierta?

Sin pleno conocimiento de intimidades dentro del campo nacionalista que llevaran a sus jefes a hostilidades en las propias entrañas de ese campo, parecían inconcebibles concomitancias con adversarios declarados de un partido opuesto.

Mis compañeros Camacho y Rodríguez, al referirles luego el mensaje a que he hecho mención, fueron presa también de idéntico asombro. Y nunca he tenido oca-

sión de precisar tales compromisos, porque al cumplir mi encargo para el general Uribe, él me dijo cuando venía vencedor en Peralonso: «Ya no hay objeto en inquirir si tales promesas fueron leales o más bien una emboscada; hoy no tenemos que preocuparnos sino de seguir adelante y esa es la consigna».

Por entre fuerzas regulares y guerrillas conservadoras de gente no muy santa, los de la comisión de paz en viaje continuo de noche y de día, en pocas jornadas llegamos a Pamplona, donde ya se hallaba aposentado el ejército regular del gobierno, que salió en campaña de Bogotá en la última decena del mes de octubre.

En el camino de Santander ya habíamos tenido noticia de que el general Benjamín Herrera, con un pequeño núcleo de gente armada y con muy hábiles y afortunadas evoluciones estratégicas, había logrado desalojar de Cúcuta el batallón oficial veterano que la guarnecía y organizado allí un ejército de 2,000 hombres muy bien armados y municionados, con jefes y voluntarios de coraje incontrastable, al cual se habían unido los restos del que peleó en Bucaramanga, comandados por el general Uribe y las fuerzas revolucionarias, principalmente de macheteros afamados que levantó y condujo a ese lugar, en marcha

arriesgadísima, el general Justo L. Durán, de la provincia de Ocaña.

Ya, pues, desde el comienzo de la guerra, Herrera se destacaba como organizador insuperable y como estratega y táctico de condiciones excelsas. Desde niño y desde posición la más humilde hasta los más altos grados en milicia, ese jefe se formó en la histórica guardia colombiana distinguiéndose de modo relevante en las guerras civiles de 1876 y 1885, no habiendo podido actuar en la de 1895 porque el gobierno se apresuró a aprehenderlo. En 1899 era, por lo tanto, un veterano de importancia imponderable.

Ya tendré ocasión en estas narraciones de relatar las campañas del Cauca y de Panamá, en que el hombre, como jefe supremo, dio toda su medida para exhibirse como uno de los más notables miembros de nuestro Olimpo militar de todos los tiempos.

Pues bien, ya no era una guerrilla, ni un cuerpo inerme de entusiastas lo que iba a combatir el poderoso ejército del gobierno. Verdad que la revolución estaba arrinconada en el último extremo de la frontera del Norte y que sobre ella cargaba el gobierno todo el peso de su abrumadora superioridad en hombres y en armamentos, pero nosotros, los de la misión de paz, habíamos recibido los datos y formado la impresión de que el choque habría de ser apoca-

líptico. Presentíamos que, si por ser más que probable, el gobierno triunfaba, como el romano, tendría que sentarse sobre los cadáveres de miles de héroes que venderían muy caro su vida.

Al llegar a Pamplona nos apresuramos a presentarnos al estado mayor del ejército oficial para darle cuenta de la misión que nos había sido encomendada. Allí nos avistamos con los generales Jorge Holguín, Carlos Cuervo Márquez, Isaías Luján, Enrique Arboleda y Vicente Villamizar. Nos recibieron con algo más que cortés afabilidad, pero nos tomaron los pasaportes. Ya en amistosa conversación nos manifestaron que era conveniente pasáramos con ellos una revista a su ejército para que nos convenciéramos de que de tejas para abajo, era humanamente imposible que los revolucionarios pudieran resistir su acometida. Les observamos que era inútil esa diligencia, porque nosotros en Bogotá habíamos presenciado su formación por la misión francesa. Luégo nos despidieron diciéndonos que pensarían el mejor modo de satisfacer nuestros deseos.

Dos o tres días después, a tiempo en que sabíamos que estaban activando el despacho de fuerzas a la frontera, nos llamaron para expresarnos que estando casi enfrentados los ejércitos enemigos, era muy peligroso y casi imposible un parlamento.

Les respondimos que aún entre salvajes hay respeto para los parlamentarios y que con muchísima mayor razón debía haberlo de parte de adversarios en que figuraba un personal de lo más culto de la república, pero que aun cuando hubiera algún peligro, la reunión en un lugar neutral o equidistante de los dos campamentos, de tres jefes o del número que ellos quisieran de parte del gobierno, de uno o dos por la del ejército revolucionario y de los tres comisionados de paz para ponerle un final honroso y patriótico a la contienda, era un minimum de aventura si se trataba de salvar el decoro republicano y la vida de muchos miles de compatriotas. Entonces nos despidieron con menos amabilidad, diciéndonos que luégo nos darían su disposición definitiva.

En la última entrevista nos expresaron con sequedad irritante que debíamos enviarles a las fuerzas liberales una comunicación para informarlas que la revolución había sido aniquilada en las demás partes del país; que el gobierno tenía los medios de aplastarlas, y estaba dispuesto a hacerlo incontinenti, pero que les garantizaba la vida, si se rendían incondicionalmente.

Con altivez e indignación les replicamos que no eran los jefes liberales ni sus secuaces gentes que se intimidaran ni aún en el banquillo a que los tenían

reducidos; que entreveíamos en su cruel resolución que entre los jefes gobiernistas se disputaban la sucesión del casi nonagenario presidente; pero que la sangre que iban a verter caería sobre ellos y que de ella surgirían tremebundas reacciones que les amargarían la fiesta.

En actitud violenta nos interrumpieron para declarar que si habíamos encendido la guerra debíamos sufrir las consecuencias y que nadie ni nada tenía derecho para increpar los motivos distintos del cumplimiento de su deber de militares en la lucha a que habían sido forzados por una revolución insensata.

Salimos sin despedirnos, pero antes de llegar a nuestro hospedaje fuimos reducidos a prisión y conducidos al cuartel del batallón al mando del coronel Upegui.

CAPITULO III

Propósitos de la Revolución

La victoria liberal en Peralonso. El general Vargas Santos sí era un verdadero militar. Las grandiosas recepciones a los generales Uribe Uribe, Vargas Santos y Herrera en Pamplona y Bucaramanga. El manifiesto de los liberales. Programa político y social de la revolución. La lucha por el derecho y la libertad.

Recluidos los tres malaventurados mensajeros de la misión de paz en una pieza alta del segundo piso del cuartel que tenía una ventana frontera de un solar cercado con tapias no muy altas, nos entreteníamos con la obsesión y las cavilaciones de nuestra inquietud por la azarosa suerte de las fuerzas revolucionarias.

Severas fueron las medidas de nuestros guardianes para privarnos de toda noticia de parte de nuestros amigos que demoraban en la ciudad con vigilancia

sagaz y rígida, pero por medio de un ardid afortunado éstos lograron informarnos que desde el día anterior se libraba una formidable batalla a inmediaciones de la frontera.

La noticia en vez de angustiarnos nos produjo un entusiasmo desbordante, como si telepáticamente los combatientes de nuestra causa nos transmitieran la fortuna con que peleaban sus armas.

Poco después nos dimos cuenta de que el batallón con toda premura desocupaba el cuartel y sin más espera saltamos por la ventana para buscar resguardo de toda persecución.

Yo fui a dar a una casa amiga en donde había una pieza de escondite tan admirablemente disimulada que hizo frustráneas las muchas rondas de piquetes de un cuartel vecino que juraban y perjuraban haberme visto desde las ventanas de su estacionamiento. La dueña de mi hospedaje, matrona de serenidad imperturbable, respondía a los requerimientos de quienes la indagaban: «Evidentemente estuvo aquí de visita, pero se despidió sin tener por qué decirme adónde se dirigía.

Dos días después de mi instalación en esa casa comenzaron a pasar derrotados, al principio en desbandada, y por último, con alguna organización la retaguardia bajo el mando del general González Valencia.

El 24 de diciembre entró a la ciudad la vanguardia del ejército vencedor en Peralonso con los generales Uribe Uribe y Justo L. Durán a la cabeza. En la plaza principal, ante una multitud enloquecida de entusiasmo, el general Uribe pronunció una épica proclama en que hacía presente que era día de pascua florida, pascua que ahora festejaba el triunfo inmarcesible de la vieja audacia liberal.

El 25 llegó el ejército del general Vargas Santos procedente de los Llanos y de Sogamoso, cuya recepción preparó el general Uribe con flamantes discursos suyos y de sus muy inteligentes ayudantes, en que no escasearon sarcasmos contra el llamado Olimpo, a quien Peralonso demostraba la inutilidad de su obra y la ineficacia de su concurso.

En ese acto, majestuoso y delirante, el general Uribe refrendó la proclamación del augusto luchador como jefe supremo de la dirección de la guerra.

No hay nada tan frágil como la memoria de los pueblos. Hay injusticia en declarar ahora que el jefe supremo de la revolución, general Vargas Santos, fuera hombre sin criterio militar, y sin historia para desempeño de cargo tan elevado.

En todas las guerras anteriores siempre había figurado entre astros de primera magnitud: en la de 1860 con Santos Gutiérrez, Santos Acosta, Sergio Camargo,

Solón Wilches; en la del 76 con los anteriores, menos Santos Gutiérrez, quien ya no existía en ese entonces, más Trujillo, Alejo Morales, etc.; en la de 1885 con Camargo, Foción Soto, Daniel Hernández, Ricardo Gaitán Obeso, Plutarco Vargas, Fortunato Bernal, etc.

Y sobre las preseas y el entrenamiento militar de campañas tan dilatadas e importantes tenía una preparación clásica en estudios especialmente históricos, entre los cuales figuraban los relativos a los grandes militares mundiales, estudios que hacía en las propias lenguas de los más prestigiosos autores de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos.

Su valor y su energía estaban, pues, orientados por una grande experiencia en lides bélicas y por la técnica de los grandes capitanes del planeta.

Y todos estos méritos ante el partido estaban aureolados por un patriotismo y un desprendimiento sin par, porque a la hora de las recompensas se volvía a sus llanos a apacentar sus ganados, para no dejarlos sino cuando era el caso de salir de nuevo a la defensa de su causa.

El 26 de diciembre fue la entrada a Pamplona de Herrera con su ejército, para cuya recepción me hicieron instancia las matronas y ciudadanos conspicuos de la ciudad de que fuera yo quien les diera la bien-

venida y la felicitación por los trofeos alcanzados por ellos. Ante esa amable solicitud, cuyo desempeño era indeclinable por las muy obligantes atenciones que nos habían prodigado a mis compañeros Camacho y Rodríguez y a mí, lo hice como mejor pude volviendo por la armonía y solidaridad de todos los cobijados por el pendón liberal.

Después fuimos con mis compañeros a visitar al general Vargas Santos. En nuestra conversación con el venerable patricio lo informamos de que por ser yo miembro de la firma en cuyas oficinas trabajaba el directorio encargado de la organización de la guerra, conocía en sus intimidades los cuantiosos recursos levantados, las casas extranjeras en que estaban depositados, los agentes que tenían el encargo de comprar los elementos, etc.

Después de dar una minuciosa información de los datos que me constaban, nos dijo el jefe supremo «Prepárese el doctor Caballero para seguir a Maracaibo a ayudar al doctor Soto en la rápida movilización del buque de guerra y los armamentos que deben despacharse inmediatamente; comprometa a ese patriota a que venga a compartir los trabajos y las responsabilidades de la empresa en que estamos empeñados, y véngase esta tarde a recibir la correspondencia de que debe ser portador».

Volví a la tarde y entonces me dijo: «He pensado que debe ir con usted el doctor Luis Eduardo Villar, amigo de la mayor confianza del doctor Soto, y como todavía no he conversado con el doctor Villar, lo que haré esta noche, venga muy temprano en la mañana para que hagan los dos el viaje con la mayor rapidez».

Al día siguiente fui a donde el general con Camacho y Rodríguez, que ya habían sido incorporados al ejército, y a presencia de ellos me dijo: «Ya entregué la correspondencia al doctor Villar, pero usted puede decirle al doctor Soto que yo no he venido a esta campaña con ambiciones de ningún género sino a cumplir con mi deber en el puesto que me señalen; que venga a asumir la jefatura suprema y así tiene usted ocasión de comunicarle las instrucciones reservadas que trae».

Sorprendido con tan seca acogida, le contesté: «Ni los venerables patricios que con toda abnegación estuvieron preparando la guerra son hombres para la falacia que usted les atribuye ni nosotros personas que aceptaran semejante embajada».

«Nuestra misión fue la de buscar un acuerdo honroso que pusiera fin a una lucha que para el liberalismo parecía desastrosa; tan sólo la circunstancia fortuita de conocer datos por secretos de organiza-

ción, espontáneamente y sin encargo de nadie se los comuniqué a usted con toda lealtad.

«No tengo, pues, nada qué agregar ni qué hacer y me voy inmediatamente a Bucaramanga a atender un hermano gravemente herido: no soy militar y nada significa el retraimiento de una insignificante unidad en hacer parte de un ejército, en el cual su jefe supremo me hace el gratuito e injusto cargo de que vengo a conspirar contra su autoridad».

El general Vargas Santos, que era de una rectitud y nobleza de carácter de gran caballero, vio en mi indignación que me había herido profundamente sin motivo, y además de excusarse con toda gallardía se empeñó en que fuera yo a Maracaibo; pero la irreducibilidad que sostuve tenía por raíz el que no quería justificar la más remota sospecha de ser instrumento de divisiones suicidas en un campo de guerra.

Seguí a Bucaramanga, a donde llegué el mismo día de la grandiosa recepción que esa ilustre ciudad hizo al general Uribe Uribe y antes de la no menos imponente que tributó al general Vargas Santos. Me hospedé en casa de mi pariente, el notable médico doctor Enrique Sanchez C., casado con la señora Trinidad Puyana, a donde llegó pocos momentos después Francisco Barreto Mutis, mi amigo desde la infancia, casado

con María Puyana, hermana de Trinidad, en cuya casa estaba alojado el general Uribe.

Barreto me entregó una hoja suelta, titulada *Los heraldos traidores*, en que nos ponían cual no digan dueñas a los generales Camacho, Rodríguez y yo y nos exhibían como agentes del Olimpo liberal para hurtar el triunfo de los heroicos vencedores en Peralonso.

Poco después entró a la casa de Enrique el general Uribe; se mostró sorprendido de encontrarme y me dijo: «Me alegro de verlo tan a tiempo, porque hace unos minutos que algunos muchachos ayudantes míos, que no saben de mi cordialidad de relaciones con ustedes, debieron pensar que me halagaban con una terrible publicación contra los emisarios de Bogotá; pero por suerte tengo la edición en mi poder y yo no permitiré que circule».

Le contesté: «Muy sinceramente le agradezco su buena voluntad, pero usted sabe que yo soy un joven sin historia y que mis compañeros la tienen gloriosa en las campañas del liberalismo, por lo cual morirá al nacer cualquiera infamia en nuestra contra; deje, pues, que circulen las amenidades con que nos obsequian». No tuve conocimiento de que esto se cumpliera.

Poco tiempo después me mandó llamar el general

Vargas Santos para comunicarme que le habían llevado un proyecto de manifiesto a la república, pero que no le satisfacía porque tenía conceptos amargos contra fracción muy importante del partido a la que calificaba de *gris*, y que él era de opinión que pendón y proclama liberales no debían tener por qué hacer distingos sino cobijar a cuantos fueran miembros de la patriótica causa; que me rogaba le hiciera un borrador inspirado en ese sentimiento y en el empeño por la realización de un programa ampliamente democrático.

Le prometí atender su solicitud con lo mejor de mi pensamiento y mis motivos y cuando luégo le presenté el encargo en momentos en que lo acompañaba la ilustre reliquia liberal que hizo benemérito el nombre de José María Villamizar Gallardo, con suma benevolencia, ambos hallaron honroso el manifiesto y el jefe ordenó su publicación inmediata.

El manifiesto dice así:

A LA NACION

Por aclamación del partido liberal de Colombia y de los ejércitos que se han levantado contra el sistema político que nos rige y nos agobia, aunque sin merecimientos, de modo indeclinable me hallo investido del carácter de Jefe de una causa y Director de

una guerra a las cuales dan inspiración e impulso los más levantados ideales de libertad y de justicia.

En las fuerzas de mi mando tienen representación muy conspicua los más sanos y respetables elementos sociales, a quienes mueven unos mismos sentimientos patrióticos y animan unas mismas republicanas ideas.

Todo ello, más que mi sinceridad y honradez nunca desmentidas, da a mis palabras una importancia y una seriedad solemnes, que, en cuanto tengan carácter de promesas, no tanto son el sagrado compromiso de un partido como la voluntad y la decisión de los genuinos republicanos de Colombia.

La Revolución cuenta hoy con elementos suficientes para confiar fundadamente en el triunfo. Domina el norte de la república; se levanta imponente en todos los ámbitos del país y con paso firme y seguro avanza, hora por hora, terreno que amplía su campo de acción y ensancha su base de operaciones.

La ocupación de Bucaramanga y del norte de Santander, consecuencia del memorable triunfo en «La Laja» y «Peralonso», cuyos múltiples y benéficos resultados no acaban todavía de cumplirse, es de una trascendencia incalculable. Por ello no sólo se acrecenta el abnegado contingente de personas y de recursos que han venido suministrando los pueblos para

la reconquista de sus libertades y de sus garantías, sino que universalmente legitima más, si cabe, una beligerancia que reconocen los más elementales sentimientos de humanidad y los más rudimentarios principios del derecho de gentes.

Un gobierno civil a cuya cabeza se hallan patriotas de una honorabilidad sin mancha; ejércitos organizados provistos de abundantes materiales de guerra que permiten el incremento que se quiera y en cuyo personal rivalizan el valor con la generosidad, la abnegación con la firmeza, y todo ello al servicio de una causa que aboga por sanos principios de derecho público y como órgano de una revolución justa y poderosa, da derecho a la simpatía y consideración de los pueblos civilizados y hasta al respeto de los mismos regímenes dictatoriales.

Los ejércitos liberales luchan por establecer en este país efectiva y definitivamente la República, y trabajan por que preponderen los más sagrados intereses de la Patria. La prensa libre, la garantía de los derechos de todos los nacionales sin distinción de vencidos, la pureza en la práctica de sistemas de sufragio que dé el reflejo fiel de la opinión nacional y la libre determinación de sus destinos, en la paz habrán de ser para el liberalismo los impulsores de una vida democrática que afiance el

bienestar y dilate la justicia entre las clases sociales.

El triunfo de sus armas no significa el cobro, ojo por ojo y diente por diente, de las mutilaciones que en la carne y el espíritu del gallardo Partido Liberal hayan cometido representantes más o menos auténticos de quienes, con buena o mala fe, han mirado a tal defensor de la libertad y el derecho como su eterno adversario.

Las represalias no entran inmotivada e inútilmente en la línea de conducta de nuestra gloriosa causa, la cual mancomuna sus ideales y sus intereses con los de la civilización.

Sin cólera, con verdadero dolor, sostenemos lucha contra los forzados del ejército enemigo, contra los ilusos o engañados, contra el pueblo conscripto de cuyas quejas son los liberales fervorosos adalides y cuya ignorancia, cuando no el candor, lleva a sostener la coyunda que lo oprime, que lo humilla y que lo explota.

Por ello mismo los ejércitos liberales deben regocijarse, con patriótico entusiasmo, de ver acampar bajo sus pendones, sin inquirir su procedencia, a cuantos preocupe la mejora en la suerte de la patria, por el estímulo que se deje a toda actividad con la garantía eficaz y el inviolable respeto de todos los derechos.

Por parte del liberalismo no ha sido aliento en esta lucha el propósito de reponer instituciones para incidir en prácticas que no se conformen con el deseo o el asentimiento nacional.

La revolución aspira, eso sí, con todo ardor y la más firme entereza, a renovar en nuestras prácticas administrativas las ya olvidadas tradiciones de una severa honradez.

Propende por que la Constitución política se conforme a la estructura social.

Quiere robustecer, por cuantos medios sea dable, la unidad nacional que tiene en nuestros antecedentes históricos, en nuestro suelo y en nuestro espíritu raíces indestructibles, pero trabaja por que se deje a cada entidad política la autonomía y los medios necesarios para impulsar su progreso y procurar su propio bien.

Lucha por que sean los individuos y los pueblos los que dispongan de su suerte y tengan la facultad de darse las satisfacciones que estén en su querer.

Respeto y garantiza, por lo mismo, el sentimiento religioso, naturalmente católico, del pueblo colombiano, y otorga a los sacerdotes toda la consideración que se merecen, en cuanto no tornen su augusta misión de paz en baluarte y propaganda de la guerra.

Dará los pasos indispensables, con firmeza inquebrantable, para rehabilitar nuestro sistema monetario de modo que el ahorro tenga estímulo, las transacciones garantía y fecundidad el crédito.

Procura restablecer la responsabilidad de los mandatarios y la limitación de sus funciones a la simple misión de resguardar el derecho, de modo que la seguridad sea efectiva y la arbitrariedad proscrita y castigada.

Clama por establecer en materia de contribuciones una austera equidad y la aplicación más eficaz; que ello, con la seguridad inviolable de los ciudadanos en los límites que no hagan quebranto a la justicia, dará a este desangrado país fuerzas para convalecer y prosperar.

Quiere acabar con el odioso y suicida distingo, entre compatriotas, de vencedores y vencidos, haciendo del poder público no el gaje o la prebenda de algunos pocos agraciados, sino la expresión fiel de la voluntad de los pueblos para aplicarlo en el sentido que determine el derecho.

Para quienes tienen estas aspiraciones que son las que dominan en ejércitos en los cuales cada soldado es un industrial, un patriota y un hombre independiente y de ideas, la guerra ha sido un medio penoso y forzado de rehabilitar el derecho y recon-

quistar la libertad: a ella no se ocurrió, y eso por modo instintivo y casi desesperado, sino cuando inútilmente se agotaron los recursos pacíficos para conseguir aquellos fines.

El triunfo lo anhela el liberalismo como medio de implantar el bien, no como título para infligir en sus opresores los mismos males de que ha sido tan paciente víctima.

En la lucha misma, esa causa generosa busca en la guerra la sanción del derecho y por eso restringe cuanto es dable el uso de la violencia.

Por ello mismo sus procederes deben ser y han sido más nobles y más leales que los del enemigo que combate.

Diferencia muy marcada ha debido establecer el pueblo santandereano al juzgar, entre otros casos, por ejemplo, de la conducta de nuestros adversarios con un meritorio liberal, honra y orgullo de este pueblo austero, con la que hemos observado con nuestros prisioneros de guerra.

La injusticia es una semilla imperecedera de rebelión, y por ello procura el liberalismo, con su conducta, que le dictan el corazón y la historia, hacer prácticas sus generosas e íntimas disposiciones.

Republicanos de Colombia! Los ejércitos liberales son vuestro defensor: ellos miran sólo como enemigos a

quienes aniquilan los derechos del ciudadano, amenguando así la dignidad de la patria. Acoged el pendón revolucionario que es para todo ciudadano promesa de vida, para nadie amenaza de opresión.

Compañeros de armas! Vosotros representais la razón de ser de los hombres libres. Vuestra causa perdura como que encarna ideas redentoras. En el abnegado servicio de ella mayor brillantez dais a vuestros propios méritos así sean en unos los del heroísmo, en otros los del talento, en todos los de alteza de propósitos y la hidalguía de conducta.

Si triunfais como es seguro y como es justo, habreis tenido en Colombia el honor de ser los restauradores de la república, y por ella de la libertad. Si contra toda legítima esperanza hemos de sucumbir, con el sacrificio de nuestras vidas, como hombres dignos, borraremos nuestros nombres de los registros de esclavos en Colombia, y nuestro ejemplo, expresión de una gloriosa idea, como ella será siempre inmortal.

Bucaramanga, enero de 1900.

GABRIEL VARGAS SANTOS

Esto sucedido nuevamente me llamó el general Vargas Santos para decirme que tenía el propósito de reorganizar acto continuo las fuerzas revolucionarias, en cuerpos de ejército en que los dos principales debían quedar a las órdenes respectivas de los generales Herrera y Uribe U. y en que me designaba en la misma orden militar, como secretario general.

Apenas me informó de esto e iba dándome a conocer otras disposiciones cuando entró el general Uribe Uribe y nos dijo: «Me complace encontrarlos reunidos porque tengo algo grave qué expresar y que deben saber ambos. Circula en la ciudad el rumor de que el general Vargas va a reorganizar el ejército y de que entre sus disposiciones está la de nombrar al doctor Caballero como secretario general. Yo tengo por Lucas una grande estimación y somos amigos de vieja data, pero él representa en el partido una tendencia opuesta a la que yo encabezo y es agente del Olimpo, que ha entabado mis labores por la causa. Su nombramiento implica mi desautorización».

El general Vargas, que era de carácter a veces explosivo, lo interrumpe para decirle en tono iracundo: «No fui yo en 1885 bagaje de Felipe Pérez, con ser él quien era, mucho menos puedo subordinarme a las ambiciones de usted. Si se imagina que estoy obligado a ser su instrumento, sepa que yo no me suje-

to sino a mis deberes y a mis responsabilidades, y si eso no le cuadra, provoque mi destitución».

El general Uribe, sin objeción de ningún género, se marchó visiblemente disgustado, y entonces, después de calmar la exaltación del jefe, concluí manifestándole: «El general Uribe me hace un inmotivado honor al atribuírme una personalidad política que no tengo y que lo lleva a la no menos inmotivada idea de que he de actuar en su contra.

«Pero reflexione usted con toda serenidad que no tiene razón para mortificarse por la observación que él le ha hecho sobre mi nombramiento.

«El general Uribe tiene un enorme prestigio y es un gran jefe militar. Ahora lo importante y lo indicado es mantener la mayor cohesión y cordialidad entre los jefes militares superiores para que nuestro ejército sea invulnerable y sea invencible.

«Yo no he venido a hacer carrera en las milicias ni en la política. Si cree usted que puedo prestar algún servicio estoy a sus órdenes como amigo y en calidad de clérigo suelto en la campaña. Le ruego, general, desista de otorgarme un honor a que no aspiro».

En su oportunidad diré en qué circunstancias y por cuáles motivos hube de considerar indeclinable la aceptación de la secretaría general.

Estos incidentes personales, pero pequeños en el fondo y sin interés público, los recuerdo porque con el tiempo me dieron lugar a una satisfacción relacionada con las contrariedades de la guerra.

Sucedió que cuando vino el doctor Urueta de los Estados Unidos a sostener ante el Congreso el Tratado con esa nación, era yo miembro de la cámara y contrajimos los dos una amistad cordialísima.

En algún día, hablando de la viacrucis de los mil días, se me vino a la memoria una errada referencia a mi persona de los *Documentos militares* que publicó Urueta, y le dije: «El general Uribe debió morir sin rectificar la impresión de que yo hubiera provocado disidencias entre los jefes superiores, cuando realmente mi empeño, en lo que estuvo al alcance mío, fue el de atenuarlas y conciliarlas».

Ese lamentado amigo me respondió: «Los sentimientos del general, mucho tiempo antes de aquél en que ocurrió su muerte, eran contrarios a los que usted supone; en la intimidad de conversaciones de familia, a corazón abierto, muchas veces nos dijo: «en la guerra tuve ocasión de recibir alguna vez de Lucas una demostración inolvidable de su alto espíritu patriótico para allanar diferencias con los generales Vargas Santos y Soto, que yo tenía por justamente motivadas, y después de la paz, por informes muy veraces, he lle-

gado a la conclusión de que sin la oficiosa intervención de él para con Herrera, varias veces hubiéramos ido a duelos a muerte. Lo que hay es que la lealtad de ese amigo para con sus jefes inmediatos, Vargas Santos y Herrera, nunca ha permitido que hablemos de esas deplorables desavenencias».

El ejército siguió marcha al centro de la república para atacar los núcleos más poderosos del gobierno, guardando íntimo contacto con las provincias del norte que eran nuestra base de operaciones.

Cuando llegamos a San Andrés me llamó el general Vargas Santos para decirme que acababa de recibir posta con la comunicación de que un ejército del gobierno al mando del general Domínguez, por Ocaña se encaminaba a capturar la plaza de Cúcuta, que era nuestra base de operaciones y por donde debíamos recibir los armamentos que habían de traer los generales Foción Soto y Siervo Sarmiento; que no podíamos continuar el avance hacia Bogotá, porque aunque nuestro ejército era ya muy numeroso, de una moral militar levantadísima y aparentemente muy bien equipado, solamente menos de 2000 hombres venían armados de máusers modernos tomados en Peralonso con la enorme cantidad de municiones que constituían nuestro parque, pero que las fuerzas provistas de mauser venezolano, que era de otro ca-

libre y cuyos proyectiles se habían gastado en aquella batalla, y las que portaban otra clase de rifles no estaban provistas sino de una miserable cantidad de cápsulas, todo lo cual era notoriamente insuficiente para la ofensiva proyectada; que era irracional dejarnos cortar por el contrario las amarras de la base por donde debíamos recibir elementos bélicos cuantiosos y lanzarnos mar adentro con equipo militar tan reducido contra enemigo que lo tenía inagotable, y que, finalmente, habían decidido volver al norte para destruir la fuerza de Domínguez y asegurar la entrada libre de los armamentos que esperábamos. Hágame rápidamente una proclama, concluyó, para que el regreso no desaliente al ejército, y lo tenga mas bien por una garantía de triunfo.

CAPITULO I V

El Triunfo de Peralonso

Razones militares de la victoria liberal . La táctica del general Herrera . Don Aquileo Parra y don Santiago Pérez . La Batalla de Palonegro . Por qué el ejército liberal no triunfó en esa contienda . Junta de oficiales en Las Bocas .

El Dr. Soto cambia de opinión .

En el capítulo anterior di las razones por las cuales la fatalidad de circunstancias íntimas no permitió a los jefes aprovechar, en todas las consecuecias, la grandiosa e imponente victoria de Peralonso, que dejó atónito al enemigo, de cuyo pánico no vino a reponerse sino cuando fue detenido en el camino por la incorporación de poderosísimos refuerzos.

Esa situación íntima, fuera del supremo comando militar, era desconocida del ejército vencedor y

con mayor razón ha sido ignorada por los críticos.

Durante la guerra, por tiempo largo, para mis intimidades atribuí el éxito de esa batalla a un inconcebible golpe de audacia y de fortuna, hasta que posteriormente en la campaña de Panamá me di cuenta de que esa audacia fue ayudada por un magistral golpe de estrategia.

Es el caso que acompañando allí a Herrera en la inspección previa de una línea de batalla enemiga, examen que él siempre hacía para disponer el plan de ataque, al llegar a uno de los extremos desde donde se divisaba todo el panorama, me dijo: «Vea usted toda esa extensísima formación de tiradores del contrario; al desplazar esta noche nuestra fuerza, que la tenemos en toda la longitud de ese frente, y la concentramos en este sitio para atacar impetuosamente al amanecer, inutilizamos en su mayor parte esa gran línea de tiradores y el destrozo que cause nuestra fusilería será muchísimo mayor; esta fue la disposición que yo di a mi ejército en Peralonso». El posterior, rápido y feliz resultado de ese plan, se conformó a esas clarividentes concepciones.

El ejército nuestro, que iba camino del interior, rápidamente regresó de San Andrés hacia el norte por Pamplona, Cucutilla, Arboledas y Salazar a donde se

tuvieron plenas y exactas informaciones de las posiciones ocupadas por el enemigo en Terán y en Gramalote.

El general Vargas Santos estaba resentido con sus viejos amigos del antiguo directorio liberal presidido por el doctor Parra, porque no lo tuvieron al corriente de sus labores en la preparación de la guerra, y en una estación de los jefes del ejército en Arboledas, en que reunidos en un mismo salón en distintos grupos departían el general Uribe Uribe con otros jefes y sus ayudantes, y el general Vargas conversaba conmigo y me exponía aquella queja, yo le explicaba que era tal el espionaje del gobierno en Bogotá, que el directorio no enviaba comunicaciones sino con portadores de ilimitada confianza, y que como por entonces no urgía sino la preparación de elementos y el obtener fácil acceso de ellos por las fronteras vecinas, no había llegado el caso de dar a los naturales jefes de las distintas campañas conocimiento de los elementos que se ponían a sus órdenes y de las empresas militares que debían acometer.

Eso puede ser así; ¿pero por qué Avelino Rosas recibió nombramiento para invadir por Santander?, me dijo el general.—No, le respondí: voy a explicarle que ni esa designación ni tal noticia son exactas.

Entonces el jefe supremo, con grande exaltación y en voz tonante que suspendió las distintas conversaciones de los otros interlocutores de grupos separados, me increpó de esta manera: A usted lo ciega, doctor Caballero, su cariño y su devoción por el señor Parra: sepa que yo no he mentado nunca y que lo que le he dicho es la verdad.

«No ha pasado por mi mente, general, nada que pudiera tomar usted por irrespeto. Es para mí un axioma que a usted debió llegarle esa información, pero lo que puedo y debo asegurarle como la verdad inconcusa, es que el directorio no hizo tal nombramiento, de lo que respondo porque fui quien escribió todas las comunicaciones reservadas de esa entidad».

Tiempo después, en Riohacha, en presencia de muchas personas, el general hizo a la memoria del señor Parra y a quien en Arboledas dio cuenta de sus disposiciones, la debida satisfacción y el reconocimiento de que había sido errada la información que tuvo por exacta y que lo contrarió.

Por otra parte, es muy cierto que en la guerra y en la paz, en la juventud y en la vejez, entre el millar de hombres ilustres de mi partido y algunos hasta geniales que he tratado en el curso de los tiempos, mi admiración y respeto supremos, en la vida y des-

pués de su muerte, han sido por ese viejo amigo de mi familia, santandereana también, don Aquileo Parra y por mi maestro don Santiago Pérez: del uno por la atracción magnética de la majestad de su carácter, por su lúcido y singularísimo sentido común y por su tacto político que, sin presumirlo ni quererlo, imponía sus juicios por el acierto que les reconocían sus pares, y del otro, por su talento supremo y profundísima y variada ilustración que lo mantenía al corriente de los coetáneos progresos en humanidades y literatura clásica universal, y en ciencias sociales y políticas; por la escultural perfección de su estilo como escritor público; por su devoción abnegada, con inigualable dón pedagógico, a la cultura de distintas generaciones en que fueron intelectualmente obra suya en gran parte, en la más remota, Rufino J. Cuervo, Tomás Cuenca, José Ignacio Escobar, Alejo de la Torre, Luis A. Robles, Clímaco Calderón, Juan Manuel Rudas, Eladio Gutiérrez, Francisco Santos Galvis, Felipe Angulo, Francisco de P. Manotas, José Manuel Goenaga, Luis Eduardo Villegas, José Miguel Arango, etc.; en la siguiente su hijo Santiago Pérez Triana, Diego Mendoza, Rafael Uribe Uribe, Nicolás Pinzón W., Carlos Calderón, Antonio José Restrepo, Juan de Dios Uribe, etc.; en la posterior, Atonio J. Iregui, José Camacho C., Santiago Ospina, José Domingo

Sierra, Antonio Llano, Celso Rodríguez O., los Manríques, Santander A. Galofre, Juan Francisco Gómez P., Wenceslao Paredes, etc. En la que vino después Tomás Eastman, Carlos Arturo Torres, Ignacio V. Espinosa, Ricardo Ochoa González y Nemesio Camacho; y en la más nueva, Tancredo Nannetti, Guillermo Camacho Carrizosa, Santiago Calvo, Julio Flórez, y gran número de jóvenes que no alcanzaron a dar su medida, porque los segó la guadaña de la última guerra civil.

Ya vendrá el tiempo, que se ha retardado, para que el liberalismo exalte como debe a esas dos singulares glorias, incansables en dar aliento y luz a la colectividad en labor incesante de cincuenta años.

Pero sigamos con el desarrollo de la guerra: de Salazar marchó en la vanguardia, a combatir en Gramalote, Herrera con su ejército. Uribe Uribe se demoró allí el tiempo preciso para escribir y publicar un simulado parte de victoria sobre el ejército de Domínguez, de una intuición tan maravillosa que vino a coincidir un día después con la realidad y que tenía por objeto producir desconcierto y retardo en el ejército del gobierno que nos picaba la retaguardia.

Gramalote había sido una posición inexpugnable en todas nuestras guerras civiles. El pueblo se halla

arrinconado a una distancia poco mayor de una legua desde el río Peralonso y a donde no se podía llegar sino por un camino bordeado en su anchura, que era muy reducida, por dos cerros altísimos, cortados a pico, que encerraban el camino como un callejón sin salida.

Al llegar nuestro ejército al puente sobre el Peralonso que da entrada al camino así descrito, nuestros jefes observaron que toda la cumbre del cerro de la izquierda hacia el valle del Magdalena, estaba ocupada por fuerzas enemigas, pero que parecía no haber guarnición en la cresta del cerro de enfrente.

En lo que restaba de la tarde y en la noche, fuerzas nuestras al mando del General Rafael Leal, con lujo de valor y de pericia ocuparon el Cerro de la Canal, con la consigna de sostener un vivísimo fuego contra los enemigos de la cima fronteriza para proteger en la madrugada la carrera impetuosa con que Herrera y su ejército se proponían llegar y dominar a Gramalote. Ese plan así preconcebido, arriesgadísimo en su ejecución y sin antecedente en el pasado, fué de un éxito completo: Gramalote y sus defensores cayeron en poder de Herrera.

Entre tanto, las fuerzas del general Uribe Uribe habían sido apostadas en Terán, al frente del ejér-

cito del general Domínguez, separadas unas y otro por el río y manteniendo entre los contendores un constante tiroteo.

El general Uribe Uribe, con 60 compañeros entre ayudantes y tiradores de selección, recorre rápidamente el camino seguido por el ejército vencedor en Gramalote, pasa por el pueblo sin detenerse, disimula la divisa de sus gentes y en marcha rapidísima llega al centro del cuartel general de Domínguez para intimarle al jefe: «Ríndase, general, yo soy Rafael Uribe Uribe».

Los compañeros del general conservador se apresuraron para disparar sobre los invasores y su jefe, pero un ayudante de éste, el general de La Roche, imperativamente les dijo: «Tenemos escalonados 12.000 hombres de aquí a Gramalote y en el frente de este campamento; si ustedes disparan, serán fulminados en el acto». La entrega total del ejército de Domínguez se consumó inmediatamente, no sin que el general Uribe se reforzara con sus batallones del frente de Terán.

Después de esta resonante victoria nuestro ejército, con los prisioneros y el parque adquirido, siguió a Cúcuta. Así se despejó el peligro de captura, por el enemigo, de Cúcuta, nuestra base de operaciones cuya posesión aseguraba la entrada libre del armamento que esperábamos.

Contando con que desde fines de diciembre el general Vargas Santos se había dirigido al doctor Soto para que ordenara al general Siervo Sarmiento la rápida compra en Inglaterra de un buque equipado en guerra y de armamentos para infantería de tierra, nadie imaginaba cuando llegábamos a Cúcuta en los primeros días de febrero que nuestra estada allí habría de ser muy larga. Desgraciadamente, son impasibles el tiempo y la naturaleza en sus obstáculos.

Mientras nos desesperábamos por la demora de la llegada de tan importantes elementos, el gobierno cargaba sobre la comarca santandereana en que actuaba nuestro ejército, las fuerzas más poderosas y mejor equipadas que levantaba en la república, y en un territorio tan abrupto y lleno de cerros como es el del norte de Colombia, cercaba nuestro campamento y apostaba tales fuerzas sobre fortalezas naturales infranqueables.

Por fin el general Sarmiento había llegado a las costas de Venezuela y de Colombia y después de enviar parte del parque a Maracaibo, siguió a Río-hacha con el pequeño buque de guerra «El Rayo», convoyado por el transporte Gaitán, y con una buena dotación de rifles y de municiones para emprender campaña por la costa al interior de la república. Al

recibir el parque destinado a nuestro ejército, el doctor Soto se encaminó con él a Cúcuta.

El patriota jefe, de inolvidable memoria, y el armamento fueron recibidos con grande entusiasmo por los nuestros, y determinado la necesidad de abrir campaña inmediata.

La llegada e incorporación del doctor Soto al ejército liberal fué una adicional refrendación objetiva de los ideales y las prácticas del programa de la revolución. Constituía ese gran patricio, con otros no menos abnegados en la lucha reivindicadora de la república efectiva, la bandera moral de ese esfuerzo heroico.

El nuevo adalid era un anciano cuyo ardiente patriotismo e integridad de carácter le daban inagotables energías para soportar las rudezas de una campaña y ser ejemplo vivo de las más bellas virtudes ciudadanas. Abandonaba su respetable hogar a donde llevaba una vida desahogada en tierra extranjera y amiga, así como su casa de comercio que gozaba de altísimo prestigio, demostrando de ese modo que los bienes materiales deben posponerse a la satisfacción de contribuir a la vida libre de su patria.

Encarnaba el doctor Soto la tradición liberal más genuina y honrosa: la de su padre el doctor Francisco Soto, el secretario y compañero íntimo del

organizador de la victoria de la Independencia y fundador de la República, el Gran General Francisco de Paula Santander.

El ejército global revolucionario guarnecía una línea de batalla de 16 leguas de extensión a cuyo frente, en posiciones inexpugnables, estaba apostado el del gobierno con dobles efectivos en fuerzas. Un ataque en esas circunstancias debía ser sangrientísimo y probablemente infructuoso.

Parecía que estuviéramos encerrados y sin salida; sin embargo nuestros jefes planearon, para abrirse campo al interior, un arriesgadísimo movimiento de flanco por Salazar, Arboledas, Cucutilla y Bagueche, que realizaron felizmente, pero en que siempre el enemigo quedaba con la ventaja de una mucho más corta y directa comunicación con los centros que pudieran ser nuestro objetivo: de ahí que primero en la Tronadora, a donde se desvió un cuerpo de exploración de los nuestros, fácilmente lo batieran, y luego el que topara en Palonegro nuestra vanguardia, al mando del general Rafael Leal, con fuerzas conservadoras considerables y muy bien situadas con las cuales fortuitamente hubo de trabar una empecinada lucha que vino a determinar el comienzo y el desarrollo de la titánica y legendaria batalla de este nombre, la más grande y sangrienta que se ha-

ya librado en todos los campos, en el suelo de Colombia.

No pude yo darme cuenta personal y directa de las disposiciones de nuestros jefes en ese apocalíptico encuentro, porque durante la marcha, en Suratá, con otros jóvenes de ese tiempo, fuimos acometidos por fiebre amarilla, de que ellos perecieron y de que yo me salvé después de estar varios días entre la vida y la muerte: así, pues, durante los primeros días del combate por esa razón quedé en Rionegro.

Cuando recobré la conciencia fui informado de las acometidas encabezadas por Herrera y Uribe Uribe con un valor llevado hasta la sublimidad y en cuyos asaltos los acompañaban, con estoico desprecio de la muerte y por entre verdaderos diluvios de balas de una densidad casi sólida, los generales Eugenio Sarmiento, Celso Rodríguez, Rafael Leal, Pedro Soler Martínez, Pedro Rodríguez, centenas entre jefes divisionarios y de batallones y de jóvenes oficiales y millares de soldados cada uno de los cuales se exhibió como un héroe cumpliendo la consigna de vencer o morir.

Lástima grande la de que el corto espacio de un artículo no permita hacer memoria de hazañas individuales de los combatientes, que parecen mitológicas, y del registro de todos los miles de ciudadanos

que allí dieron su vida en tributo de su fe republicana.

Aquella batalla fue algo descomunal, algo inaudito. Las vidas las derrochaban los combatientes sin cuidarse del instinto. Era increíble que los nervios de los nuestros resistieran 15 días de combatir de día y de noche, sin relevos, casi sin alimentación, y sin sueño. De parte del enemigo fue especialmente admirable la conducta del batallón «Artillería» que mantuvo el orden de formación en la acometida nuestra del 13 de mayo en que pereció casi totalmente.

La fetidez de la atmósfera, por el incontable número de cadáveres en descomposición de seres humanos y de bestias, era tan dominante e intensa, que persistió por semanas seguidas en las mucosas nasales de los sobrevivientes.

Y nuestros dos adalides principales, Herrera y Uribe Uribe, parecían seres fabulosos para quienes la lluvia de balas por entre las cuales cruzaban fueran de entes animados que tuvieran la consigna de respetar su existencia. El uno, siempre al frente de sus legiones para agredir o rechazar al contrario; el otro, después de una carga sangrientísima, inspeccionaba los alrededores, para arremeter de nuevo por el sitio en que mayor destrozo pudiera causar.

Como a Rionegro llegaban momento por momento

postas, que daban cuenta de la muerte de egregios luchadores y como yo tenía en el ejército a mis hermanos y a amigos queridísimos, sin fuerzas para levantarme me hice conducir en guando al cuartel general, y por ello puedo dar testimonio directo de los últimos episodios de esa inolvidable lid.

Por qué no triunfó el ejército liberal en Palonegro? Ello es secreto del destino, pero hasta donde hubieran podido influir las probabilidades humanas, sí hubo lugar a lamentar el desaprovechamiento de algunas coyunturas favorables.

Nada o muy poco significaba la enorme desproporción de las fuerzas bélicas contendoras, 18.000 del gobierno, alrededor de 8.000 las liberales, porque allí no fué poesía sino realidad el sentimiento de que el número en la lid es lo de menos, que los pocos son más cuando son buenos. Estaba por encima del deseo el levantamiento de la moral en nuestro ejército que había sido invicto y que se sentía invencible.

Me refieren que cuando nuestro cuartel general estaba en una hacienda llamada «San Isidro», el general Herrera que llevaba su ejército en marcha hacia el lugar de la contienda, solicitó orden de los jefes supremos para lanzarlo en bloque a la batalla por el punto que él escogiera, la que le fué otorga-

da; pero que luego por el temor de un rechazo le fueron dadas órdenes sucesivas de dejar algunas divisiones en lugares que sirvieran de apoyo en una eventual retirada y que por ello no pudo entrar al asalto del 13 de mayo sino con cerca de 2.000 hombres que rompieron las líneas enemigas y causaron la derrota de Pinzón, pero que fueron insuficientes para conservar las posiciones alcanzadas en el posterior contraataque con el gran refuerzo del ejército de González Valencia.

Nunca supe si tal suceso fuera así, porque aunque luego estuve en íntimo contacto con Herrera en una dilatada campaña, era él hombre de una disciplina tan rígida, que jamás me expresó queja ni reproche contra sus superiores inmediatos en la campaña de Santander; empero esa debió ser la verdad, porque tiempo después en Panamá, en sus acometidas fulminantes, al encomiarme las ventajas de la ofensiva que permite concentrar fuerzas como una poderosísima catapultilla para romper por el lugar que se escoja la línea de batalla enemiga, alguna vez me dijo que esa había sido su intención en Palonegro.

Cuando ya la batalla se había concretado a una costosa y estéril lucha al frente del cerro que se apellidó «De los Muertos», y cuando, además, se iban agotando en ambos bandos los pertrechos, presencié

un consejo de generales en que por sugestión de Herrera se prospectó un asalto al cuartel general contrario en las proximidades de Bucaramanga para ver de cambiar hacia la retaguardia del enemigo el frente del combate. Supe luego que se pensó en Arturo Carreño, un verdadero Aquiles para jefe de esa empresa tan arriesgada. No sé por qué no se llevó a efecto, pero tengo la seguridad de que si Herrera hubiera sido único comandante de la batalla, esa hazaña se hubiera cumplido indefectiblemente, porque otras de idéntica osadía se las vi disponer y realizar en la campaña de Panamá de que fue jefe supremo.

Por entre destacamentos enemigos y lluvia de balas, seguidamente llegaban a nuestro cuartel general mujeres y niños con mensajes de amigos de Bucaramanga, en que daban noticia del avance, lugar por lugar, de poderosos refuerzos de hombres y sobre todo de municiones que el gobierno enviaba a su ejército desde Bogotá.

Cuando se tuvo anuncio de que esos convoyes llegaban a Guaca, se dispuso la retirada de nuestras fuerzas de los lugares que ocupaban.

En la noche del 25 de mayo, los restos de nuestro ejército, con el mayor orden, se movieron hacia las Bocas y los Helechales, a menos de 2 leguas de la línea de batalla sostenida por quince días.

Al día siguiente cuando el enemigo percibió por el silencio con que eran recibidas sus descargas que los nuestros habían levantado toldas, nos creyó derrotados y a pasitrote si no a carrera tendida, se apresuró a darnos alcance, pero el rechazo que sufrió fue tan enérgico y sangriento, que luego pudimos continuar nuestra marcha, con todo espacio y calma y sin amagos de persecución.

En las Bocas hubo una junta de oficiales generales para debatir el plan que debíamos emprender. Mientras ellos deliberaban, yo estuve en la misma casa, en otra pieza, escribiendo por orden del jefe supremo unas notas para el general Pinzón, encargando a su hidalguía el buen tratamiento de los heridos que dejábamos.

Cuando se terminó la junta mi buen amigo Celso, me dijo: «Contra las únicas opiniones adversas del general Herrera y la mía, que fueron por el regreso a Cúcuta, se acaba de resolver una barbaridad, que es la marcha a Ocaña. Alcancemos al general Soto, que se dirigió a Rionegro, para que tú le refuerces las razones que los dos hemos debatido, y si conseguimos que cambie de opinión, procuremos que él influya sobre el general Vargas Santos para que ordene el cambio de dirección de la marcha del ejército.

En Rionegro encontramos al doctor Soto; defendi-

nos con calor nuestro empeño para que se emprendiera una campaña distinta y él nos dijo: «Me han convencido ustedes: vaya Lucas en busca del general Vargas Santos, dígame que yo he cambiado de opinión por las razones que me han expuesto ustedes y haga todo esfuerzo porque dirijamos la marcha hacia los objetivos que ustedes me indican.

El general Vargas ya había salido de Rionegro; el camino que debíamos seguir era estrecho y copado por las fuerzas que por él avanzaban, de modo que tuve que hacerle pasar la voz para que me esperara, porque le llevaba un mensaje de grande importancia.

CAPITULO V

La marcha hacia Ocaña

La marcha más lúgubre y desastrosa de la guerra. Un error que costó muy caro al liberalismo. La suerte que corrieron el RAYO y el GAITAN. La disciplina del general Benjamín Herrera. Las diferencias entre los generales Vargas Santos y Uribe Uribe. Cómo se efectuó la marcha hacia Bucaramanga.

En una casita situada a la vera del camino por donde marchaba nuestro ejército, el general Vargas me esperó. Su semblante denotaba contrariedad cuando me dijo: «Qué mensaje me trae usted?». «Uno, general, que le ruego escuche con benevolencia, porque está inspirado en los mejores motivos. Yo no soy militar, ni tengo experiencia de las arduas labores directivas que a usted lo preocupan; si lo que voy a decirle lo halla usted razonable, me placera por el bien de la

causa; si es un disparate, puede hacérmelo ver sin que ello me mortifique.

«Sé que la marcha a Ocaña fue motivada por la perspectiva y con la esperanza de encontrar en sus proximidades las fuerzas de los generales Sarmiento y Durán que deben venir muy bien equipadas y sin mayores obstáculos, porque toda la atención del gobierno ha debido estar concentrada en Santander, pero aunque con las mayores probabilidades por allí hayamos de encontrar tan poderoso refuerzo, no se opone a este objetivo, porque hay medios de conexión, el que regresemos a Cúcuta, a donde sabemos a ciencia cierta que los generales Rafael Camacho y Benjamín Ruiz han levantado una fuerza de consideración con el apoyo de un pueblo entusiasta y valeroso y con la vecindad de Venezuela para conseguir materiales bélicos que pueden ser de no escasa importancia.

«Si, pues, procuramos multiplicar postas que nos traigan razón de Sarmiento y de Durán, puede usted determinar una campaña combinada que nos permita la conexión de todas nuestras fuerzas por Salazar y Sardinata. El doctor Soto me ha encargado decir a usted que él es partidario de este plan».

El general Vargas me respondió: «Si como es más que probable, seguro, el gobierno tiene ocupadas las termópilas de Escorial que en el proyecto de He-

rrera y Celso Rodríguez, y ahora también del doctor Soto y de usted, es paso obligado y que guarnecido es infranqueable; y si como también es natural, Pinzón, con los grandes refuerzos que ha recibido nos sigue de cerca, forzosamente habremos de sufrir un fusilamiento a mansalva, ya que por ningún motivo consentiremos en una capitulación triste».

Me despedí del general para esperar a Celso y a mis hermanos con quienes debía pasar la trocha de que luégo hablaré y con el objeto de mandar posta al Escorial para saber si estaba ocupado.

Seguí luego con los compañeros referidos y antes de llegar al Playón para encontrar allí a los generales Soto, Herrera y Benito Hernández, tuve la noticia de que el paso del «Escorial» estaba libre y de que había llegado a Tona un cuerpo de fuerzas liberales al mando de los generales Campo Elías Gutiérrez y Antonio Herrera del Castillo, que venían a incorporárenos en Palonegro y que allí se habían detenido al tener noticia de nuestra retirada.

Una vez con los generales Soto, Herrera y Hernández, les referí mi conferencia con el general Vargas Santos y sus razones para objetar el plan de Herrera, y luégo les agregué: Pero no sólo la razón de esa objeción está allanada, porque «El Escorial» es paso libre, sino que se cuenta con la fácil incorpo-

ración de las fuerzas que han llegado a Tona, probablemente mal equipadas, pero que habrán de llenar en medida apreciable los claros que nos dejó la siega de vidas de Palonegro.

«Y como ya el general Vargas, el general Uribe y los otros cuerpos de ejército se han internado por la trocha hacia Ocaña, me parece lo más conveniente que ustedes resuelvan seguir a Cúcuta con el ejército del general Herrera y lo comuniquen así al general Vargas y el general Uribe con las importantísimas noticias de que les doy cuenta y que ellos no conocen, para que contramarchen si no van lejos o busquen conexión con nosotros por Salazar o Sardinata.

«No creo que esto lo tomen a insubordinación porque en todos predomina el manifiesto interés de la causa y porque ellos van a comarca en que no hay enemigos y en que pueden encontrar el refuerzo comandado por Sarmiento y Durán.

«Yo cumplo órdenes y por ninguna consideración las quebranto», fue la respuesta seca del general Herrera.

Tomamos, pues, la dirección de la trocha a Ocaña en que se efectuó la marcha más lúgubre y la más desastrosa de que dejara memoria la guerra de los mil días.

Ya los víveres estaban agotados, de modo que en los últimos días de marcha, nuestros soldados morían de inanición; pero los jóvenes cultos no perdían el buen humor: siempre me repercutió en el oído el timbre de la voz de Luis Vargas y Camacho Roldán, quien en lo más recio de ayuno tan prolongado y extenuante, hasta donde le alcanzaba el aliento gritaba: «Quién quiere *beefsteak*, pericos, papas fritas, pan brioschi y champaña? si nadie viene a comer y beber, voto las viandas y derramo ese vino de los dioses».

Por fin, después de un suplicio de veinte días, llegamos a la bella hacienda de «Torcorona», campo abierto de praderas magníficas, cubierto de ganados y con labranzas de toda clase de víveres: allí encontramos los primeros cuerpos que habían llegado al pie de fogatas en que abundaba la carne asada, sancocho de frijoles, habas y garbanzos y por añadidura panela, el inmejorable avío de revolucionarios.

Nos dimos a comer sin medida, pero la privación de alimentos tan prolongada había relajado a tal extremo el poder digestivo de los estómagos, que por más de una semana, como por chirimbolo, devolvían a la madre tierra, intactos, los alimentos consumidos.

Pasamos luego por Los Angeles, aldea llamada así por ser un Herodes que no deja niño a vida y por fin

llegamos a Ocaña, bella ciudad que después del paso por lugares tan crueles, nos daba las gratas impresiones de un París.

En Ocaña supimos la muerte del general Siervo Sarmiento al llegar a Riohacha con el buque de la revolución y los armamentos de infantería, así como el alzamiento con el «Rayo» y el «Gaitán», nuestra mejor esperanza para dominar la Costa, efectuado por un condotier extranjero, que se ofreció a los nuestros por un Lafayette—en luchas por la libertad, quien llevó los buques a la Guaira a donde los capturó Castro. Nuestras expectativas de refuerzos quedaron tristemente burladas.

Algún día en esa ciudad, al pasar yo por la residencia del general Vargas Santos, casualmente salió a la puerta el doctor Soto y me detuvo con estas palabras: «el general está exasperado con tantas contrariedades y mortificaciones de la guerra; éntre que a usted le tiene mucho cariño y lo atiende.

Al estar con él continuó: «No merezco yo el final de vida que se me presenta después de haberla dedicado al servicio de mi causa y de cuyas amarguras no me libraré sino haciéndomela quitar en el primer encuentro que tengamos».

«No, general, le observé, usted es un estandarte moral y pulcrísimo de esta lucha para quienes por

encima de las contingencias de ella atendemos ante todo al honor y dignidad del partido y así, vencedores o vencidos, tenemos nuestro deber por satisfecho».

«Esas son frases, me interrumpe: usted mismo a quien le he demostrado una confianza tan absoluta se ha escudado contra responsabilidades no aceptando la secretaría general». «Cómo me admira, repliqué, que un juicio tan sensato como el suyo, atribuya a bajos motivos un acto de mi conducta que los tuvo leales y nobles. Cuando en Bucaramanga me ofreció usted esa posición el ejército iba en camino de victorias que parecían terminar con un triunfo definitivo y ella hubiera sido pedestal para encumbramientos no justificados de persona sin méritos intrínsecos y que no había hecho sacrificio alguno: hoy que nos aguarda un calvario, sería yo un infame si no compartiera su suerte en la posición que me designe».

Así vine a ocupar el referido puesto en la campaña.

No quedó otro recurso para reponer en alguna medida la carencia casi absoluta de pertrechos, que la instalación de recalzar cápsulas, que en Palonegro había prestado servicios apreciables bajo la dirección del ingeniero mecánico español don Eugenio Pena-

gos, de corazón tan colombiano y patriota, como el más fervoroso de los nuestros. En Ocaña el mismo técnico, creando instrumental y materiales prácticamente de la nada, puso a nuestros batallones en capacidad de enfrentarse al peligro de muerte talionándolo.

El ambiente mefítico de Palonegro y de la Trocha, debió debilitar tanto la energía vital de nuestros hombres de combate, que en aquella ciudad en que nos estacionamos, de clima y atmósfera de dulzura paradisíaca, se desarrolló una epidemia de fiebre perniciosa tan fulminante y mortal que no reparaba en condiciones de vida ni en edades y así amigos con quienes departíamos en la mañana, eran en la tarde cadáveres.

En tan tristes circunstancias y prospectos nos llegó de Cúcuta posta que daba cuenta de que el ejército del gobierno al mando del general Pinzón, combatía reciamente contra los defensores de la plaza que bajo la espada del general Benjamín Ruiz resistían y rechazaban el asedio con heroicidad admirable.

En consejo de jefes superiores se consideró que no era posible un apoyo directo a los nuestros en el combate de Cúcuta, porque en la marcha por los empinados cerros de la Cruz, San Pedro y Salazar, seríamos rechazados por reducidos que fueran los piquetes que se nos opusieran, y que por la otra vía de

Sardinata, en montaña salvaje mucho más extensa que la de la Trocha, la durísima experiencia que acabábamos de sufrir hacía suicida e inútil el intento.

Se resolvió que por el río Lebrija debíamos marchar hacia Bucaramanga porque con la ocupación de plaza tan importante se aflojaba el asedio de Cúcuta por el natural empeño de los jefes enemigos de no dejarse cortar de su base de operaciones, la inagotable Bogotá.

El general Uribe no asistió a esa junta porque desde la retirada de Palonegro y la junta a que concurrió en las Bocas, con sus fuerzas había tomado la vanguardia y aposentándose en las Cruces, rompiendo toda comunicación con los jefes supremos. Como nuestra marcha debía iniciarse y cumplirse con angustiosa rapidez, sin conocimiento ni menos autorización de los generales Vargas Santos y Soto, me fui a carrera tendida a aquel campamento. El general Uribe me recibió con la mayor cordialidad y después de la comida, me invitó a una pieza en que debíamos pasar la noche. Cuando estuvimos solos me dijo:

—Supongo, Lucas, que usted debe traerme una feroz reprimenda de los abuelos.

—No hay tal, he venido, por propia espontaneidad porque nada bueno trae para la causa el desacuerdo y toda incomunicación entre los jefes superiores. Per-

mítame que le hable con el corazón en la mano.

Usted sabe y debe sentir que los grandes hombres son una síntesis del alma de los partidos o los pueblos. Usted personifica en la campaña la incontrastable voluntad de los liberales, especialmente de la juventud, por hacer patria amable.

No puedo yo ver sin angustia que cualquier Evaristo Villamizar bien armado (era el guerrillero conservador que tenía al frente) acabe con usted y el núcleo casi inerme que lo acompaña.

Tenemos grandes obras comunes por delante. Los generales Vargas Santos y Soto son una bandera moral; con los 70 y más años que cada cual carga, es admirable el estoicismo con que soportan sacrificios que doblegan energías juveniles.

Usted puede hacer suyo el concurso de esos hombres y el de la pléyade de jefes, jóvenes y soldados que los acompañan.

Un hombre puede valer mucho, tener conciencia de ello, lo que es una gran fuerza, pero en la guerra sólo, o casi sólo, lo aplasta la fuerza numérica y cualquier anónimo con pertrechos *ad libitum*.

Vengo, pues, sin otra autoridad que la de los más puros propósitos a que usted dé satisfacción al justo resentimiento de los jefes y a que todos unidos defendamos el pendón de nuestra causa hasta que nos al-

cance el aliento o el destino nos corte el estambre vital.

El general Uribe se levantó muy emocionado, me abrazó con efusión la más cordial y me dijo: Lucas, me ha hablado usted como un hermano. Póngame en gracia con nuestras dos reliquias que estoy dispuesto a hacer lo que usted crea más conducente.

—Pues urge hacerlo incontinentemente porque nuestro ejército está ya en marcha hacia Bucaramanga, según plan que voy a exponerle y que le expuse. En la orden generalísima una declaración de usted pone fin a toda mala inteligencia y exalta la fe y el entusiasmo comunes.

Así se hizo después de una conferencia, en los Trapiches, del doctor Soto, el general Uribe y yo, de la cual se sentó una acta que se incorporó en la aludida orden generalísima.

CAPITULO VI

Un ejército detenido a piedra

“Tiren con bala, no sean bestias”. De cómo el ejército de Pinzón no pudo perseguir a los revolucionarios después de la batalla de Capitancitos y Lincoln. Marcha de los liberales de Ocaña a Capitancitos. La admirable retirada del campo de combate. El general Herrera se encamina a Capitancitos.

Los cuerpos de ejército a que se redujeron nuestros efectivos, por las cuantiosas pérdidas en Palonegro—el comandado por Herrera y el que tenía a sus órdenes el general Uribe Uribe—, fueron encaminados a Bucaramanga. El primero, con el que iban Vargas Santos y Soto, debía remontar el río Lebrija por lanchas hasta Puerto Santos y sus bagajes ser conducidos por la trocha; el de Uribe, de la Cruz debía tomar el camino directo por tierra que conduce a la provincia de Soto.

Un incidente grave obligó a Herrera a movilizar también las brigadas por el río, lo que causó demoras en la marcha, de modo que cuando llegamos a Puerto Santos encontramos la noticia de que el ejército de Pinzón, después de coronar con triunfo el asedio de Cúcuta, estaba ya en Bucaramanga.

En vista de esa nueva situación se resolvió apresurar el movimiento hacia la provincia de Zapatoca, populosa y de recursos intactos en personal y en víveres, donde se abría campo a una campaña refocilante en elementos apreciables y con fácil conexión y aprovechamiento de las vecinas provincias del Sur de Santander, que desde el tiempo de los comuneros no miden peligros ni sacrificios para luchar por la libertad.

Naturalmente debíamos avanzar prevenidos de la facilidad con que el ejército de Pinzón, muchas veces superior en número y con infinitos materiales bélicos, podía discrecionalmente escoger campo de ataque para obstruarnos el paso y para destruirnos.

En el avance de los nuestros, antes de llegar al campo en que finalmente se libró el sangriento y ciclópeo choque, dos veces estuvimos aprestados para combatir al pasar por frente de considerables fuerzas enemigas, alineadas en orden de combate en los He-

lechales y los Caciques, pero no hubo ofensiva que interrumpiera nuestra marcha.

El general Uribe Uribe llevaba con sus fuerzas la vanguardia y de Los Naranjos se le envió posta para comunicarle que habíamos pasado sin novedad por el frente del ejército contrario y que para cruzar el río Sogamoso y entrar a la provincia de Zapatoca, en donde habríamos de disponer de formidables defensas naturales, bastaba guarnecer el cerro de Capitancitos, muralla natural inexpugnable, lo que debía hacer con la mayor diligencia.

Seguimos rápidamente y ya en la noche acampamos en La Giralda, hacienda situada en un claro de la montaña, que luego se extiende hasta las próximas praderas que bordean el paso del Sogamoso.

Ya algunos batallones nuestros habían seguido de ese punto en fila ininterrumpida con las que obraban a órdenes directas del general Uribe.

Temiendo Herrera que no le hubiera llegado a aquél la orden despachada en Los Naranjos, o por exceso de precaución, ordenó al general Emilio López que con su división siguiera a guarnecer el cerro de Capitancitos.

Al amanecer, a la cabeza de las fuerzas acampadas en La Giralda, emprendimos marcha con los generales Vargas Santos, Soto, Herrera, Celso Rodríguez,

Benito Hernández, etc., y todos los ayudantes.

Al salir de la montaña y entrar en las dehesas que demoran al pie de Capintacitos, con los primeros rayos del sol vi yo que a toda prisa, por la cresta de lo que por ese costado es colina, se estaba extendiendo una gran fila de militares y me dirijo a los jefes para decirles: «Estos liberales llevan la impavidez y el arrojo a la locura; miren cómo avanzan por esa cumbre sin cuidarse de que del lado del Lincoln, de donde deben columbrar el ejército de Pinzón, los pueden cazar como pichonas.

Apenas acababa de llamar así la atención de mis compañeros, cuando una descarga cerrada contra los nuestros, nos impuso de que en combate teníamos al frente al enemigo.

Acto continuo encontramos al general Samuel Bernal, acompañado del doctor Tirado Macías, y Herrera le dice, a tiempo que cambiaba su mula de viaje por el caballo de batalla: «A todo vuelo véngase con su división, y Gilberto Castillo con la suya, para que con las fuerzas que aquí llevo, demos todos una carga que escarmiente a los contrarios.

Por qué el enemigo pudo atacarnos sorpresivamente por el flanco?

Porque el general Uribe Uribe no debió recibir la orden de guarnecer a Capitancitos, y había cruzado

ya con sus fuerzas y algunos batallones de Herrera, el paso del Sogamoso, y además, porque el general Emilio López con su división, se había extraviado durante la noche en la montaña. Apenas con la luz del día pudo enderezar el rumbo y venir en nuestro seguimiento a prestar su valiosísima cooperación en las grandes etapas de esa batalla.

La carga de Herrera fué tan impetuosa y arrolladora que desalojó al enemigo de sus posiciones, desde las cuales el ejército nuestro rechazó todas las embestidas del poderosísimo ejército de Pinzón.

Entre tanto, el general Vargas Santos, Soto y los ayudantes, nos dirigimos al casi inmediato paso del río, en donde hacían el cruce por una pequeña barca, que naturalmente tardaba en ida y vuelta, las fuerzas liberales que desde el día anterior habían llegado en sucesión continua y de las cuales allí había apreciables contingentes que encaminamos al combate.

A ese sitio enderezaban su puntería los artilleros de Pinzón con precisión tan admirable, que nos obligaba a guardar distancias para aminorar el destrozo causado por el continuo estallido de las granadas.

Hacia el medio día, por entre fuegos activísimos llega apresuradamente a caballo el general Benito Hernández, con este mensaje para los jefes supre-

mos: «Les manda decir Benjamín que se nos están agotando las municiones y que con rifles convertidos en garrotes, no es posible prolongar la resistencia».

El general Vargas ordenó la retirada para cuando Herrera lo juzgara oportuno y se dirige a los generales Soto y Rodríguez indicándoles que inmediatamente pasen el río Sogamoso para ver de salvar las fuerzas que habían entrado a la provincia de Zapotoca. El general Soto responde: «Yo corro la suerte de ustedes», y el general Vargas Santos le replica: «Es orden militar».

Con el estado mayor del doctor Soto y con Celso, iban mis hermanos. Todos ellos tenían la impresión de que debíamos ser sacrificados, quienes seguíamos la suerte de Herrera y de sus fuerzas. En esas circunstancias, nos dábamos el abrazo de despedida con la perspectiva de una separación eterna. Y realmente, por lo que hace al doctor Soto, fue el último que diéramos a esa preciosísima reliquia de virtudes excelsas.

También muy emocionado el general Vargas Santos me ordenó que con él siguiéramos a reunirnos con Herrera. He tenido para mí siempre la idea de que en ese día rebosaban en el jefe supremo tantas mortificaciones por sucesos tan trágicos y desgraciados, que debió desear el que le quitaran la vida,

pues en medio de una lluvia de balas abrió el paraguas blanco con que se resguardaba de los rayos del sol en marchas no arriesgadas, y no me respondió ni me hizo caso cuando con angustia le dije: «Por Dios, general, cierre ese paraguas que presenta un blanco tan llamativo a los tiradores enemigos».

Llegamos sin novedad al sitio donde estaba Herrera, quien alertó a los jefes divisionarios y de batallones para una retirada en orden. Ella se cumplió de modo imponente. Cuando las fuerzas nuestras marchaban por entre las dehesas en formación regular y con piquetes destacados para arrear ganado hacia el boquerón de Las Cruces, que era nuestro punto de mira, el ejército de Pinzón ocupó de nuevo la cumbre de Capitancitos y de allí presencié, sin agredirnos, lo que no parecía retirada de un combate sino el desfile de una revista militar en una plaza ciudadana.

Tal vez debió pensar el jefe enemigo al divisar el escaso número de combatientes que le habían opuesto una resistencia tan formidable, que el grueso de nuestro ejército estaba emboscado en la montaña aleña, y que así nuestro movimiento era un incentivo estratégico para atraerlo a campo abierto y fusilar sus tropas por el flanco.

Al terminar las dehesas, el camino sigue por un desfiladero sobre el flanco de un cerro que por ese lado encajona al río Sogamoso y que va elevándose sobre el cauce hasta que la última parte, para llegar al boquerón, se levanta sobre precipicios profundísimos que dan vértigo, porque en el fondo, y a pico, el río brama como un monstruo mitológico.

Al pasar por allí el último de nuestros hombres, Herrera hizo minar el boquerón y apostó sobre la cumbre del cerro que dominaba el desfiladero, hombres con barras, zapapicas y azadones para que despeñaran peñascos sobre el enemigo que nos persiguiera. Dinamita y herramientas encontramos a profusión en una empresa minera inmediata que entonces allí existía.

Pinzón, después de dar descanso a sus hombres para que comieran y durmieran, al día siguiente de la batalla ordenó nuestra persecución. Tomaron sus fuerzas el mismo y obligado camino nuestro y cuando la cabeza del desfile se aproximaba al boquerón, nuestros soldados les despeñaron los enormes peñascos que habían removido de su asiento y que arrastraban consigo al abismo cuanta gente topaban en su vertiginoso descenso. Aterrados los invasores gritaban con angustia: «Tiren con bala, no sean bestias!!».

Ya en la noche retrocedió el ejército enemigo dejándonos definitivamente libres de sus embestidas. Un pequeño piquete quedó vigilando las minas para volar el boquerón si el enemigo repetía el intento de agredirnos, o para retirarlas si el tiempo confirmaba que no habría de picarnos la retaguardia; y por la margen derecha del Sogamoso con el ejército nos dirigimos al Pedral.

Mientras estos sucesos se desarrollaban por una de las márgenes del Sogamoso, por la otra, el general Uribe Uribe avanzó hasta cerca de Zapatoca, la Cuchilla del Ramo, en donde fuerzas del gobierno, de gentes descansadas, desde parapetos naturales que de suyo multiplicaban la resistencia, y con pertrechos a discreción, le impidieron el paso.

En vista de la imposibilidad de avanzar, con sus mejores ayudantes tomó el camino del Magdalena para efectuar por el río y sus afluentes una audaz y peligrosa marcha hasta Magangué, en que dio comienzo a la serie de combates que constituyó su campaña de Bolívar, cuando su principal contendor fue el ejército del gobierno al mando del general Pedro Nel Ospina.

Cuando los generales Soto y Rodríguez avanzaban hacia Zapatoca se encontraron con los restos desbandados de nuestros combatientes en la Cuchilla del

Ramo, que el destino adverso sometía a ser fácil e inminente presa del enemigo.

Con el objeto de salvar alguna parte, Celso los organizó para emprender inmediatamente marcha a pié y sin víveres por entre la montaña con la perspectiva de encontrar lo que restaba del ejército de Herrera; pero como tal esfuerzo y sacrificio sobrepasaban las fuerzas físicas del venerable anciano doctor Soto —por más que su energía moral fuera inagotable—, el primero y más solícito cuidado del general Rodríguez y de mis hermanos, naturalmente, se empleó en procurarle resguardo seguro, que desgraciadamente fue descubierto algunos días después por lo cual fue tomado prisionero.

Celso, mis hermanos y sus compañeros, al cabo de varios días de penalidades sin cuento, se nos incorporaron en el Pedral. En ese lugar el general Vargas Santos al tener conocimiento pleno del modo como se desarrolló el golpe de Estado del 31 de julio expidió el siguiente manifiesto:

MANIFIESTO

del General Gabriel Vargas Santos a la Nación.

Aunque impuestos del cambio de personal ocurrido en el gobierno, contra el cual se levantó en

armas el partido liberal de Colombia, ha sido después de un mes de consumado aquel suceso, cuando hemos obtenido datos y documentos para formar conciencia de las causas que lo determinaron y de los medios por los cuales se efectuó.

No fue por muerte o por renuncia del Presidente titular de la nación como vino al solio la honorable personalidad que se halla hoy al frente del Poder Ejecutivo. Por un golpe de Estado dejó de ser el gobierno del señor Sanclemente y surgió el del señor Marroquín. Fue la indiferencia de aquel gobierno a la potente voz de la opinión pública que de tiempo atrás viene clamando por el restablecimiento de uno justiciero, probo y enérgico para el bién, lo que determinó al actual mandatario, según él mismo lo expresó, a asumir el poder, desconociendo al régimen constituido; ese mismo clamor debió de ser el que cambió la dirección de los brazos que lo sostenían contra el cual tan de improviso se volvieron.

El gobierno de hoy consagra, pues, la revolución. Los títulos que invoca no son los de una legalidad dentro de la cual la dictadura se hallaba como en su propia mansión.

Sus credenciales vienen de otra fuente que del estricto cumplimiento de la carta política de 1886.

El vocero de la opinión, a la cual se inclinó res-

petuoso el señor Marroquín, en su discurso del 5 de agosto, califica de *régimen oprobioso* y de *interregno de vergüenza*, la etapa política a que puso fin el golpe de Estado de 31 de julio de 1900. No distinto calificativo le merece ese sistema a la idea revolucionaria que ha sostenido nuestros ánimos, armado nuestros brazos y orientado nuestros propósitos. A quien como al señor Marroquín busca la justificación de sus actos y la refrendación de sus títulos en la opinión de las gentes sensatas y patriotas, no puede serle indiferente el juicio de los pueblos civilizados y el fallo de la historia. Para esa historia, para esos pueblos, el gobierno del señor Marroquín se *halla incapacitado* moralmente para combatir a los revolucionarios colombianos. La honradez, la equidad, la conveniencia, a coro, forman una sola voz para decirle:

«Puesto que reconocéis que había una enfermedad social de la cual os presentáis como facultativo, no podéis condenar los lamentos del paciente.

«Puesto que encabezásteis una revolución y consagrasteis sus clamores, satisfaced sus anhelos.

«Puesto que invocasteis la opinión como fuente de vuestra autoridad, recogedla toda, llamando al país a una Convención.

«Justificad el 31 de julio, haciendo justicia a todos los clamores y consagrando el derecho de todos los ciudadanos. Romped las barreras que circunscriben las facultades del ciudadano a parte de los miembros de la nación.

«Haced que vuestra administración sea aurora de una nueva era, y dejad que el incendio consuma los cercos que anulan la libertad en los colombianos y las impurezas que manchan y avergüenzan a la patria».

Si nuestro reclamo no es oído; si a poder de la metralla y de la fuerza queréis ahogar el fermento de las ideas y la acción de las conciencias que piden para media nación lo que la otra media se abrogó por hecho propio, no os presentéis a los contemporáneos ni a la historia como restaurador de la república. No presentéis como noble la conducta de quienes os apoyan, que son los mismos que con sus brazos sostuvieron la dictadura y con sus voces la ensalzaron.

La nueva bandera que presentéis no sería enseña de redención, sería el mismo trapo sucio de los pretorianos en las agonías del Imperio romano.

GABRIEL VARGAS SANTOS

El Pedral, Agosto 21 de 1900.

Allí Herrera se dio a reorganizar el contingente con que días después emprendió marcha hacia Bolívar. Para vigilar el paso o la ausencia de buques oficiales en el río Magdalena —cuyo encuentro debían evitar las canoas en que conducía sus hombres—, enviaba exploradores a Barrancabermeja, donde apenas existía el abrigo de tres ranchitos infelices en el lugar en que hoy demora la pujante y muy próspera ciudad de ese nombre.

Ya prevenido el gobierno para impedir tránsito de revolucionarios por el río, con el imprevisto y afortunado paso del general Uribe Uribe y de sus hombres, Herrera, con 600 combatientes, emprendió marcha en canoas que desarrolló en cortas etapas, explorando previamente la libertad de cada una de las que tenía por delante. Mientras tanto, parapetaba su fuerza en la ribera en actitud de rechazar cualquier eventual acometida del enemigo. Con esa precaución avanzó hasta el brazo de Morales, que se desprende del Magdalena, de donde con menores peligros desvió por Simití, el Arenal, Norosí y las montañas que se extienden hasta el río Cauca, que cruzó para llegar, finalmente, al campamento del general Uribe Uribe.

No era natural ni había objeto en que esos dos excelsos caudillos, con sus flamígeras espadas, se

resignaran al mando de cuerpos autónomos y separados de tan reducidas y mal equipadas fuerzas, por lo cual Herrera entregó las suyas al general Uribe Uribe, y con sus ayudantes y un pequeño piquete, se encaminó hacia las proximidades de Cartagena en busca de salida para levantar vapor revolucionario en campos más propicios.

En esa marcha, junto con Celso y sus otros compañeros, heroicamente rompió en Eneas el cerco con que una poderosa fuerza enemiga pretendió capturarlos.

Entre tanto, con mis hermanos, me cumplió acompañar al general Vargas Santos en la odisea que hubo de emprender ese benemérito patricio, cuya abnegación en servicio del liberalismo era mantenida por una incontrastable energía moral de los más puros quilates.

CAPITULO VII

Una Correría por el Exterior

Dos meses de via-crucis. La increíble campaña del general Uribe Uribe en Bolívar. La reunión en Ríohacha. Un trágico «boletín» humano. Costumbres de la Guajira. Viaje a Venezuela, las Antillas y Méjico. Con los gobernantes centroamericanos. Viaje al Ecuador con el general Herrera. Sueños de Eloy Alfaro.

De Herrera, de Celso y de sus compañeros nos despedimos en Puerto Wilches el general Vargas Santos, mis hermanos y yo. Con estos seguimos a Puerto Santos y Jerias, donde estaban apostados, moribundos por la fiebre y toda clase de privaciones, restos heroicos de nuestro antiguo ejército, sostenidos por la voluntad y el arrojo para no ser capturados sino hechos cadáveres sobre su escudo.

En razón del golpe de Estado del 31 de julio, el general Vargas Santos envió a Bucaramanga un par-

lamentario para ver si se realizaban las promesas republicanas con que fue prospectado, y al recibir la respuesta que señalaba el camino de una rendición incondicional, expresó su protesta y se empeñó en buscar salida hacia donde pudiéramos conseguir elementos con qué hacer de nuestro lado menos desesperada la lucha. No podía resignarse al veredicto de la fuerza bruta para dejar de buscar justicia con incansable perseverancia, sin detenerse en dificultades ni obstáculos.

Cercados totalmente por fuerzas enemigas duramos en vía-crucis dos meses, de día y de noche, cada momento expuestos a ser muertos o capturados. Especialmente para mí, más que indecibles martirios físicos, me angustiaba la responsabilidad de que si fracasábamos en el desesperado intento de abrirnos salida, nadie podría imaginar que nuestro propósito fuera otro que el de ser presa del enemigo.

Buscamos paso por Tona y el Páramo, pero topamos con fuerzas enemigas. Volvimos sobre los ríos Lebrija, Magdalena y Brazo de Morales, pero en Norosí hubimos de retroceder porque chocamos con un destacamento contrario. Pasamos de nuevo el río Magdalena, por Regidor, con propósito de seguir por El Carmen al Catatumbo, pero en las proximidades de la población encontramos en fuga copartidarios per-

seguidos por una fuerza del gobierno. Regresamos al río Magdalena para bajar en cayucos, por entre los buques de la flotilla oficial y los destacamentos que resguardaban las riberas.

En esa empresa estuvimos a punto de naufragar durante una tempestad, al cabo de la cual amanecimos frente al Banco—donde estaba acantonada gran parte de la flotilla oficial—. Remontamos una de las riberas del río para encaminarnos por la laguna de la Zapatosa hacia el interior y la costa del departamento del Magdalena.

Todo esto es más fácil para descrito que para sentido, porque teníamos que atravesar montañas y ríos, muchas veces de noche, sin otro alimento que unos que en la costa llaman bollos—viejos, duros y fríos—y sometidos, sin mosquitero, a la persecución inmisericorde de bandadas inmensas de zancudos.

Cuando ya creíamos haber salido del cerco enemigo, y en pleno medio día navegábamos en canoa por aquella bellísima laguna, con un sol cuya reverberación hacía insufrible la fiebre que nos agobiaba, le dije al general:

—Si esta guerra dura 20 años acompañaré a usted hasta que me alcance el aliento, pero si hoy termina, y luego me dan perspectivas y seguridades de

que una nueva saldrá triunfante en quince días, de una vez doy por concluida mi carrera militar.

El viejo Vargas, con sus 73 años auestas y la extenuación causada en su organismo por el calvario que sufríamos, me respondió:

—Si durante la guerra actual he de morir sin obtener la redención del partido, y luego éste vuelve a hacer una nueva intentona y me golpea en la tumba, las canillas mías se levantarán del sepulcro para ayudar en lo que pueda.

De la Zapatosa seguimos por un caño del río que conduce a «El Paso»—en cuyas riberas encontramos en medio de un bellissimo paisaje, de sementeras y de prados—el rancho de una entusiasta familia de labriegos, liberal, que tenía en su salita, enmarcados, los retratos de los generales Vargas Santos, Uribe Uribe y Herrera, a los cuales rendía la misma veneración que a santos de su culto. La fisonomía del general Vargas Santos era inconfundible con su barba blanca y su aspecto de patriarca, de modo que los dueños lo reconocieron en el acto y le suplicaron entrara a descansar y a recibir un agasajo culinario.

La vida, que me ha sometido a las mayores tribulaciones morales, me ha permitido, no obstante, satisfacciones de orden físico, entre las cuales he tenido

las de un *gourmet* para paladear en grandes trasatlánticos, hoteles y restaurantes de primer orden, americanos y europeos, las mejores creaciones artísticas de famosos cocineros, pero no recuerdo haber gozado, por el gusto, un deleite igual al que tuve en ese ranchito al saborear un café con leche, pericos y un pan acabado de sacar del horno. Allí también, en chinchorros y bajo toldillos, permanecimos todo un día durmiendo tranquilamente.

En «El Paso» encontramos al general José María Castillo, quien nos informó que las fuerzas liberales del departamento del Magdalena habían sido despedazadas en Pivijay; que el general Justo L. Durán con los restos principales había seguido a Riohacha, y que a él, con sesenta hombres, lo había enviado a ese sitio a impedir la entrada de nuevos contingentes del gobierno por el río César.

Castillo nos dio veinte hombres bien armados y montados, y con ellos, por entre trochas y esquivando el encuentro de las fuerzas vencedoras, llegamos a Riohacha. En esa ciudad murieron muchos de los derrotados de Durán y sus cadáveres eran conducidos por la calle principal, donde estaba nuestra residencia, de modo que al pasar los primeros, el viejito Vargas nos dijo:

—Vean, amigos Caballeros, de la que nos escapamos!

Allí también llegó días después el general Uribe Uribe con sus ayudantes, después de una increíble campaña en el departamento de Bolívar, en la cual, al concluir un combate entraba en otro, casi sin armas y sobre todo, sin municiones, para no caer prisionero del gobierno.

En Riohacha tuvimos noticia del desastre de una nueva campaña del general Benito Hernández en el Norte de Santander, y de otros destrozos del liberalismo en el interior de la república. Estas informaciones las obtuvimos por comunicación que nos trajo una balandra de Curazao y cuya lectura hicimos encerrados el general Vargas, el general Durán y yo. Al salir de esa diligencia, mi hermano Alfredo me dijo:

—Son muy malas las noticias que ustedes han recibido?

—No, le respondí, ellas se refieren a preparativos en otras partes para nuevas campañas.

—Si es que yo he visto el boletín, me replica Alfredo.

—Qué boletín?, le pregunto sorprendido:

—Nuestro amigo X. X., que acaba de llegar de

Maracaibo, con la cara más larga que la torre de enfrente.

Poco después recibimos postas de que un ejército del gobierno se aproximaba a la ciudad y, al propio tiempo, divisábamos en el mar un buque oficial con que el general Pedro Nel Ospina se proponía encerrarnos. Hubimos de emprender marcha, precipitadamente, por la Guajira a Venezuela.

Con el general Vargas iban en esa derrota varios jefes importantes, todos maltratados físicamente por las agobiadoras penalidades de la campaña, y muchos apuestos jóvenes enantes, entonces de aspecto moribundo: tan sólo yo, menos quebrantado por los males. Gracias a ello, al arribar al campamento de una bellísima y noble guajira, menor de veinte años, llamada Marianita, al saludar ella a los expedicionarios, cuando llegó frente de mí, se quedó mirándome algunos segundos y luego me dijo:

—Cásate conmigo.

—Yo no tengo con qué comprarla, soy de muy lejos, le respondí.

—Yo te doy los animales que pida mi tío, replica la beldad.

El general Vargas Santos agrega:

—Cásese doctor Caballero, y yo me quedo con usted como maestro de escuela.

Nos despedimos rápidamente ofreciéndole volver muy pronto para no ofender su aristocrático orgullo.

En la Guajira tuvimos ocasión de comprobar objetivamente, una que teníamos por leyenda; y es que el indio se acuesta a guardar dieta cuando su mujer da a luz y ella sigue en sus quehaceres como si nada le hubiera ocurrido.

En Maracaibo el general Vargas me propuso que hiciera una correría por los países centroamericanos y el Ecuador para ver de levantar elementos con qué proseguir la lucha: dio la fortuna de que en esa ciudad había casas de comercio amigas de mi padre, quien tuvo con ellas, en las sucursales de Santander, negocios importantes de exportación y que me compraron letras sobre Europa y los Estados Unidos para proveerme de fondos.

El general Vargas me acompañó hasta Curazao, donde los generales Benjamín Ruiz y Julio Vengoechea, con el mayor entusiasmo, se ofrecieron a tomar parte en cualquier campaña en Panamá o en el Cauca, por lo cual siguieron conmigo. Sendas y graves enfermedades del uno en El Salvador, y del otro en Nicaragua, les impidieron tomar de nuevo las armas: Ruiz había sostenido con impavidez y pericia admirables el sitio de Cúcuta y Vengoechea fue factor principal en la toma de parte de la flotilla en

Barranquilla, y actuó gallardamente en la desgraciada batalla fluvial de Los Obispos.

A tiempo de embarcarnos en Curazao don Demetrio Dávila y el doctor Francisco de P. Manotas, nos advirtieron que en el mismo buque iba un espía del gobierno colombiano, al cual nos señalaron. Al llegar a Haití, en Jacmel, desembarcamos para desembarazarnos del intruso y ese nuestro hombre, saltó a tierra detrás de nosotros. Tomamos otro vapor y en él compró también y obtuvo pasaje el incómodo sujeto. Desembarcamos en Kingston y con nosotros nuestra malhadada sombra.

Allí un inglés, que muchos años antes había residido en Bogotá, en tiempos del gobierno radical, un día nos hizo muy cariñosos recuerdos del doctor Murillo, don Aquileo Parra y los demás pro-hombres de esa época, por lo cual, al informarse de que ese partido había sido traicionado y depuesto del poder y de que se debatía en incansable esfuerzo militar por restaurar una vida republicana, empleó sus influencias en procurarnos un pasaje público para Panamá y uno reservado en buque de turistas para Méjico, lo que nos permitió despistar al espía de nuestros pasos.

El tránsito por Méjico y los países de Centro América hasta llegar al Ecuador para hacer allí una

estancia menos rápida, me permitió conocer esas bellas repúblicas, tratar a los dirigentes de su vida pública, darme cuenta de sus valores intelectuales, de sus respectivas y grandes potencialidades económicas, de su prometedor capital humano y contraer relaciones de estimación con prestantes elementos de sus distintas sociedades, que he cultivado y extendido luégo en viajes posteriores.

Tuve desde entonces la grata satisfacción de palpar la importancia y el prestigio de las colonias colombianas. En Guatemala se guardaba culto a la memoria de César Conto y D. Mariano Ospina, cuyos talentos e ilustración los hacía dignos del Olimpo a donde quiera que actuaran, y figuraban en posición social y financiera de primera línea el Dr. Velasco, hermano del arzobispo de Bogotá, D. Recaredo de Villa, D. Juan Bautista Vásquez, los Uribes. En El Salvador eran poderoso factor industrial, profesional y educativo las familias Alvarez, Paredes, Gamboas, Pérez, Gallos, Echeverrías, etc. En Costa Rica, los Pradillas, Castros, Cortés, Noriegas, Domínguez, etc. En el Ecuador, los Gómez Valdés, Díaz Erazo, Ossa, Icazas, Arosemenas, Urrutias, Delgado, Díez, Arroyos, etc. Con todos cultivé amistad sin que respecto de opiniones políticas fueran óbice de cordialidad las repercusiones de la guerra. Y en mi propaganda a

favor de nuestra causa me habían precedido Kobles, Juan de Dios Uribe, Rafael Uribe Uribe, Modesto Garcés, Belisario Porras, Temístocles Renjifo, que levantaron el valor moral que ella representaba.

No es el momento para hacer una relación detallada de labores en esas excursiones, encaminadas a hacer pública declaración de principios y propósitos. Como digresión de estos relatos bélicos apenas voy a rememorar dos o tres incidentes de orden social que me ocurrieron y que viven presentes en mi espíritu.

Es el caso que a Veracruz, puerto de entrada de Méjico, llegamos en el buque de turistas que tomamos en Kingston. En él iban algunas centenas de banqueros, empresarios de ferrocarriles, de minas, de industrias variadas, etc. que se proponían estudiar el país y a quienes esperaba el encargado de la presidencia de la república, general Bernardo Reyes, por grave enfermedad del titular general Porfirio Díaz.

Del puerto a la capital hicimos muy interesantes visitas en fábricas, empresas de todo orden y fuimos objeto de agasajos especiales en teatros, hoteles, etc. En La Esperanza, estación ferroviaria al comienzo de la grandiosa planicie en el centro de la cual demora la espléndida ciudad de Méjico, el general Reyes

ofreció un suntuoso almuerzo a los turistas en gran cantidad de mesas separadas en que talvez por mi apellido castellano el *maitre d' hotel* me colocó en la mesa del obsequiante.

En la conversación que allí tuvimos me preguntó el general por las impresiones que hubiera recibido de su patria y al responderle con mi admiración por las maravillas de todo orden que estaba contemplando, uno de los áulicos del régimen, me dijo:

«¿Ues todo esto y muchísimo más que usted no ha visto es obra del general Porfirio Díaz. Y lo triste es que él está gravemente enfermo y si por desgracia muere este país se acaba porque no hay quien lo mande como él».

Yo le observé que en verdad era extraordinario el avance progresista que ese famoso mandatario le había dado a nación tan grande y expectante, y que sería sensible en sumo grado la desaparición de tan potente impulsor, pero que si ocurriese tal desgracia en una nación con quince millones de habitantes, con las inmensas riquezas potenciales que encerraba, con el poderoso equipo industrial de que disponía y con la prosecución en la obra de cultura del capital humano, sin duda surgirían uno o dos estadistas que condujeran a Méjico a cimas de grandeza y de prestigio.

Todos los de la mesa se quedaron callados. Cuando volvimos a tomar el tren el general Reyes se me aproximó y me dijo: Yo comprendí que las expresiones de usted fueron una galantería respecto de mi persona porque estoy encargado del gobierno y si falta el general soy naturalmente el sucesor, pero con pena le advierto que declaraciones como las de usted ante militares y detectives, como los que las oyeron, son peligrosas aún para mí mismo por cuanto no protesté. Sin embargo no tema nada mientras yo esté en el puesto que ocupo.

De ese modo vine a confirmar que políticamente, como en el reino de Dinamarca a que se refiere la célebre frase del gran Shakespeare, algo podrido existía en Méjico que tarde o temprano haría revulsión.

Muchos años después viví en París en el mismo hotel en que se alojaba el exilado general Díaz. Nuestro compatriota, el general Rafael Reyes, que era muy su amigo, lo visitaba frecuentemente y en alguna ocasión me presentó a él. Hablamos muchas veces y muy a espacio de su gran país. Lo dominaba un aire de tristeza permanente. En alguna vez me dijo: puede que la historia se de cuenta de las circunstancias en que me tocó gobernar. Méjico necesitaba de una dictadura para contener sus ímpetus revoltosos, mantener la paz e impulsar su progreso y por ello así lo goberné, pero

prolongué la autocracia más de lo preciso y hube de caer. Todos mis deseos y mis ilusiones son de que al fin consiga, sin convulsiones, todo el bien que merece y a que está llamado.

De la ciudad de Méjico seguimos camino al puerto de Alcapulco en donde debíamos tomar buque que nos condujera a Guayaquil. El tren para el puerto azteca en ese entonces apenas alcanzaba a Iguala y de ahí debíamos tomar caballerías para arribar a la Costa. El general Reyes nos procuró un piquete de guardias montados para asegurarnos el paso por comarcas en que abundaban maleantes. En el tránsito encontramos varios campamentos de indígenas en que nos fascinaba la musicalidad de la lengua azteca.

Una vez embarcados, en la travesía hasta San José de Guatemala se me recrudeció el paludismo que había contraído en las campañas y mi amigo y compañero el doctor Vengoechea, que era un gran médico, me prescribió autoritativamente el desembarco para reconstituírme en el dulce clima de Guatemala.

Así lo hicimos y a la hora oportuna tomamos el ferrocarril que conduce a esa atractiva capital. Cuando nuestro vagón estaba lleno y sonaba el pitazo de partida entraron dos elegantísimas damas que en todo revelaban ser de la más alta distinción social. Ninguno de los pasajeros daba muestras de cederles el

puesto. Cuando avanzaban ellas por la mitad del compartimento y era visible su inquietud por no hallar acomodo para viaje de muchas horas, con Vengoechea nos levantamos para encontrarlas y ofrecerles nuestros asientos.

Instaladas ellas, y nosotros a su lado de pie, nos preguntaron de qué país éramos. Al responderles que colombianos, nos halagaron con el apunte de que no era de extrañar obsequiosidad como la nuestra, porque los de nuestra tierra tienen fama de una cultura especial. Las viajeras eran la esposa de Bertrand Mathieu, gran diplomático de Chile, y la señora de Kelly, gran empresario inglés en Centro-América. La señora de Kelly nos dijo que ella venía de Londres donde con su marido cultivaban relaciones muy cordiales con nuestro eminente compatriota Pérez Triana. Al darles razón de nuestra intimidad con Santiago y toda su familia, y al imponerse ellas por nuestra conversación de datos que tan sólo así podíamos conocer, entramos en mayor consideración recíproca, y en Guatemala fueron innumerables las atenciones que nos dispensaron y las relaciones a que nos introdujeron.

Al día siguiente de nuestro arribo a la ciudad, el dueño del hotel fue a nuestro apartamento para darnos esta razón: «Yo no tengo por qué averiguarles los

asuntos que los hayan traído a esta nación; pero debo advertirles que desde que ustedes llegaron el hotel está lleno de policías secretos».

En el acto puse al Presidente una tarjeta en que le decía que con mis compañeros deseábamos una audiencia para presentarle nuestro saludo.

Una hora después volvió el mismo dueño a expresarnos: «Es admirable el conjuro que ustedes emplearon porque todos los espías se esfumaron».

Cuando visitamos al Presidente Estrada Cabrera, al averiguarnos por nuestra revolución, nos expuso: «El error del partido liberal de Colombia, de donde debe arrancar la causa de su caída, es el no haber sometido al clero como lo tengo yo dominado; aquí no encuentran ustedes sacerdotes ni obispos con enaguas negras ni moradas, sino que todos visten como hombres».

Sin dejarlo concluir su pensamiento, y sublevado mi interior por la protesta que en mi conciencia hacían los grandes próceres civiles de mi causa, le argüí: Su excelencia debe tener alguna noticia de quiénes han sido en Colombia y en la América, Murillo, Santiago Pérez, Camacho Roldán, Esguerra y cien más. Ellos, que encarnan y practican la más pura doctrina liberal, proclaman que nada hay tan respetable como la conciencia humana, y que el sentimiento religioso tiene

derecho a profesar libremente el culto. Nuestras doctrinas previenen que no se mezcle lo espiritual con lo político. Si S. E. considera que no es eso razonable y que se puede reprimir lo que hay en el corazón y en el espíritu, le observaría que en las tres iglesias que rodean nuestro hotel, esta mañana (domingo), era tan crecido el número de fieles que no sólo las llenaban sino que ocupaban la calle hasta el zaguán de nuestro hospedaje».

El dictador no se enojó sino que en el acto me repuso: «puede que esa sea la política conveniente en su país; pero en el mío y con la mía he acabado con sermones sediciosos que son el combustible de las rebeliones».

Reanudado el viaje, en Corinto me encontré con el general Herrera, quien estaba allí de tránsito para volver a continuar la campaña por Santander y yo le entregué el nombramiento de director de la guerra en el Cauca y Panamá y lo comprometí a que siguiéramos al Ecuador para que organizara allá las operaciones de su cargo.

Al llegar a Guayaquil el general Herrera se demoró allí por algunos días y yo seguí directamente a Quito. Allí hube de conocer y de tratar uno de los hombres públicos que mayor respeto y devoción me han inspirado en la vida: el Gral. Eloy Alfaro. Era de una atrac-

ción magnética por su gran corazón y la sencillez y franqueza de sus maneras. Servir con su persona y sus bienes, sin cuidarse de angustias propias del mañana, fué el derrotero de toda su existencia. Era un apóstol, un verdadero obsesionado por la reconstitución de la gran Colombia. Y en la modestia de su persona y de su país, su fervor reverente era por nuestra patria a la que atribuía superioridades que no hemos alcanzado. El colombiano era para Alfaro el compatriota, el hermano y el amigo por excelencia. El General soñaba despierto y hablaba en monólogo sobre lo que sería la gran Colombia como equilibrio entre las potencias de Sud América y con la prodigiosa exaltación que tendrían los tres componentes de la gran República.

Dos días después de llegar a Quito, un domingo fui a visitar la Catedral y la iglesia de los jesuitas y por sobre las maravillas de su arquitectura y de sus grandes cuadros me extasió la belleza de una de las fieles. Al encontrar luego en las galerías de la plaza principal paisanos que me habían visitado y otros que allí me presentaron, se me preguntó por lo que me hubiera llamado la atención en la ciudad. Respondí que con mayor razón que el baturro visitante de París a quien fascinó por sobre todo en la *ville lumiere* una criadita que había en el hotel, yo acababa de contemplar la mujer más bella en una señorita que oraba en la iglesia.

Apenas acababa de expresarme así cuando avanza hacia nosotros un grupo de damas de que formaba parte la que motivó mi éxtasis. Resulta que era hija de un compatriota de Popayán radicado en el Ecuador y que ella se llamaba Merceditas Delgado Arroyo, de familias proceras de mi patria. El padre me presentó y al repetirle mis elogios, la muchacha que era muy despierta y graciosa en el acto dijo: en mi casa, desde niña, siempre oigo anécdotas de la galantería colombiana; pero esta tarde hay un bazar en «La Alameda» en que sí verá efectivamente mujeres bellas.

No falté a la cita; en verdad entre las gracias capitalinas no era fácil dar el cetro a ninguna porque todas eran á cual más preciosas. En el bazar, amenizado con té y música, hubo baile en donde me relacioné con la sociedad allí presente. Escribí luego una revista en que di concepto fiel y entusiasta de mis impresiones y que en el periódico distinguieron con el seudónimo natural «un extranjero». Averiguada su procedencia me valió una calurosa amistad con ese centro social de que guardo reverente memoria.

Entre el goce de relaciones individuales, el quehacer de publicaciones en la prensa sobre el carácter de nuestra lucha en que hice conocer admirables documentos de patriotas como D. Miguel Antonio Caro, D. Marceliano Vélez, D. Carlos Martínez Silva y la ayu-

da al General Herrera en el arreglo de sus venturas campañas, la estada en Quito fué para mí un paréntesis entre las amarguras de la guerra.

CAPITULO VIII

La Guerra en el Sur

Se organiza en el Ecuador la expedición invasora. Planes técnicos. La guerra a muerte y la compra del IRIS en El Salvador. Armado en guerra, el barco regresa a Tumaco. Desembarco aventurado en la isla. Captura del ejército del general Enrique Palacios. Una hazaña extraordinaria de Bustamante.

Al Ecuador habían ido a parar los restos de una fuerza liberal del general Pablo Emilio Bustamante y el entonces coronel Rafael Santos V., quienes, con oficiales de mérito espléndido, la habían conducido de combate en combate y derrota en derrota, por Tibacuy, Nuevo Mundo, Calibío, Buenaventura y Tumaco, para llegar a ese país vecino en donde, con objeto de sostener sus hombres, contrataron la apertura de un camino.

Con esa base, que era de 300 hombres, oro puro de combatientes, se organizó la expedición invasora y en ella se incorporaron los generales Sergio Pérez, Julio Plaza, Díaz Morkum, Simón Chaux, Pablo E. Morales, los doctores José A. Llorente y Germán Uribe Hoyos, y una juventud caucana que luego dió encumbrada medida de abnegación y de dotes militares.

En las juntas preliminares de la organización Herrera hizo saber que el gobierno había decretado guerra a muerte, que fusilaba a los vencidos y que se requería la decisión necesaria para correr la misma suerte de nuestros copartidarios en Colombia. Nadie flaqueó.

En la frontera con el Ecuador el gobierno de Colombia tenía en las provincias de la parte alta del hoy departamento de Nariño, un ejército de más de tres mil hombres al mando del general Gustavo Guerrero que había despedazado al general Avelino Rosas y su fuerza en anterior invasión; una guarnición de 400 hombres en Barbacoas y un ejército en Tumaco, constante de más de mil hombres, el cual tenía destacado un contingente de trescientos en la Isla del Morro, a la entrada de la bahía en cuyas riberas demora la ciudad.

Herrera preparó minuciosamente el plan de campaña. Como los generales Pérez y Plaza conocían palmo a palmo el territorio del sur, sobre sus datos y los de jóvenes de esas comarcas, previó todas las contingencias. En las acciones que dirigía o que ordenaba aquel jefe, ofensivas o defensivas, para cualquier evento predeterminaba las órdenes necesarias.

Como hacía mucho tiempo que por la costa no existía un sólo soldado liberal, el problema consistía en una marcha secreta y continua de la expedición para que ella pudiera sorprender en asalto nocturno la guarnición de Barbacoas, no sin destacar antes un piquete que impidiera cualquier aviso por el Telembí a Tumaco.

Tomado Barbacoas, enviar en el acto un destacamento a la Gasca, termópilas inaccesibles, que contuviera el descenso a la costa del ejército de Guerrero, y sin pérdida de minutos y en marcha continua caer por sorpresa en la noche sobre el destacamento de El Morro.

Capturadas esas guarniciones se deberían situar y distribuir nuestras fuerzas entre la pequeña Isla de «El Morro», y la costa fronteriza del actual departamento de Nariño, que resguardan la única entrada de Tumaco, para dejar embotellado el ejército de Pala-

cios y activar el enrolamiento de los voluntarios liberales de las poblaciones de la costa del Cauca.

Descontado el éxito de esas operaciones militares, era necesario un buque para no quedar aislados y para empresas de mayor aliento. Ocurrió que mientras todas las contingencias de la expedición se preveían en Guayaquil, pasó por ese puerto un pequeño vapor con rumbo a El Salvador y destinado al transporte de ganado. Verlo y juzgar que eso era lo que cuadraba a las circunstancias y al deseo, fue para Herrera todo uno.

En junta de oficiales superiores dio cuenta de lo que intuitivamente tuvo por hallazgo; de su embarque inmediato conmigo para El Salvador, con el fin de adquirir ese vehículo y de que dejaba confiado a los generales Pérez y Bustamante el desarrollo del plan de campaña de la expedición invasora.

Nos despedimos de todos esos amigos con la promesa solemne de volver rápidamente, con buque o sin él, a compartir las penalidades y la suerte de tan ínclito y decidido grupo de compatriotas.

Urgía la inmediata realización de todas esas actividades porque tuvimos noticia de que el gobierno de Colombia había solicitado nuestra internación y de que el nuevo gobierno del Ecuador, que en esos días

se instalaba, haría de esa su primera diligencia oficial.

La expedición marchó a su destino y nosotros seguimos a El Salvador.

Allí, como en todas partes, nuestras actividades fueron públicas: en los diarios de Quito y de Guayaquil y en el diario de El Salvador expusimos las causas de la guerra colombiana y solicitamos abiertamente reconocimiento de la beligerancia para el partido liberal.

Buscábamos la buena voluntad de los pueblos, y llamamos la atención hacia el peligro hispano-americano de que el Istmo de Panamá viniera a ser dependencia de los Estados Unidos, por las complacencias y debilidades del gobierno conservador y aún de sus solicitudes de concurso para debelarnos.

Evidentemente, nosotros temíamos que al dominar el Istmo y cerrar la compuerta, vendrían a ser colonias políticas y económicas de los Estados Unidos, todas las naciones del Caribe. Ese mismo sentimiento compartían los jefes de los Estados vecinos, y de ahí que el gobierno del Ecuador, presidido por el general Alfaro, y el de El Salvador, por el general Tomás Regalado, hicieran gestiones oficiosas ante México y las demás naciones del Caribe, para que se nos reconociera beligerancia.

El «Iris», que era el buque tras del cual íbamos, pertenecía a la casa de comercio de Benjamín Bloom y Compañía. El contrato de compra, constante en escritura pública, conocida luego del gobierno al acordar el tratado del Wisconsin, se hizo a la gruesa ventura: si triunfábamos, nuestro gobierno pagaría 16.000 libras; si éramos vencidos, el vehículo correría las contingencias de la guerra.

Conseguido el buque, la colonia colombiana, que en El Salvador era muy rica, con generoso desprendimiento se cotizó para armarlo. Y una vez concluida esa diligencia enrumbamos hacia Tumaco, sin noticia ninguna de la suerte de la expedición que salió del Ecuador, pero sí con detalles de la campaña que en los alrededores de Panamá adelantaban los generales Belisario Porras y Domingo Díaz, y que requería nuestro auxilio.

Cuando llegamos al frente de Tumaco y de El Morro, con catalejo no se podía distinguir la filiación militar de la gente que ambulaba en las riberas. El general Herrera dijo que era urgentísimo se aproximara alguno a la costa, en una lanchita, a indagar la situación, y más por respeto que por miedo, ninguno se ofreció. Impulsivo como era se echó al mar en la lancha. Los compañeros, angustiados, fueron al camarote en que yo estaba recostado con un acceso-

de fiebre, a darme cuenta del incidente y a ofrecerse cada cual, a porfía, para cumplir la comisión, rogándome saliera a detenerlo.

Volé a la baranda en el momento en que la lancha se desprendía del costado del buque y por un cable me descolgué al vehículo.

—General, no es sensato que un jefe, militarmente de mayor valor para el liberalismo que cualquier ejército se lance a esta aventura.

—Entre revolucionarios, cuando no lo conocen a uno, me responde, en todo momento debe demostrar que si da una orden es porque le sobra coraje para cumplirla personalmente.

—No sea injusto, usted no le ha ordenado a nadie esta diligencia y cada cual y todos se me han ofrecido para desempeñarla, siendo hombres de pantalones tan bien puestos como los generales Francisco Serrano y Juan Jacobo Restrepo, y coroneles del temple de Simón Arboleda y M. Sandoval. Además, no hay entre los compañeros, aunque por primera vez vengan a pelear bajo sus órdenes, quien no sepa qué calidad de jefe los conduce.

—Pero no perdamos tiempo, que es precioso, me dice: si las fuerzas que divisamos son amigas y esperan este buque, apenas harán disparos de precaución para premunirse de error o de sorpresa; si son ene-

migas, cumplimos a la expedición, que ha debido sucumbir, la promesa solemne de compartir su suerte.

Seguimos; los oficiales y soldados de la ribera nos hicieron disparos más de lo prudente, pero al desembarcar, tuvimos la dicha de saber que dominaban a Tumaco y El Morro las fuerzas expedicionarias de Pérez y Bustamante.

¿Qué había ocurrido en nuestra ausencia? Que con todo éxito y con exactitud matemática habían realizado el plan de Herrera, y que impacientes por la demora nuestra, que se prolongó más de lo previsto, y por el temor de que vinieran refuerzos oficiales de Buenaventura y los atacaran a dos fuegos, a iniciativa de Bustamante y con ardoroso entusiasmo de sus compañeros, habían planeado y cumplido una de las hazañas bélicas más audaces de la guerra: la captura del ejército del general Enrique Palacios, atrincherado en una isla resguardada adicionalmente por rompientes contra las aguas del océano.

Con efecto, después de haber incorporado contingentes de personal procedentes de Barbacoas, Iscuandé y Guapi y recogido todas las piraguas y canoas de la costa del mar y de los ríos, en una noche oscurísima del 16 de octubre de 1901, en silencio y por el frente y retaguardia, en embarcaciones llegaron a tierra firme y asaltaron sorpresivamente a ar-

ma blanca las guarniciones. Cuando las descargas de fusilería se hicieron sentir por el frente y retaguardia, fueron totalmente capturadas sin grandes pérdidas de sangre.

Un cuantioso parque, un pequeño buque armado en guerra, al que bautizamos luego con el nombre de Panamá y al rededor de mil prisioneros, fueron los trofeos de esa singular victoria.

Bustamante, en la guerra, se exhibió como factor de importancia excepcional. Con estudios que le desarrollaran sus magníficas facultades naturales, hubiera sido uno de los grandes militares de todos los tiempos. Tenía las características de un Ney: un valor supremo; una actividad sin igual que se superponía a todas las dificultades y que se multiplicaba con ellas; un vigor físico y moral de gran calibre; dón de organizador y dón de mando, e iniciativas bélicas a las veces geniales: dominado todo ello por una inteligencia intuitiva muy viva, por un sentido común extraordinario, por un desprendimiento personal admirable y por un soberano patriotismo. Y en la campaña de Panamá, además de esos dones, contribuyó con una devoción mística por la superioridad absoluta, incontestable e indiscutible de Herrera como jefe supremo.

CAPITULO IX

Los ideales del general Herrera

Proclamas en Tumaco a bordo del "Almirante Padilla". El general condenaba la ley del talión y quería evitar reacciones extremas. Una apelación para civilizar la guerra. "Si la razón no se atiende, que continúe la lucha". Proclama a los ejércitos liberales. Cómo veían la guerra en el Exterior.

En esta segunda parte de la campaña de 1899 a 1902, aparte de la narración de operaciones militares que obedecieron a la inspiración de un gran jefe, que era al propio tiempo un gran patriota, me interesa, sobre todo, dar la demostración palmaria de que nuestra conducta se orientó siempre en inmarcesibles principios republicanos y que no fue consecuencia de un loco e irreflexible temperamento belicoso, y, además, que fue por ello incansable nuestro empeño

en procurar la mayor cultura en la conducción de la guerra y en buscarle un término honroso y conciliatorio para todos los colombianos.

De ahí el que vaya a publicar, en la oportunidad y lugares que ocurrieron, algunos de los muchos documentos expedidos y publicados en la Costa del Cauca y en el departamento de Panamá, pero desconocidos en el interior ahora y en esa época, y los cuales ayudan a dilucidar la génesis de esa historia.

Al llegar a Tumaco el general Herrera hizo circular los siguientes documentos:

«Colombianos!

Al llegar a dominios de Colombia después de una ausencia de algunos meses, empleados en servicio de mi causa en labores que os son conocidas y de que luego os doy razón, con mi saludo y mi enhorabuena entusiasta y cordial para los lidiadores del derecho, traigo para ellos el mensaje del interés y de la simpatía con que es seguido su esfuerzo en el extranjero por las almas sensibles al sentimiento de la justicia.

Mis palabras, en cuanto expresen líneas de conducta, son el compromiso formal de un partido, ya que vengo con el carácter de director de la guerra en el Cauca y Panamá, por designación inmerecida pero indeclinable del general Gabriel Vargas Santos,

director supremo de la guerra, jefe del liberalismo y presidente provisional de Colombia. Tales palabras, además, expresan el sentimiento dominante en nuestra colectividad política, y de consiguiente, el de sus inmediatos voceros y servidores.

La lucha desgarradora de nuestro país, es seguida en el extranjero, con vivo, con angustioso interés. En todas partes domina el conocimiento exacto de sus causas y sus tendencias. Inútil y contraproducente ha sido el esfuerzo de nuestros adversarios para quitar a la causa revolucionaria el pendón que enarbola, que es el de necesarias y justas redenciones sociales. Sobre montañas formadas con las víctimas de la tiranía, tremola ese pendón majestuoso y sagrado. La mentira no lo oculta. La calumnia no lo mancha.

Nuestra causa cuenta en el extranjero con muy vivas simpatías. Ellas se han despertado con el grito de un pueblo que reclama elementales derechos a la vida. Es que para propios y para extraños, el reclamo del derecho se hace simpático o interesante y el deber se hace más imponente, cuando para sostener su dignidad y para cumplirlo, se sigue sin vacilaciones la vía del sacrificio.

Todo ello explica por qué os he enviado antes y por qué me presento con elementos bélicos conse-

guidos con no pocos sacrificios, para sostener la guerra que tiene un objetivo tan sagrado.

Dificultades y circunstancias insuperables sobre las cuales se hará luz cuando fuere menester, impidieron antes reunir en un solo haz y hacer concurrir a una sola simultánea acción, elementos y fuerzas que la necesidad, más poderosa que la conveniencia o la razón, ha ido comprometiendo en detalle.

Esos elementos no son producto de ninguna infamia. Los que no son el sufragio de almas libres, han sido adquiridos en forma honrosa y lícita, en aquella que coloca la dignidad de Colombia siempre en alto y que no lastima su integridad ni su soberanía. Así lo ha comprendido el juicio sensato de la nación cuando no se ha alarmado con el graznido de gansos que velan no por el sagrado de la patria sino por la salud del despotismo.

He estado en el exterior como enviado o personero de nuestro partido; he salido a buscar elementos bélicos con qué sostener la lucha y a que se nos coloque en pié de igualdad con nuestros opresores por los estados extraños.

Estas labores, estas obras, son un derecho indiscutible para el partido que las cumple y una facultad potestativa en toda nación que las otorgue.

Una conducta así no va contra los intereses de la patria. En equidad estricta, en aquella que prima sobre prejuicios y sobre convencionalidades, la patria no está encarnada en quienes se apropian la fuerza para aniquilar a los que resisten la imposición o la servidumbre.

Quienes se presentan hoy ante la nación como personeros de la soberanía colombiana, no tienen siquiera el prestigio de la legalidad. Encadenado tienen al anciano presidente cuya confianza adormecieron con promesas de lealtad. Son pretorianos quienes reclaman el título de defensores de la patria.

Pero ni Colombia ni las naciones extranjeras, aceptan como propio el juicio de quienes asumen pretensión tan arrogante. En guerra civil de una que se titula república, y de consiguiente como gobierno de todos y para todos, los sanos de razón no pueden ver como justo que los unos se apropien los bienes nacionales, las contribuciones públicas, los bienes de los adversarios para procurarse con todo ello cadenas con qué vejarnos, fusiles con qué extinguirlos, y que el partido mutilado en su carne y en su espíritu, haga obra de traición procurándose armas con qué sostener su defensa.

La equidad tampoco se lastima, sino que se satisface, con labores que tienden a poner término a la

impasibilidad con que los Estados contemplan la obra de la muerte, de quienes luchan contra la opinión inerme, y la mutilan y la extinguen con la indolencia de los segadores en las praderas de trigo.

La justicia, el derecho internacional consagran, pues, nuestra obra. Por esos conceptos la estima nuestro partido como meritoria y digna.

Como en la inmensidad de los mares está exento de desviarse el barco cuyo andar va arreglado al compás y las estrellas, en la prosecución de una guerra no se sumerge ni se pierde en las ondas encrespadas de pasiones expuestas al desenfreno, el partido que encamina sus pasos por el carril que señalan los sentimientos de humanidad y los eternos principios de justicia.

La guerra no tiene como objeto la destrucción, la carnicería, la ruina. En ella no debe quedar la fuerza libre de todo freno. La guerra consagra derechos, pero impone mayor rigidez en los deberes.

Quienes en razón del puesto que ocupan están llamados a determinar líneas de conducta en los cuerpos militares, asumen una responsabilidad abrumadora al expedir patentes de corso para los malos instintos.

El gobierno, con sus últimos decretos, parece haber roto los diques con que la civilización retiene en muchos hombres, los instintos de «la bestia humana».

En cumplimiento de esos decretos ha dado margen a los bárbaros actos consumados por las fuerzas oficiales en la frontera del sur y en el interior de la república.

La conciencia humana se rebela contra las iniquidades que allí se cometieron con los prisioneros de guerra. El prisionero es inviolable, dicen las instrucciones americanas; matarlo es una crueldad; herirlo, una cobardía. Mutilarlo, agregamos nosotros, y exhibir el cadáver en estas condiciones, es espectáculo propio de caníbales.

Si nuestros adversarios barbarizan la guerra, los liberales no debemos seguirlos en ese camino. El talión, las represalias para esos atentados de lesa humanidad, no puede ser para nosotros línea de conducta en la guerra. Nuestros sables nunca se teñirán en sangre de gente indefensa.

Nobles pasiones son las que nos sostienen en la lucha; pero no comprendemos ni practicamos aquellas que sólo revelan los instintos de la bestia.

Hacemos, pues, para honra del pueblo colombiano, una apelación nacional solemne a los medios de civilizar la contienda. Es necesario que los actos que dictan los sentimientos del honor, parte la más noble de la naturaleza humana y actos que son comprendidos y estimados por los pueblos cultos, no se ten-

gan, como lo reputan los orientales, por signo de temor.

Las guerras en su curso van siendo alimentadas y sostenidas por nuevos reclamos o nuevas injusticias distintas de aquellas que las hacen germinar, al modo que los ríos llevan ya en su desembocadura muchísimas más ondas que aquellas con que salieron de su fuente.

Ello es lo que da impulsión a las reacciones extremas.

Al liberalismo, las nuevas y negras injusticias de que es víctima, no deben desviarlo de su objetivo, que debe permanecer firme y luminoso. Que ni en sus entusiasmos ni en sus horas negras pierda de vista su deber republicano. El hermoso programa que el jefe liberal, general Vargas Santos, lanzó en enero de 1900, es aún síntesis de nuestras aspiraciones y fiel expresión de nuestros sentimientos. Continúan esos anhelos inspirando nuestra conducta y señalando nuestro camino.

El liberalismo pretende buscar al fin en las instituciones el centro de gravedad dándoles por base el asentimiento nacional. Quiere salir del ritmo revolucionario a que nos ha conducido la acción demasiado impulsiva de los unos y la reacción ultra-autocrática de los otros. De aquí que atempere sus ideales a la

condición en que se halla la cultura nacional. El estudio sereno de instituciones que conforme las entidades políticas a los organismos industriales y el que procure el medio de garantizar plena y efectivamente todos los derechos, es campo en que hay lugar para todas las luces y en que coinciden todas las aspiraciones. La federación no es, pues, una bandera. La cuestión religiosa tampoco será motivo ni de antagonismo ni de querellas. Hay interés nacional común en volver al clero al espíritu cristiano tan mal traído durante esta contienda en que tantos representantes del sublime mártir cumplen su misión evangélica haciendo cultivo de la religión del odio!

Lo que en un principio fue lucha por el modo de ser, hoy es ya lucha por la existencia. De la conducta del gobierno en los comienzos de la guerra a la que sigue actualmente, qué horrible descenso!

En un principio nuestros actuales adversarios veían como una infamia el pretorianismo y hoy no sólo lo sostienen, sino que lo exaltan. Hallaron que los liberales reclamaban derechos de que se les tenía privados y que no se niegan a nadie en ningún país civilizado, y hoy nos tratan, por esa misma pretensión cual si fuéramos convictos anarquistas. Respetaron prisioneros y hoy los rematan y mutilan.

El liberalismo continúa en su labor de hacer patria: aquella que sea hogar de hombres libres; aquella que ofrezca campo para todas las aptitudes y estímulo para todos los esfuerzos; aquella que busque el orden en la armonía de derechos; aquella patria coronada de gloria que fue madre amorosa en tiempos de grandeza ya pasados, pero que son aún ejemplo en nuestra conducta y luz en nuestro horizonte!

A bordo del «Almirante Padilla» en la bahía de Tumaco, a 3 de diciembre de 1901.

BENJAMIN HERRERA

PROCLAMA

*del director de la guerra en el Cauca y en Panamá
a los ejércitos liberales de su mando.*

Saludo y felicito a heroicos obreros de la república, a los gloriosos lidiadores del Cauca y Panamá.

Me descubro ante ejércitos que asombran por su intrepidez e imponen por su hidalguía. El noble sacrificio de nuestros hermanos del sur; la admirable campaña de Tumaco, a donde la pericia y la bravura han dado destellos tan brillantes, y la persistencia de la lid en Panamá, que exhibe un temple de carácter muy alto e inquebrantable, honran por igual el

nombre liberal y el colombiano. Así se lucha por hacer una patria digna.

Sigamos, pues, la obra.

Estamos ya en el tercer año de guerra y el gobierno no ha podido dominar la revolución.

Ha ensayado inútilmente todos los medios del terror y de la fuerza; menos el único eficaz que sería el de otorgarle cumplida satisfacción y justicia.

Cada día anuncia haberla conjurado, y talvez hasta llegue a creerlo así, pero al siguiente la ve renacer más extensa y más fuerte.

Ello depende de que las convicciones se confirman cuando se las combate y a esta revolución dan alimento las más nobles ideas.

Se nos ofrece la paz pero a estilo de aquella que tuvo su molde en Varsovia. Nosotros sólo aceptamos la que otorgue positivas garantías y deje campo amplio a los sanos estímulos.

Si la razón no se atiende, que continúe la lucha.

Si no existe la patria en su concepto justo y amable, pues vamos a formarla!

Tenemos la voluntad y los medios para alcanzar este fin.

Antes os había enviado cuantiosos elementos de combate; ahora os traigo, entre otros más, una poderosa nave de guerra que dominará sin contradicción

las aguas colombianas del Pacífico, pues su sólo nombre es augurio de victoria. Todo es fruto de muy ardua, constante y digna labor.

Nuestro esfuerzo, nuestro sacrificio—prenda de decisión y sinceridad—serán siempre apreciados por quienes respetan los altos ideales y los sentimientos viriles.

Me congratulo y me honro en ser compañero de quienes, con sus heroicas hazañas, con su conducta abnegada, tienen el honor como la primera de las virtudes. Vamos, pues, a los campos en que se decide la suerte próspera o sombría de Colombia!

Vamos a respirar aires de libertad, y en todo caso, aires de gloria.

Viva Colombia liberal!

A bordo del «Almirante Padilla», surto en la bahía de Tumaco, a 3 de diciembre de 1901.

BENJAMIN HERRERA

CAPITULO X

Cómo se sostenía la disciplina

Un incidente en Tumaco con el bravo general Díaz Morkum. Este llamaba después a Herrera "Mano Tigre". La severidad del general lo hacía más temible para los valientes que una carga enemiga. Economizaba las vidas de sus soldados y no permitía la embriaguez. Sale la expedición para Panamá a bordo del "Padilla".

Al día siguiente de nuestra llegada a Tumaco, fuimos con el general Herrera a las oficinas del Estado Mayor. Todos los jefes y oficiales se levantaron y se apresuraron a saludarnos con el mayor respeto. Al pasar por frente del general Díaz Morkum, que estaba sentado con el sombrero puesto, de un manotón se lo derribó y enfurecido le hizo este apóstrofe: «no sea usted insolente, está a presencia de sus jefes».

Cuando nos despedimos y salimos a la calle, le manifesté a Herrera que se había excedido; me respondió que yo no conocía el gallito a quien le había hecho inclinar la cresta; yo debía imponerlo, me agregó, de que conmigo o me obedece o me mata.

Evidentemente Díaz Morkum era de una intrepidez asombrosa y único en las cargas a machete. Lo había demostrado en 1895 en Enciso, y en esta otra guerra en las tomas de Barbacoas, El Morro y Tumaco, donde los asaltos a arma blanca, encabezados por él, habían sido decisivos. El hombre a más de no sentir temperamentamente el miedo, era festivo y gracioso, y desde ese día, durante la campaña, cuando se acercaba a las oficinas de los jefes superiores, con el cuerpo encogido y las manos sobre la puerta, preguntaba en voz queda: está Mano-Tigre?; y si le respondían que sí, se alejaba a toda prisa. Después, con nosotros, fue el hombre a quien se encargaba los asaltos y las cargas a machete en las batallas campales. Era combatiente que por entre lo más nutrido de las descargas pasaba ileso, y a la cabeza de sus macheteros llegaba a las filas enemigas con su «peinilla» en alto a infundir terror y desbandada en los contrarios.

Por otra parte, el incidente de que doy cuenta, con este militar excepcional, sirvió para hacer mani-

fiesto que bajo las órdenes de Herrera era inquebrantable la rigidez en la disciplina, y que a nadie quedaba tiempo sino para consagrar todas sus facultades a los deberes militares y a superarse a sí mismo.

Con el tiempo, en la campaña, por la severidad de sus disposiciones para mantener la unidad de acción, hubo un conato de conspiración que reprimió con energía soberana, todo lo cual vino a ejercer una fascinación tan absoluta en el ejército que hombres que no temían ni a Dios ni al diablo, en presencia de él, especialmente en combates, denodadamente se enfrentaban a una carga del contrario antes que á un fruncimiento de cejas de su jefe.

Y desde aquel lugar y aquel momento, Herrera hizo imperativo el que los Jefes de Día, ya en guarnición, ya al entrar a una plaza, antes o después de una victoria, derramaran el aguardiente y demás licores en los estancos y las tiendas. El valor supremo que él imponía con su ejemplo no debía tener estímulos artificiales sino ser consciente y lúcido. Así las órdenes eran cumplidas en el acto y se disminuía el número de absurdos e injustificados riesgos personales.

En combates de sitio no permitía andar a caballo por el campo de peligro, y sólo para urgencias imperiosas, sino al Estado Mayor que lo acompañaba

guardando prudenciales distancias: todo el ejército debía estar protegido en sus defensas, hasta recibir orden de avanzar en la batalla.

Hasta donde era posible, Herrera economizaba la sangre y la vida de sus subalternos y se esforzaba en obtener el mayor beneficio táctico con el menor sacrificio posible. Por ello su obsesionante estudio en cada lid era el de proporcionar las fuerzas de su mando, en ataques o defensas, al impulso ó vigor de las contrarias, dejando listas reservas aplicables solamente en los casos de emergencia.

Y aunque ha sido mi ánimo no hablar de actos heroicos individuales, ni siquiera en adalides ya finados, que por millares los ejecutaron maravillosos, y aunque ya debía estar curado de asombros en Panamá, memorando las impertérritas cargas que en Santander daban Pedro Soler Martínez, Pedro Rodríguez, Eugenio Sarmiento, Emilio López, Polidoro Ardila, Noé Cadena, Arturo Carreño, Víctor Antonio Picón, los tres Hernández y muchísimos otros cuya enumeración sería fatigante aquí, pero que es deber del liberalismo no olvidar, al recordar a Díaz Mor-kum no puedo menos de hacer mérito de tres muchachos caucanos, Jorge E. Gálvez, Clodomiro Rodríguez y Alejandro Mosquera, quienes en la primera batalla de Aguadulce, a tiempo de entrar en

combate, rogáronme, con una sencillez sublime, que con el general Herrera los mirara pelear. Hablaban como si fuéramos a entrar a una fiesta social y apenas se tratara de apreciar su habilidad en la danza; y realmente su arrojo imponía de tal modo, que habiendo entrado el primero como Mayor y los otros dos como Tenientes, al concluir la guerra aquél ya había sido ascendido a general y los otros dos a coroneles.

Tampoco se me va de la memoria el llamamiento que en el primer Aguadulce me hizo, y que repitió luego en sucesivos combates, el coronel Félix Matta, preso por una infracción grave, para rogarme con lágrimas en los ojos que obtuviera del general Herrera lo dejara pelear y morir por la causa. Las balas respetaron tan decidida resolución al sacrificio, pero en toda la campaña, con impavidez sobrehumana, buscaba el primer puesto en los sitios de peligro.

Los días siguientes a nuestra llegada, fueron empleados por Herrera en preparar la expedición a Panamá, con la ilusión de prestar un concurso oportuno y decisivo a la campaña que allá desarrollaban Díaz y Porras,

Dejando 500 hombres en Tumaco y 400 en Barbacoas y la Gasca para mantener el dominio de todas

esas comarcas, se alistaron 1.500 destinados a operaciones en el Istmo.

El *Padilla*, que habría de prestar luego tan importantes servicios, y el *Panamá*, tomado al gobierno en Tumaco, llevando como remolques buques de vela, aseguraban el transporte de las fuerzas expedicionarias y la constante conexión con los contingentes auxiliares del Chocó y el Cauca.

El día en que zarparon los buques, con el ejército destinado a operaciones en Panamá, en la propia bahía, durante la baja marea, se varó el *Padilla*. Mientras volvía a ponerse a flote, llegó el correo de Esmeraldas con la noticia del destrozo de las fuerzas liberales panameñas y de que una parte de ellas, bajo el mando de Porras, estaba defendida por fortalezas naturales en el interior del departamento.

Ninguno conocía las comarcas a donde íbamos a obrar, por lo cual, para prevenir contingencias, se enderezó la ruta hacia una ensenada muy distante al sitio en que nuestros copartidarios habían empeñado la desgraciada batalla.

En las bodegas del *Padilla* llevábamos un enorme parque con muchas centenas de cajas de municiones y con mil proyectiles del cañón de proa de nuestro buque almirante, de 32 libras de peso cada uno, que en sólo dinamita contenían 6 toneladas.

En el resto del vapor íbamos hacinados 1.100 hombres.

Navegando con un mar tranquilo y en las primeras horas de una noche serena, se hizo oír de pronto un grito estridente y angustiado anunciando fuego en las bodegas. Inmediatamente el general Herrera, que estaba sobre el puente, contuvo el pánico con voz imperiosa al proclamar: «Nadie se mueva de sus puestos; los jefes y oficiales disparen contra el que tal haga». Y sin perder segundos, bajó a las bodegas con Bustamante, Ramírez y 10 marineros, y conjuró el incendio.

En la isla de la Gorgona desembarcamos por algunas horas para que nuestra gente se desentumiera los miembros, y después de ese descanso, con mar ya borrascoso, seguimos a la ensenada de Tonosí a donde llegamos en la tarde del 24 de diciembre de 1.901.

Al pisar tierra panameña, el general Herrera hizo circular las siguientes proclamas:

ALOCUCION

Del Director de la guerra en el Cauca y en Panamá

Sepultados ya en el mar sin fondo de los tiempos, los años de 1899, 1900 1901 llevan como sudario de sangre el sacrificio del liberalismo colombiano por conseguir en la que debe ser patria común, su propia redención y aun la de

aquellos que, sin voluntad y sin conciencia, hacen armas contra sus mismos libertadores, o sea, la redención de ese pueblo que, despojado de sus bienes por un inicuo sistema fiscal y de peculados, es robado en su persona en la odiosa y bárbara forma de reclutamiento.

El año de 1902, que comienza hoy, encuentra a Colombia presa de la misma guerra prolongada y sangrienta, cuya persistencia determinan el reclamo viril de los unos por adquirir la efectiva condición de ciudadanos y el desesperado esfuerzo de los otros por mantener en sujeción servil a quienes miran como irrisorio y deprimente ese absurdo sistema de república.

No asoma la cordialidad en punto alguno: resplandores cárdenos, auroras rojas, alumbran el horizonte de los colombianos en el año que hoy se inicia.

El gobierno republicano no se establece, la paz no se consigue, para beneplácito de todos los nacionales, sin acepciones políticas, por obra de unos pocos obsecados que hacen uso de la fuerza que conscriben y de la riqueza que toman del Estado para obras distintas de las indicadas por el anhelo nacional y por el común asentimiento.

La nación entera se debate contra el sistema que la oprime, sistema que, como las campanas de los buzos, cerradas las válvulas, no deja respirar el libre ambiente. Una parte de ella, la mayor, la constituida por el liberalismo, protesta en forma franca, partiendo el sol en lucha a que se vio obligada sin medida de probabilidades por imposición de deberes. Otra parte de la nación, la constituida por fraccio-

nes las más respetables del partido conservador, ha hecho valer su protesta contra un régimen que a ninguna persona sensata satisface, por medio de conspiraciones, de las cuales una salió fallida en su objetivo y sus alcances, la que exaltó al Sr. Marroquín para otros propósitos que los que él ha cumplido, y otra fué desgraciada en su realización, la que encabezaba el Ministro de Guerra General Pedro Nel Ospina, para el implantamiento de medios eficaces a restituir la conciliación nacional.

Y finalmente, el partido nacional, con el asentimiento del Presidente constituido legalmente y hoy preso por obra de traición, por boca de su vocero indiscutido Señor Don Miguel Antonio Caro, no halla otro remedio eficaz para poner término a los males que afligen a la patria, que la convocatoria de una Convención en que estén representados todos los partidos.

La nación, por todas las bocas y en todos los acentos, clama como remedio la satisfacción de la conciencia pública.

Sólo, pues, un círculo reducido se opone al reclamo general y patriótico, pero círculo que, más cruel que las feroces divinidades indias que aplacan sus iras con unos pocos sacrificios, no se satisface con el anonadamiento de la riqueza pública ni con el holocausto de más de cincuenta mil víctimas, ni con las lágrimas de las madres y las viudas, ni con la miseria y desolación de millones de huérfanos.

Pero si no es posible hacer entrar en razón a quienes el poder ciega y ensordece; si hemos de continuar confiando al azar de los dados de bronce la suerte de la Justicia y de Colombia, en medio de las tristezas de necesidad tan lastimosa es una satisfacción y una esperanza el contemplar el estado militar en que hoy se hallan los lidiadores liberales.

Contamos por primera vez en el Pacífico, con una flotilla compuesta de un crucero de guerra, «El Almirante Padilla» de dos cañoneros «El Cauca» y «El Panamá», suficientes a dominar las aguas nacionales de este Océano. Guarnece la flotilla un ejército vencedor en la memorable campaña de Barbacoas y Tumaco, cuya calidad y cuya excelencia tiene las más gloriosas preseas. Dominamos las costas del Cauca y Panamá excepción hecha de tres puertos principales a donde se han recogido y están casi inmovilizadas las fuerzas dictatoriales y sobre los cuales estamos abriendo muy seria campaña. Tenemos en todo el litoral del Pacífico fuerzas considerables que están introduciendo para las que obran en el interior de estos Departamentos, armamento de que hoy disponemos. En el resto del país el esfuerzo liberal se mantiene persistente y heroico; en el Atlántico se percibe ya la flotilla que ha de dominar esas aguas, y por todas partes se acrecentan los materiales y las fuerzas para el actual supremo y decisivo esfuerzo. Y como arsenal inagotable contamos con la voluntad nacional de darse un régimen que la satisfaga, la cual, como es el

caso en el avance de las mareas, remplace las ondas que se sumergen, con nuevas y más poderosas corrientes.

Por todo lo expuesto, mi saludo de año nuevo, si no puede desprenderse de legítimas tristezas por los males de la patria, por otros conceptos es expresión de alentadoras esperanzas que resumen los deseos de los patriotas colombianos:

Que el año de 1902 señale en Colombia el advenimiento de la paz, que asegure la vida y el progreso nacional si no por la conciliación de los contendores, por el triunfo de quienes luchan por la igualdad en el derecho y la eficacia en la república.

Que el año de 1902, por la implantación de instituciones que sean reflejo del querer de todos los nacionales, haga de todos los colombianos un sólo cuerpo social, desgarrado hoy, en corazón y en entrañas, por odios inveterados y por injusticias palpitantes.

Abordo del «Almirante Padilla», surto en la ensenada de Tonosí con la flotilla liberal a 1.º de Enero de 1903.

BENJAMIN HERRERA

Istmeños:

El numeroso ejército que comando, compuesto de soldados aguerridos y de jefes de honor, abnegados, valerosos y expertos, viene a traer la tranquilidad y la paz de que no gozáis hace más de dos años; viene a quebrantar para siempre las cadenas que os

oprimen y a fundar en esta región colombiana un gobierno justo, de civilización y progreso.

En esta guerra cruenta, en que por desgracia nos debatimos los colombianos, le cabe al partido liberal la gloria de luchar por ideales nobles y por la efectividad de derechos desconocidos y hollados; le cabe la gloria de combatir por el imperio de la tolerancia que es la base de la armonía y de la prosperidad de los pueblos.

Del partido liberal triunfante nada tienen, pues, que temer los que hayan sido sus leales convencidos adversarios; nada tienen que temer los que no hayan cometido actos de crueldad, injustificables en toda guerra y mucho más en guerra de hermanos; nada tienen que temer los que no estén manchados con sangre de víctimas inocentes y con infames peculados.

El día de vuestro triunfo será la víspera de la reconciliación de todos los colombianos que deseen cerrar para siempre el período tumultuoso que hemos venido atravesando desde la época de la Independencia.

Este esfuerzo final y decisivo será la última de nuestras guerras; la sangre derramada a torrentes ha de ser la semilla que transformará nuestras tierras devastadas en emporios de riqueza; los últimos disparos de nuestros cañones serán anuncio de períodos

de esplendor, y los resplandores de la última batalla serán la aurora de un día nuevo para el derecho y la civilización de Colombia.

Con esa fe profunda os hablo y os conjuro a que no veais en mí, ni en el ejército que me honro en comandar, a militares que aman la guerra por sus tragedias, sino a patriotas que la emplean como un recurso extremo para desarraigar males profundos.

Liberales del Istmo:

Habéis probado vuestra decisión y heroísmo en combates desiguales y sangrientos; habéis luchado siempre con gallardía en el puesto que el honor os ha designado; habéis regado con vuestra sangre las trincheras que os han opuesto a vuestros pechos desnudos, y esas hazañas os hacen acreedores a mi admiración y a mi encomio.

Se acerca la hora en que debéis repetir esas proezas y os aguardo para ofreceros, con mi abrazo fraternal, las armas que os harán iguales a vuestros adversarios. Venid, pues, a compartir con nosotros los azares de la campaña, los peligros de la batalla, las alegrías de la victoria.

Chame, enero 30 de 1902.

BENJAMIN HERRERA.

CAPITULO XI

Herrera en Panamá

Primera victoria de los liberales en el Istmo: la toma de Tonosí por el general Bustamante. Los planes estratégicos del general Herrera en Aguadulce. Cómo se obtuvo la libertad del general Porras. Proposición del general Herrera al general Albán. Primer canje de prosineros.

Desde un punto de vista del campamento contrario, en *El Siglo* de ayer, mi amigo Aquilino Villegas, con mucha gentileza, procura rectificar algunos episodios de mis narraciones de la guerra.

Somos amigos desde hace decenas de años y en cambio de las múltiples excelencias que le reconozco y que le admiro, en él, como en todos mis relacionados he procurado dejar la impresión de que soy perfectamente sincero en mis expresiones y de que es

ingénita mi fidelidad a lo que tengo por cierto, por lo cual no contradigo ni desfiguro la verdad ni en obra, ni en dicho, ni aun por deseo, como manda el precepto cristiano.

A nadie ni por nada, y mucho menos a un prócer de mi causa y gloria de la patria, le echo agua sucia en ningún suceso histórico.

La retirada a Ocaña fue decidida en consejo de generales por mayoría formada con las opiniones de Vargas Santos y Soto, jefes supremos, reforzada con los votos de Uribe Uribe, Rafael Leal, Eugenio Sarmiento, Pedro Rodríguez. Tan sólo disintieron de concepto Herrera y Celso Rodríguez, pero la aceptaron sin queja ni reproche.

La marcha hacia Zapatoca y Sur de Santander fue decidida por Vargas Santos, Soto y Herrera, cuando el general Uribe que había marchado por tierra de La Cruz hacia Bucaramanga, quedó así a la vanguardia y sufrió choques en los Helechales y otro sitio que no impidieron su marcha.

En nuestra retirada hacia Ocaña, fui yo personalmente quien recibió el posta con la noticia de que El Escorial estaba desocupado, lo que tuve por cierto, porque entre ese sitio y el ejército del gobierno estaba interceptado el nuestro y porque en el norte

estaba el ejército liberal mandado por Benjamín Ruiz y Rafael Camacho.

Siempre he tenido por estéril el increpar a nadie el «pudo haber sido» que no tuerce la rotación fatal de los sucesos.

Respecto de la eficacia, a falta de municiones, de los peñascos de La Cruz, vive en la proximidad de Bogotá el coronel Laverde, que con otros jefes, dirigió la maniobra.

Que el general Pinzón, gran jefe de gobierno, en su propio campo tuviera otros planes estratégicos, no pone ni quita rey en las narraciones que estoy haciendo sobre los episodios que me constan.

Y sigo con mi historia.

Una vez que hubimos desembarcado en Tonosí envió Herrera a Bustamante con un destacamento de 150 hombres, muy bien armados y municionados, para que se internara hasta el pueblecito de ese nombre o hasta donde lograra obtener noticia de la situación militar del departamento, porque sobre ella llegábamos a obscuras.

Una hora después sentimos un nutrido tiroteo que en vez de apagarse se intensificaba, momento por momento. En el acto tomó Herrera 250 hombres para volar en persona a reforzar a Bustamante, y dejó órdenes de que el resto de nuestro ejército se

mantuviera en pie de marcha para ocurrir con toda rapidez al sitio a que se le llamara.

Llegamos al pueblo cuando ya Bustamante había tomado el cuartel enemigo, y el general me dio en cargo de que averiguara de los prisioneros las mayores noticias.

El jefe conservador, joven muy simpático y gallardo, que se había sostenido con increíble bravura, me informó que con una compañía de 100 hombres había venido él persiguiendo a los derrotados liberales; que en la tarde había desbandado a los que vagaban por esos alrededores; que al anochecer, ya acuartelada la gente, sintió una descarga cerrada sobre el cuartel y la intimación de que se rindiera, y que juzgando fuera contra-ataque de los derrotados, se formó la resolución inquebrantable de no dejarse derrotar por ellos.

Igualmente logré saber algo de mucho mayor trascendencia; que un cuerpo importante de fuerzas liberales, al mando del general Belisario Porras, estaba encerrado en el sitio de La Negrita por el ejército oficial al mando del general Francisco de P. Castro; que en breves días las tendría capturadas el jefe del asedio; que desde Panamá hasta La Negrita no había guarnición oficial apreciable en ningún lugar, pero que sí existía una de importancia en la provincia de

Chiriquí. Por otra parte el joven oficial me suministró datos de que La Negrita era punto equidistante entre Aguadulce y Antón y que en ese mismo sitio se bifurcaban los caminos.

Al darle estas noticias a Herrera me dijo: «Vamos a libertar en el acto a nuestros copartidarios». Para lograrlo, esa misma noche concentró nuestro ejército en la ensenada de Tonosí, dejó lo principal de él a las órdenes de los generales Pérez y Bustamante, con prevención de que debían estar en pie de obrar sin demora cuando él lo requiriera, y se embarcó con 300 hombres en el «Padilla» en prosecución del plan estratégico que paso a relatar y del cual me comunicó las órdenes respectivas en la travesía marítima.

Cuando estuvimos al frente del puerto de Los Santos se hizo un movimiento rotatorio y cinematográfico de soldados dentro de nuestro buque de guerra para simular que en él navegaba un ejército.

Desembarqué yo con 100 hombres en el puerto para buscar gran cantidad de cuarteles y el mayor número de postas que llevaran inmediatamente comunicaciones a Porras encareciéndole que se sostuviera a todo trance; que el ejército vencedor en el Cauca, con sus buques de guerra el «Padilla» y «El Cauca» iba en auxilio suyo, dirigiéndose previamente a Agua-

dulce para interceptarle al enemigo toda comunicación con Panamá, su base de operaciones.

Con los postas, a quienes no se exigió ninguna precaución, despaché una gran cantidad de proclamas de guerra y partes de batalla, con indicación del crecido número de prisioneros que traíamos y de la muy alta calidad de muchos de ellos.

Cumplido todo esto, me reembarqué con la gente en el «Padilla» para seguir con el general Herrera a Antón, objetivo de nuestro desembarco, contando con que el general Castro, con su ejército, al coger a algún posta, inmediatamente se encaminaría a Aguadulce a defender tan importante posición.

Tan pronto como desembarcamos en Antón el general Herrera ordenó a nuestra fuerza la construcción rápida de atrincheramientos formidables para que los 300 hombres pudieran resistir cualquiera embestida de Castro, caso de que tomara esa vía por improbable que ello fuera.

Con toda rapidez volvió conmigo sobre Tonosí a embarcar las fuerzas que allí estaba estacionadas para conducir las a Antón, cumplido todo lo cual, ya con nuestro ejército compacto, nos apostamos en la comarca que separa a Panamá de Aguadulce a esperar la incorporación de Porras y a impedir la conexión de los ejércitos del gobierno.

Y todo el plan, o sea la desviación del enemigo hacia Aguadulce, la libertad de las fuerzas de Porras y nuestra concentración se cumplió de acuerdo con el programa predeterminado por nuestro jefe.

El ejército liberal se extendió desde Antón y Chame hasta la línea férrea de Colón a Panamá, y al frente del Estado Mayor, en el mar, quedaron prendidos permanentemente el «Padilla» y el «Cauca» para cualquier emergencia.

Habiendo tenido noticia en Antón de que el jefe de operaciones del gobierno era el general Carlos Alban, durante nuestra excursión a Tonosí le dije a Herrera que yo era amigo personal de aquel ciudadano, con quien habíamos estado en Bogotá en permanente contacto, él como fiscal del tribunal de Cundinamarca y yo como socio de la casa judicial de Nicolás Esguerra & Cía.; que muchas veces habíamos hablado de política y que tenía la impresión de que era realmente un espíritu republicano; que le enviara un parlamentario proponiéndole oficialmente un canje de prisioneros y que yo le escribiría una carta personal en el mismo sentido.

La propuesta de canje la hizo Herrera en estos términos:

«A bordo del Almirante Padilla, en la ensenada de Tonosí, diciembre 27 de 1901.

Señor general don Carlos Albán, jefe civil y militar de Panamá, y comandante general de las fuerzas marítimas del gobierno en el Atlántico y en el Pacífico—Panamá.

Acompaño a usted un memorial que con permiso mío, le dirigen los prisioneros de guerra tomados por fuerzas de mi mando en los combates de Tumaco y de Barbacos, que es ratificación de los que por conducto del general Sergio Pérez le han hecho a usted una y otra vez.

La licitud de ese pedimento, que el derecho sanciona y que la humanidad consagra, es, por mi parte, acogida y reforzada.

Ya que, por desgracia, los colombianos, por culpa de quienes hacen del poder instrumento de opresión, no garantía de común seguridad, no hemos podido entendernos en la confección de instituciones en que el derecho y la justicia sean para todos; ya que por desgracia la lucha ha de perdurar por tiempo indefinido y probablemente largo, mientras triunfe el derecho por parte del liberalismo, mientras se acallen las protestas en contra de él por parte de un gobierno que no satisface a sus opositores y contra el cual conspiran quienes lo apoyan; ya que ni las protestas del mismo seno del campamento oficial, de parte de quienes por sobre intereses de bandería colocan los re-

clamos de la patria, hacen reflexionar que el mal no se cura con el exterminio de las personas sino con la satisfacción de las conciencias; ya que tantos males nos afligen, por honor patrio y a fuero de civilización, es necesario ajustar la guerra a las reglas de las naciones cultas y cristianas.

Al dirigirme en la persona de usted a uno de los jefes superiores del gobierno, que tiene personalidad propia y conciencia de sus deberes y de sus responsabilidades, abrigo la confianza de contar con su concurso en el implantamiento de prácticas de guerra que no extremen los males que ella cause; que no malgasten el acervo de moralidad que nos queda; que en la lucha de compatriotas haga posible, si no la cordialidad ni siquiera la tolerancia, al menos las consideraciones que imponen los sentimientos de humanidad y que separen campos entre la cultura y la barbarie.

El tratamiento infligido a los prisioneros liberales en la frontera del Sur, y el que se les ha impuesto en Panamá y en el interior, que tanto los ha torturado en la carne como vejado en la dignidad y en el espíritu, esos tratamientos, que tienden a imponer humillaciones y a consumir a muerte lenta, deben ser para siempre proscritos.

No quiero atribuir al partido conservador la complicidad ni la sanción de esos desmanes, que formas vagas de protesta contra ellos son las que han determinado en hombres importantes de esa colectividad la solicitud del remedio hasta en la forma azarosa de conspiraciones; tampoco quiero hacer pesar la abrumadora responsabilidad sobre todos los jefes superiores, que los hay de valor y de cultura, como lo es usted en grado distinguido, que no habrán podido ver sin sonrojo tamaña cobardía.

Y qué se gana para el porvenir del país; qué para el honor de los hombres, con el fomento de odios inextinguibles, que en pueblos altivos son fuente de revoluciones, pero que en caracteres individuales pueden llevar a formas menos legítimas en la supresión de las que se tienen por causa de miserias y de males?

Huélgome, pues, con la esperanza de que usted hará sentir su autoridad, como yo haré valer la mía, para refrenar en elementos violentos, que por desgracia los hay en todas las agrupaciones, desvíos de una conducta que desdiga del nombre colombiano tan digno de orgullo si por lo altivo, si por lo generoso.

Precedente de que me ufano en nombre de mi causa, es el establecido por nuestras fuerzas en Santander, en Tolima y en Tumaco, respecto de prisio-

neros, partícipes apenas de las mismas penalidades de ejércitos sometidos a tantas privaciones, debido, si en mucho, a la generosidad notoria de jefes y tenientes, en parte también muy importante a órdenes perentorias de las autoridades revolucionarias superiores.

El criterio levantado de usted atribuirá a nobles motivos el encarecimiento que me permito acerca de líneas de conducta que hagan olvidar el desgraciado decreto oficial de julio del año en curso. No confundirá usted con el temor lo que hago por sentimientos y en cultivo de la patria dignidad; el haber sostenido lucha durante más de dos años, sin elementos, demuestra que no es el desaliento el que nos induce hoy que contamos con materiales no sólo para la defensa, si no para el triunfo, y el venir con un ejército en que cada paso ha sido una victoria, hace manifiesto que hasta en el último soldado hay confianza en su esfuerzo y en su brazo.

Una vez por todas debe usted saber que en el camino de humanizar la guerra y en el de que el objetivo de ella, que es noble y tendiente al bien social, se consiga con el menor sacrificio para el país; y en ese camino, puede usted contar con que para los miembros superiores de mi ejército, que tienen los

deberes por leyes, se reputan los compromisos por intocables y sagrados.

Si, como no dudo, el canje es aceptado por usted, espero que en la respuesta a esta nota determinará el lugar neutral a donde deban entenderse las comisiones que hayan de acordar la forma más correcta y el tiempo más rápido en que pueda realizarse.

BENJAMIN HERRERA».

Con el mismo parlamentario nuestro vino la respuesta del general Albán acogiendo el prospecto de canje. Decía, además, que había obtenido del almirante americano que algunos días después, el buque de guerra Philadelphia, de los Estados Unidos, trajera a sus comisionados hasta las proximidades de nuestro cuartel general, a donde irían los nuestros para acordar y firmar el documento respectivo.

El día señalado fui yo al crucero americano, con tres de los más gallardos jóvenes que teníamos en nuestras filas, educados en los Estados Unidos y en Europa, quienes hablaban el inglés a perfección, idioma de que yo también he tenido, desde el colegio y en mis viajes, un regular conocimiento.

El parlamento se efectuó con la mayor cordialidad y el jefe del crucero y la oficialidad no ahorraron efusivas manifestaciones de sorpresa y de admiración por el modo tan civilizado como entre nosotros se conducía una guerra civil.

Firmados los dos ejemplares del pacto respectivo, con el destinado al general Albán, y con sus comisionados, le envié una nueva carta personal en que le manifestaba que a él mismo le expresarían los americanos el beneplácito con que habían recibido esta iniciación de cultura en las relaciones de enemigos en la guerra; que hiciéramos algo más, ya que teníamos al mundo entero por espectador del escenario en que actuábamos: que neutralizáramos la línea férrea y las ciudades terminales para premunirnos de peligros internacionales o que hiciéramos algo más trascendente, ya que él conocía la importancia del liberalismo y la calidad de sus miembros entre profesionales, comerciantes, hacendados, financieros, cuyas vidas y bienes habían sido echados por ellos a la hornaza para restaurar principios y prácticas de justicia clamorosa.

Que reflexionara si su altísimo prestigio dentro del gobierno y su natural patriotismo, lo obligaban a no mirar con serenidad la situación, para promover o no un tratado de paz equitativo que pusiera fin al

desangre de vidas y de bienes que estaba acabando con el país.

Y finalmente, le expresaba que esa iniciativa y esa sugestión mías, de espontaneidad y responsabilidad personalísimas, no obedecían a debilidad de ningún género, porque teníamos un poderoso ejército provisto de toda clase de materiales de guerra y un jefe egregio, con subalternos de inquebrantable valentía.

Y, mientras todas estas diligencias se cumplían, Herrera envió a la provincia de Chiriquí, a un jefe oriundo de esa misma comarca, conocedor íntimo de ella y por añadidura muy popular y querido, el coronel Manuel Quintero V., para que desembarcara en puerto relativamente remoto y escondido, con un cuadro de oficiales y de clases y armamentos para equipar 500 hombres.

La provincia estaba ocupada por guarnición conservadora a órdenes de jefe muy brioso, por lo cual Quintero debía observar grandes precauciones para no dejarse sorprender.

CAPITULO XII

El combate naval de Panamá

Antecedentes de la acción. El General Albán se apodera del transporte chileno "Lautaro". Hundimiento del "Lautaro" en el combate; muere el General Albán. El ejército liberal honra la memoria del jefe adversario. Desconcierto de las fuerzas oficiales con motivo del descalabro. La intimación norteamericana impide la toma de Panamá y Colón.

Al día siguiente de la firma del pacto de canje de prisioneros en el *Philadelphia*, despachamos para Panamá a los jefes y oficiales conservadores a quienes se había concretado el beneficio. El 17 de enero de 1902 llegaron a nuestro campamento los canjeados liberales y uno de ellos me entregó una carta del general Albán, que en síntesis decía: «No le parece a usted que en el proyecto de constitución que le envío y de que soy autor, hay base para un tratado satisfactorio de paz?»

Estaba yo leyendo en la oficina del comando del *Almirante Padilla* el proyecto en referencia, que encontraba más que satisfactorio para las circunstancias nacionales, cuando entra el general Herrera y me dice que los canjeados le dieron cuenta de que el general Albán había tomado *manu militari* el buque chileno *Lautaro*; que lo estaba artillando a toda prisa, y que era voz pública en Panamá que con ese buque, el *Boyacá*, el *Chucuito* y dos *clappes* armados en guerra, personalmente el referido jefe conservador atacaría al *Padilla* al día siguiente.

Luégo me agrega: como son muchos cernícalos para una sola presa, se impone el sorprenderlos en el nido. Por ello ordené que todo el personal con brochas, hasta donde alcancen éstas y en su defecto con las manos, cambie rápidamente la pintura y el color de nuestro buque. Y, finalmente, concluyó: vengo a darle instrucciones para la orden general en que se determine el personal que me acompañe en el ataque.

Temiendo que mi sola influencia personal no fuera bastante para hacerlo desistir de su empeño en ser comandante de esa ofensiva, le respondí que fuera anotando el personal que yo volvería en el acto.

Y me fuí a traer a toda prisa a los altos jefes del ejército a que respaldaran lo que yo iba a obser-

varle. Le puse de presente que era en verdad muy importante el combate naval, pero que quedaba en tierra un ejército rápidamente elevado a 3.000 hombres, llamado a una campaña de singular importancia en que cada héroe, —y lo eran todos—, valía por muchos combatientes con los elementos bélicos de que disponíamos a discreción. Mal de su grado, hubo de deferir a nuestras instancias.

Quedamos pues, los dos, para expedir la orden general en que se encargaba el comando de la expedición a dos altos oficiales, los más adecuados para el caso, porque aparte de ser hombres de gran valentía, eran veteranos en labores de mar.

Después de tomar con los que acababan de salir de la bahía, una información muy minuciosa de la situación en que estaban apostados los acorazados y cruceros extranjeros y los buques oficiales destinados a atacarnos, me dio instrucciones para formular las que debían llevar como plan de ataque los jefes expedicionarios. Y, presintiendo que en algún momento del conflicto los jefes americanos pudieran intimar que no se disparara contra la ciudad, me ordenó preparar la nota de respuesta en que se les debía decir que nuestras andanadas tenían que ser simplemente defensivas y que por tanto, previamente debían cesar los fuegos desde las murallas.

Esa operación militar se efectuó en la forma que describe el siguiente parte de batalla:

Señor director de la guerra en el Cauca y en Panamá —Presente.

Recogidos ya todos los datos acerca del combate naval en la bahía de Panamá, cumplo con el deber de daros cuenta detallada de tan memorable acción.

El 17 por la tarde recibísteis en el cuartel generalísimo de la rada de Antón, noticia cierta de que el gobierno del señor Albán, no obstante las protestas de representantes autorizados de la república de Chile y de los dueños del buque, había aprehendido *manu militari* el vapor *Lautaro* de nacionalidad chilena, que estaba anclado en la bahía de Panamá a donde había venido conduciendo una fuerte guarnición de aquella república, guarnición que se encaminó al Atlántico a recibir un buque de guerra.

Tuvísteis también noticia de que el enemigo cumplió ese acto de fuerza y rápidamente artilló el buque expresado, sin que hasta el momento en que fue expedido el informe los representantes de naciones extranjeras hicieran valer protestas sobre el respeto a una neutralidad que es solidaria, por que en ella estriba parte principal de la fuerza y de la eficacia del derecho internacional.

Todo ello se cumplía en momentos en que no había llegado al cuartel generalísimo la segunda división del ejército del Cauca, en circunstancias en que era imposible físicamente la movilización de todas nuestras fuerzas para hacerlas concurrir a una sola y simultánea acción por el agotamiento de víveres en una marcha penosísima por mar en que hubo fuertes temporales del océano, y en que había necesidad de proteger la incorporación de una fuerza amiga que efectuaba su marcha por lugar inmediato a acantonamientos del enemigo, expuesta a ser no una presa fácil, pero sí tentadora.

Quisísteis para mayor y más íntima seguridad de que vuestro plan fuera ampliamente realizado y para calmar todo escrúpulo respecto del respeto inviolable de intereses extranjeros, expuestos naturalmente en el fragor de una batalla, conducir personalmente la expedición a la bahía a donde se hallaba la flotilla enemiga, pero oísteis las repetidas y encarecidas instancias de jefes superiores que a porfía se interesaron porque precisárais vuestras instrucciones, respecto del ataque naval y atendiérais a los múltiples e irremplazables deberes de vuestro cargo, entre los cuales parecía inminente la dirección de un combate formal con el enemigo acantonado cerca de nuestro campamento.

Defiriendo, no sin resistencia, a esos encarecimientos, encomendásteis al comandante del crucero *Almirante Padilla*, general José A. Ramírez, y al segundo del almirante, el coronel Roberto Payán H., el cumplimiento preciso de las instrucciones que les dísteis por escrito y en conferencias verbales.

Los referidos comandantes correspondieron ampliamente a la confianza que les dispensásteis y se mostraron dignos del honor que les fue discernido.

El 19 por la noche, a las 9 p. m., zarparon el crucero *Almirante Padilla* y el cañonero *Panamá* con el objeto de acabar con el *Lautaro*, buque que parecía ser el fuerte de las atenciones y de las esperanzas del enemigo. Llevaban orden de atacar *La Boyacá* y apresarla o hundirla, por si se presentaba en la refriega o si llegaba en un término prudencial de espera que transcurrió sin que hiciera sentir su existencia.

Al amanecer del 20, entró nuestra flotilla a la bahía, a donde se cumplieron los sucesos que relata de este modo el informe del comandante del crucero:

«Hicimos nuestra entrada a plena luz meridiana a las 6 a. m. en punto, y después de izar el pabellón colombiano, se disparó por nosotros el primer cañonazo.

«El *Lautaro*, blanco cercano de nuestros proyectiles, 130 metros, estaba anclado en medio del cruce-

ro *Philadelphia* y de un mercante chileno, los cuales han guardado la más completa neutralidad, por lo cual, tanto en atenta nota, como verbalmente les hemos manifestado nuestro reconocimiento.

«Dicho vapor, después de nutrido fuego, sostenido por fuertes de Panamá como de Chiriquí y del vapor *Chucuito*, lo hemos visto consumirse, presa de voraz incendio.

Hundido el *Lautaro*, y siendo blanco nuestros buques de los fuegos de la artillería de tierra y del *Chucuito*, que hizo del crucero americano *Philadelphia* su trinchera natural, nos retiramos siguiendo las instrucciones que dísteis acerca de no disparar ni sobre la ciudad, ni sobre neutrales.

«Botes chilenos y americanos han protegido el salvamento de tropas. Tenemos que lamentar la muerte de 3 individuos de tropa y 27 heridos, entre ellos, aun cuando no de mucha gravedad, el segundo, coronel Payán.

«Las del enemigo parecen ser de mucha consideración.

Se nos ofreció por el *Philadelphia* tomar nuestros heridos para conducirlos a ese buque, pero resolvieron al fin traerlos al cuartel generalísimo, en donde estamos actualmente.

«Todos a bordo han sabido cumplir con su deber; desde el último soldado, cuyos certeros fuegos de fusilería nos han ayudado al triunfo, hasta los jefes superiores que con su presencia de ánimo inspiraban confianza y servían de estímulo a todos los combatientes».

A tiempo de concluir este informe, llega la noticia, que consigno, de que pereció en la batalla el comandante de las fuerzas enemigas, general Carlos Albán, brazo fuerte del gobierno del señor Marroquín, y como honor para el finado, no menos que para nuestra causa — que pugna y no conoce las satisfacciones del odio, porque la distingue y la genera la tolerancia en las ideas — debo hacer constar el sentimiento de pena con que se ha sabido el suceso en este campamento, de que es testimonio la orden generalísima de estos ejércitos que honran su memoria.

Quienes partieron con él el sol en lucha franca, lamentan la pérdida del colombiano que tuvo por característica el valor y la energía, aparte de una ilustración notable y de una inteligencia clara.

Sus desvíos respecto del liberalismo debieron sufrir rectificaciones cuando de los últimos pensamientos que consignara su pluma, algunos se dirigieron a varios miembros de este ejército recomendándoles, como base de acuerdo entre los contendores, un proyecto de cons-

titución, republicana en ideas, que hace justicia a quienes repugnan el régimen persa de estos tristes tiempos en Colombia y que contiene muchas aspiraciones de todos los nacionales.

Volviendo al propósito de este parte, en el orden militar, la batalla a que esta relación se refiere, es de la mayor trascendencia. El concepto de los ejércitos, por órgano de su vocero natural, es el consignado en la siguiente orden generalísima de esta misma fecha:

«Artículo único.—La dirección de la guerra estima día fausto para el liberalismo el 20 de enero de 1902, que tiñó de luces nuestro horizonte político con una jornada que marca la hora en que comienzan las grandes, decisivas victorias; que inició la era de las acciones navales con el mayor éxito y la mayor brillantez, si por la pericia, si por la heroicidad; que demuestra cómo no ha bastardeado y cuánto puede fructificar en nuestro suelo la cepa de los Padillas, y que, para el porvenir, es augurio y es promesa del modo como en nuestra patria se haría para con extraños la defensa del honor comun.

La dirección felicita a quienes cupo el honor, ansiado generalmente por los miembros de los ejércitos, de ser partícipes de la expedición; estima que el laurel por ellos conquistado, es timbre de orgullo para todos y especialmente para sus inmediatos conduc-

tores, el general Ramírez y el coronel Payán, quienes correspondieron ampliamente a la confianza dispensada en ellos.

La dirección de modo especialísimo honra la memoria de quienes en la acción hicieron a su causa el sacrificio de la vida.

Cuartel generalísimo de Albina de Antón, enero 21 de 1902.

El primer ayudante y secretario general,

LUCAS CABALLERO

Es de imaginar el desconcierto y el pánico de las fuerzas oficiales de Panamá y de Colón, con motivo de ese descalabro tan fulminante, pero no fue posible aprovecharlos en nuestra campaña aunque nos llegaban informaciones minuto por minuto de la angustiosa situación de la ciudad y aunque teníamos fuerzas apostadas en las inmediaciones de la vía férrea, por la prevención americana de que sus barcos y sus hombres impedirían el ataque a las ciudades.

Cuando jefes superiores, oficiales y soldados se impusieron de que no podíamos tomar a Panamá por la intimación americana, la indignación fue tan grande que parecía casi imposible contenerla. No a Herrera, a quien guardaban respeto reverencial, pero sí a mí llegaron a decirme: ¿por qué sin cuidarnos de

la vida peleamos contra hermanos y no nos hacemos matar castigando a extranjeros intrusos? Bien sabemos que nos fulmina y nos reduce a cenizas la potencia de que son hijos, pero queda viva la perpetua protesta ante el mundo de colombianos que rechazan la intervención extranjera. No importa que este gobierno espúreo la mendigue, si existen patriotas que no se resignan a la deshonra nacional.

Cuando le comuniqué a Herrera la agitación de la masa, me dijo: Tiene muchísima razón y yo mismo siento que la sangre me estalla, pero si hacemos lo que nos impone el instinto, le causamos a la patria un mal irreparable: a cualquier desliz nuestro, ésto será americano. Dominándonos a nosotros mismos tenemos que calmar a estos hermanos y compañeros de humillación y en eso debemos empeñarnos usted y yo.

Por lo que hace a nuestro problema militar interno, apretándonos el corazón y el espíritu para distraerlos de esta afrenta internacional, me ocurre lo siguiente: No podemos tomar a Panamá ni a Colón, porque los americanos nos lo impiden, pero sí tenemos los medios de organizar en esas ciudades una división de avanzada que será para nosotros un auxiliar muy poderoso.

Esa división no necesita cañones, rifles, municiones ni buques, sino sigilo, destreza y astucia. Sus funciones deben ser, entre muchas otras, éstas:

Ver de conseguir en el acto mismo en que sean consignadas en las oficinas del cable y del telégrafo, todas las comunicaciones oficiales y transmitirnoslas inmediatamente; darnos hoy mismo datos precisos de las guarniciones de Colón y Panamá, con los nombres de los jefes, de los efectivos en fuerzas y de sus altas y bajas; llevar un registro diario, y comunicarnoslo en el acto, de los buques que lleguen a Colón con fuerzas del gobierno, indicándonos los jefes que tengan, el personal de que consten, las altas y bajas que les ocurran diariamente, el material de guerra que hayan traído, las traslaciones de soldados y equipo militar que se hagan a Panamá, etc.; avisarnos en cuanto se estén preparando las salidas de tropas de Colón hacia Bocas del Toro o las que proyecten para el interior del departamento, con indicación de jefes, número de soldados, material militar, etc.; emplear la clave que les enviamos para toda comunicación peligrosa, etc. etc.

Como usted ve, esa organización tiene que ser muy seria, para que los datos que nos suministren sean totalmente oportunos y precisos. Por lo tanto, prepáreme cartas con instrucciones muy claras para que

el general X, que es uno de los militares más expertos y de más ejecutorias en el país, imposibilitado hoy desgraciadamente por achaques físicos para venir a dirigir esta campaña, y el doctor X, que es otra de nuestras grandes figuras nacionales, sean los directores y los responsables de labor tan delicada.

Ella necesita gente de absoluta confianza, y muy avisada, en las oficinas del cable y del telégrafo, en el puerto, en los muelles de embarque y desembarque, en los hospitales y hasta en los cementerios. Nosotros aquí tenemos que ir extendiendo el telégrafo por donde vayamos para estar permanentemente informados de todos esos particulares.

Pues bien, ese servicio nos fue prestado de Colón y Panamá con eficiencia admirable. Ya tendré ocasión de anotar en estas narraciones, las operaciones militares determinadas por tan importantes informes.

Con un conocimiento tan completo y oportuno de las actividades del enemigo, no cabía duda ni incertidumbre en la acción de nuestro ejército: ella era la conveniente y la precisa. Y el jefe, como un revólver amartillado, disparaba la orden y la hacía cumplir en el acto. Ni un cuarto de hora antes, ni un cuarto de hora después, para quien obra sin vacilaciones, es el secreto del éxito.

CAPITULO XIII

Preocupación patriótica de Herrera

Carta del General Herrera al Jefe Civil y Militar de Panamá propone neutralizar de la contienda las ciudades de Panamá y Colón. El General Herrera aboga por la soberanía, la integridad y la dignidad de la patria, frente a la intervención norteamericana. Cartas cruzadas entre los generales Benjamín Herrera y Ramón G. Amaya.

Por los datos recibidos de nuestro admirable servicio de información de Panamá, nos dimos cuenta de que el efectivo del gobierno disponible en la ciudad hubiera sido presa fácil para nuestro ejército, pero por la razón anotada—la prevención americana—la ciudad era intocable para nosotros.

El general Herrera quiso aprovechar el desconcierto allí reinante por la muerte de jefe tan distinguido como Albán y por el hundimiento del «Lautaro», y

apelar al patriotismo de los dirigentes de las operaciones oficiales, con la siguiente nota encaminada a procurar resguardo contra un peligro internacional; pero el jefe civil y militar del departamento, con vergüenza o sin ella, se sentía tranquilo con la protección extranjera y no atendió la excitación.

La nota referida fue del tenor siguiente:

«República de Colombia.—Dirección de la guerra en el Cauca y Panamá.—Delegación del Director general de la guerra.—Cuartel generalísimo en Chame, febrero de 1902.

Señor Aristides Arjona, jefe civil y militar del departamento de Panamá, nombrado por el gobierno del señor Marroquín. —Panamá.

Los últimos sucesos cumplidos en este departamento y en el resto del país, que muestran el impulso y la eternidad de una revolución a que se ha querido quitar toda esperanza, con todo lo cual se ha puesto de manifiesto una vez más que las ideas se yerguen soberanas cuando se las tiene ya por cubiertas con la loza del sepulcro, deben hacer reflexionar al gobierno respecto a la adopción de otros recursos, para poner fin a una guerra en cuya solución han sido ineficaces, respecto de los ánimos, las nuncas convincentes imposiciones de la fuerza.

El antecesor de usted, también persona de pensamiento culto y de visión clara, por reclamos del patriotismo o por clarividencia de estadista, debió de comprender la urgencia de llamar a la cordialidad a todos los colombianos, cuando este campamento dirigió a varias personas su opúsculo titulado «Proyecto de constitución presentado al estudio de los republicanos en Colombia», que tantas increpaciones hace al actual régimen político de Colombia—causa eficiente de todos nuestros males colectivos—, con la siguiente sugestión autorizada de su puño y letra y que es tanto un programa como una promesa:

Las reformas indicadas en este proyecto ¿no podrán servir para un acuerdo que ponga fin a la guerra?»

Con esta comunicación coincidieron las que recibí de otras partes, dándome noticias de los preparativos del general Albán para venir a atacar la flotilla revolucionaria del Pacífico, y la aprehensión que para tal efecto hizo de un buque extranjero, contra la protesta de sus voceros naturales, los representantes de Chile, dando así ocasión a probables y muy serias reclamaciones en el caso de que aquella república se estime lesionada en su honor y en sus intereses, o los Estados extraños en la solidaridad internacional del respeto a los derechos de neutrales.

No pude, de consiguiente, iniciar con el general Albán alguna negociación que en las actuales circunstancias y por antecedentes humildes, pero dignos, de parte de mi persona, debía tenerse como inspirada por el patriotismo, jamás por el temor.

Las nuevas circunstancias, favorables todas de mi parte, lejos de desviarme de propender por todo lo que nos lleve a sustituir la cordialidad al exterminio, me inducen a hacer de mi parte cuanto en bien de Colombia me inspira un sincero y vehemente patriotismo.

Las disposiciones del señor general Albán, a que le he llamado la atención y que tienen la fuerza del alto prestigio que disfruto en el gobierno, concuerdan con las del señor general R. González Valencia, corifeo conservador, de la misma sino de mayor influencia que tiene esa causa en nuestro país, según se ve de unas al parecer sugerencias sobre arreglos, que contiene una carta de él publicada en «El Cronista», de Panamá, el 23 de diciembre de 1901.

El mismo señor Marroquín comprende que no es camino bueno por el que va, aunque lo llevara al triunfo, cuando hace promesa de no hacer jamás uso en la paz de facultades que lo revisten de una efectiva dictadura. Esa promesa es el signo del combate interior de una alma honrada, pero tímida, a quien la

presión de las exigencias de partido lo llevan a injusticias que la historia no puede absolver.

Ahora bien, principalmente para la vida de los pueblos, antes que de la voluntad de los mandatarios debe desterrarse la dictadura del estambre de las instituciones.

Para un criterio recto y verdaderamente republicano, cómo puede tener por excusable y menos por bueno el sistema de gobierno que impone muerte o servidumbre a la mitad cuando menos de los gobernados, es decir, de quienes constituyen la autoridad para aplicarla solamente en el sentido del derecho?

Qué justificación histórica puede tener el que se acabe con el patrimonio y el porvenir de la nación por no otorgar reformas que respondan al clamor de los pueblos, ni dar a la opinión el influjo que ella merece?

En estos momentos, ¿no está el gobierno con la desesperación de un tahur, comprometiendo lo que puede obtener del Canal, es decir, el porvenir de cien años del país, ya que no ha habido cosa que no malbarate, renta que no comprometa, bien futuro que no descuente, papel que no haga recibir por fuerza como valor?

Con una escuela de tres años de guerra sin cuartel, ¿qué puede quedar en las masas de una inci-

piente educación política, qué aliciente en unos para la industria, qué disposición en los más para el trabajo, y cómo puede tenerse por defensor de derechos quien los ha atropellado todos, desde la vida en gentes a quienes recluta hasta la propiedad que no ha sido aún creada, imponiendo así una servidumbre para las generaciones futuras?

Llamo a usted la atención a estas cosas para que las medite, no con ánimo de hacer recriminaciones, ni de enconar ánimos, sino para que pese males que un rayo de luz, una hora de sinceridad puede conjurar. Es menor sacrificio para la conciencia y para el país el poner coto a tamaños males, que el renunciar el señor Marroquín y sus adeptos a satisfacciones de amor propio, por decir lo menos.

Hagamos república, hagamos patria, hagamos el hogar común amable como la casa paterna, no temible como los presidios!

Pero si no hay campo para eso, que tornaría en sonrisas las lágrimas, en esperanzas las desesperaciones y en prosperidad las ruinas, hagamos algo que nos libre de afrentas que son comunes y de dar por algo menos que el plato de lentejas bíblico y para necesidades, no del hambre sino del odio, lo que es el viático de su engrandecimiento para Colombia la desgraciada. Ese es cuanto a la línea de

conducta militar el objeto con que envió un parlamentario.

No es cierto que es algo más que una vergüenza, una afrenta imborrable, el que tropas extranjeras vengan a pisar territorio nuestro para «otorgar» garantías que sólo a Colombia incumbe dar? Usted y todos los militares de honor y con ellos todos los patriotas, ¿no hemos sentido el más angustioso de los sonrojos con la lectura del cable en que de Nueva York se transmite la noticia de que el gobierno de Colombia ha solicitado y obtenido la seguridad del gobierno americano de que «éste no permitirá» el ataque a Panamá? Y ¿no es verdad que sobre el quebranto a nuestra dignidad colectiva, sobre la humillación de una soberanía sometida a tales horcas caudinas, a ningún colombiano se oculta el precedente que se sienta y el apetito que se halaga?

Pues bien, cortemos siquiera esas cosas y demos al mundo ejemplos que nos hagan tener por civilizados, sin embargo del desprestigio de nuestros gobiernos y de nuestras guerras en el exterior. Neutralicemos de la contienda las ciudades de Colón y Panamá y la línea del ferrocarril, haciéndolas para uno y otro intocables.

Ese proceder caballeroso, llevado a una contienda colectiva, nos levantaría en el concepto del mundo

civilizado y nos premune de peligros que son comunes y cuya conjuración es igualmente deseable por quienes, a pesar de la diferencia de criterio que nos deslinda en partidos, queremos mantener siempre en alto, sagradas e inviolables como el pudor materno, la soberanía, la integridad y la dignidad de la patria.

Lleva esta nota el sargento mayor Julio Castillo, en la confianza de que gozará de todas las garantías de parlamentario; se dirige principalmente no al enemigo irreconciliable, sino a hermanos, cuyo desvío puede quedar acabado con el reclamo de la madre común a quienes no ponen de parapeto el cuerpo de ella para defenderse de los golpes de un adversario; tiene más bien un carácter íntimo en que la manifestación de males es mortificante para quien la hace, porque no quiere hacer increpaciones, sino llamar la atención hacia la necesidad de los remedios.

Aparte de estos importantísimos particulares, lleva el parlamentario la solicitud de varios jefes principales conservadores, prisioneros de mis fuerzas, para que se promueva por usted el canje de ellos, cosa a que estoy dispuesto y que se puede arreglar, como en vez pasada, por medio de comisionados que en esta ocasión determinarían la forma y el tiempo en que se cumpliría el canje y aun el personal por que se hiciera, ya que de Panamá no aceptaron la gra-

cia, según nos manifestó el señor Albán, sino unos pocos de los que estaban prisioneros en su poder, y claro es que buscamos para mejorar su condición los firmes y entusiastas, o los que sufren por purgar su voluntad incontrastable de servir, no a quienes se muestran remisos o renuentes.

En espera de una respuesta inmediata, me suscribo de usted atento servidor y compatriota.

B. HERRERA».

Chame, febrero 3 de 1902.

Señor general Ramón G. Amaya—Panamá.

Mi muy estimado amigo,

Con verdadera complacencia me he impuesto de tu venida a Panamá en puesto en que ejerces muy merecida influencia.

Luchas tú, como lucho yo, cada cual por su causa creyendo así servir mejor los permanentes intereses de la patria, de modo que encaminados a un mismo objeto, podemos ambos y con nosotros quienes pongan esa madre común por encima de todo otro interés, atender a una misma invocación.

Aun siendo, como somos, adversarios políticos, no es extraña la complacencia que siento porque vayas acrecentando tu prestigio en el partido en que estas afiliado, porque siendo natural la diferencia de opi-

niones que caracteriza la escuela liberal y la conservadora, gusto de entenderme con quienes se distinguen por honorables y sinceros y la diferencia de apreciación en cuestiones sociales no va hasta imponerme el desvío de las afecciones.

Tú que me conoces mejor que nadie o tanto como el mejor, puedes tener la seguridad de que el paso que doy con las notas que hoy dirijo, atiende a un bien nacional y que la exposición que me he permitido acerca de algunos males, la juzgué imperiosa para llamar a compatriotas a la reflexión y que ni remotamente se dirige a mantener vivas heridas por donde se va escapando, con perjuicio para todos, la escasa sangre, en hombres y en riqueza, que le queda al país.

Te desea buena salud tu amigo afectísimo,

B. HERRERA».

—
«Panamá, febrero 7 de 1902.

Señor general don Benjamín Herrera=Chame.

Mi estimado amigo:

Ha sido en mi poder tu carta muy apreciable, de fecha 3 de los corrientes, que contesto con verdadera complacencia, pues si bien luchas tú, como lucho yo, por principios que nos seducen, aun cuando divergentes, no son ellos bastantes para entorpecer

relaciones de amistad, simpatías y cariño que se anidan en nuestras almas desde sus primeros albores; y si bien lamento, como el que más, las desgracias y calamidades que sobre la patria pesan, juzgo que ellas vienen de lo alto, en castigo justo de pecados que es justicia castigar, y que los hombres no somos sino elementos de esa justicia, de ese castigo; pero también creo que bien podemos morigerar, ya que no exterminar tal azote; y me complazco en manifestarte que por mi parte, según costumbre, haré cuanto me sea dable con tal fin.

He visto la exposición que dirigiste al señor doctor don Aristides Arjona, secretario de gobierno, encargado de la jefatura civil y militar del departamento; y, ¿por qué no decírtelo? en ella encontré rasgos de nobilísima sinceridad, de patriotismo acendrado y de honradez acrisolada, y no me explico, sino por las diferencias en la práctica, cómo sea posible que quienes abrigan tales ideas, y yo entre ellos, volemos a los campos de matanza y exterminio a dilucidar con las armas las bellezas de tales principios.

Yo, soldado oscuro, sólo tengo una misión que llenar, y á ella atenderé. Hombres de ciencia e ilustración decidirán lo conveniente sobre asuntos de alta política.

Me será grato el saber que te conservas bien de salud, y que siempre me considerarás, tu amigo afectísimo,

RAMON G. AMAYA».

También por el servicio de información de Panamá, supimos oportunamente la orgullosa y altiva respuesta que dio el ministro de Colombia en Washington doctor José Vicente Concha, a la orden terminante del gobierno de Bogotá, para que solicitara del americano tropas suyas con qué defender la línea férrea y las ciudades terminales.

Ese mismo servicio nos procuró conocimiento de las gestiones del gobierno para obtener de Chile el buque de guerra «Presidente Pinto». Hacia el 10 de febrero nos informó que ese crucero de guerra, ya del dominio colombiano, saldría el 12 para Panamá. El contrato respecto de él fue luego deshecho por rechazo del congreso chileno, pero en el momento en que recibimos la noticia de la compra la tuvimos por segura para proceder en consecuencia.

Al crucero mencionado lo habíamos conocido en la rada de Guayaquil y era instrumento bélico abrumadoramente incontrastable para nuestro «Padilla». Calculada la marcha, Herrera consideró que hacia fines de febrero podía estar maniobrando en aguas colom-

bianas, y que para entonces quedarían anuladas nuestras actividades marítimas y el gobierno en actitud de conectar sus ejércitos de Panamá y Aguadulce. Y por ello resolvió dar un golpe fulminante al ejército oficial de Aguadulce.

CAPITULO XIV

En marcha hacia Aguadulce

Las fuerzas oficiales esperan atrincheradas. El General Herrera intima una capitulación al jefe de la plaza. El General Castro se niega a capitular. Cómo transportó la artillería el general Bustamante. Castigo a los desertores; se salva la disciplina y se asegura la reparación de una falta. Disposiciones estratégicas de Herrera.

Herrera resolvió activar preparativos para atacar lo más pronto posible al ejército de Castro atrincherado en Aguadulce, advirtiéndome que el choque habría de ser muy sangriento porque era natural que el jefe enemigo, en cerca de dos meses, no hubiera perdido tiempo, de día y de noche, en reforzar las fortalezas naturales que circundan a ese puerto y porque las circunstancias, que eran premiosísimas,

no nos permitían reducir sacrificios liberales con un sitio dilatado. El problema debía resolverse en el término de la distancia. Pero desbaratado el ejército de Castro, observó, quedamos en actitud de sostener en tierra una campaña en que el gobierno no podría dominarnos por muchas que sean las fuerzas que envíe con ese fin desde el interior de la república.

Para evitar el derramamiento de sangre en perspectiva, envió una nota al jefe del ejército del gobierno en Aguadulce, general Francisco de P. Castro, intimándole una capitulación, que éste contestó de la siguiente manera:

«República de Colombia—Ejército permanente—Comandancia general de la quinta división—Aguadulce, enero 26 de 1902.

Señor general don Benjamín Herrera.—La Albina.

Acabo de recibir la atenta comunicación de usted fechada ayer, y a ella me refiero.

La muerte del benemérito general Albán, si fuere cierta, es la pérdida de un hombre que prestó inmensos servicios a la causa conservadora; pero con esto el partido liberal no ha alcanzado triunfo alguno, y si no, ¿por qué no me propone usted capitulación desde la capital del departamento? Además, «mientras dure mi cabeza sobre mis hombros», seré

inquebrantable en el cumplimiento de mis deberes, y por lo tanto, las armas que el gobierno me ha confiado, «no seré yo quien las entregue».

Puesto que usted tiene artillería y elementos suficientes, debe tener la esperanza de vencerme y yo la de que me ataque.

Agradezco a usted el envío del periódico «El Mercurio».

FRANCISCO DE P. CASTRO.

Es copia.

El coronel primer ayudante general.

JOAQUIN CAICEDO ALBAN».

Como no habíamos recibido noticias ningunas de Chiriquí ni del coronel Quintero V. enviado días antes a esa comarca, Herrera mandó con otro cuadro de oficiales y con armamento, al coronel Ramón Buendía, menos conocedor de la región, pero más experimentado en la guerra, con el título de jefe superior de la provincia, encargado, con el coronel Quintero, de organizar 600 hombres y de batir la fuerza del gobierno que la ocupaba.

Y despachada esa diligencia, todas sus actividades las contrajo a activar y realizar rápidamente la marcha del ejército hacia Aguadulce.

Resuelta la marcha e iniciado el movimiento de los batallones, salimos del «Padilla» con Herrera y Bustamante a hacer una inspección en que empleamos el día. A tiempo de tomar la escalera para salir del buque, Bustamante llama al coronel X y le ordena:

—Haga pasar inmediatamente nuestro gran cañón Maxim a tal otro puesto.

Ya al anochecer regresamos al «Padilla» y al ver que todo estaba como lo dejamos, pregunta colérico Bustamante al coronel:

—Por qué no trasladó el cañón?

El interpelado responde con angustia:

—Todo el día he estado en ese esfuerzo con mis hombres, pero es inconmovible.

—Ustedes no sirven para nada, replica el de la orden; miren cómo se hace: pongamos estos yugos al cañón; hagamos todos fuerza al tiempo, pero con brío, no como anémicos; preparado todo yo les doy la voz. Oída la prevención: una, dos, tres, en un minuto cambió de puesto el pesadísimo artefacto.

Bustamante se encargó de dirigir el transporte de la artillería al campo de combate. Yo quedé dos días en el puerto para desempeñar algunas diligencias, con orden, una vez despachadas, de alcanzar con la mayor prisa al general Herrera. Ya en camino y a distancia no muy larga del lugar en que había acampado

el ejército, con mis compañeros senti estentóreos gritos de mando, reforzados con enérgicas interjecciones españolas. Seguimos nuestra marcha a mayor velocidad hasta llegar al sitio de la gritería.

Qué había sucedido? Que los 6 cañones conducidos bajo las órdenes de Bustamante se habían atascado en un profundo fangal; que él, con el barro a la cintura, a la cabeza de sus hombres, se empeñaba en sacarlos del atolladero, y que a cada redondo viscaíno los hacía rodar uno por uno hasta ponerlos en seco.

Cuando yo pasé el fangal, y me saludé con Bustamante, me dice:

No lo había visto a usted, pero de todos modos tiene que perdonarme las interjecciones, porque a los soldados no se les puede dar órdenes con la dulzura de las damas y usted habrá visto que un vizcaíno a tiempo les imprime más fuerza que una grúa.

Me despedí de ese jefe y seguí con la mayor rapidez a mi destino. Cuando llegué a Natá, campamento de nuestras fuerzas, sentí toque de dianas de las bandas de cornetas y ví que a carrera tendida iban muchos soldados con gran cantidad de varas de rosa al lugar de la música. Al preguntar a uno de los nuestros qué ocurría, me informó que el general Herrera había ordenado una azotaina general a todo

un batallón que había desertado en la marcha, el que estaba ya capturado y listo en la plaza para imponerle el castigo.

Vuelo a donde el jefe y presa de viva inquietud le pregunto:

—General, qué va a hacer con esos hombres?

—A castigarlos, porque son miserables desertores a presencia del enemigo.

—Pero por Dios, eso es una crueldad con jefes y oficiales.

—No hay cuidado: a todos los degradé a soldados rasos por orden general proclamada ante el ejército.

—Esos hombres pueden purgar en otra forma su vergüenza. Yo le prometo y soy fiador de que se portan como varones en el próximo combate.

—Bien, con esa fianza, haga usted lo que le parezca.

Hice suspender el toque de dianas; les increpé a los culpables, ante el ejército, una cobardía que era infame, pero les dije que había obtenido del jefe el aplazamiento del castigo, según se portaran en la batalla a que nos dirigíamos. En ella esos hombres pelearon como leones.

Ya he dicho en otras ocasiones que antes de todo ataque el general Herrera acostumbraba hacer muy

cuidadosa inspección de las posiciones del enemigo para resolver la manera de efectuarlo.

Cuando nuestra línea de batalla, al día siguiente de la salida de Natá, estuvo extendida al frente de la del contrario y cuando Herrera hacía la inspección con unos pocos ayudantes, al llegar a la mitad de la línea a donde estaba apostado el ejército del gobierno y desde donde divisábamos a Pocrí, centro el más poderoso de las fortalezas del adversario, en un expansivo acceso de entusiasmo, me abraza y me dice:

—Hemos dado con la clave de estas posiciones; al romper este fuerte partimos ese ejército en tres secciones, de modo que apenas nos quedan por ejecutar movimientos de conversión para capturarlo totalmente.

—Pero, mi general, le observé, veo con el anteojo que este centro parece inexpugnable.

—Precisamente, me contestó, no ha de pasar por el pensamiento del jefe contrario que los atacemos por aquí y uno debe adivinar lo que piense el contendor. Claro que no voy a lanzar fuerzas con la luz del día, porque nos fusilan sin misericordia, sino en un asalto en la oscuridad de la madrugada en que la sorpresa confunde y aniquila a las gentes tranquilas detrás de sus defensas.

CAPITULO XV

La batalla de Aguadulce

Un ejército enemigo de frente y otro a retaguardia; el General Herrera decide desbaratar al último. Avance arrollador de las fuerzas liberales. La destrucción total del ejército enemigo. Este solicita capitulación y el General Herrera la concede en condiciones liberales. Episodios desconocidos de la batalla de Aguadulce.

El 23 de febrero de 1902 el combate de Aguadulce se desarrolló según el siguiente parte de batalla: Señor general Benjamín Herrera, director de la guerra en el Cauca y en Panamá.—Presente.

Os presento en esta nota parte más bien sucinto que detallado de la batalla campal del 23 de los corrientes.

Aunque el triunfo de las armas liberales fue determinado por antecedentes que lo prepararon, en

obsequio a la brevedad, prescindo de relatarlos: basta saber que teníamos un ejército enemigo de frente y otro a retaguardia, cuya agresión combinada podía ser obra de un jefe experto contrario, y cuya incapacidad para darse mutua protección debía ser obra también de pericia en quien era y es nuestro conductor de la victoria. Resolvísteis despejar el enemigo que amenazaba nuestra retaguardia y que impedía el dominio de las ricas provincias del interior a donde podíamos aumentar nuestro personal y robustecer nuestras fuerzas.

La situación del campamento enemigo de Aguadulce, por la naturaleza de las costas y defensa de sus guarniciones, hacía costosísima la realización de un desembarco; había, pues, que emprender marcha por tierra, y dejar la flotilla al frente de nuestros antiguos campamentos para no dejar conocer por el mayor tiempo posible nuestro verdadero objetivo, el cual, de otro lado, quedó oculto por el avance de una fuerza hasta la Chorrera, que simulara el intento de agredir a Panamá.

Constituía nuestro enemigo un ejército veterano de 1500 hombres, compuesto de los batallones 5.º de Cali, Colombia, Ospina Camacho, Ospina Rodríguez, Sánchez, Farias, 21 de Palmira y la Legión Casabianca, abastecido de todos los recursos, en posicio-

nes que, fuertes por naturaleza, se hacían inexpugnables por sus atrincheramientos, y en lugares recorridos por jefes y soldados, en espacio de varios meses, como su hogar natural.

Movimientos preliminares de nuestras fuerzas determinaron la ocupación de dos de los pasos de un río que hubieran podido ser obstáculo de muy costoso franqueo y así vinimos a dominar la margen derecha del río Chico desde Capellanías hasta el Playón, avanzando en este punto nuestra línea de batalla al cerro de Limones y extendiéndola por la izquierda hasta la casa del señor M. Robles, a inmediaciones del Vigía.

Formaba la línea de batalla del enemigo, por un extremo, fuerzas estacionadas en toda la pequeña cordillera del Vigía, que se levanta sobre las llanuras vecinas, que extiende uno de sus extremos hasta las márgenes del río Chico bastante cerca del puerto y población de Aguadulce, y que defiende su acceso con bosques, faldas escarpadas y manglares. Otra de sus posiciones era el pueblo y las inmediaciones de Pocrí, que protegen su frente con el río que lleva ese nombre, bordeado de árboles, de barrancos y de cercas de alambre, de donde se puede disparar sin ser visto y sin quedar muy expuesto al fuego del agresor. Extendía una de las alas de su ejército hasta los

cerros de Espavé, y tenía por base de operaciones la población de Aguadulce, fortificada en labor de varios meses, a muy costa distancia de Pocrí, pueblo con el cual se comunica por un carretero que va por medio de una llanura escueta y apenas dominada por ligeras ondulaciones.

Las líneas de batalla eran, pues, dos arcos de círculo que se aproximaban en sus extremos, pero el enemigo tenía fuerzas avanzadas dentro del seno de la circunferencia que formaban los dos campamentos, fuerzas protegidas por accidentes del terreno y por bosques que lo separaban de uno de los flancos de nuestro ejército.

En ese compo, así descrito en sus puntos más salientes, debía librarse una de las batallas más importantes de esta nuestra cruenta lucha. Allí debía cumplirse un nuevo sacrificio y levantarse el nombre de Aguadulce como una nueva deidad en el Olimpo de nuestras victorias.

De los reconocimientos que personalmente hicisteis en los días 21 y 22, comprendisteis que Pocrí era la llave de las posiciones del enemigo y que dominado el Vigía, se adquiriría también el dominio de parte de su línea de batalla; y aunque por el espionaje no pudisteis tener dato cierto de la distribución de fuerzas del adversario para proporcionar el número e impulso

de las nuéstras, dictásteis las órdenes del caso para una batalla que consistía en atacar enérgicamente una y otra posición, asestando así golpe mortal por sitios y con audacia que impusieran al contrario; en dejar una selecta reserva compuesta de los batallones 1.º 2.º de Artillería y Cauca y Cundinamarca, y bien guarnecido el cerro de Limones, que tanto podía servir de reserva como de fuerza de resistencia en el caso de que la ágresión se tornara en defensiva. Encomendásteis la primera de estas operaciones a los generales Julio Plaza y Heliodoro Vernaza, el primero con la 2.ª división del ejército del Cauca y el segundo con el batallón Gaitán, de Panamá. La segunda la encargásteis al general Pablo E. Obregón, y al coronel Federico Barrera con los batallones Azuero, Libertador y Coclé del ejército de Panamá, en cuyo apoyo siguieron luégo los generales Belisaro Porras y Victoriano Lorenzo, general en jefe y comandante de la 1.ª división del ejército de Panamá, respectivamente. Esos ataques estaban calculados para hacerse al amanecer en lo posible de modo simultáneo; pero dificultades invencibles del terreno retardaron un tanto el ataque al cerro del Vigía. Quedásteis vos en expectativa para atender las necesidades de la batalla y para hacer seguir fuerzas a donde fuese necesario en el momento oportuno.

A la una a. m. salió la fuerza encaminada a Pocrí y se avistó con el enemigo antes de las cuatro de la mañana, logrando arrollarlo en un combate violento que permitió la ocupación del pueblo. Desgraciadamente, sin embargo del éxito con que se cumplió esta operación peligrosa e importante, no os llegaron los avisos requeridos, y el enemigo en una poderosa concentración logró recuperar posiciones perdidas y hasta tomar algunos prisioneros. Supísteis ese quebranto en momentos en que os hallábais con el general Bustamante cerca del río Pocrí inquiriendo afanosamente por la posición y circunstancias de la columna encomendada al general Plaza y en que atacabais una fuerza enemiga que se dirigía de Aguadulce al cerro de Espavé, extrema derecha nuestra. Seos comunicó, pues, que los generales Plaza y Vernaza con el jefe de Estado Mayor del primero, coronel Juan Jacobo Restrepo y toda su columna habían sido rechazados por fuerzas incomparablemente superiores en número, después de porfiada y sangrienta lucha. En esas circunstancias, después de una orden enviada a los generales Porras y Obregón para que precipitaran y dieran mayor energía al ataque que por su lado se había emprendido desde las seis de la mañana, os lanzásteis personalmente a recobrar el pueblo de Pocrí con el general Bustamante, el general

Díaz y Morkum, con toda la reserva ya indicada, con el batallón Zapadores y todos vuestros ayudantes de campo.

Una carga violenta, incontrastable, en que a más de los jefes nombrados tomaron también parte los generales Plaza y Rafael Santos V., permitió el recobro de la población. Desde ahí en adelante el combate asumió muy seria intensidad y la batalla se generalizó.

Era de ver el avance de los nuestros con sus jefes a la cabeza por una llanura dominada por las fortalezas enemigas, jefes que en su semblante, en sus actitudes, cristalizaban en hechos el «venzo o muero» de los héroes, y que, en presencia de un inminente peligro por las simpatías del ejemplo, inspiraban a los soldados ya al arrojo temerario, ya la serenidad sonriente, que son signo y expresión del más alto valor. Ese avance fue incontenible, no dio tiempo al emplazamiento de nuestra artillería en sitios dominantes y el valor llevado a la temeridad aumentó sin duda nuestros sacrificios. Si hay algo que embriague las multitudes, algo incontenible como los torrentes, es el avance de tropas al paso de vencedores, y eso hicieron las fuerzas liberales hasta las mismas calles de Aguadulce, siguiendo paso a paso a las fuerzas

enemigas, hasta donde refugiadas entre sus fortísimos atrincheramientos pudieron resistir.

Horas después, cuando la artillería colocada en buenos sitios comenzó a hacer sentir sus destructores efectos, el enemigo atrincherado en Aguadulce propuso una capitulación que otorgásteis en condiciones muy libeales y para el ajuste de la cual comisionásteis al general Julio Plaza y al doctor Carlos Mendoza. Entre tanto, los cuerpos a quienes correspondió la toma del Vigía con su jefe superior a la cabeza el general Belisario Porras, habían desalojado las fuerzas enemigas, que guardaban esa formidable posición y cuya derrota fue completada por las que ocupaban a Pocrí y por las fuerzas que sostenían la posición de Limones, a donde por su importancia estratégica se había emplazado una batería, y que a órdenes del general Francisco Serrano, a quien en esos momentos acompañaba el general Sergio Pérez, hicieron también su avance, arrollando al enemigo que tenían al frente.

El ejército del Cauca, a quien correspondieron principalmente los combates de Pocrí y Aguadulce, tuvo como bajas ochenta y nueve muertos y ciento cincuenta heridos. Entre los primeros, el valeroso comandante Arango y 17 oficiales subalternos que eran promesa de jefes expertos, muchos de ellos jóvenes

que eran bellas promesas para las ciencias, para las artes, para la industria. Entre los segundos los coroneles Jorge E. Gálvez, Jefe del batallón Cauca, José Félix Mata, jefe del batallón 1.º de Artillería; los tenientes coroneles Roberto Uribe, jefe del batallón Bolívar; Luis García, ayudante del jefe de Estado Mayor; Roberto Castellanos, jefe de una de las baterías; Lucindo Valderrama, segundo jefe del batallón Cauca; los sargentos mayores Miguel A. Pérez, José del C. Mena, Maximiliano Parra y treinta y cinco oficiales.

En el ejército de Panamá, que cumplió la toma del Vigía y que sostuvo la posición de Limones, hubo cincuenta bajas entre muertos y heridos.

En el cuerpo de ayudantes de la dirección, heridos el coronel Simón Arboleda y el teniente coronel J. Santodomingo; muerto, el teniente Guerrero,

Esta batalla destruyó totalmente el ejército enemigo, del cual apenas salvaron menos de doscientos hombres con sus jefes Castro, Ortiz y Caicedo Albán, quienes abandonaron el combate en la población de Aguadulce horas antes de concluido. El resto fue muerto, herido o prisionero. Quedan en poder nuestro 700 prisioneros, en parte por entrega de los capitulados y en parte por recolección en el campo de batalla; algo más de 800 rifles, 300 cajas de mu-

niciones, dos cañones, una ametralladora, gran número de cornetas, cajas de guerra y banderas.

Hacer distinciones sería difícil y ocasionado a injusticias: quiénes se hicieron notables por su arrojo, que tanto electriza y domina las masas; quiénes, por su impavidez que mira sonriente los peligros y halla claridades a donde otros ven ofuscaciones; todos, todos, por el valor que tanto realza el nombre colombiano. Ambos ejércitos, el del Cauca y Panamá han refrendado en esta batalla el merecido goce de su fama, adquirida por el último en una ruda campaña de más de un año, la que el otro ha conquistado en los combates de Barbacoas, El Morro, Tumaco y Tonosí; la que cubre el nombre de ambos en los combates navales de Flamenco y del golfo de Parita. Uno y otro tuvieron muy digno comportamiento en esta batalla, imponente por su heroicidad, magnífica por su trascendencia. Y aunque fatigue el relato de sucesos cuyo relieve lo dan ellos mismos, pero en cuya exposición debo guardar consagradas fórmulas oficiales, voy a daros cuenta de varios hechos que merecen una consideración especial y que anoto por estar acreditados con el testimonio de personas que no se manchan ni con una injusticia, ni con una calumnia,

Es el primero, la noticia que durante el mismo combate se difundió, del asesinato de tres de nuestros heridos por parte del enemigo, en el primer rechazo de Pocrí, suceso que tenía como comprobante el testimonio de varias personas y la existencia de los cadáveres con sogas al cuello, accidente ocasionado a tristezas supremas que en vez de enardecer furores y despertar bajas pasiones en los nuestros, comprometió más el empeño de los jefes y oficiales para hacer respetar la vida y la dignidad del vencido. Al teniente coronel Roberto Uribe, con dos de sus compañeros que yacían heridos en Pocrí, se le quiso rematar por un capitán Fernández y al teniente coronel J. Santodomingo que yacía en tierra con una herida en la pierna, se le disparó por un oficial un tiro en la cabeza. Esos procederes sé que merecen la reprobación de muchos de nuestros adversarios y tanto es así, que a dos oficiales enemigos debe la vida el comandante Uribe, quienes lo llevaron con el mayor cuidado y prodigándole las mayores atenciones; pero los hago presentes para que se ejerza sanción sobre quienes pongan empeño en hacer obra de fieras los siempre lamentables combates de los hombres.

Otro hecho es el denuncia venido a la dirección y acreditado con el testimonio de jefes de insospecha-

ble probidad, de personas extrañas y aun de oficiales enemigos, de que antes de la capitulación, y durante ella, miembros del ejército enemigo ocultaron piezas principales de la artillería y cantidad bien considerable de parque, que se encontró luego en las casas, circunstancias todas que quebrantaron, naturalmente, la fé empeñada en un compromiso de honor.

Tengo la seguridad de que sin embargo de esa violación del pacto, que no tiene como excusa ni un mal entendido espíritu de partido, insistiréis en otorgar las concesiones hechas. La generosidad, aunque burlada, siempre deja placidez en los corazones. Que siquiera los nobles procederes, en una patria desgarrada por la guerra, salven su nombre de las voraces llamas.

Réstame daros cuenta, de que gran parte de los prisioneros se han incorporado con entusiasmo en las filas liberales. Concrisptos por fuerza, sometidos por violencia, como a la casa paterna han entrado a campamentos que tienen por enseña una causa popular.

Hoy se prestan en los hospitales los mismos cuidados a los heridos, sin distinciones políticas. Los furores de la lucha, para bien de nuestro país, se desarman en esos sitios de dolor que se reputan como santuario común.

Cuartel Generalísimo de Pocrí, marzo 1º. de 1901.
El primer ayudante y secretario general,

LUCAS CABALLERO.

Publíquese.

BENJAMIN HERRERA.

Y no está de más dar cuenta de algunos incidentes que ayudan a definir mejor el carácter de los hombres por encima del reflejo que de ellos den los documentos oficiales auténticos.

En algún momento del combate, cuando ya iba porción considerable de nuestro ejército en carga impetuosa contra las fuerzas que resistían en Aguadulce, carga que se verificaba por las llanuras aledañas a tal población, el general Herrera se puso a la cabeza de varias compañías de dos regimientos de caballería para coadyuvar por un flanco el ataque del frente confiado a nuestra fuerza principal y evitar que por la derrota inminente escaparan apreciables contingentes de vencidos.

La caballería marchaba a carrera tendida hacia donde la conducía el jefe supremo, pero a poco se vio entre dos fuegos porque no solo disparaban sobre ella los contrarios sino una fuerza nuestra apostada a distancia en que no alcanzaba a distinguir

divisas, porque las banderas habían quedado con las otras compañías que avanzaban por el frente.

—Quién tiene algo que pueda servir como pendón para que los nuestros suspendan fuegos y avancen hasta donde nos situemos nosotros? pregunta el general Herrera.

—Yo llevo sobre la silla una cobija colorada que puede servirnos, contesta Bustamante, y como no había tiempo de buscar asta, empinándose sobre los estribos con su elevada e imponente estatura, la ondea con el brazo durante la contienda y así la fuerza amiga suspendió los fuegos y vino rápidamente a incorporarse en nuestra arremetida.

En esa misma carga, de pronto me ordena el general: comuníque a Obregón, urgentemente y por escrito, que active el fuego por su lado y procure forzar el avance en el cerro, porque nosotros, por el costado opuesto que era muy escarpado, no podíamos dominar al enemigo y nos estaba causando grandes destrozos.

—No hay necesidad de esa orden, advierte Bustamante. Ahorita mismo está capturado ese enemigo.

—Cómo? pregunta Herrera.

—Prendiéndole candela a los pajonales que tenemos en frente. Al llegar el fuego a la cresta del cerro será incontenible y arrollador y esa línea de

tiradores tendrá que entregarse al general Obregón. Y así sucedió.

De ese combate recuerdo un incidente que me reveló tiempo después, cómo Herrera tenía entre sus dotes militares, intuición para conocer y aprovechar las condiciones más ocultas de los subalternos, no adivinables para los demás. Claro y natural que en el curso de una larga campaña y de incesantes acciones bélicas, conociera a maravilla a quiénes por su temeridad podía confiar la dirección de un asalto y a cuáles por su impavidez el sostenimiento de una posición en el combate; pero el caso de que ahora doy el primer incidente y en su oportunidad cronológica la conclusión, a todos los miembros del ejército nos dejó maravillados.

En algún momento de la batalla me ordenó el general Herrera que enviara urgentísima comunicación al jefe de uno de nuestros flancos de ataque para que intensificara el fuego, con el fin de distraer la atención del opositor y de realizar más fácilmente un movimiento envolvente que estimaba decisivo. Escribí la orden y quise confiarla a un general que actuaba entre mis ayudantes, pero él me respondió: no, amigo mío, no me haga matar llevando razoncitas; déjeme para algo de importancia en que valga la pena morir. Yo, que respeto en cada cual su coraje

o su miedo, dí el mensaje a un valientísimo joven que se apresuró a llevarlo por entre las balas enemigas, y me guardé el secreto. Pues ese ciudadano, que no quiso hacer acto de presencia en ese combate, cumplió luego con denuedo extraordinario, una de las hazañas más grandiosas de la guerra, que referiré a su tiempo, y que le confió el general Herrera con inicial decepción, y asombro y entusiasmo finales, de todos los miembros del ejército.

CAPITULO XVI

Se constituye el gobierno del Istmo

Nuevas disposiciones sobre organización militar. Triunfo militar en San Pedro. Ocupación de Chiriquí. La revolución domina el departamento y las aguas del Pacífico. Los miembros del gobierno de la revolución. Dificultades para financiar la guerra. Dos hombres que se completan mutuamente.

INMEDIATAMENTE después de la batalla recibimos noticia telegráfica de que la negociación respecto del crucero de guerra «Presidente Pinto» había fracasado para el gobierno; pero por otra parte no llegaba información ninguna de la suerte que hubieran corrido las expediciones con armamentos y oficiales a Chiriquí, encomendadas a los coroneles Quintero V., Buendía y el mayor Gallo. Temió, pues, Herrera que hubieran sido capturadas y que con ese refuerzo y los

derrotados de Aguadulce, si habían tomado la vía de Chiriquí, la guarnición de esa provincia venía a constituir un enemigo no despreciable a la espalda.

Resolvió, por tanto, que una vez reforzadas las divisiones de vanguardia al frente de la línea férrea, el ejército de Panamá y una parte del Cauca marchara por tierra a Chiriquí y el resto de las fuerzas del Cauca en la flotilla con nosotros, por mar, al puerto de El Pedregal, inmediato a David, la capital. Cualquiera de las dos expediciones podía dominar al enemigo y obrando en combinación encerrarlo y capturarlo. Y además con ese movimiento se daba un descanso a nuestro ejército en tierras salubres y abundantes en víveres.

Al llegar al puerto de El Pedregal tuvimos la grata sorpresa de que los coroneles Buendía y Quintero el primero de marzo habían batido y capturado con todos sus elementos, en el sitio de San Pablo, la fuerza del gobierno, con la muy sensible pérdida del jefe conservador, coronel Efraím Duque, de quien los vencedores hacen mención en el parte de batalla de que rindió la vida defendiendo su puesto con honor.

También a nuestra llegada a Chiriquí ocurrió un incidente interno de disciplina que obligó al director de la guerra a unificar y consolidar el ejército bajo su mando directo.

En consecuencia dispuso que en la orden generalísima se hiciera conocer que yo quedaría como jefe de estado mayor del Ejército unido, Bustamente como subjefe de estado mayor y Rafael Santos V. como jefe de la flotilla.

—Todo está muy bien, general, menos mi nombramiento, que no tiene justificación. Yo no nací para milicias; le agradezco muy cordialmente el ascenso, pero lo declino.

—Que usted es esto y lo otro....

—No, señor. Con toda ingenuidad le confieso que sólo por vergüenza con los demás y conmigo mismo, venzo el miedo para estar al lado de usted en estos peligrosos paseos. Pero en la guerra y en la paz soy hombre civil hasta la medula de los huesos.

—Pues ese es el valor. Sólo los brutos no sienten miedo. El valor civil requiere el respaldo del valor personal.

—General, tengo, pues, que resignarme a ser marqués, como dijo el otro, pero le advierto que no tardará mucho en estar arrepentido, como lo estoy yo desde ahora mismo.

Apenas había acabado de circular la orden general del ejército con estos nombramientos, cuando se me presenta el general Santos a expresarme su agradecimiento, pero a hacerme el ruego de que lo dejá-

ramos en la infantería de tierra, porque él no podía mirar un buque sin marearse.

Ocurrió a donde Herrera con esa solicitud y me contestó:

—Eso le pasa en pocos días y se adapta a la vida del mar. Ya verá usted qué grande almirante hacemos de ese magnífico oficial.

Y así fue. Santos vino a ser un marino excelente y a manejar la flotilla con la maestría de un inglés. En ella todo se movía a la orden del jefe con la regularidad de un reloj y sin una expresión alta o mal sonante.

Efectuada la reorganización, al día siguiente entra el general Herrera a mi oficina y me dice:

—Necesitamos imprescindiblemente dinero para hacer tal compra, que es valiosa y de importancia enorme en el éxito de nuestras operaciones. Exija usted un empréstito y cóbrelo con la mayor rapidez.

—Yo le dije a usted en oportunidad que no servía para el oficio que me impuso. Me doy cuenta perfecta de que no es por placer de molestar a los conservadores, sino por imperiosa e ineludible urgencia que se les debe sacar dinero, pero si usted me encarga de esa diligencia no recogemos un real: cuando vengan a llorarme las madres, las esposas, las hijas, me pongo a llorar con ellas.

Sonriendo me contesta:

—Es usted incorregible y tengo que aceptarlo como es; voy a donde el secretario de gobierno a que tome a pechos ese encargo.

El secretario de gobierno era el doctor José A. Llorente, aquella alma blanca que fue conocida en la nación; aquel estoico para recibir heridas en los combates y sufrirlas sin queja, pero incapaz de hacer sufrir a una mosca. No se atrevió el doctor Llorente a rehuir la comisión, y un día estuvo en su desempeño sin recoger un peso, y medio loco de amargura.

Herrera sabía por anticipación que nosotros no éramos para el caso, pero en medio de su seriedad era bromista a las veces.

Y sigo hoy con otras anécdotas. No todo ha de ser relación de campañas y batallas. Dejo para próximo artículo las muy notables cumplidas en Chiriquí Grande y Bocas del Toro, sobre el Atlántico, que dejaron ejemplos de que debe enorgullecerse el nombre colombiano.

Un día le llegó a un comerciante de David una ancheta de paquetes de cigarrillos con el retrato del general Herrera en cada uno y su primer diligencia fue obsequiarle al jefe algunas cajetillas. Entraba yo en ese momento a la casa del agraciado y con no disi-

mulada complacencia me llamó la atención al retrato, advirtiéndome que lo habían tomado cuándo era joven, pero que entonces ya estaba él con los maltratos del tiempo. Evidentemente revelaba unos veintidós años, se mostraba muy buen mozo y muy gallardo, con un elegante uniforme militar rematando en un casco que le daba un aire un sí es no es adusto.

Salí casi inmediatamente para mi despacho, y poco después entró a él el general Díaz Morkum, de quien ya dije que con todo mundo era chancero, menos con sus superiores, por lo cual me sorprendió lo siguiente:

—Se puede dar un consejo?, me pregunta.

—Y será recibido con agradecimiento.

—Pues entonces ordene militarmente recoger y quemar la ancheta de cigarrillos que tiene el retrato del general Herrera.

—Por qué?

—Porque con el casco que tiene se parece al que le dio el lanzazo a Cristo.

Otro día en que estábamos reunidos Herrera, Bustamante y yo, el primero, que se mortificó no recuerdo con qué motivo por alguna reticencia del segundo, dice con mal humor:

—No hay hombres necesarios.

Con aquella viveza impetuosa que lo caracterizaba, agrega incontinenti Bustamante:

—Sí, mi general, eso es muy cierto; falta un Herrera y quien quita que aparezca otro Herrera; falta un Bustamante, y llueven mil Bustamantes.

Cuando éste se fue y quedamos solos con Herrera, él que en intimidad abría de par en par su pensamiento y reconocía errores, me dijo:

—Bustamante me ha dado una lección que no olvidaré en toda mi vida.

—Y realmente, le añadí, ustedes se complementan. Si no hay sino un Herrera en el dominio y solución global de los grandes problemas militares, no hay sino un Bustamante para ayudar a realizar empresas que requieran el valor, la energía y la actividad de un superhombre.

CAPÍTULO XVII

De triunfo en triunfo

El coronel Buendía ataca en Chiriquí Grande a las fuerzas gobiernistas; se le entregan por capitulación los combatientes y el material de guerra. El coronel Buendía ocupa a Bocas del Toro. Una capitulación única en los anales de nuestras guerras. Nuevo desastre de las tropas oficiales en Chiriquí Grande.

A David, nuestro cuartel general, llegaron noticias oportunas enviadas por los servicios de información de Colón y de Panamá, de que el gobierno enviaba una expedición por el Atlántico a Chiriquí Grande para iniciar operaciones militares por ese costado del departamento. Esa información contenía datos precisos sobre jefes superiores, número de soldados, material de guerra, etc.

El general Herrera mandó inmediatamente una fuerza proporcionada a la oficial, al mando del coronel Ramón Buendía como jefe superior, y del teniente coronel Marco A. Henao, como segundo, para rechazar el desembarco, caso de que pudieran llegar oportunamente, o la invasión al continente, si el enemigo había ocupado posiciones de ofensiva.

El invierno impidió la marcha rápida de los nuestros, y cuando llegaron a Chiriquí Grande, ya estaba apostada la fuerza contraria en orden de batalla. El coronel Buendía dispuso inmediatamente su plan de combate, y lo llevó a efecto con tal eficacia, que capturó al contrario después de forzarlo a una capitulación en que se le entregaron combatientes y material de guerra.

Una vez libre de contendor al frente, el coronel Buendía se embarcó con su división para la isla vecina de Bocas del Toro con la perspectiva de levantar fondos de guerra, pero ocurrió que cuando había ocupado la población, súbitamente se presentó una poderosa expedición del gobierno, que lo cercó, inició un violento ataque y le intimó rendición.

Buendía rechazó la agresión bélica con extraordinario vigor y gallardamente respondió a la intimación diciendo que no ocuparían la plaza los atacantes de ella, mientras a él le quedara una sola cápsula del

cuantioso parque de que disponía y mientras sobreviera uno solo de sus defensores. La furiosa pelea continuó con grandes pérdidas de los sitiadores, hasta que al fin éstos propusieron una capitulación muy honrosa para los sitiados, única en los anales de nuestras guerras.

El legendario documento dice así:

«Los infrascritos, a saber: Luis M. Gómez C., general de división del ejército de la república, gobernador militar de la provincia de Colón y jefe de operaciones en la misma jurisdicción, por una parte, y Ramón Buendía C., coronel del ejército unido del Cauca y Panamá, y comandante general de la 4.^a división del mismo ejército, hemos celebrado el siguiente convenio: Primero: El coronel Buendía, asistido del general Fabricio Becerra y del teniente coronel Marco A. Henao, acepta la capitulación que el expresado general Gómez, asistido del general Luis R. Moreno, edecán general de su señoría el ministro de Guerra, y del coronel Julio E. Díez, ha llegado a acordarle, y que consiste en las estipulaciones siguientes:

«a) El coronel Buendía y las tropas de su mando desocuparán en el preciso término de treinta y seis horas la plaza de Bocas del Toro;

«b) Los capitulados del día diez y siete del presente quedan en libertad de ingresar a las fuerzas del gobierno inmediatamente;

«c) El coronel Buendía ofrece al general Gómez entrega formal de los elementos de guerra que fueron tomados a las fuerzas del gobierno en el combate del día 17 expresado, entendiéndose que se considera como elemento de guerra la lancha «Panamá» que se halla en su poder;

«d) El general Gómez por su parte permite al coronel Buendía y sus tropas que se trasladen armados y sin inconveniente de parte de las fuerzas del gobierno, a Chiriquí Grande, en el término de la distancia, que empezará a contarse desde el momento en que concluyan las horas estipuladas anteriormente. Igualmente se compromete a dictar disposiciones conducentes a fin de que los heridos de la revolución, que actualmente se hallan en los hospitales de sangre, sean debidamente atendidos, y a que, concluido su restablecimiento y a opción de ellos, se les expida pasaporte franco y seguro, o para sus campamentos o para sus hogares. También ofrece el mismo general Gómez conceder un término de veinticuatro horas para que el coronel Buendía y sus tropas salgan de Chiriquí Grande, término que empezará a contarse desde la conclusión del de la distancia estipulado

anteriormente. Es entendido que las fuerzas del general Gómez no ocuparán la plaza de Bocas del Toro hasta que haya sido evacuada dentro de los términos convenidos, sin que esto obste para que pueda ser ocupada inmediatamente de la desocupación de ella, si las fuerzas del coronel Buendía pudieren hacerlo antes. Queda también estipulado que las fuerzas de la revolución, desde ahora renuncian a cobrar impuestos, contribuciones o a tomar rentas que en manera alguna puedan afectar los intereses del fisco nacional, departamental, municipal o de extranjeros.

«Este convenio, después de ser leído y aceptado por las partes que han intervenido en él, se pone bajo la protección del honor colombiano, y se firma por las personas que han intervenido en él, a los veinte días del mes de abril de 1902, siendo las siete p. m.

«Luis M. Gómez, Ramón Buendía C., Luis R. Moreno, Fabricio Becerra, Luis E. Díez.»

Es fiel copia de su original.

Así se siguió en Colombia el ejemplo de la bella y admirable capitulación de los defensores de la plaza de Belfort en la guerra franco-alemana de 1870.

El coronel Buendía se trasladó a Chiriquí Grande dentro del término del pacto. El general Herrera le envió un contingente de refuerzo, pero la pésima condición del camino no le permitió llegar sino dos días después del nuevo y fulminante hecho de armas que paso a referir.

El 26 de abril desembarcó en Chiriquí Grande la expedición del gobierno bajo el comando de los generales Luis M. Gómez, Jorge Ferrero, R. Moreno y Pérez. Como tuviesen informaciones de que a Buendía no le había llegado refuerzo, los jefes estimaron que por extraordinarios que fueran los esfuerzos de los atacados, en media hora los tendrían vencidos, y así lo comunicaron a neutrales.

Sin embargo las disposiciones tomadas para la resistencia fueron tan eficaces y a su tiempo el empuje de los agredidos tan violento, que la expedición invasora después de sufrir 143 muertos y más de 100 heridos, se reembarcó en la noche con prisa semejante al pánico.

El parte auténtico de este combate, con todos los que tengo de la campaña del Cauca y de Panamá, está en el archivo que reposa en la Comisión que forma el Escalafón de Antiguos Militares.

En razón de su admirable comportamiento en cuatro combates seguidos, el de San Pablo, cerca de David, los dos de Chiriquí Grande y la singularísima resistencia y capitulación de Bocas del Toro, el coronel Buendía fue ascendido a general de división.

Y en virtud de la sangrienta experiencia del Atlántico, que dio la medida de lo que sería un choque con todo nuestro ejército, diez veces mayor que la división de Buendía, el gobierno desistió de una ofensiva por ese costado, el cual quedó libre y despejado así para nosotros, y concentró todos sus esfuerzos en preparar una poderosa invasión por la línea férrea hacia el interior del departamento. De la relación de esa campaña, la más notable de todas, me ocuparé en los próximos artículos.

CAPITULO XVIII

El desarrollo de un gran plan

Los ejércitos conservadores preparan una poderosa ofensiva. Herrera dispone todo para atraer al enemigo a donde ha de vencerlo. Una orden desobedecida por Bustamante para cumplirla mejor. El ataque del coronel Sandoval a Bustamante. Deserción de los artilleros. El general Herrera listo para la batalla inminente.

INFORMADOS oportunamente de que el gobierno hacía esfuerzos agotadores de sus energías en hombres y en recursos fiscales, para hacer en Panamá una concentración de las fuerzas que más ejecutorias bélicas habían adquirido en el interior de la república; impuestos también de que los restos de la expedición oficial derrotada en las costas del Atlántico al frente de las Bocas del Toro, se habían dirigido a Colón; prevenidos por tanto, de que pronto se iba

a desarrollar una poderosa ofensiva contra el ejército liberal, Herrera se puso a la cabeza de nuestras divisiones apostadas cerca de la línea férrea para vigilar de modo inmediato los movimientos del enemigo, y dejó el grueso de nuestro ejército en David y sus alrededores, con instrucciones de mantenerse constantemente listo para ocurrir en el acto donde lo llamara.

Como nuestra flotilla estaba en actitud de impedir transporte de fuerzas contrarias por mar, era natural que la ofensiva oficial se desarrollara por tierra. Por consiguiente, de la línea férrea al interior del departamento, y con el fin de embarazar esa marcha y dar tiempo a nuestra mejor preparación, nuestro jefe hizo arrear toda clase de ganados hacia el centro hasta las dehesas de la margen occidental del río Santa María en las haciendas de «La Divisa».

El plan de Herrera excluía combates en comarcas próximas a Panamá, porque en esa ciudad, en caso de derrota, el enemigo tendría un centro de refugio y de reacción, intocable para nosotros por la prevención americana que amenazó rechazar todo ataque a las ciudades y por el peligro de usurpación internacional que eso implicaba respecto de Colombia.

La estrategia de nuestro jefe, fundada en el presentimiento y la convicción de un triunfo seguro,

tenía por objetivo atraer al ejército del gobierno a sitio en que habría de ser vencido y capturado. Retiró, por tanto, las fuerzas que teníamos de vanguardia, y a medida que avanzaba el contrario fue retrocediendo y fomentando en el otro la ilusión de que estaba derrotado sin combate.

Cuando la grande expedición invasora ocupó las poblaciones de Pocrí y de Aguadulce, y cuando Herrera tenía apostadas sus divisiones de avanzada sobre la margen occidental de Santa María, protegidas por este río bastante caudaloso y en posibilidad de rechazar cualquier ataque por formidable que fuera, me dirigió a David una orden telegráfica concebida en estos términos:

«—Ya tenemos al ejército enemigo en sitio donde queda a nuestra discreción. Es urgente que se venga inmediatamente con el grueso del ejército, en el «Padilla», el «Panamá» y los remolques, al puerto inmediato al río Santa María en donde tengo mis fuerzas en posiciones inaccesibles. Ese movimiento tiene que hacerlo con muchas precauciones, porque la flotilla del gobierno pasó hacia ese lado, sin duda con el objeto de embarazar nuestra concentración. Es preciso que el general Bustamante se venga por tierra con la artillería, que es nuestra plata labrada, que será factor importantísimo en la próxima batalla

y que no debemos exponer a los peligros del mar.

Al recibir esta comunicacion, llamé a Bustamante para hacérsela conocer, y él me observó:

—Por tierra, la artillería pesada, en estos pésimos caminos, no la llevo en dos meses; es mejor embarcarla en la flotilla que la pone en doce horas en el campamento del general Herrera.

—Pero usted ve que es orden terminante y ese amigo no nos perdonará la infracción.

—Si allá nos presentamos de aquí a mañana con el ejército, el gusto no lo dejará acordarse de esa orden; y si nos hunden, el general no tiene a quién cobrarle la culpa.

El argumento me pareció incontrovertible y procedimos a obrar en consecuencia.

El embarque no se hizo sin graves contratiempos.

En primer lugar, de mi oficina salió Bustamante a dar las órdenes del caso y al primero que encontró fue al coronel Sandoval, jefe de un regimiento de caballería, montado en un brioso corcel. Le dijo:

—Proceda en el acto a mandar los bagajes al río Santamaría con un buen piquete que los lleve cuidadosamente al campamento del general Herrera, y disponga que todo el personal de su mando siga hoy mismo al puerto a embarcarse en la flotilla.

—Es una atrocidad, responde Sandoval, que desmonte y acabe usted con mi regimiento, al que he formado con tanto esfuerzo y tanto esmero.

No sé qué réplica tan violenta le diera Bustamante. El hecho es que desde a caballo el coronel le disparó a quemarropa los cinco tiros de su revólver y acto continuo, a carrera tendida, se fue al estado mayor a notificarme, presa de una grande exaltación: he matado al general Bustamante.

Me quedé frío con la noticia. Lo puse preso en la guardia mía, le tomé el revólver y salí desaforado hacia el cuartel a cuyas puertas juzgaba que hubiera quedado el cadáver de tan insigne e irremplazable jefe.

A poco de andar rápidamente en esa dirección, veo que en la contraria viene a toda carrera Bustamante, a pie, con el revólver en alto amartillado y seguido de cerca por dos o tres ayudantes con sendos revólveres en el mismo apresto.

Me apresuré a abrazar a ese amigo con la más viva emoción, tanto por el goce de encontrarlo sano y salvo como por el empeño de evitar un final desastroso a la tragedia iniciada. Al decirle Sandoval está inerme y preso, y ahora mismo voy a seguirle consejo verbal de guerra, quedó instantáneamente calmado y se volvió a activar los preparativos de

marcha, como si nada hubiera pasado. Hombres de ese calibre bajaban el arma cuando el contrario no estaba en posibilidad de defenderse.

Cuando todo el ejército estaba embarcado en la flotilla y a punto de zarpar, el general Santos se me presenta para darme parte de que los tres artilleros principales habían desertado.

Salimos todos los jefes principales y un buen grupo de oficiales y soldados, a buscarlos en los esteros circundantes. Horas después los encontramos; los llevamos al «Padilla», en donde yo mismo, desde el puente, leí la orden general en que se les degradaba por desertar a presencia del enemigo.

Tan pronto como oyeron la sanción, dos de ellos, rabiosamente, arrojaron al suelo la divisa de artilleros, que era una cinta con el tricolor de nuestra enseña nacional y la pisotearon.

Ante tal acto, la indignación de quienes lo presenciaron les iba haciendo perder la cabeza. De modo que hubimos de evitar que los lincharan, y como no podíamos desperdiciar ni siquiera minutos, porque ya estaba bajando la marea y de no zarpar en el acto nos demoraríamos veinticuatro horas, mandé presos a los infames donde el doctor José Antonio Llorente, secretario de gobierno con residencia en David, para que al recibirlos les aplicara la

única pena grave que por mi iniciativa se impuso en toda la campaña, sin fórmula de juicio.

Salimos al mar llevando al artillero desertor al pie del cañón de proa del «Padilla», entre dos oficiales con revólveres amartillados, para obligarlo a disparar sin vacilaciones.

Pero cuando alcanzamos a columbrar la flotilla enemiga, me mandó llamar para rogarme que no desconfiara de él ni lo sobrecargara de humillaciones; que estaba arrepentido hasta el fondo del alma de la infamia a que sus compañeros lo habían inducido; que lo dejara libre y que prometía por su honor que había mancillado, pero que tenía el fervoroso empeño de rehabilitar acto continuo, que se superaría para servirnos con eficacia. El hombre había sido un comandante de artillería y era un «as» en su oficio.

Colocaba las granadas en el sitio donde ponía el ojo, con auxilio de catalejo o sin él.

Había sido el autor del hundimiento del «Lautaro». Le exalté aun más la necesidad de rehabilitarse, lo dejé libre, y con diez andanadas lanzadas a distancia inalcanzable para las baterías contrarias, puso en fuga a la flotilla enemiga y aseguró la marcha tranquila de nuestra expedición.

El general Herrera nos esperaba en persona en el puerto señalado para nuestro desembarco. Al darle

cuenta de que el ejército había llegado sano e intacto, su contento fue indecible; y cuando le agregué que Bustamante y la artillería habían venido con nosotros, el gozo que demostró fue tan expansivo y dominante que no se acordó del sistema de marcha que me había ordenado. No tuvo pensamiento ni tiempo para cosa distinta de organizar los planes que debían desarrollarse en la próxima inminente batalla.

Sin embargo de que el artillero a que me he referido fue la salvación de la expedición, Herrera no lo rehabilitó sino después del combate naval, cuyo parte publicaré en el próximo artículo, y de su eficaz cooperación en el buen éxito del sitio de Aguadulce.

CAPITULO XIX

Otra brillante victoria naval

Parte oficial del combate. Captura de dos barcos del gobierno. Prisión del general enemigo Henao; fallan sus temores de represalias. El general Pablo Emilio Morales nombrado comandante de la "Boyacá". Otro encuentro naval; la "Boyacá" se bate contra la flotilla del gobierno.

Un acierto del general Herrera.

MIENTRAS nuestro ejército de tierra, bajo las órdenes directas de Herrera, adelantaba operaciones para encerrar al ejército del gobierno en Aguadulce, el «Almirante Padilla», bajo el mando del general Rafael Santos V., jefe de la flotilla, el 30 de julio obtenía la victoria que se describe en el siguiente parte naval:

COMBATE NAVAL

República de Colombia.—Departamento de Panamá.
Ejército Unido.—Comandancia del crucero «Almirante
Padilla».—Golfo de Parita, 31 de julio de 1902.

Señor General don Benjamín Herrera, Director de la
Guerra en el Cauca y Panamá.—S. M.

Tengo el honor de daros cuenta del combate naval
librado ayer a los 7°57' latitud norte, y 800°10'30" latitud
oriental (Meridiano Greenwich, frente a la boca-
cana de Mensabé), y que dio por resultado la cap-
tura del «Boyacá» y la gasolina «Campo Serrano».

El 29 a las 8 p. m. entramos al Golfo de Parita;
di orden de permanecer al paio y de disminuir el
andar del crucero hasta las 2 a. m. del día 30, hora
en que se limpiaron tubos y fuegos y se levantó
presión conveniente. A las 4 a. m. tomamos rumbo
a la bocana de Aguadulce. A las 5 divisamos, frente
a la de Chitré, a la flotilla enemiga compuesta de la
cañonera «Boyacá», «El Chucuito» y la gasolina
«Campo Serrano», pusimos proa hacia ella, procu-
rando siempre, como lo conseguimos, cortarle el paso
a la bocana de Aguadulce; al apercibirse el enemigo
de nuestra actitud, tomó dirección S. O.; seguimos
en su persecución y a una distancia de 3.500 metros

rompimos fuegos con el cañón de proa sobre el «Bo-
yacá», haciendo abstracción de «Chucuito», el cual,
como en los combates anteriores, tuvo la precaución
de ponerse en salvo sin haber hecho siquiera acto
de presencia.

A las 8.30 a. m. el «Boyacá», con el fin de que-
dar expedito para huir, soltó la gasolina que llevaba
a remolque: esta fue tomada por nosotros y despa-
chada con el comandante Jorge T. Lozano, para
Chitré, en donde quedara a cubierto de todo riesgo.

Pronto nos apercibimos de que el «Boyacá», lejos
de aprestarse para un combate franco, avivaba los
fuegos de sus calderas tomando rumbo a algún
puerto de salvación. A las 9, después de hora y
media de continuo cañoneo con las piezas de proa y
las de estribor, contestado por él, vimos izar en los
palos de proa y popa banderas blancas; inmediata-
mente, y como corresponde a combatientes de honor,
ordené suspender los fuegos y tomé providencias
para salvar las tropas enemigas que conducía.

A las 9.30 mandé al mayor Octavio García, mi
secretario, con el teniente Javier Lone, con el objeto
de que el primero se entendiera con los jefes ene-
migos, los enviara a bordo de este crucero y tomara
posesión del cañonero. Acto continuo despaché con
el mismo objeto al comandante de artillería José

Félix Mata, al mayor Francisco Burgos, y al mayor Joaquín Buenaventura, ayudantes de esta comandancia, con 20 hombres de la guarnición.

Todos llegaron felizmente al «Boyacá» y procedieron con acierto a dar cumplimiento a mis órdenes, quedando de hecho posesionados del barco en el cual se vio flamear el pabellón rojo.

En esta memorable acción naval cayeron en nuestro poder los dos barcos mencionados: «Boyacá» y «Gasolina», con todos sus empleados: 3 generales, 5 coroneles, 3 tenientes coroneles, 6 sargentos mayores, 65 oficiales y 250 individuos de tropa; 3 cañones de marina bien dotados, 350 rifles, 50.000 cápsulas, 25 espadas, 21 revólveres, 270 bayonetas, 6 corpentas, 5 cajas de guerra, 6 binóculos, 8 toldas de campaña, 15 monturas, equipo y provisiones de guerra.

Todos los jefes y oficiales enemigos permanecen a bordo de este crucero y del cañonero «Boyacá», en calidad de prisioneros. Los individuos de tropa fueron despachados para Las Tablas, al jefe de la plaza.

La conducta observada por los retenes y demás moradores de Mensabé y campos vecinos, quienes apercibidos del combate volaron a prestar su contingente, que fue de gran valía, es digna de aplauso. Y muy efusivo lo merece el comportamiento valero-

so de todos los empleados del crucero «Almirante Padilla», quienes una vez más han sabido honrar y poner muy en alto el pabellón liberal y el glorioso nombre de la nave.

Soy del señor Director con todo respeto, muy atento, S. S.,

RAFAEL SANTOS V.

Entre los prisioneros tomados en La Boyacá por el general Santos V. figuraba el general Estanislao Henao. Respecto de ese ciudadano circulaban en nuestro ejército muy tristes historias, por lo cual aquel jefe lo envió inmediatamente a nuestro cuartel general bajo el cuidado de un oficial y de una escolta de absoluta honorabilidad y confianza. Cuando llegó a nuestro campamento, el general Herrera no estaba en él; apenas yo me hallaba en la tolda de campaña. Al entregármelo el oficial, el prisionero se bota al suelo, sobreexcitado de un acceso de nervios, y me dice: «Máteme usted para que no me asesinen, quién sabe en qué forma, en su ejército».

—Ni yo tengo ese oficio, ni este ejército es de asesinos. Usted permanecerá preso, con inviolabilidad de su persona, para que se le surta juicio, si hay lugar a ello, con todas las garantías de una defensa perfecta. Y lo remití a Santiago, en donde

permaneció recluido hasta que se firmó el tratado de paz.

Conocida por el jefe supremo la captura de La Boyacá, me dice que en la orden generalísima haga constar el nombramiento del general X X para comandante de esa unidad de guerra.

Yc le observé que ese nombramiento sería desconcertante en el ejército, porque el agraciado no gozaba fama de hombre de valor.

—Se equivocan, me responde; ese sujeto me da la impresión de que es capaz de acciones sorprendentes.

Como lo había previsto yo, la orden generalísima fue una decepción para nuestros jefes más prestigiosos, quienes me encarecieron insistiera en que fuera revocada, pero el general fue inflexible.

Cuando en días posteriores se presentó en las proximidades marítimas de nuestro campamento la flotilla del gobierno, y Herrera me dio instrucciones para expedir al comandante de La Boyacá la orden de ataque,—porque el «Padilla» estaba comprando carbón en Centro América—, le declaré: —He guardado un secreto, pero hoy asumiría yo una grave responsabilidad si no se lo comunicara. Y le referí palabra por palabra la respuesta del general X para eludir el cumplimiento de una comisión en la primera batalla de Aguadulce.

—Usted ha debido sancionarlo, pero eso me demuestra que el hombre tiene alma para los grandes arrestos; e insistió en que fuera el jefe del ataque.

Sin embargo de cumplir la orden, por precaución y con acuerdo de los jefes superiores, embarcamos en el crucero un sustituto de plena confianza con orden de asumir el mando en caso de que el jefe de la operación se asustara en su cumplimiento. El general X aprestóse a salir con su buque del estero de Aguadulce al mar abierto, para enfrentarse a la flotilla enemiga, diligencia en que tuvo que montar cañones de gran peso.

Todos nosotros presenciábamos como en un anfiteatro el choque de los combatientes.

Con nuestros catalejos primero observamos que, al disparar, el cañón de proa se desplazó y cayó al suelo; vimos en seguida las maniobras del jefe para disparar con los cañones de popa, que también cayeron al suelo, y cuando el vapor quedó desarmado de artillería, divisamos al referido general que con espada en alto se lanza al abordaje del buque enemigo, ordenando a sus soldados descargas cerradas de fusilería que silenciaron los fuegos del contrario y lo pusieron en derrota. Entusiasmado el general Herrera con tan temeraria demostración de valor y destreza, exclama: —Este es el hombre que yo esperaba.

Al desembarcar el protagonista de la jornada, me abrazó y me saludó con estas palabras: —Recuerde, amigo mío, (era su estribillo), que yo le pedí que no me hiciera matar llevando razoncitas en que no queda memoria del mandadero, mientras que teniendo la responsabilidad de un combate como el que acaba de ocurrir, no importaba que me hundieran, porque dejaba mi nombre como timbre de orgullo para mi familia, para el ejército y para realce del valor colombiano.

El hombre de esa hazaña fue el general Pablo Emilio Morales.

CAPITULO XX

Por qué se rindió un ejército

Inteligente asedio de las tropas liberales. Cómo se planeó y se llevó a cabo el sitio de Aguadulce. Parte oficial de la batalla. Culmina la obra de la estrategia del jefe. Inmensas bajas en el enemigo después de un mes de resistencia tenaz. Cláusulas benignas en que se pactó la capitulación.

EL sitio de Aguadulce fue en la guerra, sin disputa, la operación militar mejor planeada y más fructuosa respecto de los objetivos tácticos perseguidos.

El parte detallado de ella, escrito y publicado en el campo en que se desarrolló el combate, da cuenta de todas las disposiciones de Herrera, que fueron de eficacia maravillosa.

Se trataba de atacar y reducir a un ejército compuesto de las mejores tropas del gobierno: de bata-

llones de línea decantados en tres años de lucha victoriosa incesante y naturalmente llenos de orgullo y de preseas militares; atrincherado con obras ceñidas al arte más moderno; provisto abundantemente de toda clase de materiales de guerra y constante de un personal cercano a cinco mil hombres. En ese ejército se codeaban vencedores en todos los ámbitos de la república.

Sin duda los jefes del gobierno debieron suponer que la fuerza atacante, como en el primer combate de Aguadulce, se empeñaría en un ataque impetuoso que no le haría parar mientes en que habría de estrellarse contra reductos admirablemente defendidos. Pero ya para el ejército liberal las circunstancias eran completamente distintas.

En el primer Aguadulce había que resolver el problema confrontado en un solo día, porque nuestro ejército estaba situado entre dos del gobierno; porque obrábamos bajo la impresión de que al gobierno le llegaba en esos días el cruceiro de guerra «Presidente Pinto», que había de conectar los dos ejércitos enemigos, y porque era de urgencia inaplazable despejar al contrario que obraba a nuestra retaguardia para dominar todo el departamento fuera de la línea férrea y de las ciudades terminales, y sostener luego con éxito una campaña de tierra,

aunque nos viéramos obligados a renunciar a la marítima.

En la segunda batalla a que nos abocamos en el mismo sitio de Aguadulce, donde habíamos obtenido en febrero una victoria aplastante, contábamos con que nuestra flotilla dominaba el mar para impedirle refuerzos al contrario; con un ejército superior en número al enemigo y con moral no menos levantada en marcha constante de vencedores; con enorme material de guerra para todas las contingencias y con la conciencia de que si el ejército contrario quedaba eliminado, el gobierno no podría levantar luego otro de calidad tan excelente.

Las nuevas circunstancias, en la segunda batalla de Aguadulce, daban tiempo a nuestro jefe para desarrollar toda su pericia militar y procurar así el mayor éxito con el menor sacrificio posible en las fuerzas de su mando. Y talvez no estoy descaminado al atribuir la gestión cerebral de sus disposiciones militares en esa admirable operación de guerra al siguiente episodio:

Cuando estuvimos con Herrera en San Salvador, en consecución del buque que hizo famoso el nombre de «El Almirante Padilla» con que lo bautizó nuestro jefe, diariamente pasábamos algunas horas

en el club leyendo principalmente las relaciones de la guerra de los *boers*, coetánea con la nuestra.

Un día encontré en diarios y revistas inglesas la descripción de un combate y el encomiástico juicio crítico de expertos, según los cuales, un cuerpo de revolucionarios de doscientos hombres, parapetados en un bosque al extremo de una llanura en la que por el costado opuesto entró un cuerpo del ejército inglés constante de *cuatro mil combatientes*, lo despedazó totalmente sin mayor pérdida de su parte.

El general Herrera me hizo repetirle varias veces la lectura y después, en la campaña, notaba yo que la consideración de tal suceso golpeaba insistentemente en su memoria.

Pues bien, como va a verse en el parte que en seguida publico, él planeó para la segunda batalla de Aguadulce, una forma de combate de más mérito militar.

El caso nuestro era precisamente el contrario al de los *boers*. Nosotros entramos también por una llanura en cuyo costado opuesto estaba admirablemente parapetado un ejército excelente y veterano en tres años de guerra, constante de cerca de cinco mil hombres. Y las admirables disposiciones del plan de Herrera evitaron el destrozo de nuestras fuerzas y determinaron la captura total del ejército del gobier-

no, encerrado dentro de sus propias trincheras, con sólo el sacrificio de veintiséis muertos, setenta y tres heridos, después de un constante y casi a quemarropa batallar de treinta días.

En toda la historia militar de la América no se había registrado un éxito tan sorprendente. Fue por ello que el almirante americano Silas Cassey, jefe de los acorazados que resguardaban a Panamá y que vigilaba muy de cerca nuestra guerra, en sus comunicaciones de ese entonces a su gobierno, que fueron publicadas en 1903 en el Congressional Record de Washington, decía que Herrera se había exhibido como uno de los grandes estrategas de nuestro continente.

Allí nada se dejó al azar sino que todo fue por él previsto y calculado.

En la víspera de la batalla fueron éstas las prevenciones al ejército proclamadas en orden generalísima del 28 de julio de 1902:

ORDEN GENERALISIMA de 28 de julio de 1902.

Disposiciones

De orden del Director de la guerra en el Cauca y en Panamá se hacen conocer del ejército las siguientes:

Artículo 2º Después de tres años de muy recio pelear, que ha exhibido en jefes y oficialidad el temple de su ánimo inquebrantable en los mayores peligros, no debe tratarse en la próxima batalla de hacer lujo de temeridad, a veces tan costosa y a veces tan estéril. El problema militar está en hacer el mayor daño en el enemigo con el menor perjuicio propio, lo que implica, como factor principal, la economía de vidas y el buen uso del valor, que no se opone a precauciones naturales para hacer más útil el impulso o la defensa.

A ese objetivo, tienden las siguientes prevenciones:

1º Ningún jefe de cuerpo ni la oficialidad pueden pelear a caballo.

2º Durante el combate apenas deben estar montados los jefes divisionarios y de estado mayor y los jefes superiores, todos ellos con sus cuerpos de ayudantes para la transmisión rápida de órdenes.

3º Los escuadrones, salvo orden especial en caso extraordinario, no deben pelear a caballo.

Artículo 3º Los jefes divisionarios cumplirán hoy las siguientes diligencias y harán practicar las providencias que se ordenan en seguida:

1º Pasar revista general de armas y municiones y hacer limpiar unas y otras.

2º Hacer que la tropa prepare comida suficiente

para el día de hoy y el de mañana, que debe cargar consigo, ya en las marchas o durante el combate.

El General Jefe de Estado Mayor Generalísimo,

LUCAS CABALLERO

ORDEN GENERALISIMA del 3 de agosto de 1902.

Disposiciones

De orden del Director de la guerra en el Cauca y en Panamá se hacen conocer dal ejército las siguientes:

Artículo 1º Para honra del mismo Ejército, que debe procurar que sus distinciones correspondan a méritos efectivos; para establecer que los grados en la carrera militar sean un estímulo al propio tiempo que una credencial de idoneidad, y para poner fin, como se ha venido haciendo desde que se organizó este ejército, a la corruptela de ascensos que no corresponden a servicios prestados o a aptitudes adquiridas; para obtener todos estos objetivos, se encare-

ce a todos los Jefes no soliciten ascensos de subalternos sin el comprobante de acciones que los justifiquen.

Artículo 2º Se prohíbe terminantemente hacer fuego sobre las trincheras de Aguadulce si no es cuando haya seguridad efectiva de que el enemigo, desplegado en guerrilla, las abandona para acometer a las nuestras. De día el fuego no debe sostenerse sino por tiradores especiales, que no deben disparar sino a blanco seguro.

Artículo 3º Se encarece a los Jefes Divisionarios la mejora constante de trincheras. El resultado muy satisfactorio del combate de anoche en que no hubo, sin embargo de la intensidad del tiroteo, sino dos heridos leves, demuestra que el ejército puede alcanzar la victoria, saliendo casi ileso, con lo cual se cumple el objetivo táctico de las batallas. Es necesario que los jefes de cuerpos y aun los mismos soldados ejerciten la iniciativa individual a ese respecto.

Dada en el Cuartel Generalísimo en los Llanos de Aguadulce a 3 de agosto de 1902.

El General Jefe de Estado Mayor Generalísimo,

LUCAS CABALLERO

ORDEN GENERALISIMA del 5 de agosto de 1902.

Disposiciones

De orden del Director de la guerra en el Cauca y en Panamá se hacen conocer del ejército las siguientes:

Artículo 6º En razón del abandono que hicieron de sus puestos los siguientes oficiales la noche del 30 de julio, y con la esperanza de que una conducta pundonorosa los rehabilite prontamente, se hacen las degradaciones que a continuación se expresan: a subteniente, al sargento mayor.....; a sargentos, a los capitanes.....; a cabo, al subteniente.....

El General Jefe de Estado Mayor Generalísimo,

LUCAS CABALLERO

ORDEN GENERALISIMA del 19 de agosto de 1902.

Disposiciones

De orden del Director de la guerra en el Cauca y en Panamá se hacen conocer del ejército las siguientes:

Artículo 2º Se recomienda a los jefes divisionarios y de cuerpo que bien por medidas disciplinarias o por el uso de los medios que ellos estimen más adecuados en la constante y cuidadosa vigilancia que deben tener en sus líneas, procuren economizar vida y sangre, cuya pérdida, siempre lamentable, puede disminuirse mucho, prohibiendo exhibiciones que no tengan un fin verdaderamente útil o necesario.

El General Jefe de Estado Mayor Generalísimo,

LUCAS CABALLERO

La batalla se desarrolló como la describe el siguiente parte:

República de Colombia.—Ejército Unido del Cauca y Panamá.—Estado Mayor Generalísimo.—Aguadulce, agosto 28 de 1902.

Señor General Benjamín Herrera, Director de la Guerra en el Cauca y Panamá.—Presente.

Las actuales operaciones militares del Istmo que han venido a tener relieve en la jornada marítima de

Mensabé y en el sitio y segunda rendición de la plaza Aguadulce, con triunfos tan espléndidos como fructuosos, no han resuelto simples batallas: han consumado campañas de influencia decisiva en esta guerra. El valor histórico de ellas, debe corresponder grado a grado, con su valor militar y con su influencia moral. Deja, pues, de ser inútil para tener su importancia, rememorar, en grandes síntesis, disposiciones que han generado la brillante situación de las armas liberales. Excusad la extensión de mi informe: no es parte de una batalla, lo es de una campaña; no se concreta a un día, se refiere a una época, corta pero de inconmensurable trascendencia.

Cumple a otros el hacer odas de los acontecimientos cuya narración me incumbe respecto de esa Dirección; yo simplemente describo hechos y por la influencia de antecedentes, que me son conocidos de modo íntimo y completo, veo en lo humano cumplirse los sucesos, como en la naturaleza física, con la fatalidad de una ley. La historia coincide con la lógica. En esta campaña ha habido armonía de resultados, convergencia de efectos, porque domina un solo pensamiento y porque ha habido concordancia de disposiciones bajo una sola dirección. La victoria ha sido organizada.

A principios del mes de junio de este año las armas liberales resguardaban el litoral del departamento de Panamá y dominaban la comarca comprendida desde la línea férrea hasta los confines con Costa Rica. El Cuartel Generalísimo y el grueso del ejército estaban situados en David y las poblaciones circunvecinas de la hermosa y libérrima provincia de Chiriquí.

Escogísteis esa provincia como base de operaciones, porque en razón de sus riquezas era fácil en ella el cómodo sostenimiento de las fuerzas; en razón de su entusiasmo, el aumento muy considerable del ejército; en virtud de su situación y de su posición estratégica, atendidas nuestras circunstancias, el acopio rápido de materiales de guerra y la oportuna apertura de operaciones militares, según las mejores conveniencias, sobre el Atlántico, sobre el Cauca o sobre la ciudad de Panamá.

Bajo vuestra inmediata y vigilante dirección, los Jefes todos, en la medida de sus capacidades, se ocupaban en acrecentar nuestras fuerzas y en hacer de masas entusiastas, pero colecticias, cuerpos que por su moralidad, su disciplina y su entrenamiento, hacen honor al partido cuyas ideas los impulsan y cuyos fueros sostienen.

En esa labor, que no tiene brillos que ofusquen, pero que asienta los cimientos de estas pirámides que se llaman victorias, únicas que se divisan a distancia, muy notable ha sido la cooperación del General Paulo E. Bustamante, cuya persona y cuyos hechos serían digno símbolo de la actividad y el denuesto; del malogrado General Paulo E. Obregón, que en el Istmo fue una revelación de altas dotes militares que lo hacían promesa de una gran espada, y de los distinguidos generales Manuel Quintero V., Julio Plaza, y del entonces Coronel, hoy General, Juan Jacobo Restrepo.

Nuestra flotilla, por su parte, bajo el comando del General Rafael Santos V., hacía valer su colaboración en la traída de contingentes de fuerzas de las gloriosas ciudades de Barbacoas y de Tumaco y con el aporte de materiales de guerra traídos del extranjero.

El poder militar de nuestro ejército se acrecentó así de modo prodigioso: Chiriquí no fue Capua; de un agregado de hombres, con esos trabajos, se formó un verdadero organismo que tiene una sola cabeza y obedece a una sola voluntad.

El valor del sacrificio que en hombres libres impone la abnegación del propio querer o del propio concepto, en obsequio de la unidad de acción, tiene

su recompensa en el éxito, cuando el buen suceso no es obra casual sino obra preparada.

El gobierno, por su parte, de las entrañas del país hacía salir un ejército verdaderamente poderoso para acumularlo en Panamá. De toda la república se hizo concurrir fuerzas de esas engreídas de pelear con nuestros hermanos del interior, a veces indefensos, en ocasiones forzados a combatir con manifiesta desproporción de número, y esas fuerzas, a cuya cabeza se hallaban prestigiosos militares, en sus publicaciones, talvez no en sus intimidades, tomaron por un paseo triunfal, lo que para sus sentimientos ha debido ser una vía-crucis.

Como sobre el cordero pascual los hebreos hacían pesar todas las culpas de un pueblo, sobre el ejército unido quiso el gobierno cargar todos sus poderes en el país: por contraposición vino a verse cómo el Ejército Unido, no por obra del sentimiento, sino por necesidades de la lucha y por decepciones acerca de los conductores del gobierno, tuvo que cobrar al lucidísimo ejército del General Morales Berti, defensor gallardo de un régimen injusto, cual surgen flores de lugares pantanosos, culpas de que no es autor por solidaridades con ese régimen «que ha negado al liberalismo derechos que no se niegan a nadie en ningún país civilizado»; que la simple opi-

nión, la mera simpatía la castiga «con prisiones en que se han cometido y se cometen abusos incalificables» según expresiones del Generalísimo de los ejércitos del gobierno en la república, Marceliano Vélez, en su renuncia de 10 de marzo de 1901.

En la situación y el tiempo a que me he referido, el mes de junio del año en curso, no creyendo por el momento llegada la oportunidad de abrir campaña ofensiva sobre Panamá por varias y muy poderosas razones que no hay para qué consignar en este parte, ordenásteis guarnecer muy fuertemente todo el litoral desde la boca del río Santamaría hasta Golfo Dulce, para guardar así por este lado las provincias de Los Santos, Veraguas y Chiriquí, arsenal de nuestras fuerzas y base de nuestras operaciones, y por tierra las hicísteis inflanqueables con la ocupación de todos los pasos del Santamaría y de la cordillera en Chiriquí para cerrar el acceso por las vías del Atlántico. Esas provincias, en razón de sus defensas, constituían militarmente un acorazado invulnerable.

De Aguadulce hasta La Chorrera ordenásteis conservar los destacamentos del litoral, que es muy

abierto, con prevención de concentrarse rápidamente en el río Santamaría, los unos por la montaña, los otros por las vías de la llanura, tan pronto como el enemigo iniciara una campaña ofensiva, rompiendo por cualquier punto tan débil línea de defensa. Esta última operación debía efectuarla con sus fuerzas el General Jesús María Lugo; la defensa del Santamaría el General Julio Plaza.

Como de la mano fue conducido el enemigo a la plaza de Aguadulce: el 10 de junio desembarcó en Antón una primera expedición y en fechas posteriores continuó trayendo nuevas. Al avance de estas fuerzas, la guarnición de Aguadulce se retiró al Santa María y por orden que tenían las demás fuerzas de la provincia de Panamá cumplieron el movimiento de concentración ordenado, dejando apenas los retenes que resguardaban las vías de la montaña.

El 21 de junio una fuerza enemiga ocupó la población de Aguadulce; siguieron llegando luego las demás divisiones y desde entonces quedaron nuestras fuerzas avistadas con las del gobierno. Un cuerpo de caballería, el escuadrón «Padilla», a órdenes del Coronel Francisco J. Valle, quedó como avanzada de la división que guardaba el Santamaría.

El «Almirante Padilla», guardián de nuestras costas, se hallaba en el exterior trayendo materiales de

guerra. Lo esperábais en momentos en que llegó a David la noticia de los desembarcos enemigos y se presentó en hora oportuna para conducir un primer refuerzo a la división que guardaba el Santamaría y para explorar el litoral por donde el enemigo abrió sus operaciones.

Después de despachar a nuestra nave de guerra con esos objetivos, salísteis de David hacia las provincias del centro, acompañado de vuestros Ayudantes de Campo y del Escuadrón «Peralonso».

Esa marcha tuvo por objeto estudiar personalmente la situación, movimientos, verdadera fuerza y propósitos del enemigo, así como el arreglar caminos, hacer construir puentes, improvisar alojamientos en puntos despoblados, acopiar vehículos y víveres, etc., con el objeto de movilizar fuerzas nuestras por tierra en el momento oportuno con el máximun de rapidez posible.

El «Padilla» encontró al «Chucuito» el 24 de junio en el golfo de Parita conduciendo un batallón en un velero que llevaba a remolque. Fue todo uno, verlo, atacarlo, ponerlo en fuga y capturar el remolque con la gente armada que el velero conducía.

Al imponeros de este éxito, a tiempo ya en que teníais informes bastante aproximados del número y de la situación del ejército enemigo acantonado en

Aguadulce, determinásteis movilizar rápidamente parte bien considerable del nuestro, para tornar la defensa en ofensiva. Juzgásteis, con razón, que el escarmiento de mar del 24 de junio, paralizaría las expediciones marítimas y que, cubiertos puntos aparentes de las vías de tierra, el ejército expedicionario de Aguadulce estaba en vuestras manos.

La situación imponía precipitar los sucesos. Si lo expresivo es a las veces, como para mí lo tengo, excusa de lo vulgar, comprendísteis que era el caso de tirar «grandes paradas».

Dos expediciones marítimas, conducida la primera por el General Rafael Díaz Mórkm, y una segunda conducida por el que suscribe, con todo el personal del Estado Mayor Generalísimo y de todo nuestro cuantioso tren de artillería, y una por tierra, a órdenes del hoy General Jorge E. Gálvez D., permitieron concentrar en el río Santamaría el cuerpo del ejército que destinásteis a batir el enemigo de Aguadulce.

Esa concentración, de otro lado, se hizo sin menoscabo de la defensa del litoral de Los Santos, Veraguas y Chiriquí, provincias cuya guarda nos era necesaria como fuente de recursos y base de operaciones, como retirada en el caso muy improbable, pero no imposible, de que ella llegase a ser necesaria,

ria, y para alejar hasta el más remoto evento, la contingencia de enemigo desembarcado a retaguardia.

Evacuada la parte que en la movilización de nuestras fuerzas correspondió a la flotilla, despachásteis al «Almirante» y al «Cauca» a impedir por mar la venida de refuerzos enemigos. La flotilla cumplió su cometido en las jornadas del 19, 20 y 21 de julio en Taboga, en las inmediaciones de Flamenco y en la ensenada de Antón. La eficacia moral de esas jornadas, presenciadas algunas de ellas por la ciudad de Panamá y por buques de guerra extranjeros, impusieron respeto y aun terror en la flotilla enemiga y prepararon sin duda la espléndida victoria del 30 de julio de que hablaré en su lugar y a su tiempo. Fueron flores cuyo fruto se cosechó en Mensabé!

El 27 de julio nuestro ejército ocupaba la banda occidental del río Santamaría, desde su desembocadura en el mar hasta el paso de Remanso, en una extensión de diez y siete leguas. Los escuadrones «Padilla», «Peralonso», «Aquileo Parra» y «Húsares de Aguadulce» ocupaban posiciones avanzadas del ejército en la banda opuesta del río, a distanciade seis kilómetros.

Al mismo tiempo dictásteis la orden de que el ejército cruzara el río y de que el «Almirante Padilla» volviera a resguardar el litoral, situándose especialmente al frente de la boca del estero de Aguadulce, con orden expresa de atacar en firme la flotilla donde quiera que con ella se encontrara.

Ese delicado movimiento de tierra fue oculto para el enemigo por la cortina formada por los escuadrones avanzados.

El paso del río lo hizo el ejército en forma, consideradas situaciones y distancias de los distintos cuerpos, que como un solo hombre se presentó en la banda opuesta, la próxima a Aguadulce, en actitud que lo mantenía en unidad de fuerza y de acción.

Y como desde este momento se asumió francamente la ofensiva y debía estarse en condiciones de acometer o de rechazar al enemigo, no está de más una ligera descripción del teatro de los sucesos.

El Istmo, rico en bellezas naturales, presenta en la comarca aledaña al río «Santa María» y en las llanuras de Aguadulce, escenario magnífico para la solemnidad de los actos que en esta guerra se han cumplido.

El aspecto de la naturaleza, que al decir de los psicólogos tiene tan grande influjo en los sentimientos, es allí más propio para inspirar los impulsos arrebatados, para las cargas violentas que para maniobras dilatadas.

En medio de llanuras abiertas, orladas a trechos por bosquecillos que las embellecen pero que no las cubren, el suelo no presenta sino aislados morros que pueden ser defensa de pequeños cuerpos de combatientes, mas no de grandes ejércitos. Así se espacia la comarca vecina del «Santa María» por varias leguas hasta encontrar la meseta de Aguadulce.

Los llanos de este nombre forman una altiplanicie que se eleva de treinta a cincuenta metros sobre el terreno adyacente. El aspecto de esa meseta viniendo del «Santa María», es el de un cuadrilátero demarcado por el cerro del Vigía, por los manglares en cuyo seno se internan los esteros y por filos o visos que dominan la comarca y los caminos del «Santa María» y del pueblecito del Cristo. En su mayor extensión corre de nordeste a sureste en una longitud de más de siete kilómetros; su anchura media puede ser de unos cuatro kilómetros.

Las poblaciones de Aguadulce y Pocrí están situadas en esa llanura: en el extremo nordeste la primera avanzando sus suburbios hasta las inmediacio-

nes del viso; en el extremo sudoeste de los cerros del Vigía y a los pies de él la otra población. Distan una de otra dos kilómetros y medio.

El llano en que ellas se asientan se mantiene casi al mismo nivel, pero hay un ligero declive no muy apreciable pero sí real, del viso hacia las poblaciones y próxima a Aguadulce una ondulación de terreno en el sitio de «Pozo Azul», que domina parte de sus habitaciones y suburbios.

Hacia el oriente del pueblo están los cerros del Vigía, cerros descubiertos y de bastante altura para dominar extensos horizontes, uno de los cuales avanza sobre Aguadulce, el llamado «Vaca de Monte», a una distancia de 3.000 metros. Las pequeñas poblaciones se hallaban cubiertas de cocoteros y de otros árboles que formaban casi bosques que les daban sombra y las embellecían y que servían de protección en los azares de la guerra.

Desde el paso del río «Santa María» cada avance del ejército era primero preparado por exploraciones que ejecutábais personalmente, acompañado de otros Jefes superiores del ejército, y seguido inmediatamente de construcción de trincheras que pudieran servir de fuertes de resistencia.

Como el filo de la altiplanicie, por su posición dominante, constituía para el enemigo un baluarte natural de relativa importancia, cuya posesión podía costarnos sacrificios, no fue poca vuestra complacencia al hallar indefensa, en la exploración que hicisteis de ese costado el 28 de julio, la parte que domina el camino del Cristo y la región adyacente, circunstancia que aprovechásteis dejando la pequeña escolta que llevábais, protegida por trincheras que se construyeron con lujo de rapidez mientras se avanzaban fuerzas con qué ocuparlo en firme.

La 1ª división del ejército, que comanda el General Rafael Díaz Mórkm y la 4ª división, a órdenes del General Ramón Buendía, ambas bajo la dirección superior del primero, constituyeron el cuerpo del ejército que ocupó esa posición esa misma noche, posición que fue atrincherada acto continuo, quedando así ese cuerpo de ejército en aptitud de rechazar cualquier embate del enemigo, por grande que fuera la fuerza que en ello comprometiera.

Al propio tiempo ordenásteis la rápida aproximación de la que debía ser el ala derecha constituida por la 3ª división a órdenes del General Federico Barrera; la 6ª a órdenes del General Jesús María Lugo y la 5ª a órdenes del General Julio Plaza, todas bajo el mando inmediato de éste último. Así

quedó formado una especie de cuadrilátero que cerraba todos los caminos, excepto el del puerto.

El 29 ordenásteis avanzar aún más las líneas, adelantando la que estaba en el llano hasta las inmediaciones de Pocrí.

Para la noche de ese día y el amanecer del siguiente, ordenásteis: al General Barrera, ocupar el «Corral de Lazo», posición que queda en la parte nordeste de la llanura, al frente de Aguadulce y en sitio dominante del filo de la llanura; al General Plaza cubrir el viso desde donde terminara la línea que formaban la 1ª y la 4ª división; al General Díaz Mórkm, tomar a Pocrí, a donde según vuestras informaciones estaba situado un batallón enemigo, y avanzar por la llanura la línea de batalla hasta cerrarla en el viso con el extremo de la línea encargada al General Plaza. A todos, orden terminante de fortificar las posiciones que fueran ocupando.

Ese movimiento envolvente se cumplió con exactitud matemática sin otra resistencia que una no muy fuerte en el «Corral de Lazo», después de la cual el enemigo se redujo a las trincheras de «Pozo Azul» y de la población.

Al amacer del 30 Pocrí estaba ocupado el y viso dominado en todas sus partes salientes.

El aspecto del campo de batalla en las primeras horas de la mañana de ese día, alumbrado por un sol de esplendidez tropical, no pudo ser más imponente ni al propio tiempo más bello.

Fué el espectáculo de la guerra en todo lo que tiene de más simpático, entusiasmador y atrayente.

El ejército todo llevaba la sugestión del triunfo. Infiltrábase en su conciencia, dominaba en su corazón, la certidumbre del éxito.

Fué esa en verdad la aurora y la promesa de la inmortal victoria.

En las emociones de ese día, al pisar de nuevo parajes que recordaban un triunfo, el ejército sentía la intensidad del inmortal apóstrofe del Genio de las batallas "Este es el sol de Auterlitz". Guardadas proporciones con nuestras pequeñeces, al divisar el Vigiá, testigo mudo de las herocidades del núcleo de éste nuestro grande ejército; al aspirar los aires de esas llanuras, que para nuestras huestes han sido aires de gloria; al ver la hermosa cabalgata en que íbais a la cabaza, acompañado del alto personal de Jefes, de vuestro Cuerpo de Ayudantes y de los Escuadrones del Ejército, explorando y señalando las posiciones que debía ocupar la infantería; al oír el grandioso y exultante coro de las dianas de veinte bandas de cornetas y tambores, de las marchas militares de cua-

tro bandas de música y de los vítores de miles de hombres aprestados al combate que en dos líneas de tiradores, sostenidas a distancia conveniente por fuertes cuerpos de reserva, avanzaban con la regularidad de un cuerpo prusiano; al ver las cien banderas que marcaban el camino de nuestros batallones, todas del rojo de la sangre como convidando a ofrendarla para hacer libre el suelo de nuestros hogares, la tumba de nuestros muertos; al calor de esta atmósfera de simpatía y de nobles estímulos, el ejército, presa de los más vivos entusiasmos y respondiendo a vuestras inspiraciones por obra de la más estricta disciplina y de la confianza en su jefe como el músculo al alma que en sí encarna, presentaba el aspecto más imponente y desde ese momento la victoria fué saludada y atendida como una nueva deidad tutelar y gloriosa.

El ejército ocupó sus posiciones a presencia del enemigo, hasta llegar en el llano a colocar sus líneas avanzadas por unos costados a mil metros y por otros a 600 de las trincheras enemigas.

En ese día y en ese espléndido avance ocupó el batallón "Libertador", conducido por voz mismo, la posición de Pozo Azul, no sin que el enemigo en descargas cerradas se opusiera a ello.

Quedaron, pues, tomados los puntos necesarios para el emplazamiento, en las líneas izquierda y derecha, de sendas baterías de artillería.

El ejército, como un cuerpo solo, estaba en la actitud de un hombre que abre los brazos para estrechar algo propio.

Desde este momento, en que la batalla quedaba empeñada, fueron más encarecidas y siguieron siendo constantes vuestras prevenciones y las órdenes para evitar derroches de arrojo, que lo son de sangre, y para activar la construcción de trincheras, que personalmente inspeccionábais para satisfacción de su consistencia y de su magnitud. Ese trabajo, durante el sitio, no podía hacerse sino de noche porque en el día estaban nuestras filas dominadas por el fuego enemigo.

Esas prevenciones y esas defensas propendían a que el valor fuese mejor empleado y a que las obras de arte suplieran las deficiencias de la naturaleza, para defender la vida de los soldados.

En ese día, como a las dos de la tarde, enviásteis el primer parlamentario con nota en que intimábais la entrega de la plaza y preveníais la salida de familias antes de iniciar el bombardeo.

La nota fue contestada con altivez en lo que dice relación con la entrega, y respecto de las familias,

manifestando que era corto el plazo concedido.

Concluido el parlamento ordenásteis que al cerrar la noche se emplazaran en «Pozo Azul» seis cañones y una ametralladora, en la línea de Pocrì ocho y dos ametralladoras, y que de modo muy activo se empleara la noche en la construcción de trincheras.

La vigilancia de nuestras filas era extrema. Los jefes divisionarios, cuyo valor y cuya idoneidad están refrendadas en cien combates, recorrían sus líneas respectivas.

Los jefes de cuerpo, firmes en sus puestos, daban la seguridad de que esa barrera formada hasta entonces por los pechos, en el caso de una acometida del enemigo, sería inmovible como una muralla de acero.

En esa situación y en esos trabajos, a las 10 p. m. rompió el enemigo sus fuegos.

La noche era de tal oscuridad que no se divisaban a veinte pasos los bultos. La batalla en esa negrura, asumía por lo tanto, toda su grandeza trágica! Una inmensa constelación de estrellas rojas, relampagueantes sin cesar, producidas por el disparo de los rifles, y el ruido ensordecedor de sus incesantes descargas, daban a ese campo de la muerte una solemnidad imponente. Aquello era un vivo trasunto de «Palo Negro». En medio de las líneas estaba vuestro des-

pacho y allí podíais comunicar vuestras órdenes con la celeridad del relámpago, entusiasmar con vuestra presencia a los veteranos de la guerra y dar bríos y aliento a quienes allí recibían el bautizo de la sangre.

La Segunda división, a órdenes del entonces Coronel Gálvez entró también en línea esa noche, quedando así escalonadas sobre un mismo plano —en la llanura— tres líneas de tiradores.

Una hora duró la intensidad de ese vivísimo fuego, pasado el cual se vió que el estrago no correspondió a la lluvia de proyectiles que nuestras líneas recibieron. El número de bajas fue muy reducido; por desgracia la calidad suplió la cuantía, pues murió el general Porfirio Sotomayor y quedó herido el coronel Narciso Castellanos, jefe de la brigada de artillería.

Vuestras órdenes, que para mayor precisión iban escritas, se encaminaban a dos objetivos: aprovechar todo momento en que el enemigo no hiciera fuego para improvisar trincheras, y no contestar disparos por mucha que fuera su intensidad, sino cuando el contrario saliera de sus defensas. Nuevos y muy nutridos fuegos de fusilería se repitieron a la una y a las tres de la mañana, siempre por parte del enemigo, intensos y ensordecedores, pero sin mayor que-

branto en nuestras filas, y sin que estas dieran de mano el trabajo de fosas y trincheras, sino en el momento preciso en que debían disparar.

El 31 de julio amaneció haciendo manifiesto al enemigo el avance de nuestras líneas de circunvalación y el progreso de nuestra obra de defensa.

A las diez de la mañana de ese día mientras practicábais un reconocimiento para adelantar nuestra línea y ocupar el puerto, cerrando así al enemigo toda comunicación con su base de operaciones, llegó la noticia del brillante triunfo naval de Mensabé, obtenido por el Padilla el día anterior.

En ese combate, tan espléndido por lo fructuoso, y bello por lo incruento, el glorioso «Almirante» atacó la flotilla enemiga y al cabo de un no muy largo cañoneo, el «Chucuito» salió en fuga y quedaron capturadas la «Boyacá» y la gasolina «Aurora», conductoras de la expedición que venía a reforzar a Aguadulce, compuesta de tres generales, sesenta y cinco oficiales, doscientos cincuenta individuos de tropa y un cuantioso parque.

El general Rafael Santos V., Primer Comandante del «Almirante Padilla», al cumplir vuestras instrucciones de modo tan inteligente y valeroso en el combate naval del 30, dió por su lado golpe tremendo al enemigo de Aguadulce.

Desde el momento en que supísteis este triunfo, retirásteis la orden que me habíais dado sobre disposiciones para el asalto del enemigo al día siguiente y encomendásteis al tiempo el cuidado de concluir la otra victoria. Estrechar el cerco hasta reducirlo a un anillo, que circunvalara la población de Aguadulce; mejorar las obras de defensa hasta hacer más difícil la salida que la entrada; ocupar las posiciones dominantes, fueron obras más difíciles de lo que cualquier relato pueda encarecer, y que exigían de parte de la fuerza poner a contribución muy altas y nobles virtudes.

El 2 de agosto a las 12 m. se inició el bombardeo no sin haber hecho un nuevo requerimiento al jefe enemigo sobre salida de personas neutrales e indefensas.

La artillería, el hambre, la infección, debían ser ya nuestras armas agresivas respecto del ejército sitiado.

El enemigo hasta bien tarde, ya muy avanzado el sitio, no logró percibir que el intento vuestro no era ya el de asaltarlo en sus reductos. Para premunirse de la agresión y defenderse en lo posible del estrago de los cañones, no tenía vagar en la mejora de sus defensas si no era para hacer disparos muy frecuentes, en descargas cerradas y fuegos de cañón y de ametralladora, especialmente de noche, como con el

objeto de curarse de sorpresas. No pudo intentar formalmente, en consecuencia, la ruptura de nuestra línea de circunvalación, y ese intento desesperado, estéril en tal propósito, hubiera dado lugar más que a un combate desigual, por nuestras ventajas de número, a un fusilamiento a mansalva, por el carácter inexpugnable que alcanzaron nuestras posiciones.

La llanura escueta que enantes ocuparon nuestras fuerzas y que rodea la población sitiada, se transformó con las labores que he anotado, en un campo de guerra invulnerable: varias órdenes de fosas y de vallados protegidos en su frente por trincheras daban cómoda y segura colocación a nuestras líneas de tiradores y la línea de fuego más próxima, estaba resguardada de toda sorpresa por dos cercas de alambre erizado colocadas a conveniente distancia, cercas de siete, ocho y nueve hilos, y alrededor de las cuales el suelo quedó también intransitable por alambre arreglado en forma que era imposible allanarlo ni romperlo.

Y además de estar así colocadas las líneas de tiradores, las reservas podían ocurrir a cualquier punto a donde fuera preciso, perfectamente protegidas en su marcha hacia las líneas de fuego y en su colocación en ellas. No quedó al enemigo ni el recurso de vender cara su pérdida.

Y cuenta que se hallaban encerradas, cuatro divisiones, distribuidas en quince batallones que constituían la flor y el orgullo de las fuerzas enemigas en toda la república. Allí estaban cuerpos que tenían los siguientes nombres, algunos de ellos redivivos y eternos, con los cuales distingue el gobierno sus tropas mas selectas: «Granaderos», «Sucre», «Bomboná», 5º. de Cali, «Colombia», «Holguín», «Cúcuta», «Tenerife», «Magdalena», «Gramalote», «Casabianca», «Salazar», «Estrada», «Henao», y «Escuadrón Volante». Estos cuerpos correspondían a las divisiones Segunda, Sexta, «Carlos Albán y Pinzón».

El recinto encerrado por las trincheras enemigas es de 1500 metros de longitud por 800 de latitud, dentro del cual queda comprendida la población y sus alrededores.

Nuestras trincheras, de figura un tanto irregular pero completamente cerradas están a una distancia media de la enemiga de seiscientos metros y en algunos puntos, los más próximos, a ciento cincuenta metros.

El perímetro de la línea del ejército sitiado, tomadas en cuenta ondulaciones de terreno, era de nueve kilómetros; la línea de batalla del ejército liberal, o sea la línea de circunvalación, era de quince kilómetros aproximadamente.

Cuando tuvisteis la más completa confianza en el invencible poder de nuestras líneas, despachásteis a la provincia de Panamá la séptima división, a órdenes del General Victoriano Lorenzo, tanto para despejar el enemigo existente en la provincia de Panamá hasta la Chorrera, como para impedir el avance de cualquier fuerza enemiga que viniera en apoyo del ejército expedicionario de Aguadulce. La campaña de esa división, tuvo por resultado el triunfo de San Carlos y el completo despejo del enemigo hasta el "Arado", así como el notable incremento de nuestras fuerzas con el ingreso de voluntarios y amigos.

A mejorar nuestra condición, a hacerla exelente, a volverla avasalladora, ordenásteis: el emplazamiento de una de las más poderosas piezas de nuestra artillería de sitio que colocásteis en uno de los cerros del Vigía, llamado "Vaca de Monte", a 3,300 metros de distancia de Aguadulce; la colocación de una nueva batería en el ala izquierda de nuestras líneas, al frente de nuestras trincheras más proximas; el concurso de una nueva división, que condujo el gobernador del departamento, General Manuel Quintero V.; la construcción de garitas bastante elevadas desde donde se dominaba el campamento enemigo.

Pero con ese lujo de fuerza, con esa nimiedad de precauciones que permitían el destrozo en el campo

contrario sin perjuicio para el propio, coincidió en hora oportuna el encarecimiento insistente respecto del brioso Jefe enemigo para evitar un estéril y lamentable derramamiento de sangre. Bien haya la fuerza que no es sorda a los reclamos de la humanidad! Ni cómo puede serlo la que sólo busca que la patria sea común, que la equidad sea para todos!

El 8 de Agosto, poco antes de mediodía, entró en actividad el poderoso cañón. El silencio dominaba entonces en los campos contendores. Todo, hasta la naturaleza, parecía contener el aliento al sentir la voz de ese dispensador del estrago y de la muerte.

El bombardeo fue sostenido sobre una población en que los proyectiles pasaban las casas cual si fueran de papel. Su debilidad fué en parte su salvación de un aniquilamiento completo.

Los cuerpos más avanzados en la colocación de nuestras fuerzas, desde las trincheras y principalmente desde las garitas, con disparos a blanco seguro, operación que la técnica de las tropas conoce con el expresivo nombre de palomeo, no cesaban su obra lenta, pero efectiva, de destrucción y de muerte.

Y sin emgargo el enemigo no se rendía. Concluidos los viveres recurrió a las palmas y al acabar del ganado empezó el consumo de caballerías.

El día 25 de Agosto, se presentó del campamento sitiado un parlamentario, que fué el culto militar General Don Luis M. Gómez,

Dos conferencias con él y una, la última en que tomó parte el General Luis R. Moreno, dieron lugar a la capitulación que les concedísteis el 27 de Agosto y que vino a poner fin al sitio de Aguadulce.

Los términos de esa Capitulación son ya del dominio público.

Por desgracia, en ésta como en la pasada capitulación de Aguadulce, hubo quienes ocultaran elementos considerables de guerra comprometiendo así en perjuicio de todos la solidaridad del pacto en que son unos la obligación y el honor; pero debo declarar que de tan lastimoso proceder, el Jefe del ejército enemigo no tuvo noticia ni menos cooperación: en nuestro ejército hay la conciencia de que él procedió con absoluta lealtad.

Prescindiendo de esta reticencia lamentable, pero obligada, debo declarar que la capitulación, como lo reza el texto de ella, pudo ser más generosa, ya que en todo nuestro ejército, desde su Jefe hasta el último soldado, hay simpatía y respeto por quien es contendor digno y valiente, y el General Morales Berti, inspira estimación a quienes comprendemos y practicamos el respeto por opiniones contrarias y

sostenidas, como él las sostiene, con buena fé y con lealtad.

Pero no combatimos ese solo ejército; combatimos un sistema que tiene entre sus compresas, no de raso ni de flores, miles de nuestros hermanos. Que en quienes dirigen esto que llaman gobierno, hubiera algo más que vanas promesas, mostrárase cordialidad; que en vez de palabras hubiera procederes que fueran prenda de conciliación, este ejército no tendría por qué retener compatriotas que sean rescate de partidarios; entregáralos por anticipación.

Para quien lucha por ideales, más bien sentidos que profesados, el triunfo no impone desviación en la conducta. El liberalismo no rinde culto ni practica la religión de la fuerza. Vencedor o vencido no quiere más que justicia. Haya quien la otorgue de modo real, de modo que sea efectivo, y la guerra esta concluída. A eso aspiráis vos, a eso aspiramos todos los que nos dolemos de modo cordial de las miserias de la patria. — La transacción que tenga por asiento la equidad es lo único que extingue odios, conjura guerras y que genera un porvenir preñado de entusiasmos, de redenciones y de esperanzas!

Entre tanto, ya que no se vé entre quienes por imposición sobre los pueblos asumen facultad de mandarlos, piedad filial respecto de la patria para curar

las hondas heridas que la aniquilan y desgarran; ya que debemos confiar al poder de las armas lo que no se otorga al poder de la razón; ya que en el sombrío horizonte no hay otro clarear que el abierto por nosotros para que sea una efectividad la república, voy a anotar en el orden militar, las consecuencias de esta campaña:

Aniquilamiento del poderoso ejército que el gobierno acumuló en este departamento después de la anterior victoria de Aguadulce en 23 de Febrero. De los 7,000 hombres que rezaban las proclamas y periódicos quedan tan solo 600 en la ciudad de Panamá.

Más de 3,600 prisioneros: entre ellos: 13 Generales y 500 Jefes y Oficiales, que han venido a aumentar el número muy considerable de los que tenemos de Barbacoas, Tumaco y San Pablo.

Anulada la escuadrilla del gobierno y aumentado el poder efectivo y el prestigio de la nuestra.

Toma de un barco de guerra, una gasolina, cerca de 4,000 rifles Grass, de 600.000 tiros, cinco cañones, y una ametralladora, 70 cornetas, 100 toldas de campaña, incontado número de banderas, elementos y útiles para fortificaciones.

Incorporación en nuestras filas de miles de soldados, unos de extracción liberal, los más reclutados por fuerza, que con entusiasmo siguen hoy banderas

que simbolizan igualdad civil y la igualdad política.

El liberalismo, es antes que todo, justicia y educación. La escuela es su fuerza, ya la constituya el libro, ya se funde en la conducta y el ejemplo. Los nuevos incorporados se ven en hogar propio. Las tropas de los dos ejércitos vencidos por el nuestro, el de Tumaco, en octubre del año pasado, el de Aguadulce, en febrero del año en curso, son en nuestras filas de sus más entusiastas lidiadores. La abnegación de Jefes estimula la de los soldados. No hay como el tratamiento que respeta en el labriego su condición de hombre libre para regenerar el alma de los pueblos.

Os he hablado de resultados físicos y solo por incidencia de uno de un valor perdurable. Veamos otra cosa para ese acervo procedente de esta inmortal victoria. Entre las consecuencias morales de esta campaña, trascendentales y avasalladoras, quiero llamar la atención hacia algo que se ha adquirido y que en mi sentir vale más que el grande acopio de materiales de guerra. Nuestro ejército sabía vencer: en este largo sitio ha aprendido a obtener con menos sacrificios la victoria. Si Goethe, al contemplar la batalla de Valmy, por las dotes militares que allí se demostraron, pudo decir "hoy empieza una nueva época para la humanidad", los colombianos, en nuestra hu-

mildad, podemos ufanarnos de que el sitio de Aguadulce marca época y funda escuela en nuestras guerras tan costosas.

Este sitio, como operación de guerra y como gran síntesis, representa la economía de sangre y el precioso resguardo de las vidas. Jamás ejércitos han trabajado tanto en esta guerra en obras de defensa y en obras agresivas. El día, la noche, sin solución de continuidad, encontraban a cada soldado en su labor de operario, a cada jefe en su inspección de ingeniero.

Todos los resultados de que doy cuenta, de magnitud admirable, los habéis conseguido con este pequeño sacrificio, más admirable aún en Colombia: 26 muertos, y 73 heridos, en su gran mayoría ya hoy hábiles, y cuyo detalle os acompaño en cuadro separado.

Hoy este ejército representa el poder militar más fuerte que haya tenido la revolución en ningún tiempo.

Su fuerza está y su mérito en jefes y soldados. Cada cual lleva una aptitud o un sentimiento que ofrenda a su partido y que consagra a la patria. Este ejército representa dignamente al pueblo colombiano, capaz de todas las abnegaciones, menos la de la imposición perdurable de una dictadura o de una autoridad suprema no ejercida en el sentido de la equidad y el derecho.

Soy vuestro atento servidor y compatriota,

El General, Primer Ayudante General y Secretario de la Dirección,

LUCAS CABALLERO

Dirección de la guerra en el Cauca y en Panamá.—Aguadulce, agosto 29 de 1902.

Publíquese el parte anterior.

B. HERRERA

CAPITULACION DE AGUADULCE

«En los llanos de Aguadulce, en el cuartel generalísimo del Ejército Unido del Cauca y Panamá, a 27 de agosto de 1902, reunidos el director de la guerra, General Benjamín Herrera, y los generales Luis María Gómez y Luis R. Moreno, comisionados del general en jefe del ejército expedicionario de

Aguadulce, general Luis Morales Berti, con el objeto de formalizar la capitulación convenida entre los jefes de los ejércitos contendores para poner fin al sitio de Aguadulce, se procede a consignarla en los siguientes términos:

Artículo 1º El ejército sitiado de Aguadulce entrega hoy todo su material de guerra, y pone su personal a disposición del general en jefe del ejército sitiador. Esta diligencia comenzará desde la una de la tarde.

Artículo 2º El director de la guerra, declara:

a). Que otorga respeto inviolable a la vida y honor de los miembros del ejército expedicionario;

b). Que reconoce en nombre de su ejército, como acto de justicia y sinceridad, la abnegación sostenida y la ejemplar bravura del ejército sitiado, a quien dominó con la superioridad de fuerzas y de cuantía y calidad de elementos de todo género.

c). Que otorga la conservación de la espada por parte del general en jefe del ejército sitiado, como homenaje al mérito de una defensa por muchos títulos heroica.

d). Que hace promesa de iniciar gestiones inmediatas para obtener el canje de los prisioneros, si, por otra parte, se frustraren sus persistentes propósitos de obtener la paz nacional, por tratados con el

gobierno, en que haya garantía de que la república vendrá a ser al fin el gobierno de todos y para todos. Que, entretanto, los jefes superiores quedarán radicados en una ciudad del Istmo, bajo palabra de honor de no intentar acto alguno hostil contra la revolución mientras el canje no se realice o se concluya la paz, según el caso. Que las espadas de los jefes y oficiales del ejército les serán restituídas el día en que se consume el canje, o se pacte la paz nacional.

e). Que los enfermos y heridos tendrán de su parte la misma solicitud e interés que sus propios compañeros y subordinados.

f). Que las tropas que no quieran incorporarse voluntariamente en el ejército liberal serán sostenidas, en cuanto a subsistencia, en la misma forma que los miembros activos de su ejército.

g). Que los jefes y oficiales conservarán sus bagajes, monturas y equipajes.

h). Que los generales, con sus respectivos ordenanzas, quedarán radicados en la ciudad de Penonomé, y los demás miembros del ejército serán alojados en Santiago o en alguna de las poblaciones circunvecinas, habida consideración a circunstancias de higiene, de provisiones, etc.

i). Que su ejército no ocupará la plaza de Aguadulce, sino después de la salida de los miembros del ejército, que acepta la capitulación.

j). Que para asuntos de orden y seguridad los miembros del ejército capitulado estarán sometidos a las disposiciones de un reglamento de policía militar.

k). Que por respeto al ejército rendido prescinde de la formalidad de rendición de las armas por el mismo ejército, y que constituye una comisión para el recibo del material de guerra y para señalar el alojamiento de los cuerpos que vayan entregando dicho material. Esa comisión queda compuesta del general Paulo E. Bustamante, subjefe de estado mayor generalísimo del Ejército Unido; del general Manuel Quintero V., Gobernador del Departamento, y del general Ramón Buendía, comandante general de la cuarta división del Ejército, todos ellos con sus cuerpos de ayudantes y ordenanzas.

Artículo 3º El director de la guerra, declara: Que con verdadero dolor no otorga una capitulación más amplia a quienes se han mostrado dignos de las mayores consideraciones; que a seguir los impulsos de sus sentimientos les otorgaría amplia e ilimitada libertad a los miembros del ejército vencido; pero que, debiendo atender a las necesidades militares de una campaña de tres años, emprendida para rehabilitar al

liberalismo en la condición civil y política que le corresponde por ley de vida y a fuero de república, los prisioneros actuales son rescate doloroso, pero obligado, de miles de copartidarios que se hallan en poder del enemigo que combate.

Artículo 4º Los generales Gómez y Moreno, por su parte, declaran, en nombre del general Morales Berti y del ejército que comanda, que aceptan con reconocimiento las expresiones honrosas contenidas en este documento; que se someten a la capitulación impuesta en fuerza del absoluto agotamiento de víveres y de la convicción de no poder recibir oportunamente el refuerzo que han esperado.

Para constancia, se firman dos ejemplares de esta diligencia, por los que en ella han intervenido.

B. HERRERA, LUIS R. MORENO, LUIS M. GOMEZ».

CAPITULO XXI

Necesidad de una nueva ofensiva

El general Herrera aprovecha cada triunfo suyo para proponer la paz. El Gobierno la rechaza. Proyectos del jefe liberal para avanzar hacia el interior del país. El general Herrera conceptua incontenible el avance de su ejército después de los triunfos de Panamá. Inesperada mediación de los Estados Unidos.

CUMPLIDA la capitulación de Aguadulce, la gran mayoría de las tropas se incorporó en nuestro ejército, como ocurrió en todas las demás ocasiones en que nuestras fuerzas capturaron las del gobierno.

Así vino Herrera a tener bajo su comando directo en el Pacífico un ejército veterano y selectísimo de nueve mil combatientes con los destacamentos de Tumaco, Barbacoas y el Chocó, por añadidura adaptados a toda clase de climas en tres años de campaña.

Los resultados militares de que he venido haciendo relación, aparentemente son consecuencia de la estrategia en el Jefe y de vigor y disciplina en el ejército. Pero ese vigor, esa disciplina, esa unidad, fueron fruto de una rígida organización interna que hacían de nuestras fuerzas una sola personalidad moral y patriótica, cuya conducta respondía a normas las más levantadas de procederes civilizados y correctos. En medio de una guerra tenaz y sangrienta estaba prevenido todo abuso y sancionado a tiempo cualquier desmán. Las órdenes militares sobre comportamiento en la campaña eran impuestas y cumplidas sin vacilaciones y con toda rectitud. Ese ejército fue una escuela de civismo.

Entre centenares de órdenes generalísimas expedidas día por día, copio al azar unas pocas en corroboración de los anteriores asertos. Los libros de régimen interno en que figuran las disposiciones del comando supremo y los documentos publicados en esta campaña los he suministrado a la comisión encargada de formar el Escalafón de antiguos militares y cumplido el servicio que hoy nos están prestando, es mi propósito confiar la guarda de esos instrumentos históricos a la biblioteca nacional.

ORDEN GENERALISIMA del 24 de diciembre de 1901

Disposiciones

De orden del Director de la guerra en el Cauca y en Panamá se hacen conocer del ejército

las siguientes:

Artículo 1º Sin embargo de estar en todas las conciencias liberales, y con más naturalidad, como es consiguiente, en las de los jefes que tienen mayores responsabilidades, la necesidad del respeto efectivo por el derecho de los ciudadanos, que es el alma y el objetivo de la revolución colombiana, la Dirección de la guerra encarece a todos los jefes superiores y a la oficialidad del ejército el mayor cuidado para que contribuyan con su vigilancia a que la conducta de las huestes liberales en el Istmo sea fiel reflejo y legítimo orgullo de los sentimientos del liberalismo, expuestos aquí, más que en ninguna otra parte, a la expectación y al juicio del mundo civilizado

El General, Primer Ayudante General y Secretario de la Dirección,

LUCAS CABALLERO

ORDEN GENERALISIMA del 1º de enero de 1902.

Disposiciones

De orden del Director de la guerra en el Cauca y en Panamá se hacen conocer del ejército las siguientes:

Art. 1º El director de la guerra en el Cauca y en Panamá presenta su saludo de Año Nuevo a los ejércitos y la flotilla de su mando; desea que estas agrupaciones de patriotas sigan una carrera de triunfos cuyo final resultado será para la patria de bienes y para el liberalismo de glorias; cuenta con que, en su conducta, sabrán siempre mantener en alto el nombre liberal libre de manchas que lo empañen o de crueldades que lo deshonen, y espera que siempre rivalizarán en estas fuerzas y en las que siguen levantándose el valor en los combates, con la nobleza y la generosidad en los procederes.

El General, Primer Ayudante General y Secretario de la Dirección,

LUCAS CABALLERO

ORDEN GENERALISIMA del 4 de Febrero de 1902.

Disposiciones

De orden del director de la guerra en el Cauca y

en Panamá se hacen conocer del ejército las siguientes:

Artículo 1º. Una vez más se encarece a los Jefes superiores el cuidado escrupuloso para prevenir todo desmán por parte de subalternos y de tropas, y la represión severa de abusos que se cometan o de daños que se hagan. Roturas en las cercas, sin causa que las justifique; uso de puertas y de ventanas como combustible, por prurito verdaderamente criminal, pues en nuestras comarcas jamás llegará el caso de necesidad tan lastimosa, deben ser castigados para honor de estos ejércitos, que tienen mil títulos y nobles motivos, en su conducta y en sus propósitos, para que jamás haya lugar, por obra de algunos de sus miembros, a que se les increpen procederes apenas excusables en hordas. De parte de jefes y oficiales interesados en el honor individual y en el colectivo, y de parte de las tropas, que en lo general son representantes dignos de nuestra clase industrial, tan abnegada y meritoria, debe haber cuidado especial en impedir abusos de uno que otro mal intencionado.

El General, Primer Ayudante General y Secretario de la Dirección,

LUCAS CABALLERO

ORDEN GENERALISIMA del 13 de abril de 1902.

Disposiciones

De orden del Director de la guerra en el Cauca y en Panamá se hacen conocer del ejército las siguientes:

Artículo 1º. Desde hoy en adelante los Jefes Divisionarios nombrarán diariamente un jefe que pase revista de hospitales de los enfermos pertenecientes a sus respectivas divisiones, y los jefes de batallón deben nombrar oficial de revista de hospital para que den cuenta de la situación de los enfermos de su cuerpo respectivo. El Oficial de revista de hospitales pasará su informe escrito al Jefe de su Cuerpo y el Jefe de revista de enfermos de la División al Comandante General de ella. Dada esta organización, los Jefes Divisionarios deben pasar diariamente informe escrito sobre la situación, necesidades y condiciones del servicio relativo a los enfermos, informe de que deben pasar sendos ejemplares al Jefe y al Subjefe de Estado Mayor General.

El General, Primer Ayudante General y Secretario de la Dirección,

LUCAS CABALLERO

ORDEN GENERALISIMA del 3 de Mayo de 1902.

Disposiciones

De orden del Director de la guerra en el Cauca y en Panamá se hacen conocer del ejército las siguientes:

Artículo 2º Se encarece a los Jefes para que lo pongan en conocimiento de los oficiales y lo hagan cumplir de la tropa, el mayor respeto por el culto religioso que se ha restablecido en esta ciudad en estos días. Ser o no ser creyente es cuestión de fuero interno, que no desdice ni confirma el carácter liberal; pero ser respetuoso del derecho ajeno tanto como del propio sí es carácter esencial del liberalismo y parte la más importante de los principios que informan esa escuela política. Ahora bien, el culto cristiano ha sido y es respetable y respetado por las más altas civilizaciones de las distintas razas y de todos los tiempos. De consiguiente, pueden los miembros del ejército asistir o no a las funciones religiosas si con ello dan satisfacción o no a sus propias creencias; pero practicantes o incrédulos al presentarse en la iglesia deben hacerlo con el respeto que imponen la propia cultura y la consideración a los demás. Todo

lo anterior se dispone de orden del señor Director General de la guerra.

El General, Primer Ayudante General y Secretario de la Dirección,

LUCAS CABALLERO

ORDEN GENERALISIMA del 12 de junio de 1902.

Disposiciones

De orden del Director de la guerra en el Cauca y en Panamá se hacen conocer del ejército las siguientes:

Artículo 1º Degradase al Comandante a Sargento Mayor, y se le destituye del puesto de primer jefe del batallón «Flamenco», por haber abandonado su puesto sin justa causa y por el estado de beodez frecuente que lo hace inepto para el desempeño de sus funciones. En lo sucesivo, como sanción y por necesidad para seguridad del ejército y como premio para los nobles estímulos, se llamará a puestos superiores a oficiales que se distingan por la austeridad y rectitud de sus procederes y se rebaja a quienes por desidia o por beodez no hagan honor a

los grados de que están investidos ni a los puestos que desempeñen.

El General, Primer Ayudante General y Secretario de la Dirección,

LUCAS CABALLERO

20 DE JULIO

El Director de la Guerra saluda al Ejército en este día de clásicos recuerdos.

El 20 de julio de 1810 nuestros padres juraron ser independientes. Casi un siglo después y en estos solemnes momentos, debemos refrendar el juramento de ser libres.

La servidumbre infama siempre, así venga de propios de como extraños.

Y no ha sido otra en veinte años la condición de los liberales en Colombia, que pueden suspirar como un bien relativo, por la que nuestros padres hallaron intolerable en la Colonia.

Nuestros hogares derruidos, nuestras familias dolientes, nuestros muertos insepultos, a todos nos conjura y nos dispone a ofrendar la propia persona para hacer indefectible la próxima victoria, desde donde ya se divisen la reparación de palpitantes injusticias,

el estímulo para buscar en el trabajo libre y honrado el alivio de tan lastimosas miserias.

Soldados! vais a combatir en breve término.

Que las rojas banderas se desplieguen para señalar el camino de la victoria! Que los cortantes sables, si han de teñirse en sangre, no hayan de gotear la de las gentes vencidas.

Que mi próximo saludo sea el de felicitación por vuestra bravura y el de complacencia porque se levante el estandarte de los libres donde hoy se asienta la planta de los dictatoriales.

BENJAMIN HERRERA

A los jefes y a la oficialidad del gobierno, vencidos en operaciones militares, siempre les procuramos condiciones de alimentación y de alojamiento idénticas a las que empleábamos con nuestro personal, y consideraciones morales y sociales correspondientes a tan dignos compatriotas.

Los tres amigos y adversarios políticos, jefes superiores del ejército vencido, cuyas son las cartas que en seguida publico, hace años que reposan en las regiones de la serenidad absoluta. No es de hoy, sino desde que nos conocimos en la guerra, que les rindo el tributo de una estimación cordialísima. Del

mismo modo, apenas hago justicia en proclamar que entre mis mejores amigos personales, son muchos los del campo contrario que conocí y aprendí a estimar desde los tiempos de la cruentísima lucha.

Las cartas a que me refiero, dicen así:

Llanos de Aguadulce, agosto 7 de 1902.

Señor general Luis Morallas Berti, Jefe de las Operaciones de las fuerzas del gobierno en Aguadulce.

General y amigo de mis consideraciones:

La fatalidad me tiene aquí en la penosa condición de prisionero de guerra, hecho a bordo de la «Boya-cá» por el vapor «Almirante Padilla», en la mañana del 30 de julio último, pero tan caballerosamente tratado por los señores generales Benjamín Herrera y doctor Lucas Caballero, y por sus dignos subalternos, como no tiene usted idea. Este trato han merecido también los generales Henao y Ferrero y la oficialidad y tropa que conmigo cayeron prisioneros.

En tales circunstancias y en verdad desautorizado para lo que un caso tan delicado demanda, me dirijo a usted con el fin de encarecerle se lleve a efecto, si para ello no hubiere inconvenientes insuperables, que juzgo no los haya, un arreglo entre el señor general Herrera y usted, que evite un derramamien-

to estéril de sangre entre hermanos, derramamiento que considero infructuoso, dadas las pocas ventajas que en mi humilde concepto tienen las posiciones que usted ocupa respecto de las que hoy posee el general Herrera.

Este señor general inspirado en los más nobles sentimientos de confraternidad, y con esa absoluta probidad que le caracteriza, me manifiesta estar completamente dispuesto a convenir en un avenimiento que en nada afecte la dignidad de usted, ni mucho menos la honra del distinguido ejército que usted comanda.

Hago votos porque esto se lleve a cabo, confiado a la vez en que el contenido de esta humilde carta merezca la sana interpretación de lo que con ella me propongo, que es llegar a un fin laudable.

Con un efusivo abrazo para usted el general Castro y todos sus dignos camaradas, tengo el honor de suscribirme obsecuente amigo y servidor,

ALEJANDRO ORTIZ

1902, Aguadulce, septiembre 8.

Señor general don Lucas Caballero.—Su campamento.

Estimado general y amigo:

En nombre del general Morales Berti y en el mío propio reciba usted un cariñoso saludo y la expresión de nuestro agradecimiento por las finezas que nos ha prodigado.

Nos tomamos la libertad de suplicarle hacer extensivas nuestras manifestaciones de reconocimiento a los generales Bustamante, Díaz M., Buendía, Quintero, Plaza, Becerra, Castillo y demás amigos que con tantas consideraciones nos han tratado.

Hago extensivo este saludo a mi buen amigo el doctor Eduardo Uribe R.

Consérvese bien y mande a su amigo afectísimo y seguro servidor,

LUIS M. GOMEZ C.

—

Después de la segunda batalla de Aguadulce, que dio por resultado una gran victoria liberal, resonante especialmente en las naciones del Caribe, que prácticamente la habían presenciado, seguimos en el empeño de hacer de Colombia una república efectiva a las buenas o a la fuerza. Lo primero, por nuevas ges-

tiones de paz ante el gobierno, y lo segundo, por el desarrollo de un plan militar de que pronto paso a ocuparme.

Golpeándome siempre en el espíritu y en los oídos el que juzgaba irresistible acento de la voz adolorida de un patriota, don Miguel Antonio Caro, insinué al general Herrera que propusiéramos al gobierno lo que proclamaba aquel patricio.

El señor Caro había embocado su clarín de oro, cuyo timbre repercutía más allá de nuestras fronteras, para manifestar a Carlos Arturo Torres en carta que yo hice reproducir en las naciones del Caribe, entre otros muchos conceptos, éstos que los sintetizan:

«La cordialidad dentro de las familias no se restablece, y las naciones son familias sino por el acuerdo de sus hijos. Reconciliémonos para vivir. La convocatoria de una convención de representantes los más prestigiosos de los dos partidos, es lo que puede procurarnos la paz».

El general Herrera se dirigió al gobernador de Panamá proponiéndole la convocatoria de una convención. Y a título de ejemplo le decía que patriotas conservadores de la talla de don Miguel Antonio Caro, don Marceliano Vélez, don Carlos Martínez Silva, general Ramón González Valencia, don José Vicente

Concha, don Miguel Abadía Méndez, don Carlos Calderón—u otros de idéntica prestancia— y número y calidad idénticos de voceros en representación del liberalismo, llegarían a una organización constitucional que traería la paz y que sería palanca para lograr la restauración nacional.

El gobernador contestó que era de extrañar que la revolución se arrogara el señalamiento de los representantes del gobierno, el cual de su parte no estaba dispuesto sino a imponer la sujeción a las instituciones vigentes.

Herrera, al replicar la nota referida, después de hacer patente la mala inteligencia en lo relativo a las representaciones respectivas de los partidos, consiguió esta vibrante protesta:

«Mi anhelo por la paz fundada en un acuerdo patriótico, no es nuevo, ni ha sido efecto de desesperanza en el triunfo definitivo de la revolución. No; ese anhelo ha sido manifestado antes y después de cada una de las varias ocasiones en que el ejército que comando ha aumentado su prestigio con una nueva victoria y acrecentado su poder con personal selecto y elementos formidables.

«Quede, pues, constancia ante la historia que debe juzgarnos, de que soy yo quien ha venido proponiendo y ha propuesto poner fin a la guerra que azo-

ta a nuestra patria y de que es usted, y el gobierno de quien es agente, el que se obstina en cerrar las únicas vías que pueden conducir a la reconciliación sincera de los colombianos; quede asimismo constancia solemne de mi declaración, tantas veces hecha y tantas corroborada, de que quiero evitar el derramamiento de sangre de hermanos y de que es usted o el gobierno a quien sirve, el que se empeña en que la guerra continúe, haciéndola cada día más cruel e inhumana, resucitando prácticas abolidas por la civilización moderna y esparciendo semillas de odio que convertirán a Colombia en campo eterno de luchas y venganzas».

Además de esa negativa llegaron a nuestro campamento detalladas noticias de los fusilamientos ordenados por el Ministro de guerra y efectuados en distinguidísimos prisioneros de guerra, los Generales Aristóbulo Ibáñez, Cesareo Pulido, Félix Piñeros, Antonio Suárez de la Croix, Tomás Lawson, Gabriel Calderón, Sebastián Tovar, Juan Vidal, Julian Lozano, los Coroneles Virgilio Leiva y Anatolio Barrios y los Comandantes Rojelio Chavez, Benjamín Mañozca, Climaco Pizarro y German Martínez. Y de los relatos de esa barbarie, que hacían hervir la sangre, cómo era de admirable la serenidad y el desprecio olímpico

co de los sacrificados ante la muerte y por el ordenador de sus torturas!

A la vez con estas inmisericordes demostraciones de guerra sin cuartel nos llegó la prevención con que el mismo Ministro horrorizaba á Bogotá poniendo en capilla a los generales Celso Román, Juan de la Rosa Barrios, Emilio Angel y Victor Julio Zea, salvados de la muerte por la cristiana protesta de notables personajes conservadores.

Y como si fuera poco el rumor de esa onda de sangre nos llegó también la circular impresa del referido Ministro a los Gobernadores y jefes militares oficiales, sobre orden de fusilamiento respecto de revolucionarios que capturaran con las armas en la mano, entre las cuales presuntas víctimas no dejaba de ser irónica la intimación respecto del ejército liberal unido del Cauca y Panamá que tenía en jaque al gobierno y a quien aquel calificaba de horda de filibusteros estimulada por el incentivo del merodeo, de instrumento de gobiernos extranjeros para desmembrar el país y de cuadrilla de malhechores.

No es, pues, de extrañar que tales hechos, aunados a la manera asquerosamente inhumana y repulsiva con que en el sur dieron muerte a Avelino Rosas, notable jefe militar colombiano de posición distinguida entre los libertadores de Cuba, motivara la indigna-

da protesta que en seguida reproduzco encaminada entre otros objetivos a tranquilizar a mil prisioneros, generales y altos oficiales tomados en combates librados en lucha franca, prisioneros temerosos, natural pero inmotivadamente, de que con ellos ejerciéramos lo que debían considerar como un talión justificado.

A los treinta y seis años de todos estos sucesos, muerto hace ya mucho tiempo el referido Ministro, sin embargo de su crueldad, le hace honor el que habiendo sido en la guerra árbitro supremo de vidas y de bienes de revolucionarios, no fué hombre a quien tentara el enriquecimiento mal habido. Desde entonces y después llevó en su hogar una vida modesta y siendo de pulcras costumbres privadas murió sin rango de persona medianamente acomodada si no más bien vecino de la pobreza. Y este desprendimiento de utilización oficial en creación de riquezas personales es la tradición orgullosa de nuestros hombres públicos.

PROTESTA

Sin sorpresa, porque no hay qué sorpresa del sin nuestro personaje que para vergüenza de Colombia ocupa el ministerio de guerra; sin temores, porque

no hay qué intimide a quienes han dado prueba de su disposición de corazón y de voluntad para todos los sacrificios; con tristeza suprema, por cuanto revela al mundo la más profunda de las humillaciones y un estado de salvajez primitivo en el modo de gobernar a los hombres; con esas disposiciones de espíritu hemos leído la circular de Aristides Fernández para los gobernadores y jefes militares sobre procedimientos contra los que mantenemos las armas para librar a Colombia de la más negra de las dictaduras, de la que se ejerce por el polizonte a quien el cinismo no se atreviera, por pudor, a dar la mano y ante quien la crueldad se taparía la cara, conster-nada de tanta sevicia y tanta cobardía.

Protestamos del modo más solemne contra el sistema de guerra seguido por Fernández, que hace del asesinato a mansalva y a sangre fría, el medio de conseguir la sujeción a un sistema que repugna por igual a las gentes honradas del país, sin distingo de liberales ni conservadores. Esa protesta la repaldamos con el tratamiento caballeroso dado a los mil prisioneros, jefes y oficiales todos, que tenemos en nuestro poder, vencidos partiendo el sol, quienes no deben temer que el liberalismo se olvide de sí propio y que este ejército les dé muerte a título de talión. Protestamos contra la desvergonzada calumnia de

Fernández respecto de nuestro jefe el general Benjamín Herrera, sobre especulaciones en la campaña de Panamá. Colombia toda, conocedora de la intachable probidad de Herrera y de los detalles morales del calumniador, habrá tenido en lo que vale esa flagrante ironía. Las finanzas de la revolución del Istmo y su manejo por parte de nuestro jefe resisten la luz de todos los soles y no se manchan con la baba asquerosa de calculadas calumnias. Por nuestro honor declaramos que las grandes exportaciones de ganado consisten en un lote de cincuenta reses; que las enormes remesas de cueros no alcanzan a dar un total de cinco mil cueros y que los empréstitos del departamento no suman \$ 200.000. Y asómbrense propios y extraños! Con esos recursos se han sostenido durante diez meses una flotilla de tres vapores hoy ya de cuatro, cuyos gastos en sólo carbón representan sumas ingentes; se ha alimentado y vestido un ejército de muchos miles de hombres pagando al comercio extranjero y nacional con escrupulosidad religiosa y se han comprado muy cuantiosos materiales de guerra. En el campamento liberal hay lujo de privaciones, no de prebendas. Gentes de posición, de fortuna y de valer tienen el mismo rancho del soldado y apenas sí su vestido advierte diferencias. Pero por entre los harapos asoma la dignidad y en

el abatimiento de satisfacciones, aun las más elementales, yergue la frente la honradez.

Protestamos contra la cínica afirmación de que el ejército está compuesto de filibusteros, a quienes sólo estimula el merodeo, lo que se da como causa de persistencia en la guerra. Somos colombianos los miles que en Panamá nos hemos congregado para rehabilitar la República o morir en la demanda. No alcanzan a diez los oficiales que han venido por simpatías de ideas, y son ellos jóvenes que tienen los entusiasmos de los nobles estímulos, los que llevaron al cantor inglés a rendir la vida en Misolonghi; y no pasan tampoco de diez los obreros que vinieron en la marina a tener lote de peligros y de privaciones, que es el botín de los revolucionarios. La guerra se sostiene, precisamente, por causas que Fernández no comprende. Qué va él a saber lo que reclama la firmeza de los principios y de los ideales, hombre que no ha tenido ningunos, que ha servido todos los sistemas, así sean rojos como azules, así sean de proceder blancos como negros. Con el mendrugo en la boca lo han hallado todos los gobiernos. Qué va él a comprender los tormentos de la patria dignidad al verlo decidiendo de los destinos de Colombia. Proh pudor!

Protestamos contra la fanda impostura de que so-

mos instrumentos de gobiernos extranjeros para desmembrar al país. Al mundo entero declaramos que el liberalismo colombiano no tiene pactos con nadie que quiten al suelo patrio una sola de sus arenas, que a su soberanía le recorten ninguno de sus atributos, ni que dobleguen la bandera ni tiznen su alba dignidad. El honor de Colombia es nuestra vida; por él la ofrendamos sin vacilaciones; cuanto lo vulnera nos hiere el corazón y el espíritu. Las naciones que han tratado al liberalismo como partido militante, que tiene ideales, precedentes, prácticas y poderes que lo distinguen de una cuadrilla de malhechores, hacen uso de un derecho perfecto y proceden con espíritu altamente humanitario y justiciero. Reconocen con ello una guerra civil y tratan en pie de igualdad a los dos bandos contendores. Nuestro agradecimiento por esa conducta lo hacemos público y solemne: lo lanzamos a todos los vientos.

El ejército que el ministro llama cuadrilla de malhechores por su personal, conocido de amigos y de enemigos, por su moralidad y por su disciplina, representa el cuerpo más compacto, más respetable y más poderoso que en tiempo alguno haya tenido el liberalismo ni el país en sus luchas intestinas. De todos los corazones se forma en él un solo sentimiento, todos los esfuerzos constituyen una sola acción,

que se encauzan por donde el jefe señale y bien sabemos que su espada señala el mismo camino que indicaba el penacho del bearnès. Ello indica nuestra grandísima confianza acerca de que las operaciones militares son conducidas del modo más seguro, que es el más acertado, y en forma en que la firmeza de los movimientos corre parejas con su eficacia.

Los miembros de este ejército respetamos las opiniones contrarias cuando vemos que la sinceridad las inspira y la honradez las sostiene: de ahí nuestra consideración por adversarios como González Valencia, la primera espada del conservatismo, espada limpia y republicana y de quien, con verdad dice el general Herrera, que es uno de los caracteres más elevados y caballerosos de Colombia, y de ahí el respeto que nos inspiran patriotas de los quilates de Manuel Vicente Umaña, Benigno Barreto, Alejandro Botero U., Abraham Moreno, Luis Martínez Silva, José Joaquín Pérez, Jorge Roa, los Ospinas y cien más conservadores conspicuos, con títulos y competencia para conducir al país. Excusamos el fanatismo y la intransigencia inquisitorial de un Ospina Camacho y un Joaquín F. Vélez como una aberración del espíritu de partido por sobre el más amplio molde de la razón y de la conveniencia nacional; pero reservamos nuestro desprecio más cordial por hombre como Fernán-

dez, de quien si la historia se preocupa, será con los calificativos con que Tácito marcó la frente de los romanos mal nacidos; el severo Macaulay, la del inundo Barrere; el impasible Buckle, la del sanguinario Jeffries, y Taine y Quinet la de los monstruos carniceros de la Francia en el 93!

El liberalismo puede transigir con el partido conservador, pero por decoro no se entiende con hombres como Fernández, cuyas manos destilan sangre de gentes indefensas. Para que al fin sea abordable la paz en Colombia no hay sacrificio que no hagamos: recortamos ideales, renunciemos a muchas clamorosas reparaciones; pero es abnegación imposible para gentes que se estimen la de renunciar a la propia dignidad. Fernández es una vergüenza nacional.

Apártenlo los conservadores que quieran la conciliación de los colombianos dignos.

Manes de Ospina, de Mallarino, de Cuervo y de Caro: ahondad aun más vuestras huesas para no sentir la ignominia y la degradación de una causa que honrásteis con altas virtudes y preclaras inteligencias.

Pocrí de Aguadulce, octubre 5 de 1902.

El general, secretario general de la dirección de la guerra en el Cauca y Panamá,

José A. Llorente

El general, jefe de estado mayor generalísimo del
ejército unido del Cauca y Panamá,

Lucas Caballero

El general, subjefe de estado mayor generalí-
simo,

Paulo E. Bustamante

El general,

Justo L. Durán

El general, jefe civil y militar del departamento,

Manuel Quintero V.

El general, segundo comandante de la flotilla y
primer comandante del «Almirante Padilla»,

Rafael Santos V.

El general, inspector general del ejército,

Sergio Pérez

El auditor general de guerra,

Eusebio A. Morales

El general, primer comandante del «Boyacá»,

Paulo E. Morales

El general, guardaparque general,

Francisco Serrano

El general, comandante de la división de artillería,

Simón Cháux

El general, comandante de la primera división,

Rafael Díaz Móikum

El general, comandante de la segunda división,

Emilio López

El general, comandante de la tercera división,

Federico Barrera

El general, comandante de la cuarta división,

Ramón Buendía

El general, comandante de la quinta división,

Julio Plaza

El general, comandante de la sexta división,

Juan J. Restrepo

El general, comandante de la séptima división,

Heliodoro Vernaza

El general, comandante de la octava división,

Manuel A. Noriega

El general, comandante de la novena división,

Jesús María Lugo

El general, comandante general de la división de
caballería,

Juan N. Saavedra

El general, secretario general de la gobernación,

Antonio Papi Aizpuro

El general, jefe de estado mayor de la primera
división,

Víctor M. Ogliastri

El general, jefe de estado mayor de la segunda
división,

Jorge E. Gálvez D.

El coronel, jefe de estado mayor de la cuarta división,

Eduardo Ortiz

El coronel, jefe de estado mayor de la quinta división,

Plácido Serrano

El general, jefe de estado mayor de la séptima división,

Faustino S. Mina

El coronel, jefe de estado mayor de la octava división,

Clímaco Rodríguez

El coronel, jefe de estado mayor de la novena división,

Teófilo Erazo

El coronel, segundo comandante del «Padilla»,

Roberto Uribe C.

El coronel, agente de la dirección,

Rafael Neira A.

Inspector general de hospitales,

General J. M. Vezga y Avila

Cuerpo médico del ejército:

Ezequiel Abadía, Eduardo Uribe, Joaquín P. Franco, Alejandro Pérez, Ramón Paz.

El intendente general del ejército,

Coronel Benjamín Quintero A.

El visitador fiscal de hacienda,

Coronel Carlos A. Mendoza

El tesorero general,

Sargento mayor Pablo E. Nicholls

Ayudantes de la dirección:

Coroneles Francisco Filós, Milciades Rodríguez, Juan E. Goitia, Jesús A. Vallejo; teniente coronel Enrique Gómez; sargentos mayores Alberto Ibáñez, Marco A. Sánchez, Alain Lemos y Moisés de la Rosa.

Ayudantes del estado mayor generalísimo:

Coroneles Luis García F. y Aníbal Henríquez, sargentos mayores Valentín Ossa, José Antonio Salazar, José Primo Lara. Adjuntos: Antonio A. Valdés, Adolfo Mc. Adams.

Ayudantes de la sub Jefatura de estado mayor generalísimo:

Coroneles Temístocles Rengifo V., Vicente Martínez; teniente coronel, Germán López F.

Ayudantes de la comandancia del «Almirante Padilla»:

Tenientes coroneles, Jorge Tadeo Lozano, Pedro J. Navarrete; sargento mayor Octavio García, secretario de la comandancia; Joaquín Buenaventura. Comandante de la guarnición del «Padilla» sargento mayor Herrera.

Prefecto de la provincia de Chiriquí,
 Coronel Balbino Alvarado
 Prefecto de la Provincia de Veraguas,
 Coronel Santiago Sucre
 Prefecto de la provincia de los Santos,
 Manuel Vásquez
 Prefecto de la provincia de Coclé,
 Coronel Plácido Suárez
 Prefecto de la provincia de Panamá,
 José Dolores Bellido
 Inspector de la división de artillería,
 Coronel Germán Uribe
 Primer jefe del primer regimiento de caballería,
 Coronel Laureano Gasca
 Segundo jefe del 2º. regimiento de caballería,
 Coronel Epimenio Plaza
 Coronel, primer jefe del batallón primero de artillería,
 Narciso Castellanos
 Coronel, primer jefe del batallón 2º. de artillería,
 J. F. Matta
 Comandante primer jefe del batallón «Zapadores»,
 Cenón M. Valencia
 Comandante, primer jefe del batallón «Cundinamarca»,
 Alejandro Mosquera

Comandante, primer jefe del batallón «Boyacá»,
 Tránsito Ríos
 Comandante, primer jefe del batallón «Cazadores»,
 Arturo Capella
 Coronel, jefe del batallón «Cauca»,
 Clodomiro Arias M.
 Coronel, jefe del batallón «Santander»,
 Plinio Oliveros
 Comandante, primer jefe del batallón «Bolívar»,
 Juan Antonio Castro M.
 Comandante, primer jefe del batallón «Granaderos»,
 Maximiliano Parra
 Comandante, primer jefe del batallón «Flamenco»,
 Vicente Nievas
 Coronel, primer jefe del batallón «Tolima»,
 Marco A. Henao
 Coronel, primer jefe del batallón «Chiriquí»,
 Roberto Cano
 Comandante, primer jefe del batallón «Ricaurte»,
 Luis M. Rosero
 Comandante, primer jefe del batallón «Panamá»,
 Celiano Gutiérrez
 Comandante, primer jefe del batallón «Tiradores de Chiriquí»,
 Antonio Alvarado

Comandante, primer jefe del batallón «Tumaco»,
Domitilo Cabezas

Comandante, primer jefe del batallón «Libertador»,
José Manuel Gallegos

Comandante, primer jefe del batallón «Palonegro»,
Francisco Saldaña

Comandante, primer jefe del batallón «Rifles»,
Juan E. Ramírez

Coronel, primer jefe del batallón «Palacé»,
Pablo Emilio Gutiérrez

Coronel, primer jefe del batallón «Sucre»,
Juan de Dios Cañarete

Comandante, primer jefe del batallón «Córdoba»,
E. Serrato

Comandante, primer jefe del batallón «Vencedores»,
Ramón María Muñoz

Comandante, primer jefe del batallón «Gaitán»,
Esteban B. Tejada

Coronel, primer jefe del batallón «Azüero»,
Genaro Mendoza

Comandante, primer jefe del batallón «Benjamín
Herrera»,
José M. del Real

Comandante, primer jefe del batallón «San Pablo»,
Aníbal Ríos V.

Sargento mayor, primer jefe del batallón «Alanje»,
Aurelio Almengor

Coronel, primer jefe del batallón «Antioquia»,
Perfecto Maure

Coronel, primer jefe del batallón «Magdalena»,
Bernabé Salcedo

Comandante, primer jefe del batallón «Punta de
Peña»,
José D. Zárate

Comandante, primer jefe del batallón «Vargas»,
J. R. Villamil

Coronel, primer jefe del batallón «Ayacucho»,
Heriberto Gault

Coronel, primer jefe del batallón «Pichincha»,
Aníbal Dosman

Coronel, primer jefe del batallón «Acosta»,
V. Martínez

Coronel, primer jefe del batallón «Murillo Toro»,
José A. de la Paz

Coronel, jefe del escuadrón «Padilla»,
Francisco J. Valle

Comandante del escuadrón «David»,
Sargento mayor Gregorio Albarracín

Comandante del escuadrón «Peralonso»,
Sargento mayor Tomás Armuelles

Comandante del escuadrón «Húsares de Aguadulce»,
 Sargento mayor Heliodoro Santos
 Comandante del escuadrón «Aquileo Parra»,
 Fernando Zelaya
 Comandante del escuadrón «Herrera»,
 Mariano E. Lemos
 Comandante del escuadrón «Santiago Pérez»,
 Rafael Urriola
 Comandante del escuadrón «Patria»,
 Sargento mayor Eusebio González
 Comandante del cañonero «Cauca»,
 Sargento mayor Octavio Ramón
 Comandante del cañonero «Panamá»,
 Sargento mayor Ernesto Plaza
 Comandancia militar de Santiago,
 Coroneles: Olimpo Román, Valerio A. López; sar-
 gentos mayores Juan B. Estacio, Ramón Elizalde, Bru-
 no Campo, Julio R. Silva, Belisario Rojas A.
 Comandante, ayudante de la división de artillería,
 Mario Ferrer
 Sargentos mayores, ayudantes del estado mayor de
 la división de artillería,
 Ulpiano Sencial, Abraham Sosa
 Comandante guarda-parque de la artillería,
 Teodoro Sáenz

Comandante, ayudante de la primera división,
 Manuel Quintero S.
 Sargento mayor ayudante de la primera división,
 Próspero Ferrer
 Sargentos mayores, ayudantes de la segunda divi-
 sión,
 Ernesto Azuero, Esteban Aparicio, Manuel Cotes,
 Miguel García C.
 Ayudantes de la comandancia de la tercera divi-
 sión,
 Comandante Horacio Girón; sargento mayor, Vi-
 cente Martínez.
 Ayudantes de la comandancia de la cuarta división,
 Coronel Liborio Trujillo; sargentos mayores: Ar-
 mando Terán, José D. Burbano, Adán Ferrer y Ar-
 cángel Siervo.
 Ayudantes de la comandancia de la quinta divi-
 sión,
 Coronel Pedro J. Arizala; sargentos mayores Julio
 Arjona y Rafael Montes.
 Ayudantes de la comandancia de la sexta división,
 Sargentos mayores Juan B. Urriola, Luis J. Ortega.
 Ayudantes de la comandancia de la séptima divi-
 sión,
 Coronel Venancio Betancur, teniente coronel B.
 Simití.

Ayudantes de la comandancia de la octava división,
Coroneles Corsino Araúz, Luis A. Quintero.

Ayudantes de la comandancia de la novena división,
Coroneles J. de la Vega, J. Domingo Soto y Antonio Rivera.

Sargento mayor segundo jefe del batallón primero
de artillería,

Angel María Buendía

Sargento mayor, segundo jefe del batallón segundo
de artillería.

Francisco A. Uribe

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Zapadores,

Azael Guerrero

Sargento mayor, segundo jefe del batallón «Cundinamarca»,

Miguel Angel Pérez

Sargento mayor, segundo jefe del batallón «Boyacá»,

Benjamín Latorre

Sargento mayor, segundo jefe del batallón «Cazadores»,

José María Díaz

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Cauca,

Luis Felipe Latorre

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Santander,

Jesús María Sarasti

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Bolívar,
Vicente Castilla

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Granaderos,

Edmundo Botello

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Flamen-
menco,

Arsenio López

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Tolima,
Enrique Gutiérrez

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Chiriquí,
Rodolfo Perdomo

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Ricaurte,
Manuel Blanco

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Panamá,
Aristides Castilla

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Tiradores
de Chiriquí,

Mateo Araúz

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Tumaco,
Faustino R. Herrera

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Liber-
tador,

José S. Mendoza

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Palonegro,

Francisco Silva

Comandante, segundo jefe del batallón Rifles,

Eustacio Morales

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Palacé,

José M. Marin

Sargento mayor segundo jefe del batallón Sucre,

Agapito Rodríguez

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Córdoba,

Ramón Ardila

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Vencedores,

Eulogio Araúz

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Gaitán,

Inés Melgar

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Azuero,

José R. Mena

Sargento mayor segundo jefe del batallón Benjamín Herrera,

Ismael Hurtado

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Punta de Peña,

Francisco Angulo

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Acosta,

Manuel Chávez

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Ayacucho,

R. González

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Murillo Toro,

Federico Rodríguez

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Pichincha,

Arnaldo Porto

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Vargas,

Alfredo Correa

Sargento mayor, segundo jefe del batallón San Pablo,

Angel María Ramírez

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Alanje,

B. López

Coronel, segundo jefe del batallón Antioquia,

Benjamín Gómez

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Corozal,

Arcelio Guerrero

Sargento mayor, segundo jefe del batallón Magdalena,

José M. Díaz

El general, comandante de la séptima división,

Victoriano Lorenzo

El general, jefe de estado mayor de la división de artillería,

Fabricio Becerra

El coronel.

Heliodoro Rodríguez

El coronel. inspector general de telégrafos,

Carlos Jaramillo E.

Comandante, ayudante de la secretaría de la dirección general de la guerra,

Esteban Gutiérrez

El comandante del puerto del Pedregal en David,

J. Amador

El comandante del puerto del Montijo,

J. Barichovich.

El comandante del puerto de Soná,

C. Ortiz

El comandante del puerto de Aguadulce,

L. C. Herrera

El coronel,

Lucindo Poso

El coronel, sub-inspector de la cuarta división,

Rosendo Herrera

Sargentos mayores:

Angel Ayarza, Faustino Herrera, Julio Díaz, Bernardino Reiné, Rodolfo Aguilar y Eusebio Torres.

Notas; Por error de cajista se omitieron en el lugar respectivo, los nombres de los generales Lorenzo y Becerra.

El general Vernaza es inspector de la quinta división y no comandante de la séptima.

El primer jefe del batallón Cazadores, señor Arturo Capella, es coronel y no comandante como figura arriba».

(Es fiel copia de la publicación original)

Pocos días después del penoso pero fatal incidente de la Protesta, tuvimos la amargura de recibir en nuestro campamento «El Nuevo Tiempo» de Bogotá, periódico liberal cuya publicación permitió el gobierno que combatíamos, en que so capa de consideraciones patrióticas y de atenuaciones de la que tenían por nuestra ceguedad, se nos incitaba a una entrega incondicional.

Bien se comprendía que nuestros adversarios tenían bloqueadas las noticias de nuestro ejército y sus victoriosas y contundentes campañas en el interior de la república, a donde debía pensarse que constituíamos una guerrilla, sin respaldos bélicos, empeñada en prolongar una contienda infructuosa; pero debía dolernos hasta el fondo del alma el que copartidarios y amigos de nuestra más alta estimación, con

quienes nos habíamos formado bajo la dirección de los mismos preclaros apóstoles de la más pura doctrina liberal y en el mismo ambiente moral y de altos ideales patrióticos, nos confundieran con guerrilleros de la legua. Ello dió motivo, de nuestra parte, a la siguiente

DECLARACION

Sin hacer valer, por torpe, la absurda especie de que el Ejército Unido del Cauca y Panamá esté compuesto de tropas extranjeras; ni dando asenso a la existencia de pactos con otros países que hagan del liberalismo de Colombia el verdugo de su propia nación, amenidades con que nos regalan quienes no se paran ante ninguna infamia por execrable que sea, «El Nuevo Tiempo» de Bogotá, so capa de un espíritu de patriotismo y de imparcialidad que lastima más por la injusticia que envuelve y con un dogmatismo que se previene contra toda objeción, hace el cargo a la revolución en este departamento de que ella sirve intereses extranjeros anulando los nacionales, por cuanto prolonga una situación que incapacita al gobierno para celebrar el contrato sobre el Canal de Panamá, contrato que se presenta como la panacea de todos nuestros males, como el cordial que haya de levantarnos de esta profunda agonía.

En exceso de benevolencia tal periódico al reconocer que luchamos con lealtad por nobles ideales y por justos motivos, considera que «el ardor de la lucha y la obstinación política» puede cegarnos para no comprender que «continuar la guerra en Panamá es servir los intereses de Nicaragua en contra de los intereses de Colombia».

Oh generosidad la de «El Nuevo Tiempo» al presentar pasiones y furores como excusa de lo que tiene por nuestra insensatez y por nuestra inconsecuencia.

Hay un concepto elemental sobre la propia dignidad, concepto que forma la estructura del carácter moral en hombres y en partidos, en que nadie que se estime por honrado puede admitir preceptores.

La Dirección de la Guerra en el Cauca y en Panamá, como vocero de los luchadores liberales en el Istmo, rechaza la sugestión de «El Nuevo Tiempo» sobre una entrega incondicional. Por muy alta que sea la autoridad moral del escritor que tal pretenda, no cancela las responsabilidades históricas. Mucho se debe al porvenir del país, pero el presente, en cuyo seno está la génesis del futuro, merece también consideraciones.

No hay ardor en la lucha que nos ofusque: ella no

deja en nuestro ánimo sedimentos de odio sino de amargura.

No hay obstinación política, o es santa obstinación, la que quiere para adversarios lo mismo que pide para propios.

No tomamos en cuenta el solio o las barras del Senado quienes no luchamos por prebendas, que renunciamos en todos los campos y con todas las garantías.

No tuvimos parte en la impulsión del movimiento revolucionario, pero desde el momento en que con nuestro concurso hubo quienes dejaran familia, bienes, posiciones, para atraer sobre su frente los rayos de la guerra, es un deber velar por su suerte antes que por la propia.

Renunciar a toda reparación cuando hay fuerza con qué hacer valer las muy justas que determinan la persistencia en la guerra; asegurar con la sumisión absoluta la dictadura de un hombre feroz servida por la debilidad de un Presidente *in partibus*; hacer eso en momentos en que todo lo que vale en el país está proscrito y en que el partido conservador de Antioquia por sus voceros más autorizados, el del Cauca con el manifiesto de Molina, el del centro del país con el de sus hombres de doctrina, el partido nacional con Caro a su cabeza, claman

por la equidad respecto de los partidos como único medio de producir la paz, la única que es saludable en cuanto ella significa garantía de derechos y armonía de intereses; dejar sin contrapeso, en momentos en que mayores poderes tenemos, la arbitrariedad servida por la fuerza tener todo eso por sensato, por patriótico y por digno es cosa que francamente sonrojaría nuestra frente y turbaría nuestra razón!

Qué más desprendimiento puede darse en un partido que el manifestado por el liberalismo por boca de su jefe supremo general Vargas Santos, de depone las armas si el señor Marroquín componía un ministerio de conservadores que por su honorabilidad dieran garantías al país? La repulsa no significa que no hay tal partido conservador en el mando, sino una cuadrilla apoderada de la nación, que no renuncia a su presa? Y someternos a ella es obra de patriotas?

El jefe de la revolución en el Cauca y Panamá, desde diciembre del año pasado no ha declarado persistentemente su deseo de poner fin a la guerra por un tratado que coloque a ambos partidos en pie de igualdad y a los ciudadanos en el goce efectivo de garantías necesarias? En cualquier momento que eso se inicie no está la guerra concluída?

Por otra parte, la obra del Canal, según el criterio del mundo entero, por hechos que son palmarios, no puede ser concluida sino por los Estados Unidos. Y en Colombia hay un interés nacional común en que esa obra sea realizada. Pero así como para nosotros hay en ello un porvenir de altísima entidad, en los Estados Unidos la elección de la vía de Panamá representa en lo político, en lo económico y en lo militar ventajas de un orden eterno. Ahora en una nación consciente de sus intereses y de sus derechos, como es aquel Estado, no se juega con los bienes del país con el capricho de un niño. Si los Estados Unidos alcanzan la seguridad, y la tienen absoluta, de que hombres y partidos en Colombia tienen decisión formada de refrendar su contrato, no páran mientes en meses para una obra tan colosal. No se echan por el atajo a gastar millones en Nicaragua, ni dejan la posibilidad en un futuro probable de tener competidor tan serio como el Canal de Panamá. El liberalismo que es uno de los bandos beligerantes, tiene la decisión de contratar con ellos; la dictadura, que es el otro beligerante, al respecto tiene disposiciones idénticas: todo ello puede garantizarse de modo solemne y efectivo, luego no hay que ver espantos en la ley que «El Nuevo Tiempo» señala. La ley Mallory no tiene por qué ser la que

refrende nuestra servidumbre.

Escribir en época de terror, sobre el patrón que permita la censura con la consigna de no atraer las iras del déspota, es un servicio público discutible: fuéralo efectivo y muy patriótico si se hiciera con el valor, con la sinceridad que requieren las situaciones solemnes. Pero a título de imparcialidad hacerse órgano de una flagrante injusticia; increpar al perseguido lo que es obra del victimario; dislocar sanciones, haciéndolas recaer con la severidad de un juez, en otros que los autores: todo eso cumplido por escritor curado de la estulticia que atribuye a los demás, no es ofuscación: es, llamando las cosas por sus nombres, miedo al flagelo del tirano; deslealtad para con sus copartidarios y amigos cuyo carácter y cuyo honor debiera ser defendido por la misma voz que los ofende, ya que ella tiene razones para mirar como una imposibilidad moral el que los luchadores del Istmo sean capaces de una acción patricida. Una decepción más es para el liberalismo y para el país la de ver colaborar en forma tan ingrata la obra de la dictadura, no con ese propósito deliberado, por más que en el hecho surta la misma eficacia, y que tal labor se cumpla por quienes comparten nuestros ideales y que en nuestra agrupación y por nosotros son tenidos en alta estima: pero por

lo que hace al Ejército Unido del Cauca y Panamá se pierde en el vacío, para determinar su conducta, voz que no sea expresión sincera de verdad y de justicia.

Aguadulce, octubre 30 de 1902

El Director de la Guerra del Cauca y Panamá,

BENJAMIN HERRERA

El Secretario de Gobierno y Justicia,

JOSE A. LLORENTE

El Secretario de Marina,

MANUEL QUINTERO V.

El Secretario de Hacienda,

EUSEBIO A. MORALES

El Secretario de Guerra, Jefe de Estado Mayor Generalísimo del Ejército Unido,

LUCAS CABALLERO

Perdida la esperanza de una conclusión patriótica del conflicto, Herrera concibió un plan militar más ambicioso respecto de una solución definitiva y en su desarrollo puso todo su entusiasmo avivado por la fe que le inspiraban su genio y su venturosa estrella militar. Ese plan me lo expuso en esta forma:

—A San Salvador fuimos escoteros, sin otro equipo que la ardorosa devoción por nuestra causa y, sin embargo, conseguimos el «Padilla» que ha sido el fundamento de nuestros éxitos. Hoy contamos con el ejército más poderoso que existe en la república y que es incontrastable, con una flotilla en el Pacífico, compuesta del «Amirante Padilla», la «Boyacá», «El Cauca», «El Panamá» y «La Aurora», y con un enorme prestigio en las naciones del Caribe que han presenciado y que llevan minucioso registro de nuestros triunfos.

Es, pues, el caso de ampliar el horizonte de nuestras campañas teniendo por objetivo el dominio absoluto de la revolución. Nadie ni nada nos detiene para llegar victoriosos a Bogotá. Con este fin debemos empeñarnos en orientar nuestras operaciones hacia el Atlántico. En ese océano contamos con un buque que viene a Bocas del Toro en el momento en que lo llamemos. Debemos interesar ahincadamente a todos nuestros amigos en que presionen al presiden-

te Castro, de Venezuela, para que nos devuelva los dos buques de guerra comprados por el liberalismo «El Rayo» y «El Gaitán» que nos capturó al principio de la guerra. Y necesitamos agotar esfuerzos para cambiar nuestros buques del Pacífico por dos siquiera en el Atlántico. Artillados todos esos buques con los elementos de que disponemos formaremos una poderosa flotilla en el otro océano.

Estoy seguro de que si fuéramos los dos a hacer estos preparativos los concluiríamos en término relativamente breve, pero sobre dar así un boletín al gobierno, que lo alertaría, no sabe uno qué inconvenientes haya para el regreso. Sin embargo, si a última hora no hubiera otro remedio, pues nos vamos dejando a Bustamante, con el concurso de tantos magníficos jefes y con amplias instrucciones, encargado del ejército. Ya no tenemos por qué temer sorpresas.

Prepáreme, pues, en reserva absoluta, una correspondencia muy extensa y detallada sobre estos particulares. Recoja todos los datos y las características de los vapores para enviarlos a nuestros amigos N. N. y X. X., hombres ricos, de negocios y conexiones con empresas marítimas y de entusiasmo ardoroso por la causa, para que ellos tomen a pechos la realización de la permuta que proyecto. Podemos ofrecer que nuestros buques sean visitados por los presuntos ad-

quirientes en cualquiera de los puertos de Centro América, y que una vez realizada la operación y desocupado por nosotros el Pacífico, agentes nuestros los entregarán en el puerto que elijan al norte de Panamá.

Nuestros representantes en la negociación prospectada no deben pararse en lo más o menos leonino de las exigencias de la contraparte; lo importante es que se ingenien para hacerla efectiva rápidamente.

El movimiento tiene que hacerse por Bocas del Toro y disponemos de medios para procurar cortinas militares que lo oculten, tanto respecto de la traída de contingentes que tenemos en la costa del Cauca, como de la concentración de todo el ejército en el embarcadero. De allí nos dirigiremos probablemente al Sinú, que me parece el sitio más apropiado para orientar la campaña hacia donde nos dé resultados más rápidos y más decisivos.

Y de nuevo le advierto. Este plan debemos mantenerlo en secreto respecto del ejército y aun de nuestros principales jefes. Pero como no podemos dejarlos sin qué hacer y sin distracción y hay que interesarlos en algo que los entusiasme, aunque usted conoce los peligros internacionales de una campaña sobre Colón y Panamá, formule un plan de movimiento bélico sobre esas ciudades, haga preparar las

divisiones de avanzada, que eso lo detendremos en el momento oportuno.

Estábamos con todos los cinco sentidos, y en reserva absoluta, entregados a aquellas diligencias cuando inesperadamente llegó a nuestro cuartel general una nota del almirante americano Silas Cassey, diciendo que había propuesto al gobierno de Colombia su mediación y que había sido aceptada, para que en el terreno neutral de un acorazado a su mando, se reuniera una conferencia de los altos jefes de las partes contendoras, con el objeto de procurar algún acuerdo que pusiera fin a la guerra.

Herrera aceptó la invitación y pocos días después nos dirigimos al «Wisconsin» con el doctor Eusebio A. Morales, nuestro secretario de hacienda, para debatir el asunto.

CAPITULO XXII

La paz del "Wisconsin"

Las negociaciones preliminares. Tres días de discusiones. Consideraciones patrióticas que obran en el ánimo del general Herrera para inclinarlo a deponer las armas. Estipulaciones del tratado. El pacto reservado. La última orden generalísima: se levantan los campamentos.

Pulcritud del general Herrera.

Nosotros nos dirigimos al «Wisconsin» con la idea de acordar una Convención Nacional Constituyente ante cuya soberanía depondría nuestro ejército las armas. Por ello no fue rápido el acuerdo. Se discutió durante tres días.

En el comienzo de nuestras conferencias con los generales Alfredo Vásquez Cobo y Víctor Manuel Salazar como representantes del Gobierno, el primero, que ha sido siempre un tanto chancero, quiso

impresionarnos diciendo que tenían entre Colón y Panamá un ejército que era el doble del nuestro. Pero quedó asombrado cuando le dimos cuenta del registro escrupuloso que llevábamos de las altas y bajas de las fuerzas oficiales que del interior venían a Panamá, a inutilizarse en los hospitales o a concluir en los cementerios, antes de enfrentarse a nuestro ejército, perfectamente sano e indemne respecto del clima. Vamos, pues, a estudiar la conclusión de un tratado de paz desde muy altos puntos de vista patrióticos, les dijo Herrera.

Momentos hubo en que por razón de que la contraparte no aceptaba la totalidad de nuestras exigencias, Herrera se exaltaba hasta el extremo de romper casi las negociaciones.

Cuando quedábamos solos los parlamentarios liberales, nos decía:

—Cómo es posible y prudente que vayamos a entregar, a cambio de promesas, un tan poderoso ejército como el nuestro, que ha demostrado ser invencible para el gobierno; que crece fantásticamente cuanto más lo atacan, y cuando trabajamos con excelentes fundamentos en la realización de la campaña del Atlántico que puede asegurarle al liberalismo una redención definitiva?

Qué enorme responsabilidad la que yo asumo ante

mi partido y ante la historia, rindiendo la única garantía efectiva de hacer cumplir el tratado!

—«General, le argüía yo: en esta guerra ya la nación tiene quemados su capital humano y su capital financiero y económico. En vez de hombres el gobierno nos enfrenta batallones de niños, y el cambio está al 25.000 por 100. Ora nos quedemos aquí, capturando cuantos ejércitos nos manden, ora realicemos el plan que usted ha venido desarrollando, al final de nuestros éxitos la patria será ya un cementerio.

Si esta dolorosísima y sangrienta experiencia ilumina la conciencia nacional; si ella ha servido para convencer a todos los colombianos de que no es posible la extinción de ninguno de los dos partidos históricos, sino que ambos resurgen por ser necesarios a la vida, a la unidad y al levantamiento de la patria, puede que al fin hayamos adquirido un sentido neto de paz, de avance y de trabajo, que no le cobrará a usted responsabilidades sino que le dispensará bendiciones.

Y sobre todo, reflexione usted respecto de lo merma que está la soberanía nacional de Colombia con la intervención americana aquí, en Panamá, donde con estos o los otros pretextos, nos impiden decidir de nuestros destinos en nuestro propio territorio. Este debate bélico nuestro va ya largo para

la impaciencia de los yankees y con cualquier desliz, como usted me lo anunció, Panamá viene a ser dependencia americana.

Y por lo que hace a la salvaguardia del pacto, piense usted en que los tratados de paz son tratados de honor y en que el honor es la garantía suprema de los pactos. Si el gobierno lo cumple, el sublime acto de patriotismo que usted consagra con su firma, en sus proyecciones benéficas se dilatará en el tiempo, según la legendaria metáfora del cura de Choquehuanca».

Herrera, que tenía una sensibilidad patriótica la más delicada, concluyó por decirme:

—«Todas las razones que usted me expone son muy poderosas, pero las supera la relativa al peligro en que está nuestra soberanía. Vamos, pues, a firmar el sacrificio, y como sin duda será a usted a quien encargaremos la redacción de lo que convengamos, en forma discreta consigne en la introducción del pacto, como motivo, la libertad para el arreglo del asunto del Canal: el tratado lo suscribimos en casa del hermano león».

Toda la nación ha apreciado la magnitud de ese acto de patriotismo, pero sólo yo la profundidad que tuvo en su hora.

El tratado vino a concluirse en los términos siguientes:

«A bordo del buque almirante «Wisconsin», de la armada de los Estados Unidos, que de manera gallante fue puesto a disposición de los infrascritos por el señor contraalmirante Silas Cassey para la celebración de las conferencias que han tenido por solución el presente tratado, reunidos el general Víctor M. Salazar, gobernador jefe civil y militar del departamento, y el general Alfredo Vásquez Cobo, jefe de estado mayor general del ejército en operaciones sobre la costa atlántica, el Pacífico y Panamá, como representantes del señor general Nicolás Perdomo, ministro de gobierno en comisión, investido de facultades presidenciales, y general en jefe del ejército en operaciones sobre la costa atlántica, el Pacífico y Panamá, por una parte, y por la otra los señores general Lucas Caballero, secretario de guerra de la dirección de la guerra en el Cauca y Panamá, y jefe de estado mayor general del ejército unido del Cauca y Panamá, y el señor coronel Eusebio A. Morales, secretario de hacienda de la misma dirección, como representantes del señor general Benjamín Herrera, director de la guerra en el Cauca y Panamá, y general en jefe del ejército unido en operaciones sobre los mismos departamentos; animados todos de

sentimientos del más acendrado patriotismo para poner fin al derramamiento de sangre de connacionales, procurar el restablecimiento de la paz en la república y proveer los medios conducentes a que la nación pueda llevar a feliz término las negociaciones que tiene pendientes sobre el canal de Panamá, han concluido el tratado que a continuación se consigna, en cuyo leal cumplimiento quedan empeñadas la fe del gobierno y la de los dos partidos militantes:

«Artículo 1º Declaración solemne del gobierno de restablecer inmediatamente el orden público en la república, excepción hecha de todos los distritos o provincias en donde haya fuerzas revolucionarias que no quieran acogerse al presente tratado.

«Artículo 2º Libertad inmediata de todos los prisioneros de guerra y presos políticos que haya en la nación, con excepción de los que no quieran acogerse a este tratado.

«Artículo 3º Cesación consecencial al restablecimiento del orden público en el cobro de contribuciones de guerra e impuestos extraordinarios, de todo lo cual quedan exonerados los colombianos con la excepción establecida en el artículo anterior.

«Artículo 4º Amplia amnistía y completas garantías para las personas y los bienes de los comprometidos en la actual revolución. Cancelación o anulación

inmediata de todos los juicios por responsabilidades políticas, con la misma excepción de personas establecida anteriormente.

«Artículo 5º Exclusiva competencia del poder judicial para promover y hacer efectivas responsabilidades por delitos comunes.

«Artículo 6º Incorporación en los derechos y obligaciones que confiere e impone el presente tratado, de todas las fuerzas revolucionarias que haya en la república, y de las personas que dentro o fuera de ella quieran acogerse a él, y que hayan estado comprometidas en la revolución.

«Artículo 7º Conforme lo desea el gobierno y en general la nación, tan pronto como se restablezca el orden público se hará una convocatoria a elecciones para miembros del congreso, respecto de las cuales se compromete el gobierno, valiéndose de toda su autoridad, a que se efectúen con pureza y legalidad, como lo prometió el señor vicepresidente de la república en la respuesta que dio al memorial suscrito por varios liberales de Bogotá, con fecha 14 de abril del presente año. Al citado congreso se le someterán para su estudio las siguientes cuestiones de altísimo interés nacional:

«A.—Las negociaciones relativas al canal de Panamá.

«B.—Las reformas presentadas al congreso de 1898 por el señor vicepresidente de la república.

«C.—Reforma del sistema monetario del país, en que tenga el papel moneda como base de amortización los proventos que derive la república de los contratos sobre el canal.

«Artículo 8º Reconocimiento de la autoridad del gobierno por los miembros del ejército unido del Cauca y Panamá, y por todas aquellas fuerzas o personas que deséen acogerse al presente tratado.

«Artículo 9º Entrega de todos los elementos de guerra que pertenezcan al ejército unido del Cauca y Panamá en mar y tierra; entre los cuales exige el gobierno, en primer término y muy especialmente, el vapor titulado «Almirante Padilla», con su artillería y demás elementos y enseres en buen estado.

«Artículo 10. Dicha entrega se hará por comisiones nombradas por el señor general Benjamín Herrera, a comisiones nombradas por el gobierno, en los puertos de San Carlos, Aguadulce, Chitré, Montijo, Soná, Remedios y Pedregal, en este departamento; y en Tumaco, Barbacoas, San Pablo y Quibdó en el departamento del Cauca. Principiará a hacerse inmediatamente después de aprobado el presente tratado de paz, y no excederá de veinte días

para Panamá, y cuarenta para el Cauca, el término final.

«Artículo 11. Expedición inmediata de pasaportes, para los lugares a donde los soliciten, a los miembros del ejército unido. Auxilio de marcha para los pasaporteados conforme a su categoría militar hasta el lugar de su domicilio. Los que se dirijan al extranjero, solamente tendrán esos auxilios de marcha hasta la frontera colombiana, en la vía que hayan de seguir. Los oficiales inferiores y la tropa podrán ser transportados en los buques del gobierno.

«Artículo 12. Los jefes y oficiales del ejército unido conservarán sus espadas, revólveres, bagajes de su propiedad y equipajes y las banderas, en la forma en que lo disponga el general jefe de ese mismo ejército. Es bien entendido que las banderas tomadas a las fuerzas del gobierno le serán devueltas, así como las espadas a los jefes y oficiales de la segunda capitulación de Aguadulce, que en virtud del presente tratado recobran su libertad. Los pasaportes serán expedidos en los lugares donde se haga la entrega de las armas.

«Artículo 13. El gobierno hace constar que atenderá en sus hospitales y ambulancias como a individuos de su propio ejército a los enfermos y heridos del ejército unido del Cauca y Panamá, y que

tan pronto como recobren su salud, serán pasaporteados en la forma convenida.

«Artículo 14. El presente tratado requiere para su validez la aprobación del señor general Nicolás Perdomo, ministro de gobierno en comisión, y la del señor general Benjamín Herrera, director de la guerra en el Cauca y Panamá.

«Para constancia se firman dos ejemplares de un mismo tenor, en la bahía de Panamá, a bordo del buque almirante «Wisconsin», a veinte y uno de noviembre de mil novecientos dos.

«Victor M. Salazar, Alfredo Vásquez Cobo, Lucas Caballero, Eusebio A. Morales.

«Panamá, noviembre 21 de 1902.

Aprobado: Nicolás Perdomo.

Aprobado: B. Herrera».

Se firmó al mismo tiempo un pacto reservado por el cual se comprometió el gobierno a dar el dinero con que debía pagarse «El Padilla» a la casa de Benjamín Bloom y Co., de San Salvador, sobre el concepto de que no era por vencimiento, sino por un acuerdo patriótico, que poníamos fin a la guerra.

Cuando los representantes oficiales manifestaron que estaban dispuestos a entregarle ese precio, Herrera respondió:

—No, yo no lo toco. Llamemos aquí a un grupo de personas de lo más honorable que tenga Panamá, ciudad y personal que no conozco, para que reciban las letras, hagan ese pago, obtengan el finiquito, lo publiquen en los periódicos de esta capital y me envíen el original a mi domicilio, que es Bucaramanga.

Así se hizo. Y en éste, como en todos los casos, tan celoso fue Herrera de su pulcritud, que habiendo impuesto en la campaña sanciones inolvidables para un hombre de honor, al doctor Carlos A. Mendoza, figura prestantísima de Panamá, me ordena en los comienzos de la campaña en ese departamento: «Nómbrelo contralor de nuestro tesoro de guerra y déle en su apoyo el respaldo incondicional de todo el personal del ejército. Quiero que sea un enemigo mío, que en su vida no apaciguará rencores, quien vigile el manejo de los fondos de que soy responsable». Y yo conservo en mi poder el libro de caja con escrupulosa especificación de inversiones y con el finiquito autógrafo del doctor Mendoza.

CONVENIO ADICIONAL AL TRATADO DE PAZ CELEBRADO A BORDO DEL «WISCONSIN»

Por la presente diligencia se hace constar la siguiente convención, que es un compromiso de honor.

Los comisionados del Gobierno, por concesión para con la Revolución, convinieron en entregar la suma de diez y seis mil libras esterlinas como precio por el «Padilla». El general Herrera, por su parte, ha querido que ese precio lo reciban personas de indiscutible honorabilidad para que sean ellas quienes lo cubran al acreedor, señor Benjamín Bloom, con quien después de examinar el crédito que está establecido en escritura pública otorgada en San Salvador, el mes de octubre de 1901, deben ajustar la cancelación. Esas personas designadas por el general Herrera, son: Mr. H. A. Gudger, cónsul americano, y el señor Federico Boyd, cónsul de España, quienes han aceptado la comisión. Los generales Víctor M. Salazar y Alfredo Vásquez Cobo, autorizados por el general Perdomo se obligan a entregar las diez y seis mil libras esterlinas referidas a los señores Gudger y Boyd en el momento en que el «Almirante Padilla» venga a poder del gobierno, en cumplimiento del Tratado.

Para constancia firmamos la presente diligencia los miembros de las comisiones que firmaron el Tratado y los referidos señores Gudger y Boyd, que deben recibir el precio, a bordo del «Almirante Wisconsin», a 21 de noviembre de 1902.

Víctor M. Salazar, Alfredo Vásquez Cobo, Lucas

Caballero, Eusebio A. Morales, H. A. Gudger, Federico Boyd.

Panamá, diciembre 2 de 1902.

Señores B. Bloom & Co.—San Salvador.

Muy señores nuestros:

Tenemos el placer de informar a ustedes que el 21 del pasado, en la conferencia que tuvo lugar a bordo del buque de guerra americano «Wisconsin», entre los comisionados del gobierno de Colombia y los de la revolución, para la celebración del Tratado de paz, se convino por ambas partes contratantes que se pagaría por el gobierno 16000 libras esterlinas por el valor del vapor «Padilla» al ser entregado éste a los representantes del gobierno. Se convino, además, que dos personas respetables de esta ciudad fueran nombradas para recibir dicha suma y pagarla después a ustedes como acreedores, según escritura pública otorgada ante el Notario en San Salvador en octubre de 1901, previa la debida cancelación de dicha escritura.

Los suscritos fuimos nombrados por ambas partes contratantes y aceptamos el cargo.

No podemos decir a ustedes cuándo será entregado el «Padilla» al gobierno, pues actualmente se encuentra en Chiriquí, como a trescientas millas de aquí. Tan luego se efectúe la entrega deberá pagárenos el dinero; mientras tanto, para facilitar el arreglo del asunto, sería conveniente que usted mandara a uno de nosotros, o a alguna persona responsable conocida de usted en esta ciudad, la escritura arriba mencionada y el respectivo poder de ustedes para hacer la cancelación.

Puede usted confiar en que nos tomaremos todo empeño a fin de que la transacción sea hecha de la manera más satisfactoria para los interesados.

Le avisaremos por cable enseguida recibamos el dinero que está ya en nuestro poder.

Quedamos de ustedes atentos seguros servidores,

H. A. Gudger, Federico Boyd.

ACTA DE CANCELACION

He convenido con los señores F. A. Gudger y Federico Boyd, de esta ciudad, en recibir en pago del crédito de £ 16.000,00, valor en que fue vendido el

vapor «Fry», después «Almirante Padilla» por los señores B. Bloom & Compañía, al general Benjamín Herrera, según escritura pública número 35, otorgada en San Salvador el 21 de octubre de 1901, cedido a mí luego después, según consta en la presente escritura número 358 extendida también en San Salvador y de fecha 28 de diciembre del año último, en la suma de £ 16.000,00.

Esta suma me ha sido entregada ahora a mí, en presencia de los testigos señores Félix Ehrman y G. Eisenman, en sesenta y cuatro letras de cambio a treinta, sesenta y noventa días vista, giradas por los bancos y casas de comercio de Medellín, a cargo de varias casas de comercio de Londres, endosadas por el señor Administrador de Hacienda Nacional de esta ciudad, según consta en la lista detallada adjunta.

Hago, pues, por la presente y en virtud de este convenio, como único y verdadero dueño del mencionado crédito a mí cedido, completa cancelación de él y formal renuncia a todo reclamo que pudiera haber por la diferencia entre el precio en que originalmente fue vendido el referido vapor «Fry» o «Padilla» y la suma que ahora he recibido (es decir, £ 50.000, menos las £ 4.000 que entregó el general Herrera a Bloom a cuenta de esa suma) y doy al mismo tiempo por cancelada completamente la pre-

sente escritura de fecha 28 de diciembre, igualmente la anterior que precedió a la presente, relevando de una vez y por siempre al señor Benjamín Herrera de toda clase de obligación que pudiera tener en este asunto.

ANTONIO B. AGACCIO.

(Firmados), *Félix Ehrman, G. Eiseman.*

ORDEN GENERALISIMA del 22 de noviembre de 1902.

Disposiciones

De orden del Director de la guerra en el Cauca y en Panamá se hacen conocer del ejército las siguientes:

Jefes, oficiales y soldados del ejército unido del Cauca y Panamá.

Habíais empuñado las armas con el objeto de obtener reformas en la vida política y civil de la nación. En vuestro nombre las he alcanzado en un documento de los más solemnes y por tanto de los más obligatorios que se hayan firmado en Colombia:

el tratado de paz nacional que leeréis a continuación.

Habéis representado y teníais título para ello, al liberalismo, en un acto de un valor histórico eterno. Erais los únicos luchadores ya en el país, pero estabais a la altura de vuestros compañeros en la nación y conservábais toda la altivez, toda la energía de una causa noble y santa.

Puesto que habíais renunciado a vuestras personas para luchar por cambios institucionales, vuestras exigencias han sido a favor del partido y en bién de la nación.

La otra parte contratante reconoce vuestra justicia al consentir en vuestros reclamos; vuestra altivez, que es orgullo patrio, al dejaros como preseas todas vuestras insignias de honor.

Hoy al disolveros en cumplimiento de un tratado de paz, volvéis a hogares, volvéis a labores, que están al amparo de las más firmes garantías en un pueblo culto: la promesa de la ley y la promesa de honor de los mandatarios, hecha en forma la más sagrada y solemne.

El honor patrio está empeñado en dar a ese pacto el leal cumplimiento que reclaman la dignidad y la cordura de los pueblos civilizados. Habéis hecho confianza de quienes teníais por enemigos; ellos con su conducta van a demostrar que los pasados desvíos

no obstan para que al fin nos reconozcamos como hermanos. Aquí con la nobleza de proceder, obligan la razón y las eternas conveniencias del país.

Bienvenida sea la paz! Ella será fruto de bendiciones en cuanto todos contribuyamos con los mejores sentimientos a no renovar causas que llevaban a un suicidio nacional.

Me despido de vosotros en esta última orden generalísima con sentimientos mezclados de satisfacción y de pena: me regocijo con que volváis al seno de vuestras familias; me apesadumbro con vuestra separación después de una fraternidad y de una vida común que hace de los extraños miembros de la propia familia.

Al volver a ser ciudadanos de la Patria, por la garantía de vuestros derechos, grande será el concurso que para su engrandecimiento prestaréis con vuestras facultades, con vuestras virtudes y con vuestras energías. Adonde quiera que vayáis os sigue el reconocimiento del partido cuyos fueros asegurasteis; de la nación, por cuyo bien habéis tratado, y el recuerdo de quien fue vuestro jefe y en todo tiempo es vuestro amigo.

B. HERRERA

Dada en el cuartel generalísimo de Pocrí a vein-

tidós de noviembre de mil novecientos dos.

El general jefe de estado mayor generalísimo,

LUCAS CABALLERO

CAPITULO XXIII

Conclusión

Las consecuencias de la guerra de los mil días en la vida de nuestro país. Homenaje a la memoria de los jefes revolucionarios. Los sacrificios que impuso la guerra del 99 no fueron estériles. La actuación de Vargas Santos, Uribe Uribe, Herrera y Soto. El triunfo de las instituciones democráticas.

La guerra quedó concluida en la forma que describo en artículo anterior. El tratado del «Wisconsin» no logró evitar el desgarramiento de la patria, aunque de nuestra parte ese fuera su principal objetivo. Pero, a pesar de ello, en todas sus otras consecuencias, bendita sea la paz que él trajo consigo.

Esa paz no ha mentido a nuestra esperanza. Tampoco la ha desilusionado. Los sacrificios que impuso no fueron estériles.

De entonces para acá se han formado dos nuevas generaciones liberales, y en los primeros diez años

otra anterior cumplió la mayoría de edad, todas ellas de un civilismo tan acendrado que han contribuido, con el resto de la nación, a perfeccionar nuestras instituciones democráticas, al extremo de hacerlas uno de los pocos modelos que restan en el mundo.

Y sobre la firme base de éstas, en treinta y seis años de paz, Colombia ha tenido un progreso realmente admirable.

De cuatro millones de habitantes ha subido a cerca de diez de raza bastante homogeneizada.

Y la nación se ha unificado y fortalecido. Comarcas enantes casi incomunicadas por pésimos caminos de herradura, forman hoy un solo vigoroso cuerpo, conectado íntimamente por una red de ferrocarriles aproximada a 4.000 kilómetros; por una red de carreteras mayor de 15.000 kilómetros; por un sistema de caudalosos y extensísimos ríos, en que existe una amplísima y moderna navegación fluvial, y por una muy dilatada red de vías aéreas que en muy pocas horas comunica diariamente todos los ámbitos de la república.

Y no sólo se ha estrechado y abaratado la vinculación de habitantes y comercio, sino que el pensamiento nacional se difunde diariamente por la prensa que distribuyen en el país aviones, ferrocarriles, carreteras y vapores, y que complementa una extensi-

simas red de telégrafos, de radiodifusoras y de teléfonos.

Las entradas al país se hacen hoy por puertos y aerodromos de lo mejor del Caribe, como son los de Cartagena, Puerto Colombia, Barranquilla y Santa Marta; por los de Buenaventura, en el Pacífico, y la aviación utiliza en el interior de la república aerodromos perfectos como los de Bogotá, Medellín, Cali, Bucaramanga, Cúcuta, Pasto, etc.

De diez millones de pesos de presupuesto global de rentas en 1902, hoy disponemos de uno también global entre nación, departamentos y municipios, que excede de 160 millones.

Y el coeficiente de progresión ascendente en agricultura, producción minera, capital bancario, recursos financieros, industrias manufactureras, engrandecimiento de ciudades, difusión de cultura primaria, secundaria y profesional, etc., no causa menor sorpresa. Sobre éstos y otros muchos progresos publiqué reportajes en Centro América, que reprodujeron en Colombia «El Espectador» de Bogotá y «La Prensa» de Barranquilla. Los números concretos y los datos de estadística comparada exhibidos en ellos hacen ver que el avance de Colombia se realiza en una de las más altas progresiones de la América latina.

Sobre el pedestal sagrado, pues, de incontable nú-

mero de ciudadanos que rindieron la vida en holocausto a su fe republicana, Colombia se levanta hoy, vigorosa y joven, con nuevos ideales y reverdecidos los viejos.

La guerra dejó erigido el apocalíptico puente de los muertos que se proyecta en el espacio y en el tiempo, para que los sobrevivientes de ella y las nuevas generaciones pasaran de horizontes ensombrecidos a otros más despejados y luminosos.

En la inolvidable lid tuvimos la hondísima tristeza de ver desaparecer grandes figuras; de dejar en el camino recorrido millares de fieles amigos a quienes no les cupo la dicha de gozar la paz y la libertad inconvencible de la patria y el asombroso progreso de ella, impulsado por ley de incesante crecimiento. Pero los muertos mandan. Esas sombras queridas, el espíritu de esos mártires, nos dan la orden y el consejo de no volver a emplear las grandes fuerzas sociales y nuestros recursos en destruirnos, sino en la cooperación decidida por obras comunes de libertad, de justicia, de cultura, de bienestar y de progreso.

Al terminar estas memorias, sinceras y sencillas, es natural que rinda a la de quienes fueron mis jefes superiores en dos etapas sucesivas, el general Vargas Santos y el general Herrera, el tributo

de una admiración y de una gratitud que nunca mueren. La vida íntima que con ellos tuve, fue la ocasión que me permitió conocer y medir sus nobles y excelsas virtudes.

El general Vargas Santos—cuya grandeza de alma medían los sencillos llaneros con la ingenuidad de sus sentimientos, cuando al verlo pasar por frente de sus bohíos, en las ilímites dehesas del oriente colombiano, donde residía el patriarca y lo saludaban con esta cariñosa expresión: «adiós, viejo Vargas, corazón bueno»—deja el ejemplo de que la libertad debe defenderse como un derecho y un deber sagrados. En la guerra heroica se presentó en Pamplona con su ejército y contestó a la proclamación que le hizo el liberalismo como jefe supremo, con estas sublimes palabras: «Ofrecí desde mi hato de Casanare sacrificar a la causa de la libertad los últimos años que me restan de vida; por ello, aun arrastrándome, hubiera venido al primer campamento liberal que encontrara; por eso, con el vigor que me queda, estoy aquí en medio de vosotros, como símbolo de unión y de compactación de fuerzas». Obstáculos poderosísimos no le permitieron gozar de fortuna en la campaña militar, pero dio a su causa cuanto tenía y cuanto podía, y en ésta, como en todas las guerras desde el 60 al 900, después de hacer acto de pre-

sencia en cruentas lides, volvía a su llano como un Cincinato redivivo.

El general Herrera no sólo se exhibió en la titánica lucha como una de las espadas colombianas más notables de todos los tiempos, sino como un patriota excelso. Las campañas y batallas en que tuvo la iniciativa suprema resisten comaración con las mejores de todas las épocas. Pero, por encima de todo, en la guerra y en la paz, siempre demostró que ponía la patria por sobre los partidos. Su más persistente empeño en la asombrosa marcha triunfal de sus ejércitos, fue el de evitar derramamiento de sangre de hermanos y ver de obtener que entre contendores colombianos predominara la razón por encima de la fuerza. Esa labor la remató con el inconmensurable sacrificio del «Wisconsin».

La guerra obliga a presenciar tragedias inolvidables, pero con todo mi horror por ella, que no la justifica sino cuando hay de por medio un deber de existencia que la haga sagrada, debo confesar que la que presencié como testigo me hizo también admirar sentimientos los más nobles y abnegaciones increíbles, para concluir que tengo por un privilegio el haber contemplado en ella la naturaleza humana en algunas de sus más bellas e imponentes manifestaciones.

Cuando para formar la historia global de 1899 a

1902, otros testigos den sus impresiones de lo que presenciaron de cerca en campañas y en batallas de mérito heroico inolvidable, vendrá a confirmarse lo que es hoy consenso unánime de los luchadores liberales de ese entonces, y que se resume en que Vargas Santos y Soto personificaron en los campamentos el pendón moral de nuestra causa, y Herrera y Uribe Uribe, las dos gigantescas columnas de la revolución.

Y de las causas que determinaron la guerra, su conducción y sus consecuencias, se puede deducir una filosofía que honra al pueblo colombiano.

No hay generación espontánea en los cuerpos, ni en los sentimientos, ni en las ideas. El espíritu cívico en temperamento e ideales, que caracteriza a nuestros compatriotas, es impulsado por la poderosa e ineludible fuerza de sentimientos hereditarios. El pasado proyecta el porvenir.

En estas narraciones, por lo que hace al liberalismo, apenas he tenido ocasión de referirme a egregios cultivadores de aquel espíritu que ha venido actuando desde 1868 en la formación de cuatro generaciones; pero la cadena es ininterrumpida y se puede remontar hasta muy lejos. Por lo que hace al partido conservador, en su particular historia, puede exhibir cumbrés igualmente empinadas.

Los hombres liberales del final del siglo pasado y de principios del actual, que se vieron forzados a lanzarse en una guerra festinada y a sostenerla hasta un término honroso, tenían una alta y noble doctrina y un programa político encarnados en la fidelidad a los principios democráticos. En la conducción de la guerra, en los elementos directivos, dominaban una conciencia limpia y el corazón entristecido porque se imponía la fuerza para lograr el reconocimiento de derechos elementales en la vida ciudadana, y que de buen grado no nos otorgaban los hermanos.

La guerra fue, pues, un movimiento instintivo para restablecer el centro de gravedad de instituciones democráticas. Confirmar ese postulado fue lo que me determinó a escribir estas memorias como rectificación al por otros muchos conceptos, benévolo y sereno estudio del señor Tamayo.

La doctrina mantenía a nuestros conductores y a una juventud ilustrada muy extensa, al corriente de los progresos coetáneos en el mundo del pensamiento, al extremo de que si con el avance de población, de expeditos y rápidos medios de contacto y de multiplicación de vehículos del pensamiento, hay hoy una cultura más extensa, la intensidad de la existente en el liberalismo en 1899 resiste comparación cir-

cunstancial con la de los mejores tiempos. Basta decir que en los años de 1886 a 1899 —cuando en la gran mayoría de los países del mundo civilizado eran apenas objeto de lectura individual las obras de grandes pensadores en ciencias sociales, que han venido revolucionando a las políticas y las jurídicas— en los institutos del partido, el Externado y la Universidad Republicana, ya funcionaba la Facultad de aquéllas, que iluminaron principios de una sólida y equitativa organización de la libertad y el derecho de los pueblos.

En 1897 una convención del partido expidió el programa político del liberalismo, necesariamente reducido. En primer lugar, porque la represión hacía más uniforme y más vehemente la voluntad para trabajar por una fundamental reivindicación de libertades, y en segundo, porque los partidos en lucha tienen que conformarse en su organización a las leyes de la táctica, y no deben dispersar pensamientos, voluntades y fuerzas, sino procurar su concentración en lo que haga su unidad inquebrantable.

Asegurado el funcionamiento de un gobierno de libre discusión, en Colombia, después de la guerra, ha tenido que cumplirse el proceso universal de que los problemas políticos vienen cediendo la precedencia a los económicos y sociales, pero no para descono-

cer la libertad sino para hacerla más amplia, más equitativa y más firme. Lo absoluto de hoy debe estimarse en relación con lo relativo de ayer, para no considerar que el ideal puede alcanzarse de un solo salto, repentinamente.

Los miembros del elemento directivo en la preparación de la guerra y los que encabezaron y tuvieron la conducción del sacrificio, reposan hoy en el santuario de los muertos. Quedamos como sobrevivientes subalternos, cuya acción necesariamente tuvo límites reducidos y casi insensibles en la orientación y el esfuerzo colectivos. Para aquellos ínclitos varones, más que para las unidades casi obscuras que restamos de aquella tremenda lid, pedimos la balanza de justicia que en ocasión solemne e inolvidable reclamaba mi venerado maestro don Santiago Pérez:

«La obra de estos segundos padres de la patria no está terminada todavía y ellos van ya desapareciendo. Que coronen esa obra los que aspiren a juzgarlos, y que al dictar su fallo sobre la parte ya ejecutada, no olviden que todavía no ha pasado por entre el cielo y la tierra, conciencia de hombre, obra de partido ni historia de pueblo, sin la mezcla del mal o la sombra del error».

LUCAS CABALLERO

Bogotá, mayo 3 de 1938.

Señor don Benjamín Latorre

La ciudad.

He leído con emoción y vivísimo interés el libro que usted acaba de publicar y que contiene sus impresiones y recuerdos de la guerra.

Aunque globalmente yo tenía conocimiento de la increíble lucha, por lo abnegada y por lo heroica, que sostuvieron nuestros copartidarios en el interior de la república, es por su libro como he venido a darme cuenta de la campaña en Cundinamarca, el Tolima y el Cauca de cuerpos militares en que usted formó parte, desde Sibaté, aquí en nuestra Sabana, hasta los confines con el Ecuador.

Y es también por las narraciones de usted como he podido apreciar ahora el mérito singularísimo de la marcha de Bustamante y sus compañeros, en algo más de quinientas leguas, sosteniendo incesantes combates con misérrimos elementos de defensa y por entre abruptas y despiadadas selvas, sin alimentos y soportando además toda clase de tormentos físicos, con un temple moral de que apenas hay par entre nuestros antepasados, los libertadores.

No puede desconocerse que un pueblo que lucha por nobles ideales, con la entereza que lo hizo el nuestro en la guerra de los mil días demuestra te-

soros de fortaleza moral, cuya exhibición es buen ejemplo para las nuevas generaciones. El hombre que vale más, como la sociedad que vale más, debe tener carácter inquebrantable para llevar hasta el heroísmo su sacrificio en conquista de la libertad y en defensa del derecho. Es así como se procura y al fin se logra que la patria llegue a ser unión de conciencias libres orientadas hacia el bien público.

Hace usted un entusiasta elogio de todos sus compañeros de campaña, entre los cuales me honra usted con exceso de benevolencia, que le agradezco vivamente.

Está muy bien y es justo el aprecio que hace usted de los luchadores de ese entonces, especialmente de los grandes conductores que rindieron ya una merítísima e inolvidable jornada. Y está aún mejor la contribución que usted presta para que viva en la memoria y el agradecimiento nacionales el sacrificio de quienes en gran parte son autores de la restauración de principios democráticos en la vida colombiana.

Habla usted de la sorpresa y aun la decepción con que el ejército unido del Cauca y Panamá recibió el tratado del "Wisconsin", aceptado por él sin protesta ni reproche por la confianza absoluta que dispensaba al patriotismo excelso y a la probidad

absoluta de su adalid supremo, el general Herrera. Otro denodado luchador de ese entonces, Alain Lemus, ayudante de campo del jefe de esa memorable campaña, por la prensa, en artículo del mes pasado, hizo una anotación idéntica. Y Enrique Santos, en las admirables glosas que publica en "El Tiempo" con el nombre de "Danza de las Horas", al referirse a mis memorias sobre la guerra de los mil días que constan en artículos escritos en aquel prestigioso diario, califica de error patriótico el referido tratado, porque el triunfo liberal, sin ese pacto, se hubiera anticipado algunas décadas.

En las narraciones que publiqué en "El Tiempo" me contraje a la relación de hechos de los directores de campañas, que presencié en la guerra de modo personal y directo dejando a la iniciativa de los lectores los comentarios y juicios sobre ellos. En el libro suyo usted me atribuye parte importante en la conclusión de tal tratado, y esa participación, pequeña o influyente, es una de las responsabilidades de que nunca me he arrepentido.

Estoy, pues, obligado a dar una explicación sobre el particular.

Aquí en el interior muy pocas personas se dieron cuenta del peligro que corría Panamá. En nuestro mismo ejército, sólo Herrera y yo palpábamos de

modo pleno ese inminente peligro, por conocer íntimamente datos y hechos que no podíamos hacer públicos.

Si el 21 de noviembre de 1902, día de la firma del tratado, hubiéramos dispuesto de una flota marítima en el Atlántico y de una flota fluvial en el Magdalena, no habría terminado el año sin que nuestro pendón republicano flameara en el capitolio nacional de Bogotá. Y hubiera sido probable, y casi seguro, que la rapidez de la solución bélica y la influencia en el nuevo gobierno de quienes conocíamos a plena conciencia el muy delicado problema de Panamá, habrían evitado el despojo.

Pero aunque nuestro ejército era incontrastable, por dificultades de transporte requeríase de tiempo bastante largo para la solución radical del conflicto bélico.

Allá en el campo de operaciones fueron escrupulosamente estudiadas por el general Herrera todas las contingencias que debíamos allanar.

No podíamos pensar en el traslado por el Pacífico de nuestros efectivos y poderoso equipo, porque al pisar tierra, bien en el Darién o en el Chocó, en el Dagua ó aun en Tumaco, teníamos que atravesar muy extensas e insalubres montañas en los dos primeros pasos, y desfiladeros y crueles selvas en los

dos restantes. Y teníamos la dolorosa experiencia de la montaña que atravesámos por la trocha de Ocaña, infinitamente más corta que las que habrían de interponérsenos y sin embargo más devastadora que un Palonegro. Y respecto de desfiladeros, el del Boquerón de la Cruz en Santander nos enseñó que termópilas de esa naturaleza, con pocos combatientes y aun sin municiones, pueden detener ejércitos constantes de miles.

Era imperioso optar por la campaña del Atlántico y esperar dos o tres meses para proveernos de una flota suficiente en ese océano. Y una vez resuelto ese problema y con nuestro ejército y poderoso parque en la costa del Atlántico, había que vencer grandes dificultades para llevarlos al interior de la república.

Luego era lo natural que ante el movimiento de fuerzas tan numerosas, potentes y contrarias, el gobierno recluyera en Honda su flotilla fluvial y que nos viéramos forzados a marchar por tierra hacia Bogotá, con una impedimenta que inicialmente requería cuando menos diez mil bagajes para su transporte. Pensar en la conducción marítima de Panamá a la costa que teníamos como primer objetivo, además de los nueve mil hombres y de la artillería y nuestro inmenso parque, de las siete mil caballerías que estábamos utilizando en la campaña de aquel depar-

tamento, era poco menos que una quimera. El transporte marítimo del ejército y del parque estaba a nuestro alcance en tiempo relativamente no muy largo y en ello nos empeñábamos con la mayor solicitud; el de nuestro equipo de semovientes sobrepasaba nuestras posibilidades y ya en tierra era muy demorada su consecución, en un nuevo campo de operaciones arrasado en tres años de guerra.

Total: que el triunfo sería indefectible pero con la prolongación de la guerra por seis meses y quizá por un año.

Y con ello se acrecentaba el peligro del desgarramiento de Panamá, cuya conservación era nuestro esfuerzo obsesionante.

Es verdaderamente admirable hasta lo increíble que un jefe militar, de facultades geniales, con instrumentos bélicos poderosos e invictos, los entregara a su adversario para evitarle un grave e inmensísimo perjuicio a la república. Es éste un caso singular, en la historia, de excelso y admirable patriotismo.

Que el gobierno de ese entonces no se diera cuenta del peligro internacional, sin embargo de la solemne admonición encarnada en el tratado del «Wisconsin»; que también hubiera cerrado los oídos a las clamorosas advertencias del ministro en Washington, don Tomás de Herrán; que Panamá se hubiera perdi-

do por culpa ajena, ello no deslustra el mérito y el brillo de la abnegación liberal que en el 21 de noviembre puso los intereses de la patria por encima de toda consideración de partido. Ni tampoco desdice de las trascendentales consecuencias benéficas de esa inolvidable convención. Porque la vida es continuidad y la historia es tradición. Y si se ahonda en el análisis de las proyecciones de la guerra de los tres años se justifica el juicio, que se viene cristalizando en la posteridad, de que esa revolución es la única que en Colombia ha triunfado plenamente.

Paradoja en la expresión, por cuanto la revolución entregó armas invencibles. Verdad en la esencia, porque ¿qué perseguía ella? La libertad efectiva del pueblo en la decisión de sus destinos; el derecho y la garantía plena en los ciudadanos para ejercer toda clase de iniciativas físicas, morales e intelectuales, que son el resorte por excelencia del progreso y la cultura. Tanto mejor y más fecundo si esa revolución vino a sacudir y despertar, en definitiva, el espíritu cívico de los colombianos, sin acepción de liberales y conservadores. Tanto mejor, también, si el bien público se ha conseguido sin coerción violenta de unas fuerzas sociales sobre otras, porque así es más durable, más intenso, más firme y más fecundo. Cumplida la obra de la fuerza para redimirnos de

una injusticia flagrante, ella ha dado campo a que la razón predomine. Con todo ello Colombia es hoy un lujo entre las reducidas democracias del mundo internacional.

La vida en los pueblos es bien larga; los hechos y los sentimientos trascienden en el porvenir y lo determinan; y en el examen de todo ello por el tiempo, las décadas de años apenas se cuentan por momentos históricos.

El tratado del «Wisconsin» como culminación del muy profundo, extenso y heroico movimiento revolucionario que durante tres años conmovió en sus más hondas fibras el tradicional sentimiento republicano de la nación, sojuzgado en tres lustros, ha sido base fundamental de los posteriores avances democráticos en Colombia.

Su amigo afectísimo,

LUCAS CABALLERO

—
Bogotá, febrero 22 de 1938.

Señor coronel don Alain Lemos.

Mi querido Alain:

Le agradezco con emocionada cordialidad la muy amable carta que usted me dirige, y que inserta ayer «El Espectador», con motivo de los artículos que he

venido publicando sobre mis recuerdos de la guerra de los mil días.

Hago de lado la benevolencia de conceptos que no merezco para apreciar en lo que vale la expresión del constante cariño con que usted me ha favorecido desde aquellos tiempos en que fui su compañero, desde los cuales soy su amigo.

Tiene usted muchísima razón en el apunte que me hace respecto del vaporcito Panamá. No sé por qué fenómeno psicológico al escribir persiste a veces un «quid pro quo» en las palabras, sin embargo de redactar con la conciencia clara de los hechos. Ya habrá observado usted que en el parte oficial que rendí en la campaña sobre el combate naval de Panamá, di este nombre al vapor que acompañó a El Padilla, sin embargo de tener entonces, y ahora, certidumbre absoluta de que fue El Cauca, con que se rebautizó el Carlos Albán, capturado al gobierno en Tumaco, el que tomó parte en esa batalla bajo el mando del coronel Clodomiro Rodríguez. Y todavía con la impresión nítida de la exactitud del apunte de usted, al seguir mis narraciones vuelvo a llamar a El Cauca el Panamá.

Y le asiste, aún más, justicia en el reclamo de que es llegado el tiempo de que se haga siquiera mención de tanto héroe que en su hora maravilló al

asombro y que, o bien sacrificó su vida en la titánica lucha o sobrevive ignorado, inválido y en ruina.

Me contrista no hacer el mérito a que tienen derecho, uno a uno, los jefes, oficiales y aún los abnegadísimos soldados que lucharon en ejércitos tan numerosos como los nuestros, de Santander y Panamá, cuyas hazañas pueden hombrearse con las de los próceres de la independencia. Pero usted habrá observado que me puso la pluma en la mano la necesidad de hacer resaltar la génesis de la guerra y de nuestras campañas, sin mención de otra cosa que de las grandes batallas y de los directores de ellas.

Le aseguro, eso sí, mi amigo, que no de ahora, sino desde que se cumplieron aquellos grandes e inolvidables sucesos, mi cerebro es un cinematógrafo por donde desfilan incesantemente las siluetas de todos los compañeros, y mi corazón un santuario en que les rindo el culto de una admiración fervorosa.

Concretándome con motivo de su carta al recuerdo de los batalladores que en ella nombra, y quedando con el dolor de no mencionar centenas y miles que pusieron tan alto el honor del nombre liberal y del que los domina a todos, el glorioso colombiano, cómo olvidar la arrogante temeridad de Jorge Enrique Gálvez, que en los combates no permitía

delante de él sino las orejas de su caballo?

Y quién, que la presenciara, no recuerda la audacia de Marco A. Henao, Germán López, Antonio Gallo y usted al acompañar nuestra flotilla en arriesgadas empresas militares con el vaporcito El Panamá, en mar abierto y tempestuoso, donde si las colosales y embravecidas olas del Pacífico no engulleron esa cascarita de nuez, debió ser porque, como en el caso de César, ella iba protegida por la estrella de ustedes?

Ni cómo es posible que se esfume en el agradecimiento y la memoria la impavidez sonriente y estoica de Narciso Castellanos, nuestro gran veterano, que perdió un brazo en el campo de batalla y a quien el porvenir o el partido le han sido tan ingratos?

Ni cómo podrían concebirse superiores y sí apenas pares, en el denuedo de Clodomiro Rodríguez y Aristides Castilla?

En un principio mis amigos me hicieron instancia para que en algunos artículos diera mis impresiones de la guerra. Ahora, con más ahinco, se empeñan en que los recoja en un libro. Será en él el lugar para publicar los partes de los combates de «El Morro» y de Tumaco, operaciones guerreras realmente fantásticas, que, como usted dice, constituye-

ron la base de la portentosa campaña de Panamá.

Lo abraza su amigo afectísimo,

LUCAS CABALLERO

Tuve el propósito de adicionar estas relaciones con la inclusión de los partes de batalla rendidos por el general Paulo Emilio Bustamante sobre las de «El Morro» y Tumaco; del general Rafael Santos V., sobre varios combates navales, y del general Ramón Buendía, sobre las diferentes victorias obtenidas por él en la provincia de Chiriquí.

Todas esas operaciones militares hacen parte de la campaña de nuestro ejército en la costa del Cauca y en Panamá, bajo la dirección superior de Herrera; exaltan el mérito de esos grandes oficiales que tuvieron la reponsabilidad de su realización, la cual ejerció poderosa influencia en el éxito de la campaña global. De ellas y de ellos he hecho altísimo encomio en estos escritos, pero aparte de que mi principal empeño en estas memorias ha sido el de poner de relieve los principios liberales y los sentimientos republicanos en que se inspiró la dirección suprema de las acciones de la revolución, ocurre que sin cálculo previo de las dimensiones de este libro se adoptó un formato que con las mencionadas adiciones lo hubieran hecho muy voluminoso e incómodo para leer, por lo cual con pena pero por fuerza, hube de prescindir de tan importante complemento.

L. C.

in la base de la portentosa campaña de Panamá.
Lo afirma su único testamento.

LUCAS CABALLERO

Tuvo el propósito de adicionar estas relaciones con
inclusión de los partes de batalla tendidos por el
general Pablo Emilio Bustamante sobre las de El
Coronel y Teniente del general Rafael Santos V. so-
bre varios combates navales y del general Ramón
Mendieta sobre las diferentes victorias obtenidas por
en la provincia de Chiriquí.

Todas estas operaciones militares hacen parte de la
historia de nuestro ejército en la costa del Canal y
Panamá, bajo la dirección superior de Heredia
aunque el mérito de esas grandes acciones que in-
volucran la responsabilidad de su realización, la cual
fue de gran influencia en el éxito de la cam-
paña. De ellas y de ellas se ha hecho alusión en
estas páginas, pero aparte de que mi prin-
cipal empeño en estas memorias ha sido el de poner
de relieve los principios libertarios y los sentimientos
patrióticos en que se inspiró la dirección superior
de las acciones de la revolución, ocurre que sin cal-

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT

100173396

